

MARTÍ GIRONELL



EL PRIMER HÉROE

LA GRAN NOVELA SOBRE LA PREHISTORIA



EL PRIMER HÉROE

Martí Gironell i Gamero

Traducción de Rosa Alapont



Título original: *El primer heroi*

Traducción: Rosa Alapont

1.ª edición: marzo, 2014

© Martí Gironell i Gamero, 2014

© Ediciones B, S. A., 2014

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito legal: B. 2.886-2014

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-741-7

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Eres uno más de la tribu](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[1. La otra vida](#)

[2. La proeza](#)

[3. El poder de los caballos](#)

[4. La voz de las mujeres](#)

[5. El miedo](#)

[6. Contrastes](#)

[7. En el fondo del lago](#)

[8. Lágrimas negras](#)

[9. Las piedras verdes](#)

[10. Una pelea insignificante](#)

[11. El color de la muerte](#)

[12. Hacia el Círculo de Piedra](#)

[13. Los murciélagos](#)

[14. La cacería](#)

[15. Los bueyes de Ador](#)

[16. La playa](#)

[17. Los cortadores de cabezas](#)

[18. Buscando una salida](#)

[19. El grito profundo del bosque](#)

[20. El adiestrador de caballos](#)

[21. El secreto de Baasi](#)

[22. Decepción](#)

[23. Sonrisas enigmáticas](#)

[24. Costumbres saludables](#)

[25. La Ciudad de los Muertos](#)

[26. El tambor de los dioses](#)

[27. El primer héroe](#)

[Nota del autor](#)

[Reseña del autor](#)

Eres uno más de la tribu

Martí Gironell imagina en esta novela un escenario completo en la vida de una comunidad prehistórica. Con un lenguaje preciso, llano y adecuado a las situaciones pretéritas, desgrana toda la problemática propia de la paleoecología humana a través de un guion literario bien pensado y articulado.

No se deja nada en el tintero: describe la estructura anatómica de los personajes, el clima, el paisaje, la caza, la pesca, la recolección sistemática, la estructura social, el nacimiento, la muerte, la técnica de fabricación de herramientas, el fuego, el simbolismo, el sexo, la amistad... Recrea de manera convincente la lucha de los humanos por sobrevivir, en un mundo real convertido en ficción literaria.

La selección natural y la selección cultural se combinan en el relato para explicarnos cómo eran las comunidades humanas del pasado próximo, cómo las vemos desde el presente; bueno, más bien cómo las imaginamos. El relato meticuloso de sus peripecias convierte a los protagonistas de la historia humana en seres muy familiares. Mientras lees, te vas acercando a su cotidianidad, e incluso, cuando vas pasando páginas, imaginas que eres uno más de la tribu.

La ciencia nos enseña a conocer, de manera que, mediante pruebas empíricas, nos acercamos a través de los registros materiales a la realidad desaparecida. Lo hacemos los arqueólogos por ingeniería inversa. En este caso, la capacidad narrativa del autor nos permite hacernos una idea de cómo era el pasado. Información, conocimiento e imaginación forman el hilo conductor de esta novela, que, por su interés literario, contribuirá a hacernos más próximos a nuestro pasado.

EUDALD CARBONELL ROURA

*Arqueólogo y director del Institut Català de
Paleoecologia Humana i Evolució Social (IPHES)*

*Para mis padres, Carme y Martí,
mis héroes, los primeros y los únicos*

Desconocer lo que ocurrió antes de nuestro nacimiento supone seguir siendo siempre un niño. Porque ¿cuál es el valor de la vida humana si no se relaciona con las vidas de nuestros antepasados, a través de los cuales se nos cuenta la Historia? Ese es el atractivo del mundo antiguo.

Es lo que dice Cicerón en *Orator*.

ROBERT HARRIS

La Historia de la Humanidad es una interminable sucesión de ocasiones perdidas.

JOSÉ SARAMAGO, *El viaje del elefante*

El hombre tiene sus preocupaciones en todos los rincones de la Tierra.

CONFUCIO

Hay muchas formas de ser humano.

CARL SAGAN

1

LA OTRA VIDA

No podía ni imaginar el peligro que lo amenazaba. Nada a su alrededor era susceptible de provocarle dicha sensación, al contrario. Ynatsé iba despertando en un valle idílico, en el que pacían y paseaban los animales. Se levantó y fue a lavarse la cara en un arroyo que corría cerca de la cueva donde había pasado la noche. Vio su rostro reflejado en el agua y no se reconoció. Hundió las manos en el río y el contacto con aquella frialdad le provocó un estremecimiento que le recorrió la espina dorsal. Pese al contraste de temperatura que experimentaba su cuerpo, aún tenía los sentidos un tanto abotargados, pero se puso alerta enseguida cuando oyó un ruido a su espalda, entre los matorrales.

Dio un brinco, se volvió, miró a izquierda y derecha y vio unas ramas que aún se movían. Observó con su aguda mirada de cazador entre la densa vegetación y constató que un ciervo joven había pasado dando saltitos por aquel vergel. Era la audacia de los jóvenes, que no son conscientes de los peligros que los rodean y pueden acabar pagándola muy cara, a menudo con la vida. Se agachó y trató de seguir el rastro. «¿Podría ser un buen almuerzo?», pensó.

Tan sigilosamente como su peso y las ramitas desperdigadas por el suelo se lo permitían, Ynatsé se desplazaba en cuclillas. Con las rodillas flexionadas soportando el peso de su cuerpo, y aguantando la respiración, procuraba no perder de vista al cervatillo. El animal se detuvo como si hubiera notado que lo seguían, escudriñó el terreno y, al no advertir ningún peligro, se puso a roer y masticar tranquilamente las hojas de un árbol que quedaban a la altura de su boca.

«Esta es la mía —se dijo Ynatsé—. Ahora que está distraído comiendo, me será mucho más fácil abalanzarme sobre él. Tiene la guardia baja. Me lanzaré a su cuello, lo inmovilizaré y le asestaré tantas puñaladas como sean necesarias para reducirlo.»

Ynatsé ya visualizaba mentalmente la escena.

Empezó a caminar a gatas levantando primero un brazo y después el otro. Lo hacía con la cautela de los grandes felinos, como los guepardos antes de saltar sobre su presa. Ajeno al peligro que lo acechaba, el cervatillo comía confiado dando la espalda a Ynatsé, que ya salivaba ante la perspectiva de saborear la tierna carne de aquel animal.

Estaba muy cerca. Era casi el último movimiento que hacía antes de ponerse de pie y atacar al cervatillo. Adelantó el brazo derecho, y aún no

había tenido tiempo de apoyar el izquierdo cuando el suelo cedió y se hundió debajo de él. Ynatsé soltó un grito que alertó y espantó al cervatillo, que emprendió la huida a campo traviesa como alma que lleva el diablo.

Mientras el animal se le escapaba, Ynatsé caía en picado, como una piedra en el vacío, golpeándose contra las paredes de aquel agujero por el que se estaba precipitando.

La caída resultó dolorosa debido a unas estacas puntiagudas que sobresalían de las paredes y que rasgaron las pieles que lo cubrían. Impactó con las costillas contra el suelo rocoso del fondo de aquel hoyo, que de inmediato identificó. Se trataba de una trampa para animales. La conocía muy bien. Tapada y cubierta con vegetación en la superficie, llena de estacas para herir al animal cuando caía por el interior del agujero y con un fondo alfombrado de piedras puntiagudas y afiladas a fin de que, cuando la bestia se estrellara con todo su peso contra el suelo, se le clavaran y hundieran en la carne. Una trampa casi mortal para cazar animales de gran tamaño, como las que los antepasados de su clan habían construido para atrapar osos y rinocerontes.

No obstante, había una diferencia, porque aquella trampa no daba a ninguna cueva o cavidad de la que pudieran salir hombres armados para rematar al animal malherido y después, una vez muerto, llevárselo para trocearlo.

«¿Cómo se las arreglaban para sacar al animal del agujero?», se preguntó.

Mientras meditaba una respuesta, Ynatsé notó que un líquido caliente le bajaba por la comisura de los labios. Se los relamió y percibió su propia sangre salada. Se llevó una mano a la cabeza y comprobó que se había hecho unas heridas en el cráneo que sangraban profusamente. Se palpó todo el cuerpo dolorido y magullado y se levantó piel y carne viva, desgarrada de los brazos, la espalda y las piernas, fruto de los golpes que se había dado contra las estacas al caer. Miró hacia arriba para calcular la altura desde la que había caído y, por la escasa luz que llegaba del exterior, intuyó que era un agujero profundo y bastante ancho. Malherido, como cualquier animal que hubiera caído en aquel pozo, Ynatsé giró en redondo y volvió a mirar hacia arriba buscando el aire, el cielo y la luz. Se quedó pensando. Ignoraba cómo saldría de allí.

Primero intentó trepar por las estacas clavadas en las paredes, pero no

pudo, las primeras a las que habría podido agarrarse estaban demasiado arriba y no llegaba. Después pensó que sería mejor esperar a que los cazadores que habían dispuesto la trampa se acercaran a ver si había caído algún animal. Entretanto confiaría en que cayera algún bicho despistado, así tendría algo para comer. Se hizo de noche y no se acercó nadie, ni humano ni animal, aunque oía ruidos y gritos lejanos de diversas bestias. Gusanos y escarabajos fueron la base de su alimentación durante el tiempo que permaneció allí abajo.

No fue sino hasta mucho después cuando sintió que la tierra temblaba.

Era una sensación extraña, porque la vibración se percibía a través de las paredes. El temblor no procedía del suelo, no lo notaba debajo de los pies, sino por encima de su cabeza. El ruido se iba acercando. Y aquel temblor, que cada vez resultaba más nítido, iba acompañado de gritos. No eran de animales, sino de hombres.

Los tenía muy cerca. Tenso y nervioso, hacía rato que Ynatsé había clavado la vista en el agujero que tenía sobre la cabeza. De repente oscureció. Y todo sucedió muy deprisa. Al mismo tiempo que se apagaba el haz de luz, un cuerpo cayó por el agujero. Era una bestia que gruñía, resoplaba y chillaba. Ynatsé sabía que en unos instantes aquel animal cuya especie ignoraba le caería encima y lo aplastaría. Se apartó como pudo y se encogió en un rincón minúsculo del fondo del agujero. Pese a sus intentos de esquivar la trayectoria de caída del animal, no pudo evitar que lo tocara. Aquella bestia bajaba luchando todavía contra las flechas y lanzas que le habían arrojado, algunas de las cuales llevaba clavadas en el cuerpo. De rebote, Ynatsé recibió los golpes de las patas de aquel ser que luchaba por aferrarse en el aire a aquellos elementos desconocidos que lo pinchaban — las estacas— sin dejar de chillar y relinchar. Unos chillidos que ponían la piel de gallina a Ynatsé. Captó unas voces que se colaban por la abertura. Parecían órdenes. Y efectivamente, en un visto y no visto, se produjo una lluvia de piedras, lanzas, flechas y otros objetos punzantes y contundentes dirigidos contra aquella bestia indefensa y encajada en el fondo de la trampa. En su minúsculo escondite, Ynatsé se cubrió la cabeza con los brazos para protegerse de la andanada de proyectiles. Afortunadamente, solo lo tocó algún pedrusco. Por desgracia para el animal, sus cazadores tenían muy buena puntería y, pese a sus considerables dimensiones, los múltiples impactos en su cuerpo y su cabeza acabaron con él. No sin que antes se debatiera desesperadamente para librarse de las puntas que se

habían hundido en su cuerpo y se lamentase con chillidos agónicos de los impactos que recibía y las terribles heridas que acabaron provocándole la muerte.

Ynatsé aún no sabía qué era lo que tenía delante, pero cuando cesó la lluvia de flechas y lanzas, alargó un brazo para tocar alguna parte del animal que lo ayudara a reconocerlo. Sus dedos temblorosos rozaron un pequeño pero robusto cuerno. Siguió tanteándolo, y al palparle la cabeza con la mano encontró un segundo cuerno.

Notó que estaba cubierto de sangre. Tocó unas orejas pequeñas, y en ese momento volvió a percibir movimiento arriba.

De nuevo se apretó contra aquella pequeña oquedad que lo había protegido más de lo que esperaba. Vio que lanzaban unas cuerdas rematadas en una especie de uñas largas, como garras, que se engancharon por debajo y por encima del animal, al igual que arpones pero curvos. Tensaron las cuerdas desde arriba y empezaron a levantarlo.

A medida que lo alzaban vio que se trataba de un buey salvaje, de mayor tamaño que los que estaba acostumbrado a ver y cazar. Sus dimensiones y su aspecto recordaban más los de un hipopótamo que los de un jabalí. Una de las uñas que tiraban de él hacia el exterior se había hincado en una pequeña protuberancia, una especie de trompa con la que tal vez, pensó Ynatsé, aquella bestia comía frutas y hierbas. Ahora entendía el temblor de la tierra. Al trotar, aquel buey salvaje había provocado el estruendo que le había parecido un principio de corrimiento de tierras. Cuando aquel pariente del tapir ya estaba arriba del todo, una de las cuerdas se rompió y el animal volvió a caer al fondo de la trampa. Por poco lo pilla. Notaba un olor a tierra húmeda; seguramente había tragado un poco al caer. La espesa barba que le cubría casi toda la cara había impedido que le quedara llena de rasguños con las innumerables espinas que le habían arañado piernas y brazos. Cuando el animal llegó abajo, Ynatsé intentó salir trepando por las raíces de los árboles que rodeaban el agujero y sobresalían de las paredes, pero era imposible, porque cuando se agarraba a ellas, se doblaban y cedían. Resbaló y se precipitó con un chasquido sobre la panza del animal, que todavía estaba caliente. Desde arriba volvieron a lanzar las cuerdas. No las tenía todas consigo, pero se dejó izar junto con la presa y, al llegar a lo alto, Ynatsé supo que estaba perdido. No bien hubo asomado la cabeza por la abertura, se encontró con un puñado de lanzas que le daban la bienvenida. Un grupo de hombres que apuntaban a la

boca del agujero lo estaban esperando. Hizo amago de salir corriendo, pero le cerraron el paso cruzando ante él dos lanzas que lo hicieron desistir. El que parecía el jefe de la partida levantó el garrote que llevaba, soltó un par de gritos y miró a los dos hombres que se encontraban junto a Ynatsé, los cuales le asestaron sendos golpes secos en las piernas que lo hicieron caer de rodillas.

Un tercer golpe, este en la cabeza, lo dejó fuera de combate.

La angustia lo despertó. Tras sufrir unos espasmos, contrajo los músculos mientras movía brazos y piernas. Acto seguido dio un brinco para ponerse en pie. Se palpó de arriba abajo. No estaba magullado, no le dolía nada y tampoco tenía señal alguna de haber estado atado. Ynatsé se examinaba y no se lo podía creer.

Cuanto acababa de ver y vivir resultaba tan real que ciertamente lo parecía, y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Con la mano derecha se pellizcó el cuello y después se rascó la cabeza. No era la primera vez que se veía como protagonista de otra realidad mientras dormía.

Paseó la vista por el habitáculo donde estaba y reconoció perfectamente aquella estancia rectangular y las paredes construidas con pilares de roble, entrelazados con ramas y barro. Levantó la vista para asegurarse de que por encima estaba la techumbre, la cubierta de cañizo que apenas unos días atrás había reparado con la ayuda de unos hombres del poblado. Era su casa.

Oyó gritos y risas procedentes del exterior y se asomó fuera. Apartó la piel que cubría la entrada de la cabaña y vio que el poblado bullía de actividad. Los niños jugaban con los perros, un grupo de hombres ponían a secar el pescado que habían capturado en el lago, un par de pequeñas embarcaciones acababan de regresar. Habían atrapado barbos y tencas, una especie de carpas de buen tamaño, con escamas grandes y brillantes, una sola aleta dorsal y dos pares de barbas pequeñas en la boca, así como patos, galápagos y mejillones de agua dulce. Quiso asegurarse de que todo seguía en su sitio. Las cabañas se encontraban en la parte baja del poblado, junto al lago, mientras que en la parte más alta estaban los graneros redondos con enlosado, los rediles para el ganado, los hogares comunitarios y las fosas de residuos. Levantó aún más la vista hacia las cuevas, el hogar de sus antepasados, y donde encontraría al viejo Baasi. Debía ir a verlo para

que lo sacara de dudas. Se encaminaba decididamente hacia su cueva, cuando unos gritos lo pusieron alerta.

Miró en derredor y al instante vio que uno de los niños que jugaban con los perros había caído al suelo cuan largo era. Se acercó corriendo por si podía ayudar. El chiquillo sufría convulsiones, unas contracciones violentas que le provocaban sacudidas espasmódicas. Gemía y no conseguía fijar la vista en ninguno de los que, impotentes y asustados, lo miraban con la boca abierta. Los movimientos cesaron un momento. Cuando todos pensaban que aquello había acabado, las convulsiones volvieron. Esta vez los espasmos fueron más violentos y sostenidos, y el niño empezó a babear abundantemente. Espumarajos de saliva blanca y espesa surgían de su boca mientras él se mordía la lengua. Quienes lo rodeaban estaban aterrorizados. Daba la impresión de que alguien o algo había invadido aquel pequeño cuerpo y lo zarandeaba sin miramientos contra el suelo.

—¡Llevémoslo a la cueva del viejo Baasi! —gritó Ynatsé—. Él sabrá lo que hay que hacer.

Nadie respondió a su llamamiento. El miedo los había paralizado a todos, hombres, mujeres y niños que se habían arremolinado alrededor de aquella pobre criatura que parecía que de un momento a otro moriría. Ante la pasividad de todos, Ynatsé se agachó para coger al chiquillo, pero justo en ese momento las sacudidas y la espuma que le salía por la boca cesaron de nuevo. El niño, exhausto por la lucha que había librado por controlar su cuerpo desenfrenado, perdió el conocimiento. Antes de que volvieran las convulsiones, Ynatsé lo cargó a hombros y, para sorpresa de todos, salió corriendo hacia la salida de la aldea en dirección al refugio del viejo Baasi.

Atravesó la estrecha lengua de tierra que separaba tierra firme del poblado, siempre rodeado de un agua que jamás bajaba de nivel. Dejó atrás la empalizada, que junto con el agua constituía otro elemento defensivo, y se adentró en el bosque, justo donde empezaba un denso robledal, con un sotobosque de boj y madroños que le azotaba las piernas. Las cuevas no distaban mucho del poblado, por eso el viejo Baasi había querido quedarse allí cuando el resto se trasladó a las cabañas junto al lago.

Aparte de ser un sabio, Baasi era bastante habilidoso para encontrar soluciones o explicaciones a hechos y sucesos incomprensibles, y también tenía buena mano en una práctica que consistía en hacer un diminuto orificio en el cráneo. Lo había aprendido un poco por azar, y después, a

fuerza de ir repitiendo la operación, se había convertido en un experto; resultaba extraordinario, pero tampoco era la única intervención que practicaba. Ejercía otras pequeñas habilidades sobre ciertas partes dañadas del cuerpo, con objeto de procurar un alivio del dolor y una rápida recuperación. A veces solo consistía en practicar un drenaje, o bien extraer espinas o protuberancias dolorosas, o efectuar un diagnóstico adecuado.

Lo cierto es que Baasi creía que con aquella intervención en el cráneo podía curar los dolores de cabeza que atormentaban a los hombres del poblado. En ocasiones, un dolor tan intenso que parecía que fuera a estallarles la cabeza podía ser el resultado de un traumatismo, un golpe recibido yendo de caza o durante un ataque enemigo, que les provocaba un pequeño derrame interno. Baasi sencillamente practicaba una pequeña abertura en el cráneo para descomprimir y calmar el dolor. Antaño sus antepasados también utilizaban aquella técnica para intentar expulsar un mal espíritu o alejar alguna presencia que se hubiera introducido en la cabeza o el cuerpo del individuo.

Y ese era el caso que Ynatsé creía llevarle, el de un niño pequeño al que, como aún tenía el alma frágil, había corrompido algún espíritu.

—Baasi, te traigo a este chiquillo, creo que algún mal espíritu ha entrado en su pobre cuerpo.

El viejo Baasi lo miró con escepticismo, pero le indicó que lo tendiera en el suelo, sobre unas pieles junto al fuego. Ynatsé obedeció.

—¿Y qué te hace pensar que un «mal espíritu» lo ha poseído? —le preguntó mientras examinaba las magulladuras del niño, fruto de su reciente ataque.

—Estaba jugando con otros críos y, de repente, se ha desplomado y ha empezado a convulsionarse. Se movía de forma muy extraña, compulsivamente. —Ynatsé imitó aquellos movimientos deslavazados—. Saltaba a la vista que no podía controlarse, eran convulsiones desordenadas, como si algún otro lo sacudiera desde dentro. De pronto ha parado y enseguida ha vuelto a empezar, echaba espuma por la boca y se mordía la lengua.

Ynatsé intentaba describir con la mayor precisión cuanto había visto mientras aquel mal espíritu se manifestaba a través del cuerpo del niño.

Baasi enarcó las cejas y puso al pequeño de lado para que, si le daba otra convulsión, no tuviera problemas con la saliva ni con la lengua y pudiera respirar con normalidad.

Luego cogió un puñado de hojas verdes y secas y las puso en un cuenco con agua al fuego. Ynatsé seguía todos sus movimientos con la mirada. El chiquillo empezó a moverse. No abría los ojos, pero daba señales de recuperar la consciencia. El brebaje empezó a hervir y al cabo de unos instantes el anciano acercó el cuenco a la boca del niño para que bebiera a sorbos.

—No dejaremos que despierte del todo, volveremos a dormirlo. Antes de practicar una incisión en la cabeza hay que administrar una poción de plantas adormideras a fin de que no se sufra dolor —explicó a Ynatsé—. ¿Entiendes?

Al poco le pidió:

—Acércame esa piedra puntiaguda que hay junto al fuego.

Ynatsé obedeció y le llevó el punzón.

Baasi agarró la cabeza del chiquillo y le preparó el lado izquierdo del cráneo.

—Antes de que me preguntes por qué el izquierdo y no el derecho, la respuesta es muy sencilla: el aliento de la vida penetra por la oreja derecha; el de la muerte, por la izquierda. Por tanto, si la muerte quiere hablarle al oído, nos aseguraremos de que el susurro no se quede dentro de su cabeza sino que se pierda en el aire.

Ynatsé sonrió ante la demostración de sabiduría de aquel hombre que, de resultas de una desgracia —había perdido un ojo cuando era joven—, había adquirido un don. No pudo cazar como los demás hombres del clan, pero ningún otro tenía los conocimientos que él poseía. Y ahora le haría una demostración.

—Fíjate... —dijo mientras procedía a hacer una pequeña incisión en el cuero cabelludo para despejar la zona donde practicaría el agujero—. Es muy sencillo. La técnica del barrenado consiste en apoyar, sin dejar de apretar, la punta de piedra bien afilada y girarla hasta que se obtiene la perforación. El ángulo de la perforación será más o menos abierto en función del ángulo de la punta. Con una barrena como la que utilizo se puede obtener un buen orificio. Son agujeros que siempre tendrán forma cónica, algo inclinada de arriba abajo. Existen otras técnicas, pero en este caso creo que esta es la más adecuada.

Apareció un chorrito de sangre.

—Eso... ¿es buena señal? —se preocupó Ynatsé.

—Sí, muy buena —confirmó Baasi—. Seguramente esta acumulación

de sangre es lo que le provoca los espasmos y ese comportamiento tan extraño e incontrolado.

—Entonces, ¿no lo ha poseído ningún espíritu? —quiso saber Ynatsé, que no ocultaba cierta inquietud.

—No lo sé... aunque no lo creo —dijo dubitativo Baasi—. Pero, tranquilo, dentro de muy poco lo sabremos.

—¿Y ya está? ¿El agujero lo dejas abierto? —volvió a preguntar Ynatsé con curiosidad.

—Sí, ya está, ya te he dicho que era muy sencillo —lo tranquilizó de nuevo—. Por el agujero no te preocupes, se cerrará solo dentro de unos días —afirmó el anciano.

—¿Y el niño volverá a la normalidad?

—Espero que sí. —Baasi hizo una pausa y añadió—: Confío en que esta acción desencadene otra, una reacción, que sea positiva. Nosotros, Ynatsé, nuestro mundo, somos fruto de un equilibrio de causas y efectos, de acciones y reacciones —sentenció.

—¿Qué quieres decir?

—Pues lo que he dicho. Yo entiendo que una cosa provoca otra. A veces para algunas no encontramos explicación y creemos que se trata de algún fenómeno sobrenatural provocado por los espíritus o los dioses; pero no tenemos por qué entenderlo todo, ¿no? —Y se echó a reír.

Ynatsé asintió con la cabeza, sonriendo. Sin embargo, estaba convencido de que la magia de Baasi, en ocasiones bajo un aspecto grotesco, con frecuencia ocultaba conocimientos reales, fruto de la constante observación de la Naturaleza y una larga experiencia. Eso le permitía intervenir mediante acciones unas veces prácticas, como la que Ynatsé acababa de presenciar, y otras simbólicas, pero que en definitiva constituían un rico tesoro que ignoraba si era únicamente patrimonio de su clan o si tal vez había otros como Baasi en todos los pueblos de aquel mundo regido, como decía el viejo sabio, por el azar.

—Lo dejaremos descansar después de un esfuerzo tan grande. Si es preciso, ya le practicaré otra incisión —declaró Baasi mientras recogía el material que había utilizado.

A Ynatsé le preocupaba el pequeño, pero se quedó tranquilo al ver la reacción de Baasi. De manera que aprovechó para hablarle de algo que hacía tiempo que lo inquietaba.

—Lo cierto es que ya tenía intención de venir a verte antes de que

pasara esto —dijo señalando al chiquillo, que dormía plácidamente sin el menor indicio de temblor—. Sabes, Baasi, mientras dormía me ha pasado una cosa muy extraña.

—¿Sí? ¿Cuál, Ynatsé? —El anciano guardó unas hierbas en un zurrón y lo miró de hito en hito.

—No lo sé, no sé cómo explicarlo. He tenido una serie de pensamientos, visiones, imágenes, incluso emociones, que no puedo controlar pero que veo como si lo estuviera viviendo, ¿me entiendes? —Lo interrogó con la mirada y enarcando las cejas.

Baasi asintió con la cabeza y lo animó a continuar.

—En un momento dado me despierto en la cabaña y pienso que han sido imaginaciones vanas, pensamientos de cosas imposibles, o imposibles de creer.

—¿Por qué? ¿Qué hacías o veías en esas imágenes?

—Anoche, por ejemplo, caía en un agujero muy profundo, una especie de trampa similar a las que utilizamos nosotros para cazar. Después caía también un animal y luego, tanto a esa bestia como a mí —hizo el gesto de izar en el aire—, nos sacaban del agujero con unas cuerdas...

—¿Quién os sacaba? —interrumpió el anciano.

—Unos hombres que me ataban y me llevaban hacia su poblado, supongo... Recibía unos golpes en la cabeza y no sé nada más, pues a continuación desperté en mi cabaña.

Baasi se quedó pensativo, reflexionando. Se mesó la barba y preguntó:

—Anoche, después de la última comida, ¿chupaste savia de las plantas del Jardín de los Ausentes?

—No, ¿por qué?

—Bueno, es que el fluido que circula por esas plantas tiene unas propiedades que a veces distorsionan la realidad y hacen ver cosas que no existen. ¿Entiendes?

Ynatsé asintió con la cabeza, aunque no tenía ni idea de lo que le hablaba, y todavía perplejo ante lo que había vivido, exclamó:

—Pero, Baasi, ¡es que era muy real!

—¿Es la primera vez que experimentas algo así? Quiero decir, ¿lo has vivido otras veces? —Al parecer, el viejo ya sabía lo que le había ocurrido.

—No, ya te he dicho que me ha pasado varias veces.

—Mmm... —Entonces se retiró al fondo de su cueva—. Sígueme, quiero que veas una cosa.

Se adentró en una galería estrecha y oscura que se iba iluminando según se abrían paso por ella. La luz de la antorcha dotaba de vida a las frías paredes, ahora anaranjadas, y descubría escenas coloreadas, abigarradas, impactantes, sensuales, violentas... De hecho, gracias al movimiento oscilante de la llama daba la sensación de que los dibujos se movían, como si volvieran a la vida.

Baasi solía pintar en las paredes todos los hechos que habían marcado la vida del poblado, todo lo que creía que merecía la pena ser recordado. Ynatsé jamás había visto aquellas imágenes; había oído hablar de ello, pero nada que ver con lo que sus ojos descubrían ahora: la caza del primer oso, el baile de la fertilidad de las mujeres, la gran pesca, la recogida de la miel, la esquila de los caballos, y así hasta una infinidad de escenas que recogían de manera ordenada y fidedigna los principales acontecimientos de su clan en los últimos tiempos.

Al principio pintaba con los dedos, pero refinó la técnica gracias a unos pequeños utensilios que él mismo se fabricó. Cogió un manojo de pelos —también podían ser plumas o hilos—, los fijó al extremo de un mango de madera y utilizó el artilugio para extender los diversos pigmentos sobre la superficie que ilustraba y darle color. Mezclaba el ocre o el carbón con agua, y si se terciaba o lo consideraba conveniente, utilizaba otras sustancias que dotaban a las escenas de un colorido determinado. Si quería hacer grabados, practicaba en la piedra unas pequeñas incisiones con alguna herramienta punzante y jugaba con las ondulaciones de la pared, la rugosidad, la porosidad y los distintos pliegues a fin de seguir dejando testimonio de su paso por esta vida.

De pronto Baasi se volvió y abrió los brazos como si quisiera abarcar todo el espacio circundante.

—Estas paredes están llenas de lo que yo llamo recuerdos —proclamó con cierto orgullo—, una manifestación del espíritu que reconstruye el pasado haciéndolo revivir a través del presente. Gracias a estos dibujos, Ynatsé —su tono se hizo más grave y trascendente—, recuperamos los momentos que ya no han de volver.

Y señalando un paño de pared todavía virgen de trazos y pigmentos, hizo un vaticinio:

—Ynatsé, tú estás llamado a realizar grandes cosas por este pueblo. Los dioses, que son quienes rigen el porvenir, lo saben y te han reservado un lugar de privilegio en los hechos que marcarán la vida de nuestro clan.

Mientras duermes, te van mostrando el camino.

2

LA PROEZA

Estaba preocupado. Lo que había visto mientras dormía y la incertidumbre de no saber qué le ocurriría lo inquietaban. Esta vez, hablar con su viejo mentor, que con frecuencia lo guiaba y aconsejaba, le había provocado una angustia todavía mayor. ¿Qué estaba llamado a hacer? ¿Y cuándo? ¿Y por qué él? ¿Qué significaban las imágenes que había visto?

Salió de la cueva de Baasi aturdido, con el ánimo tan conturbado que no le dejaba ver con claridad lo que debía hacer o decir. ¿Tenía que aceptar ese llamamiento? Un llamamiento que, por otra parte, él no había oído. Bajaba por la pendiente que daba acceso a la cueva del viejo sabio cavilando esas preguntas y la premonición de Baasi. Y mientras, paseaba la mirada por el poblado que se extendía a sus pies.

Las volutas de humo que se alzaban se mezclaban en el cielo con los gritos de la chiquillería que, jugando, corría por los dominios del clan. Formaban ya una comunidad de cerca de un centenar de personas que se había instalado a la orilla del lago. Ynatsé suspiró y levantó la cabeza para mirar al cielo, que se iba encapotando con nubes panzudas y amenazantes. Se agachó y recogió un puñado de tierra fértil, la misma que sus antepasados habían elegido para establecerse y forjar un linaje. Mientras aquel terrón se le escurría entre los dedos, acabó posando la vista en el lago, del que extraían gran variedad de peces. Y entonces abrió mucho los ojos y volvió a plantar los pies en el suelo.

—¡La canoa! —exclamó, dándose en la frente con el puño cerrado.

Tiró la tierra que tenía en la mano y bajó hacia el poblado a grandes zancadas, pues acababa de recordar que se había comprometido a ayudar a construir una nueva canoa para salir de pesca.

Aquel era el futuro más inmediato que le deparaban los dioses, y no otro que mereciera ocupar un paño de pared donde Baasi inmortalizaba los principales momentos del clan.

Pescaban de todo, pero de día buscaban principalmente una pieza muy especial: un pez que tenía un cuerpo esbelto como de palmo y medio de largo, algunos de hasta dos palmos. Tenía las escamas de un amarillo verdoso moteado de negro, y dos o tres barbitas a ambos lados de la boca. Aquellos pelos largos bajo la cara le daban un aspecto grotesco y un tanto humano. También las carpas tenían esas barbitas, pero el efecto que producían era diferente, y como eran más gruesas, había más carne. Un pescado de carne blanca y suave que, a la hora de comerlo, rodeaban de una

capa de hierbas aromáticas frescas —romero, por ejemplo—, y luego envolvían en unas hojas anchas que disponían sobre las brasas para que se fuera asando. En cambio, la carne de las tortugas no era tan preciada, aunque también la comían si pescaban alguna. De esos animales aprovechaban sobre todo el caparazón como vasija para los rituales. Su forma ligeramente abombada, negra con puntos y rayas amarillas, la hacía muy adecuada para tales menesteres.

Cuando salían de noche a pescar, debían ir con cuidado con las anguilas, que pese a tener una carne muy sabrosa y gelatinosa, presentaban un peligro: su sangre. Habían descubierto que la sangre de la anguila poseía una propiedad que podía causar la muerte. Las consecuencias eran devastadoras. Anulaba todos los sentidos: nublaba la vista, te dejaba sordo, sin gusto ni olfato, y la piel era incapaz de notar nada, ni el mínimo roce. Brazos y piernas inmovilizados, bloqueo de la respiración y, en casos extremos, la muerte. Solo era dañina cuando entraba en contacto con la sangre humana a través de una herida. Aplicaban aquel veneno, que también se encontraba en los congrios, a las puntas de las flechas y las lanzas cuando salían a cazar o guerrear. En el lago vivían ejemplares que podían llegar a los tres o cuatro codos de largo, y por eso sabían que salir de noche a pescar algún ejemplar resultaba muy peligroso, un golpe bien dado a la canoa podía hacerlos caer al agua y... quién sabe si acabar con sus vidas.

La canoa era el símbolo de su economía, de la administración ordenada de los bienes de la comunidad, y para fabricarla no bastaba con un hacha de piedra. Había que encontrar un buen árbol, talarlo, vaciarlo y arrastrarlo hasta el lago. Por tanto, se necesitaba tiempo y la cooperación de los más fornidos y habilidosos del poblado, e Ynatsé era uno de ellos. La embarcación se construía a partir de un tronco de encina o de roble vaciado, o bien de corteza. Debía ser pequeña y ligera, funcional y resistente: el medio idóneo para moverse por el lago.

Ynatsé bajaba hacia el poblado a buen ritmo y se cruzó con la aguadora. Con una bolsa hecha con el vientre de una cabra montés, se dirigía al río a llenarla de agua. Luego la vertería en unos cuencos de corteza de abedul y la ofrecería a las mujeres para que bebieran. Les entraba sed porque trabajaban la piel al sol. Las mujeres estiraban, extendían y raspaban la piel húmeda, que se iba secando con el calor del sol. Más tarde, una vez que la habían ablandado, adquiriría un tacto más suave, y entonces la

frotaban con grasa para que fuera más flexible y fácil de manipular. Mientras les iba sirviendo agua, debía ir con cuidado de no salpicar ni una gota sobre la piel, tarea difícil. Ynatsé siempre había seguido con mucha atención e interés todo el proceso de transformación de un trozo de piel en una honda. Pasó por donde estaban trabajando y se fijó en las dos mujeres que tenía más cerca. Una —la de más edad— cogía el brazo de la otra —mucho más joven— y lo utilizaba para medir una tira de cuero que ya habían preparado otras mujeres. Aquella banda de cuero que después se convertiría en una honda letal no podía ser ni muy corta ni muy larga: de una medida que no estaba anotada en ninguna parte pero que los que tenían buena mano para confeccionar hondas conocían muy bien. La más veterana y experimentada cortó una tira de una longitud que permitiera doblarla por la mitad, y donde quedaba el doblez alojó una piedra redonda. Se aseguró de que fuese un guijarro pesado a fin de que creara una buena panza y formase un receptáculo adecuado. Era un paso muy importante, porque había que moldear la piel curtida que más tarde serviría para alojar los proyectiles que saldrían propulsados. Desde pequeño, Ynatsé había sentido fascinación por aquella arma. Su habilidad y destreza con la honda lo había distinguido del resto de muchachos y hombres del poblado. Observando cómo lo hacían las mujeres, él mismo se había fabricado uno de aquellos artilugios, un arma sencilla y útil tanto para cazar como para defenderse. Servía para arrojar piedras y consistía en una tira corta de cuero, donde se alojaba la piedra, unida por los extremos a dos trenzas de esparto o cáñamo. De ese modo no necesitaba acercarse tanto a los animales, al contrario de lo que ocurría con las lanzas o los garrotes. Estas eran armas muy consistentes, pero exigían que quien las empuñaba se encarase con el animal, se enfrentara a él en una lucha casi cuerpo a cuerpo. Al principio Ynatsé aún no estaba preparado, y como no tenía suficiente fuerza, lo solucionó con su artilugio, y hete aquí que, tras haber practicado y haber arrojado y perdido unas cuantas piedras —algunas fueron a parar a las cabezas de miembros del clan, que salieron en su persecución blandiendo una amenazadora tranca—, se vio con ánimos de salir a cazar, al principio alguna liebre o alguna jineta, nada de mayor tamaño. Sin embargo, con los años adquirió una destreza que lo hizo único, y por eso nunca salía sin llevar la honda sujeta a la cintura, así como un zurrón, hecho de piel de nutria, con unas cuantas piedras. Aquel día no fue una excepción. Había estado pensando en todo aquello al encontrarse a la aguadora y al grupo de

mujeres mientras caminaba con rapidez en dirección al poblado.

Sabía que llegaba tarde e intentó apretar el paso, pero entonces, al salir del bosque de encinas, se lo encontró en medio del camino.

Un oso abrazaba una colmena de abejas y chupaba la miel.

Cuando el plantígrado lo vio, debió de suponer que Ynatsé pretendía arrebatarse aquel dulce tesoro y le soltó un bramido que movió las hojas de las ramas más próximas. Tras soltar el rugido se incorporó. Era corpulento, de pelaje amarronado, ojos pequeños y una lengua larga que hasta ese momento había estado saboreando un néctar exquisito y que ahora se movía entre los dientes y los colmillos, que enseñó amenazador al intruso.

Sentado tomando la miel era una cosa, pero erguido no solo imponía: daba pánico. Ynatsé jamás se había visto frente a un animal tan grande. Pese a que estaba sobrecogido por el miedo, dio unos pasos atrás mientras el oso no paraba de gruñir y se le acercaba, ahora ya a cuatro patas, cada vez más deprisa.

Siguió retrocediendo al tiempo que introducía una mano en el zurrón para coger una piedra y con la otra aferrar la honda.

Con la ansiedad, la primera piedra se le cayó al suelo. Pero aún quedaban dos más en la bolsa de piel. Decidió echar a correr para distanciarse un poco más de aquella bestia furiosa. Cuando se había alejado lo suficiente, se detuvo y metió la mano en el zurrón. Sus dedos se pasearon nerviosos por el interior del saquito, rebuscando, pero no había ni rastro de las piedras. «Mientras corría —se dijo—, debo de haber perdido las piedras.» Echó una mirada alrededor y decidió esperarlo. Se plantó en medio del camino y se encaró al animal, que con paso firme pero torpe se le acercaba. Ynatsé, con la sangre fría de los grandes guerreros, se agachó, cogió un pedrusco, lo colocó en el receptáculo y juntó los dos extremos de la honda en la mano derecha. Acto seguido, con otro gesto seguro, la mantuvo a la altura de los ojos con la mano izquierda y extendió el otro brazo hacia el oso para apuntar. El animal, al ver a Ynatsé parado, había acelerado y aún rugía más. Una vez que lo tuvo centrado, hizo girar la honda tres veces. Un triple movimiento de rotación rápida sobre su cabeza y, con la fuerza centrífuga conseguida, lanzó la piedra, que salió disparada. El impacto fue certero y el proyectil se incrustó en la frente del oso, que había ido reduciendo su paso. Sorprendido por el golpe, el animal se mostró confuso y dolorido, y soltó un bramido tan estremecedor como el viento de las peores tormentas. Ynatsé lo miró y se acuclilló para recoger

otra piedra. El plantígrado se detuvo en seco, se alzó sobre ambas patas y empezó a tambalearse sin dejar de acercársele, de nuevo con los brazos en el aire, enseñando las zarpas y bramando, si bien con menos ferocidad. Ynatsé levantó la honda, le imprimió tres giros sobre su cabeza y, aprovechando que la bestia no paraba de rugir, le apuntó a la boca y le arrojó el proyectil, que se le estampó en el cuello.

Esta vez el impacto sí fue decisivo. El oso bajó los brazos, soltó un gruñido de dolor y, en un acto reflejo, se tocó el cuello, sin duda notando que le costaba respirar. Había perdido toda la ferocidad hasta entonces exhibida. Ynatsé observó los movimientos desesperados del animal, que abría y cerraba la boca y daba cabezazos como en busca de aire. Sin embargo, los dos impactos que había recibido le impedirían volver a probar la miel de ninguna colmena. No tardó mucho en desplomarse. Su gruñido se fue apagando. Ynatsé era presa de temblores debido a los nervios que había pasado, era el primer oso que mataba y no salía de su asombro. Entonces recordó lo que le había dicho el viejo Baasi muchas lunas atrás al verlo con la honda.

—Ynatsé, te daré un consejo...

—Dime, venerable Baasi.

—Para entrenarte en el uso de la honda, debes hacerlo tanto con blancos móviles como estáticos. Es sabido que algunos animales estarán quietos y otros en movimiento, pero hazme caso, todos los días, cuando oscurezca y el sol ceda el paso a la luna, sube allá arriba —señaló una de las cumbres más altas que rodeaban el poblado— y, aunque te parezca una tontería, lanza piedras a la luna con tu honda.

—Pero ¡yo no quiero cazar la luna!

—Ya lo sé, Ynatsé, lo que quieres es ser un gran cazador, un gran guerrero, y tener un dominio de la honda como nunca ha tenido nadie. Haz lo que te digo y no te arrepentirás.

Y así lo hizo, no muy convencido y —dicho sea de paso— con el eco de las carcajadas de sus compañeros en el oído, pero Ynatsé jamás había desoído un consejo del sabio Baasi. Si se lo recomendaba debía de ser con buen fin. En aquel momento no había entendido su consejo, pero ahora que acababa de abatir de dos pedradas a un oso, ¡un oso, nada menos!, una sonrisa se dibujó en sus labios. Con aquel entrenamiento había dotado a su brazo de una potencia extraordinaria, y además, sin darse cuenta, había alimentado su sueño, su deseo de convertirse algún día en un guerrero-

cazador admirado por los suyos y temido por los demás.

Ahora, mirando al oso derribado y todavía con cierto temblor, corroboraba que el sueño se había hecho realidad. Y no solo eso: sin llegar a creérselo del todo, empezó a pensar que los dioses lo estaban poniendo a prueba.

—¿Ahora llegas? ¡Qué caradura! —le reprochó Dro, y acompañó su queja dándose golpecitos en la mejilla.

Jadeante, Ynatsé levantó una mano en señal de disculpa mientras trataba de recuperar el resuello que le faltaba después de lo que había vivido y de la carrera que había tenido que hacer para llegar, aunque fuera tarde. Su respiración todavía era dificultosa. Sabía que no tenía excusa, pero acababa de enfrentarse a un oso, y aún más importante, ¡lo había matado con su honda! Estaba ansioso por contarlo.

—No era mi intención... —se atrevió a decir, tras coger una bocanada de aire y rascándose la cabeza—. Es que... me he entretenido...

Hizo una pausa, pero sus compañeros ya le habían vuelto la espalda, negándose a escuchar sus excusas. Este se quedó con un palmo de narices y con las ganas de relatarles su peripecia. Acababa de vivir un acontecimiento único, un hito especialmente notable e imprevisto. Al levantarse aquella mañana, poco podía imaginar que derribaría a un animal tan poderoso.

Había matado a un oso, ¡un oso!

Cualquier miembro de su tribu lo consideraría una auténtica proeza, la cual le valdría un tratamiento especial y un reconocimiento que lo acercaría al estatus de guerrero-cazador, pero como había llegado tarde, no le concedieron ni un segundo.

—Me he entretenido... contemplando las pinturas del viejo Baasi. — Optó por acabar la frase con una afirmación que, sin ser falsa, sí era irrelevante comparada con la magnitud de los hechos que acababa de protagonizar y que al parecer no interesaban a nadie.

Ynatsé pensó que ya encontraría el momento para comunicar aquella gran noticia; ahora, no obstante, debía concentrarse en otro asunto, porque cuando llegó ya habían talado un tronco y lo habían arrastrado para empezar a vaciarlo. Luego lo calentarían al fuego con el fin de que se abriera como una flor y la madera quedara sellada. Antes de salir a navegar

le aplicarían una capa de resina y cera para hacerla resistente al agua. Concluida la tarea más importante, ahora entraban en juego las manos expertas de los artesanos. Ynatsé fue testigo de una discusión entre dos de los carpinteros que procuraban dar forma a la embarcación.

Uno defendía que acabara en punta y el otro argumentaba que las formas redondeadas eran más recomendables.

—¡Hay que hacerlas redondeadas! —insistía.

—Ni pensarlo, la haremos con los extremos puntiagudos a fin de que corte mejor el agua —rebatía el otro con actitud y voz más enérgicas—. Además —añadió—, opino que por dentro el fondo ha de ser también en forma de punta, que hemos de tallar una pieza de madera que, por la parte inferior, vaya de un extremo a otro y sobre la que montaremos el armazón de la embarcación.

—¡Las canoas de fondo redondo tienen más estabilidad y es muy difícil que vuelquen! —defendió con vehemencia el primer carpintero—. Resultan más fáciles de maniobrar. Las canoas acabadas en punta son buenas para seguir el curso de un río o aguas abiertas, y son difíciles de maniobrar.

El viejo carpintero acompañaba sus argumentaciones con gestos muy expresivos. De hecho, Ynatsé secundaba sus puntos de vista porque tenían más sentido.

—Si instalamos esa pieza, ¿no ves que aún costará más hacer virar la canoa si tiene que salvar algún obstáculo, una roca, por ejemplo?

Ninguno de los dos se avenía a razones. Ambos pensaban que la tenían, y por eso Ynatsé decidió intervenir, decantándose por el razonamiento del último.

—No querría meterme donde no me llaman, pero... —osó interrumpir la discusión—, pero creo que es más juiciosa la propuesta de las formas redondeadas. Facilitarán la navegación y la seguridad.

Al cabo de un rato de debate más o menos sensato y sereno, con algún que otro grito y despropósito, Ynatsé consiguió hacerlos entrar en razón y los carpinteros convinieron en que redondearían las formas. De hecho, la discusión habría acabado igualmente tanto si hubiera habido un vencedor como si no, porque Dro, que los había dejado un momento para ir en busca de una herramienta, volvió muy alterado y gritando como un poseso.

—¡Hay un oso muerto en medio del camino!

Ynatsé sonrió y pensó en lo que le había predicho Baasi. Después de lo

que acababa de hacer, notó que en su interior empezaba a nacer una muy incipiente y tímida confianza en sí mismo que quién sabe si lo llevaría, por ejemplo, a encararse con aquellos que, mientras dormía, había visto que se lo llevaban prisionero.

Dejó de lado aquellos pensamientos y se dispuso a referirles su proeza.

3

EL PODER DE LOS CABALLOS

Yun buen día, mejor dicho, un mal día los caballos no regresaron — concluyó Baasi con semblante grave mientras le mostraba la pared, donde había momentos memorables de la esquila de los caballos.

Ynatsé iba con frecuencia a la cueva del viejo sanador, le gustaba contemplar las imágenes que Baasi había pintado en las paredes.

—¿Este... este... es mi padre? —preguntó señalando una de las siluetas humanas, que abrazaba a un caballo.

—Así es —respondió el anciano, asintiendo con la cabeza.

El padre de Ynatsé había sido adiestrador de caballos. Lo hacía por medio del amor, porque por encima de todo él amaba a aquellos animales. Los caballos, según decía, eran de complexión robusta y expresión simpática. Eran animales fuertes, nobles, de aspecto tranquilo y elegante porte. Extremadamente sensibles y asustadizos, tenían miedo de todo lo que se movía. Pero eran leales si uno sabía tratarlos con amor.

—Tu padre tenía muy claro que había que transmitirles que no debían temer nada.

Baasi hablaba mientras Ynatsé acariciaba la parte de la pared donde estaba la figura que evocaba a su padre.

—Recuerdo que me dijo: «El hombre es un animal depredador, y para crear la comunicación con un animal es necesario quererlo y lograr que confíe en ti. Si no podemos conseguir que el caballo, que es muy receptivo, lo entienda, no es culpa suya, es porque nosotros no sabemos explicarnos ni comunicarle lo que queremos hacerle entender.» Tu padre era un hombre... —soltó un suspiro de impotencia— era un hombre como hay pocos en este clan.

Ynatsé, con aire melancólico, dirigió la mirada a los dibujos de la pared, que plasmaban una añorada manera de actuar y vivir.

Con la llegada del buen tiempo, esquilaban a los animales. Era una tarea que no todos podían hacer. Los hombres debían poseer unas características físicas determinadas para dominar y finalmente esquilar la crin del caballo. Se trataba casi de un ritual, que Ynatsé había visto desde pequeño y había seguido con admiración, porque su padre se había convertido en uno de los mejores esquiladores. Era corpulento y se enfrentaba a aquel animal imponente a pecho descubierto, sin otra herramienta que su fuerza, su destreza y su constancia.

Toda la comunidad asistía extasiada a aquel tira y afloja, a la lucha

ancestral entre el hombre y la bestia, que no siempre se decantaba hacia el lado humano. Procedente de un pasado lejano e impreciso, el ritual se llevaba a cabo con respeto absoluto por el caballo y su espíritu. Comenzaba al alba, cuando un grupo de hombres salía del pueblo hacia las montañas donde pacía la manada. Iban acompañados de dos niños que, en una especie de ritual iniciático, los ayudaban a agrupar a los animales y hacerlos bajar hasta cerca de los dominios del clan para proceder a la esquila. Aquel era el único recuerdo que Ynatsé conservaba de su padre, ligado a los caballos y a aquella liturgia que los conectaba con los antepasados. Él era muy pequeño cuando se fue. Un recuerdo que jamás se borró. No solo porque estaba estampado en las paredes de la cueva, lo cual no dejaba que se difuminara, sino porque, pese a que no se hablaba de ello, Ynatsé siempre pedía a Baasi que le contara cosas sobre su padre.

El anciano había estado a cargo de su educación.

—Baasi, pero ¿por qué se fue mi padre?

—Eras muy pequeño cuando Faar, tu padre, tuvo que marcharse desterrado, porque durante el gran incendio lo acusaron de un crimen que no había cometido. Paar, el actual jefe del clan, lo obligó a elegir: marcharse o morir. Tu padre era un líder noble y no quiso dividir al clan. Optó por irse y hacer su vida lejos del Clan de los Caballos.

—Pero ¿qué ocurrió? ¿Cuéntamelo! —La curiosidad roía a Ynatsé.

—Hoy no, joven Ynatsé, hoy no... —Baasi movía las manos como quien espanta moscas—. Solo te diré que su partida coincidió con la desaparición de los caballos. Desde entonces, el poblado nunca fue el mismo y quedó diezmado, por eso tú no has parado hasta poder seguir la pista a una manada de caballos salvajes. ¿Me equivoco? —le preguntó el viejo sabio.

—No, no te equivocas. Imaginaba que me habías leído la mente apenas he llegado.

—Lo que no sé es dónde has encontrado el rastro —reconoció Baasi, y acto seguido hizo una afirmación—: No cabe duda de que eres hijo de tu padre. ¡Lo llevas en la sangre!

—Lo he encontrado muy cerca del Salto de la Nutria, a medio día de camino —indicó Ynatsé.

—Tu reto consistirá en hacerlos volver y, de paso, lograr que nuestro clan recupere el temple y la confianza. Tienes que hablar con Paar y organizar la incursión —le recomendó.

—Ya lo he hecho —se apresuró a responder Ynatsé.

El viejo Baasi enarcó las cejas en señal de sorpresa. Una grata sorpresa, porque constataba que había salido calcado a su padre.

—Partimos mañana antes de que salga el sol —anunció el muchacho.

Ynatsé había comprobado que, por lo general, eran grupos formados por yeguas y potros, liderados por un macho dominante. El que mandaba aquella caballada era un hermoso y robusto ejemplar negro que en aquel momento hacía un movimiento sinuoso con la crin. Fue testigo de cómo se detenían a pastar en un prado. Vio cómo el macho marcaba los límites de sus dominios con la orina y montones de excrementos. Además de hacerse notar por su presencia física, su relincho resultaba ensordecedor. Era una mezcla entre el rebuzno de un asno y el rugido de un oso. Muchas veces, si las condiciones de agua y alimento lo permitían, los machos permanecían en su territorio y no se unían a las migraciones, y esperaban a que las hembras volvieran durante la estación de las lluvias, cuando empezaba la época de cría.

Los machos territoriales vecinos frecuentemente se socializaban en las fronteras a través de una serie de rituales, y a veces se producían peleas como la que Ynatsé estaba a punto de presenciar. Tenía ante sí a dos portentosos caballos que, cual dos colosos, estaban a punto de enzarzarse en una lucha, uno para defender su territorio y el otro, con actitud altiva, para arrebatárselo. Se peleaban erguidos, plantados sobre las patas traseras y levantando las delanteras. Se daban cabezadas y coces y se mordían. El combate duró lo que quiso el macho dominante, porque cuando se cansó, le asestó un golpe seco que dejó medio inconsciente a su contrincante, el cual huyó con la cola entre las patas y tambaleándose por el prado, incapaz de emprender el galope. En otro rincón de la explanada fue testigo de otro hecho excepcional. Una yegua enseñaba los dientes al macho vencedor, y mantenía las orejas tiesas y la cola a un lado. El macho, que estaba excitado después de la batalla, supo interpretar rápidamente las señales que le enviaba la hembra: estaba en celo, a punto para ser cubierta. Sin vacilar, la montó. Ynatsé no podía apartar la vista de aquella unión apasionada entre macho y hembra. Los músculos en tensión del caballo embistiendo a la yegua por detrás, con su sexo portentoso, le recordaron los movimientos que había observado años atrás entre hombres y mujeres del clan. De tanto mirarlos sintió una punzada en el bajo vientre.

El deseo le humedeció la entrepierna y tenía la sensación de que estaba

a punto de eyacular sin siquiera tocarse, solo por el puro placer de la excitación que le producía contemplar aquella escena. No obstante, como ya había hecho en otras ocasiones cuando experimentaba esa sensación, se tocó el miembro, que se le iba endureciendo. Se tocaba y se acariciaba cada vez más deprisa, estimulado y excitado al ver cómo los dos caballos se encabalgaban al viento.

Ynatsé cerró los ojos unos instantes y profirió una serie de suspiros, seguidos de gemidos. Pensaba en Aynires con una fuerte sensación de posesión, quería hacerla suya, quería poseerla realmente, no deseaba tener que darse placer a sí mismo en solitario. Ansiaba compartirlo con aquella mujer, sentir sus muslos entre los suyos. Siguió frotándose con deleite, entreabrió los ojos y vio las embestidas acompasadas a la grupa de la yegua. Volvió a cerrar los ojos para que, como en otras ocasiones, lo inundara aquella oleada de placer. Deseaba sentir el cuerpo de Aynires, pero aquella tarde tuvo que satisfacer el deseo él solo. Tenía necesidad de estar con Aynires, y estaba seguro de que ella sentía lo mismo. Al igual que el macho dominante de aquella manada de caballos salvajes había llegado a la culminación de su excitación con la yegua, y tal como se lo había visto hacer a sus padres y a otras parejas del clan, también él ansiaba poder tener la misma experiencia. Volvió al poblado para informar a los hombres y pedir permiso para organizar una batida. La manada de caballos que había estado siguiendo, se había establecido detrás del frondoso roble, cerca de un imponente salto de agua que distaba solo medio día del pueblo, y podría ser un buen momento para intentar cazarlos. Sin embargo, Ynatsé estaba encendido por las escenas que había presenciado y deseaba ardientemente que Aynires lo ayudara a aliviar sus necesidades. Se dirigió a la cabaña donde sabía que podría encontrarla; lo que no sabía era si estaría sola. Apenas hubo entrado, la vio. Estaba de espaldas, inclinada de rodillas en el suelo, soplando las llamas para avivar el fuego donde cocería la carne.

—Te deseo, Aynires —le dijo con voz ronca.

Se le acercó cogiéndose el turgente sexo, con la intención de poseerla. Ella se volvió para mirarlo como si ya se lo esperase. Sin cambiar de postura —quiso la casualidad que estuviera en una de las posiciones que, como le habían enseñado las mujeres de la tribu, más excitaban o agradaban a los hombres—, le dirigió una mirada cómplice y una sonrisa, ofreciéndole su grupa. Él se arrodilló para poseerla. Al principio se sintió

torpe, con poca maña.

Con los muslos apretados y apoyándose en los brazos, Ynatsé gimió mientras penetraba a Aynires, que le ofreció un cálido recibimiento. Le vinieron a la cabeza las veces que había practicado en aquel cuenco de arena para conseguir mantener el miembro erecto con el fin de prolongar el placer y aplazar la liberación de la energía.

Empezó a mover las nalgas adelante y atrás. Aynires volvió la cara para mirarlo, complacida. Estaba a punto, y la mirada de deseo sonriente que le dedicó tuvo un efecto inmediato sobre Ynatsé, que se encendió aún más. Se fue animando, moviéndose de manera frenética y con ganas, proyectando con ahínco su pubis hacia delante, clavándose en Aynires, que gemía cada vez más a medida que Ynatsé la embestía con mayor decisión. Ynatsé se retiraba ligeramente y volvía a embestirla, una y otra vez, con impulsos bruscos.

Los movimientos sincopados de ambos cuerpos perfectamente acoplados iban dibujando sombras sinuosas en el suelo. Temblaban de placer. El cuerpo de Aynires respondía a los estímulos y ella subía y bajaba la pelvis para que Ynatsé pudiera penetrarla mejor. Mientras cabalgaban de esa forma, Aynires soltaba gemidos roncós y prolongados, fruto de la excitación, mientras volvía a darse la vuelta para dedicarle fogosas miradas. Sus ojos verdes y dorados centellearon cuando recibió una profunda acometida y volvió a clavarlos en los de Ynatsé. Él entendió que le pedía más. Se daba cuenta de la sensación de poder que le otorgaba el hecho de penetrar el cuerpo de Aynires, la cual se entregaba al deseo desatado. De repente, Aynires soltó un largo grito, como si toda ella estuviera a punto de explotar, y se movió de tal manera que Ynatsé tuvo que acelerar el ritmo de sus penetraciones. Notaba sus músculos tensos golpeando de manera creciente la grupa de ella. Le cogió los pechos y los apretó con brutalidad. Eso inflamó todavía más a Aynires, que arrastraba hacia el éxtasis a un Ynatsé que ya hacía rato que gruñía como un oseño cuando saborea la miel por primera vez. Se tensaban y se arqueaban, estaban a punto de llegar al clímax, Ynatsé de vaciarse y Aynires de culminar el placer de sentirse llena. Él la abrazó muy fuerte. Sabía que era muy importante abrazarla, estrecharla contra su cuerpo. Debía transmitirle la fuerza necesaria para que le quedara su olor. Si pasaban toda la noche juntos, unidos, hechos un ovillo, abrazados, su olor quedaría impregnado tan dentro de Aynires que esta sería incapaz de desprenderse de él. No

podría pasar ni un solo día sin aquel olor, casi tan adictivo como la miel. Ynatsé lo sabía, tenía la absoluta certeza, porque Aynires le había oído el sexo y le constaba que, cuando una mujer te olfateaba tanto, es que tenía mucho interés en ti. Al día siguiente afrontaría la caza con ánimo diferente.

Habían salido del poblado cuando el sol empezaba a derramarse por la falda de la montaña. Sobre algunos rincones del valle todavía se cernía la niebla, que reducía la visibilidad de los cazadores. Precisamente la persistencia de esa capa los hacía avanzar tensos y mirar hacia todas partes con desconfianza. Sabían que atravesaban unas tierras que encerraban peligros y procuraban observar alrededor con detenimiento, para adelantarse a cualquier amenaza. Ynatsé, que encabezaba la partida, levantó un brazo y todos se detuvieron. Hizo un par de movimientos con la mano para indicar que tenían a la manada muy cerca, y les ordenó agacharse. Ocultos detrás de unos troncos llenos de zarzas, pudieron ver cómo, casi emergiendo entre la niebla, salían unos ejemplares majestuosos que pisaban con firmeza aquel territorio que ellos osaban invadir. Eran seis caballos machos de color marrón, de largas crines negras y una mancha blanca en forma de punta de lanza que les nacía entre las dos orejas puntiagudas y moría entre los ollares. Iban acompañados de dos yeguas, una blanca y la otra gris. Cerraban el rebaño tres potros esmirriados. Uno era de color gris piedra, otro blanco con manchas marrones y el tercero igual que los caballos adultos: marrón, como la tierra en la que pacían. Se disponían a pastar en la quietud de aquella explanada. Bajaban la cabeza y paseaban el morro por la hierba fresca y húmeda de rocío, que había empapado todo el prado. Pastaban tranquilamente, despreocupados y ajenos a los intrusos que vigilaban sus movimientos. Se oyeron unos relinchos montaña arriba. La niebla empezaba a retirarse y se colaba entre los árboles, lamiendo el denso follaje. Desde su escondite, los hombres de Ynatsé alzaron la vista y vieron cómo desde las peñas bajaba el resto de la manada: una docena larga de caballos que se sumaron al grupo que ya estaba paciendo. El que parecía el macho dominante era el mismo al que Ynatsé había visto luchar con otro caballo; por eso decidió bautizarlo como *Bram*.

Era una bestia negra enorme, elegante y robusta, que dio la bienvenida al resto de los caballos con un relincho sostenido, acompañado de unos

cabezazos que le agitaron la crin, larga y brillante. Con cautela, a una señal de Ynatsé los hombres se fueron distribuyendo en tres pequeños grupos. Uno se quedó allí, otro avanzó por el valle y el tercero emprendió el ascenso a la montaña por detrás de las rocas. La intención era acorralarlos. Unos subían la ladera con el propósito de hacer que los caballos corrieran por la llanura; y los de la llanura los espoleaban con gritos a correr hacia el tercer grupo de hombres, que los esperaban más adelante, justo a la vuelta de un recodo. *Bram* oyó unos ruidos que provenían de detrás de unas matas. Dejó de masticar la hierba y levantó la cabeza en esa dirección. De inmediato detectó peligro, distinguió al intruso y escrutó con sus ojos negros los de Ynatsé, que pudo ver cómo echaba atrás las orejas, señal inequívoca de que estaba furioso. Relinchó lo más fuerte que pudo antes de emprender el galope. El resto de caballos lo siguió de inmediato. Casi al mismo tiempo, uno de los hombres tocó un cuerno, un asta de uro que llevaba colgada al cuello. Inspiró hondo y sopló. Salió un sonido grave y continuo que reverberó en los acantilados de la cresta que rodeaba el valle. Era la señal para que sus compañeros bajasen de la montaña para espantar a los animales y, mediante gritos y blandiendo las armas, evitar que huyeran montaña arriba. El grupo de hombres que iban por delante se había detenido en un punto estratégico, donde habían encendido una hoguera. Como tenían mucha destreza en hacer quemas controladas del bosque para limpiarlo y aprovechar el terreno para cultivar, no les costó nada trazar con las teas un círculo de fuego para detener a los caballos, que llegarían corriendo adonde ellos estaban. Ya había empezado a prender la vegetación y las llamas adquirían la altura adecuada para que los animales no pudieran saltarlas, cuando vieron aparecer por detrás de unos fresnos a la manada desbocada, que corría hacia ellos en busca de una escapatoria. Encabezaba la cabalgada aquel ejemplar que hacía temblar la tierra que pisaba y se enfrentaba a las llamas sin atisbo de miedo en sus ojos, donde, por el contrario, solo se leía la determinación de no caer en aquella trampa. No obstante, detrás de las llamas, a cierta distancia para no quemarse, los hombres de Ynatsé esperaban que a la vista del fuego los animales fueran reduciendo la velocidad. Nada más lejos de su voluntad, que no era otra que seguir ciegamente el impulso tenaz y constante que llevaba su guía, *Bram*, aquel caballo negro al que Ynatsé quería dominar. Se acercaban a aquel cerco de fuego pero no disminuían la velocidad, su galope era imposible de detener.

Las poderosas patas del animal trabajaban a pleno rendimiento. Las llamas no lo pusieron nervioso. Tenía el coraje y la serenidad suficientes para guiar a su grupo a través de aquel obstáculo. A medida que se acercaba al fuego y notaba el calor, *Bram* hizo acopio de una fuerza sobrenatural que lo impulsó en el aire y se levantó del suelo arrastrando un buen puñado de piedrecillas, algunas de las cuales golpearon a los hombres, que se tragaban el polvo que levantaba porque estaban boquiabiertos. Eran testigos de una fuerza prodigiosa que les pasaba por delante como una exhalación, y ni siquiera se plantearon oponer resistencia. Se elevó por encima de la hoguera y quedó suspendido unos instantes sobre el fuego mientras atravesaba las llamas. Solo la punta de una de las más altas se atrevió a lamer las pezuñas de las patas traseras. Ni lo notó. Una vez superado aquel punto, *Bram* estiró las patas delanteras para amortiguar el contacto con el suelo. Sus poderosos muslos quedaron clavados como cuatro pilares de roble, y apenas hubieron tocado tierra, siguió galopando como si no hubiera pasado nada. La sorpresa fue mayúscula para los hombres, que vieron cómo toda la manada seguía el ejemplo de su líder y uno a uno saltaban por encima del fuego, convencidos de su fuerza. Abatidos, los hombres de Ynatsé contemplaban lo que parecía imposible: que se les hubiera escapado toda una caballada. Tendrían que mejorar la técnica o al menos capturar al macho dominante como medio para sojuzgar al resto de la manada. Sería fácil seguirle el rastro, sus pisadas no eran como las de los demás. Los cascos de *Bram* dejaban huellas nítidas, tanto es así que a su paso la tierra parecía sangrar. Caminaba o corría con un paso tan firme que el impacto de sus pezuñas dejaba una profunda herida en aquella tierra que de terrosa y seca pasaba a ser húmeda y de color tirando a granate.

Ynatsé estaba tendido a la sombra de un roble, pensando en Aynires. Tenía la vista clavada en el ángulo entre el tronco y la primera rama que sobresalía, robusta y decidida, del árbol. Y era así porque allí veía trabajar a una araña. Aquel bicho negro y peludo desplegaba una actividad frenética. Segregaba unos hilos tenues y tan delgados que casi no se percibían a simple vista. Desafiando la gravedad, se descolgaba de la rama y tejía con tenacidad su tela, una sedosa y pegajosa trampa mortal para sus víctimas, de la que, cuando cayeran, jamás podrían librarse.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Ynatsé.

Sabía cómo atraparían a la manada de *Bram*. Allí delante tenía la solución. Imitaría a la Naturaleza, como tantas veces hicieran sus antepasados. Recogería un determinado número de hilos de cáñamo, de esparto, de tripa o cuero y los retorcería para formar un conjunto de cuerdas, que saldrían en direcciones divergentes desde un mismo punto. Tenderían una red, una complicada trama con nudos bien trabados, en un claro del bosque. Harían correr a los animales hacia aquel punto y allí quedarían encerrados. Una vez atrapados en esa telaraña gigante, tarde o temprano se cansarían y se someterían a su voluntad. Ynatsé estaba convencido de que la asociación caballo-hombre sería productiva para ambos. Eran dos especies que trabajarían en una misma dirección porque tenían enemigos comunes. Tal como antes hicieran con el perro, y ahora cazaban juntos, harían con los caballos, que podrían ayudar en el transporte y las labores del campo. Ynatsé era consciente de que domesticar suponía, en cierto modo, una forma de humanizar al animal. Sabía que les costaría luchar contra la furia indómita de que *Bram* ya había dado prueba, pero la trampa que tendería tanto a él como a su caballada sería definitiva: tendría que claudicar y dejarse someter. Se levantó bruscamente, todavía con la idea rondándole por la cabeza, y fue en busca de sus hombres. Les explicó el plan: debían trenzar y anudar muchas cuerdas, y luego atarlas alrededor de los árboles de tal manera que se confundieran entre la frondosa vegetación. Tenían que crear una trampa cuadrada, una especie de jaula sin barrotes. Convenía que cada una de las cuatro vallas de cuerdas que levantaran fuese lo bastante tupida y alta, de una altura que a los caballos les resultara imposible saltar. Uno de los lados, el que haría de puerta, sería cerrado después de que entrase el último ejemplar. Debía ser como una telaraña... Una vez lista, solo había que preparar la emboscada. No fue demasiado difícil seguir el rastro de la manada, encontrar a los caballos y organizar una espantada para que galoparan hasta el centro del bosque, donde se abría el claro, y atrapar a *Bram* de una vez por todas.

Todas las mañanas iba a verlo para rendirle honores. Se sentía en deuda con aquel animal. Jamás podría olvidar lo que había hecho por él. Recordaba lo que había costado acorralarlo, así como aplacar aquella furia que le había salvado la vida. Lo acariciaba, le daba de comer y le hablaba

al oído. Su admiración por los caballos era infinita, pero desde aquel día se convirtió en devoción por uno en concreto: *Bram*.

Había ocurrido que, una noche, tres lobos se habían separado de su manada para ir de caza. Encaramados en el risco, habían observado el calvero: ¿qué caballos elegirían para su festín? ¿Cuál daba más el perfil de víctima suculenta? No había que ser demasiado agudo para verlos salivar por la carne del más tierno.

Ajeno al peligro que lo acechaba, Ynatsé estaba vigilando al potrillo que pocos días atrás había parido una de las yeguas de la manada. Era una cría inquieta, de un marrón brillante, con una crin que agitaba juguetona cuando hacía cabriolas y cuando corría a su alrededor. Ynatsé había entablado una relación muy especial con él. Con la astucia que los caracteriza, los lobos empezaron a bajar, casi resbalando, por la pendiente de la montaña. De hecho, el color terroso de su pelaje les resultaba propicio para avanzar inadvertidamente. Se confundían con los rastros del terreno y de ese modo avanzaban sigilosamente ladera abajo. Cuando llegaron al llano, avanzaron casi pegados al suelo. Lo hacían con las orejas erguidas y la boca entreabierta, mostrando su voracidad. En dos saltos se plantaron ante Ynatsé y el potro. Pese a la sorpresa, Ynatsé reaccionó con rapidez. Hizo amago de coger una rama de abedul que tenía cerca, pero uno de los lobos le enseñó los amenazadores colmillos y lo obligó a retroceder. Ynatsé se veía acorralado y el pobre potrillo relinchaba y daba coces al aire. Desesperado, Ynatsé se armó de valor y recogió unas piedras para arrojárselas a la cabeza. Lo consiguió, pero los lobos esquivaron ágilmente la trayectoria de los pedruscos. Aprovechó esos instantes para agarrar la rama seca y enfrentarse a aquellos colmillos lubricados de saliva, ávidos por llenar pronto el estómago con carne fresca. Blandió la rama ante el morro de los lobos, pero uno de ellos hincó los dientes en el palo y no lo soltaba. Lo mordía con tal fuerza que arrastraba a Ynatsé, hasta que lo vio con la guardia baja. Entonces soltó su presa y le saltó encima. Cuando Ynatsé se dio cuenta, ya era demasiado tarde. Notaba las dentelladas, los mordiscos y las zarpas desgarrándole el brazo. Los otros dos lobos aprovecharon para saltar sobre el indefenso potro, que, contrariamente a la reacción natural de nerviosismo y excitación ante un peligro inminente, no huyó. No solo fue presa fácil para aquellas dos bestias, sino que también cayó víctima del pánico y los nervios. Al quedar paralizado, con las extremidades agarrotadas, facilitó las cosas al par de depredadores. Uno le

saltó al cuello y el otro le mordió las patas para hacerlo caer. Una vez que lo tuvieron tendido, se encarnizaron con él. Resistía con dificultad el embate del marfil de los dientes. Los relinchos y bufidos de desesperación se mezclaban con los gruñidos de los famélicos lobos, que empezaron a devorarlo. El potrillo oponía una débil y tímida resistencia que no presagiaba nada bueno. Ambos, tanto Ynatsé como el potro, eran presa de aquellas feroces fauces y ya se habían abandonado a la ley del más fuerte. No obstante, sin saber de dónde provenían, Ynatsé oyó unos aullidos lastimeros. Alzó la vista y vio cómo uno de los lobos volaba literalmente e iba a parar sobre unas zarzas. Quien lo había arrojado hasta allí era el macho dominante. Un portentoso ejemplar que gozaba de la confianza de toda la manada para que los guiara con el fin de encontrar buenos pastos y para que, llegado el caso, los protegiera, como ahora hacía, de los peligros del entorno. Era merecedor de una autoridad que se había ganado a pulso en una lucha a muerte con otro de los machos que quería disputarle el liderazgo. Estaba erguido sobre las patas traseras y agitaba las delanteras cortando el aire, disipando cualquier duda sobre quién mandaba en aquel territorio que los tres intrusos osaban amenazar. Una vez que dejó fuera de combate a uno de los lobos, continuó con los otros dos. Haciendo pinza con las patas delanteras, agarró por el cuello al lobo que estaba mordiendo los muslos de su potro. Cuando notó que tiraban de él violentamente, el lobo se aferró con más fuerza a la frágil piel del potrillo. Lo cual enfureció todavía más al gran caballo, que lo soltó y, con un movimiento extraordinariamente rápido, que no dejó al lobo ni tiempo de reaccionar, le cayó encima con las cuatro patas y le aplastó las vértebras y los huesos. De aquellas fauces que hasta hacía un momento estaban ávidas de carne no salió ni un aullido. La fuerza y el peso del caballo eran tan enormes que le reventaron los pulmones; murió en el acto. Asustado al ver el destino de sus dos compañeros de caza, al tercer y último lobo se le pasó el hambre y optó por huir. Su aullido había resonado en el silencio de la noche.

4

LA VOZ DE LAS MUJERES

Aynires era menuda, pulcra, ingeniosa, ordenada y decidida. Caminaba con cierto aire de autoridad enérgica, pero eso no provocaba rechazo en los demás, al contrario. Cuando veían aquellos ojos verdes salpicados de oro no podían evitar sentirse atraídos. Las mujeres del pueblo se dedicaban a la caza de perdices y otras aves, a pescar cerca del lago sin subir a las barcas, a cultivar el campo, a recolectar, a curtir las pieles, a hacer cerámica, a atender a los niños y a lo que hiciera falta. La comunidad no estaba jerarquizada, todo el mundo podía y debía hacer de todo. Aynires estaba convencida de ello y había tomado la determinación de decirlo durante la inminente reunión del clan. Los hombres habían empezado a subir desde las cabañas hacia la cueva donde iba a celebrarse el encuentro, justo al lado de la que solía ocupar el viejo Baasi. Y Aynires, decidida, se encaminó hacia allí. Además, aquel día Ynatsé no podría estar presente porque habían salido a cazar. Se sentó detrás de los hombres, los cuales discutieron sobre la próxima salida para ir a visitar al clan hermano de las minas, y una vez que hubieron hablado todos, se puso en pie. Se hizo un silencio incómodo, pero ella no se arredró y cuando Paar, el jefe del clan, asintió con la cabeza, Aynires entendió que podía hablar y tomó la palabra.

—Hace tiempo que pienso que nosotras, las mujeres, somos decisivas, providenciales me atrevería a decir, para la supervivencia del grupo y la transmisión de los conocimientos y los valores. Supongo que no me lo negaréis... —soltó sin esperar respuesta.

Las caras de los hombres reunidos en asamblea estaban inexpresivas, grises como el color de las paredes de la cueva que los acogía.

—Siquiera sea por el hecho de que solo nosotras podemos garantizar la reproducción y, por tanto, el futuro del clan, y no hay que olvidar que podemos perder la vida en ello. ¿Cuántas mujeres no se han quedado por el camino mientras intentaban traer al mundo una criatura?

Se hizo el silencio, esta vez más opresivo y denso que la anterior. Se respiraba una tensión creciente. Aynires siguió defendiendo sus argumentos con firmeza pese a las caras largas de los hombres de más edad del poblado, que cambiaban miradas graves, pesarosas. No les gustaba lo que planteaba aquella mujer.

Paar se alisó las pobladas cejas mientras la taladraba con la mirada.

Aynires no se amedrentó ante aquellos ojos penetrantes. Ni ante la barba greñuda y frondosa, ni el bigote espeso y la mandíbula severa, que le

conferían un aspecto adusto, rudo, intransigente. Ninguno de los rasgos que lo definían y lo perfilaban como el hombre más duro consiguió atemorizarla. Al contrario, cuanto más intratable se mostraba, más se animaba ella. Aynires prosiguió con sus argumentos.

—Unas criaturas que dependen de nosotras hasta que pueden alimentarse solas, y entretanto les enseñamos los valores del grupo, las estrategias de supervivencia, la transformación de los alimentos y las materias primas, así como la producción de herramientas y utensilios que les servirán para sobrevivir. También somos nosotras quienes mantenemos y cuidamos a los ancianos, a aquellos que nos han transmitido su experiencia y sabiduría. Es decir, aparte de raspar la piel, confeccionar piezas de vestir, cocer, asar o ahumar carne. Solo os pido... os pedimos —rectificó— que nos dejéis ir a cazar igual que vamos a pescar y a recoger leña, agua o miel... —Hizo una pausa—. Porque somos capaces de hacerlo, ya lo sabéis.

Dicho esto volvió a sentarse en la piedra mientras un murmullo se extendía por toda la cueva. Notó que se le nublaba ligeramente la vista y las piernas le fallaban, pero no le dio mayor importancia. Pensó que era fruto de los nervios y la tensión del momento. Un grupo de hombres la miró con menosprecio, y en los ojos de algunos relampagueaba una chispa de odio. Más de uno habría querido someterla por aquella insolencia. El hormigueo en las piernas ya había desaparecido, pero ahora sentía cierto malestar, un peso en la boca del estómago, unas ganas de vomitar y unos vértigos preocupantes. Decidió salir de la cueva para que le diera el aire justo cuando el jefe del clan tomaba la palabra. Estaba segura de que el hecho de abandonar la reunión precisamente cuando había formulado aquella reivindicación no la beneficiaría en nada, pero no podía correr el riesgo de exhibir su desfallecimiento delante de todo el clan. Optó por salir antes de que fuera demasiado tarde. No tardaría mucho en entender qué le provocaba aquel malestar.

No fue ella quien se dio cuenta, sino el animal más inteligente que la Naturaleza había puesto al lado de los hombres del Clan de los Caballos.

De pronto, un día el perro empezó a apoyarle el morro en el regazo. Era un morro negro y brillante por las babas que le caían por las comisuras de la boca. Le olfateó el vientre y se lo lamió suavemente con aquella lengua caliente y rasposa. Era algo que hacía con mucha frecuencia durante las últimas semanas. Pero a Aynires le llevó bastante tiempo caer en la cuenta.

El perro había sido el primero en saber que estaba embarazada. Fiel a su ama, el animal velaba por que no se le acercara nadie, aunque aquel día no pudo evitarlo. Aynires no sabía si el día era radiante porque todo estaba floreciendo o bien por lo que sentía hacia Ynatsé. Fuera como fuese, esbozaba una sonrisa que se traducía en la luminosidad que despedían sus ojos. El caso es que salió del poblado con la intención de cazar perdices. Su destreza con la honda no era como la de Ynatsé, pero le servía para capturar aquellas aves. Las prepararía para él, para cuando volviera de la batida de los caballos. Rellenas con verduras y hierbas aromáticas que recogería en el bosque. Se internó en un extenso prado de hierbas altas. Se agachó, hizo tumbar al perro y, oculta entre el abundante herbaje, derribó media docena de perdices. Volvía a casa feliz y contenta. Llevaba sus presas atadas con un cordel, colgando de la cintura, y lucía una sonrisa de felicidad que se difuminó de golpe cuando dos hombres del clan se cruzaron en su camino. Enseguida, uno de los dos se deshizo del perro de Aynires. Le asestó un golpe con el mango de la lanza que lo hizo huir despavorido. Eran dos de los que el día de la asamblea en la cueva le habían clavado una mirada de odio. Hombres a los que Aynires, sin saber por qué, siempre había temido. No le gustaba cómo trataban a las mujeres, ya que para ellos estas solo tenían una función: estar al servicio de lo que el hombre ordenase; las normas del clan así lo permitían. Y en el caso de muchachas que no pertenecían a ningún hombre, todavía más. Ese era el suyo: ella e Ynatsé aún no habían hecho el ritual de apareamiento, Aynires todavía no le pertenecía y, por tanto, si cualquier hombre quería someterla, la deseaba y decidía poseerla, podía hacerlo, y ella, o cualquier otra en su posición, debía consentir y no oponer resistencia. Y eso fue lo que se temió ahora. Se echó a temblar y una oleada de náuseas le subió cuando percibió el olor que desprendían aquellos hombres. Entre el hedor y el primer puñetazo que recibió casi pierde el sentido. Después de darle una violenta paliza, le arrancaron las pieles adobadas que cubrían su cuerpo y sin preámbulos la sodomizaron. Primero uno la penetró varias veces por la vagina hasta que empezó a sangrar, mientras que el otro optó por el coito anal al tiempo que le tiraba del pelo para ver cómo se le arqueaba la espalda. Una vez que hubieron satisfecho sus instintos, la dejaron tendida en el suelo, magullada y sin aliento. Aynires no dejaba de llorar. No era por el dolor físico que le habían infligido aquellos dos brutos, unas heridas que ahora la atormentaban pero que con el tiempo sanarían, sino porque la

sangre no cesaba de manar de su entrepierna. Aynires sufría por si la vida que se estaba gestando en su interior había resultado dañada. Levantó la vista y, arrastrándose como pudo, consiguió llegar hasta el pie de una acacia. Se incorporó a medias para arrancar un par de ramas. Acto seguido, entre sollozos y gemidos, mordió con rabia el tallo y las espinas de aquellos brotes. Un fluido blanquecino y pegajoso brotó de ellos. No quería dejar perder ni una gota: era muy preciado. Lo vertió en una hoja. Sabía que el ácido láctico que se obtenía de la espina de la acacia era la base de un ungüento que tenía la facultad de detener el líquido fecundador. Con la hoja bien untada de aquella sustancia, se la aplicó alrededor del sexo y, con delicadeza, porque estaba muy resentida, repitió el mismo movimiento por dentro de la vagina. El objetivo del masaje con aquel fluido era interceptar el recorrido del líquido que podía generar una nueva vida. Una vez que hubo acabado, se abandonó, se tendió en el suelo y se encomendó a la Madre Naturaleza. Confiaba en que hiciera efecto.

El otro quebradero de cabeza era saber cómo se las arreglaría para no decir nada a Ynatsé.

Los miedos y preocupaciones se fueron disipando a medida que el vientre de Aynires iba creciendo. El parto sería dentro de su cabaña, no lejos del centro del poblado, como antaño hacían sus antepasadas. Antes, el ritual del parto empezaba cuando la mujer se alejaba y se aislaba. Podía hacerlo sola, pero por lo general se iba del pueblo acompañada de una mujer de su confianza, de su familia o de la tribu. Ahora no, ahora sería diferente, Aynires tendría a su primer hijo en la cabaña. El día que tenía que parir creyó que o bien moriría la criatura o bien lo haría ella, tal como le había ocurrido a Baaia, muerta al dar a luz a su hijo Ynatsé. No estaba asustada, no, estaba aterrorizada. Mujeres mucho más fuertes que ella no habían superado el parto y habían muerto. Otras habían visto llegar al mundo a su hijo pero no crecer. Siguió los sabios consejos de la anciana matriarca del clan, la mujer más vieja de la tribu. Entre resoplidos y chillidos de dolor, se desnudó y se puso de pie, erguida en un rincón limpio y bien iluminado de la cabaña. Aynires abandonó la postura vertical que había adoptado al principio y, cuando la anciana se lo indicó, se puso en cuclillas, como cuando hacía de vientre. Acuclillada, con los talones apoyados en las nalgas, el hueso sacro basculó hacia atrás y los músculos

que rodeaban la vagina se abrieron y ensancharon. Aynires tenía la sensación de que se estaba desgarrando. Miraba mientras soltaba gritos y bufidos que le aceleraban la respiración. Empezaba a preocuparse porque no veía salir nada, a excepción de sus propios excrementos mezclados con un líquido viscoso, oscuro y de un marrón verdoso, que sin duda era el que rodeaba el saco embrionario de donde debía salir la criatura.

—¡Empuja, tienes que empujar más! —ordenaba la vieja matriarca.

—Ya lo hago, lo intento, pero... no puedo.

Las venas del cuello se le hincharon y volvió a empujar y resoplar con más fuerza mientras se aferraba a unas cuerdas de cáñamo que colgaban de la pared y con las que se afianzaba para no perder el equilibrio ni desfallecer. Notó un movimiento como cuando la fruta madura se desprende de la rama.

—¡Ya sale, ya sale! —oyó que gritaba la matriarca—. Vamos, un último empujón. Tienes que ayudarlo, yo tiro de él pero has de empujar, ¡ahora! —Y tiraba de la criatura como los hombres cuando arrancaban la corteza del alcornoque.

Aynires miró hacia su entrepierna. Quería ver asomar la cabeza, pero no pudo porque perdía el equilibrio. Entonces volvió a clavar la vista en el cañizo que tenía sobre la cabeza y soltó un grito visceral mientras la criatura salía, ayudada por las sabias manos de la matriarca.

Un chillido agudo quebró el silencio que momentáneamente reinaba en la cabaña. El aire que empezaba a respirar el recién nacido le lastimaba los pequeños pulmones y por eso se quejaba. Unas quejas que quedaron ahogadas por los gritos de alegría y júbilo que estallaron dentro y fuera de la cabaña.

Recién nacida la criatura, durante las primeras horas después de parir le dieron a beber una tisana que ya había tomado antes contra las lombrices intestinales y que era lo que la matriarca recomendaba. Se trataba de una infusión de santónico, una planta aromática y amarga, de hojas pequeñas y grisáceas y flores amarillas, de la que se obtenía una sustancia blanca, cristalina, ligeramente amarga. La tomaban las parturientas porque facilitaba el flujo de la leche, pero también para aliviar los dolores del útero mientras este recuperaba su forma normal.

Después de la primera lactancia, lo prioritario era dar a conocer al recién nacido y que fuera reconocido como perteneciente al clan por parte de todos sus miembros. Antes de este primer ritual en sociedad, a la madre

se le permitían unos minutos de intimidad y tranquilidad tras el trastorno que implicaba el parto. Todos salieron de la cabaña a fin de que madre e hijo pudieran estar en paz. Aynires cogió a su bebé, le quitó la piel que lo arrojaba para que no cogiera frío y se lo puso encima. El contacto entre las dos pieles desnudas provocó un leve y tímido escalofrío en el pequeño, que no tardó en desaparecer. Reconoció la piel de su madre y gracias a su calor se acurrucó y se acopló a ella. Aynires lo observaba. Absorta por todos y cada uno de los movimientos que sus pequeños músculos le dibujaban en la carita y el cuerpo, que de vez en cuando aún sufría algún espasmo. Entreabrió los ojos —que más tarde se convertirían en verdes con manchitas doradas, como los suyos— y Aynires le sonrió y acercó un dedo para acariciarle la barbilla. Entonces el recién nacido se lo agarró con la manita con una fuerza que jamás olvidaría. Aynires aprendió que su hijo, al que pondrían por nombre Zeb, se aferraba a la vida.

Entretanto, fuera, en el poblado, estaban a punto para celebrar la ceremonia de bienvenida a la vida. Había que hacerla al alba, en el preciso instante en que confluían el sol y la luna. El lapso que transcurre entre el alba —cuando empieza a clarear, al despuntar el día— y la salida del sol. Era la primera claridad de la jornada, un instante mágico en que el sol empieza a blanquear el horizonte. El ritual comenzaba con el corte del cordón umbilical por medio de una pequeña hoz de obsidiana, un cristal natural de origen volcánico, de un color entre negro y verde oscuro, translúcido, que no solo se utilizaba para herramientas de perforación y corte. Era la misma hoz que Baasi empleaba para segar las primicias de cada nueva cosecha de cereales. Los primeros frutos, al igual que la criatura que acababa de nacer, debían ofrecerse a las divinidades. No en vano Baasi les había explicado que el lugar del que procedía aquel cristal de obsidiana se consideraba la pupila de los dioses.

Una vez que hubo cortado el cordón con la hoz mediante un preciso golpe de muñeca, el curandero cogió al recién nacido y lo levantó hasta que el primer rayo de sol le iluminó la cara. Los niños habían sido siempre su centro de atención, afirmaba que constituían un gran tesoro, el futuro. Por eso recomendaba a las madres que nunca los dejaran solos, y desde los primeros días casi les ordenaba que les untasen la piel con una tintura rojiza y les colgaran collares para ahuyentar a los malos espíritus que pudieran rondarlos. El sonido de los ornamentos poseía una cualidad benéfica. Los que tintineaban con el movimiento, llevados alrededor del

cuello, en las orejas, los tobillos o las muñecas, preservaban de los poderes maléficos que moraban en el mundo subterráneo.

—Su alma es muy frágil y podría caer en manos de cualquier fuerza.

Baasi les infundía miedo mientras procedía con sus rituales.

—Zeb, se llamará Zeb. —Y lo mantuvo alzado para que el sol lo tocara.

El calor del astro acariciaba las mejillas carnosas y tiernas de la criatura, que con sus diminutas manos se protegía de la luz que le daba en los ojos. El sol le producía inquietud, y no tardó en poner de manifiesto que no se sentía cómodo en aquella postura. Se movía nervioso mientras Baasi lo mostraba al sol. El niño soltó un par de berridos que el hechicero supo interpretar como que ya había estado suficiente rato expuesto a la mirada de los dioses y a la luz del astro, que los contemplaba desde el nacimiento del clan.

Cuando lo bajó, todos los miembros del clan desfilaron por delante de su nuevo integrante. Al pasar junto a él pronunciaban su nombre, «Zeb», en un acto de reconocimiento del nuevo miembro que al mismo tiempo servía para empezar a familiarizarse con el hijo de Aynires e Ynatsé, probablemente su futuro jefe.

5

EL MIEDO

No había vuelto a ver nada mientras dormía, al menos nada que recordase. Y eso que Baasi le había preparado un misterioso brebaje a base de polvo de obsidiana. El viejo sanador se lo había hecho beber antes de acostarse porque creía que le permitiría ver más allá. Pero nada de nada. Los dioses ya no le mostraban ningún camino, Ynatsé estaba convencido y veía en ello la señal inequívoca de que ya no tendría que cumplir ningún designio divino. Debía reconocer que eso le producía un profundo alivio. El desasosiego mezclado de incertidumbre que lo roía los primeros días se había trocado en despreocupación, y de ahí a la tranquilidad, en ese aspecto, solo había un paso. En consecuencia, ahora que había llegado el buen tiempo y aprovechando que los almendros habían florecido, todas las mañanas al levantarse Ynatsé se preparaba un brebaje que lo mantenía en forma y le daba energía para todo el día. Cogía una docena de almendras y las dejaba en remojo toda la noche en un cuenco. Por la mañana las pelaba y las picaba en el mortero. Añadía un poco de miel y leche de abedul. Conseguir la leche requería una destreza especial. Perforaba el tronco del abedul con la punta afilada de un hueso. Practicaba un agujero, una pequeña incisión, en la corteza para recoger la savia. Por él salía un hilillo, que canalizaba a través de una caña pequeña, delgada y hueca, la cual facilitaba que el líquido fuera cayendo en un recipiente cóncavo. De consistencia y color similares al agua y sabor agridulce, añadía la leche de abedul a las almendras y la miel, y lo tomaba en ayunas. Lo bebía de un trago y notaba cómo la fuerza llenaba todo su cuerpo, se sentía poderoso. Necesitaba sentirse así porque salía a cazar un jabalí en compañía de Res, Dro, Seraf, Uloqí y Sevoc. La caza fue rápida. No tardaron en encontrar un rastro, seguirlo, acosar al animal y abatirlo. Se encontraban en el centro del bosque, ajenos a cualquier peligro, repartiéndose las asaduras del animal: el corazón, el hígado y los riñones, antes de descuartizarlo y llevárselo al pueblo. Estaban a punto de cargárselo a hombros cuando percibieron un roce de pies en la hierba.

Eso los puso alerta. Se dieron la vuelta y se encontraron con una multitud de gente, habitantes de otro pueblo a los que nunca habían visto. Interpretaron que huían bosque adentro. No se dirigieron ningún sonido ni articularon palabra alguna: no se dijeron nada, pero su mirada hablaba por sí sola. Llevaban el miedo escrito en la cara y los ojos. Huían de algún mal que había diezmado a su comunidad. Era fácil intuir que a fin de no

contagiárselo unos a otros habían tenido que prender fuego al poblado y marcharse a otra parte para empezar de nuevo. No obstante, pudieron observar que uno de los miembros de aquella tribu iba medio incorporado en una especie de litera. Se hallaba en la transición entre la vida y la muerte, y a la vista de aquella agonía, tanto unos como otros eran conscientes de que, algún día, el viaje que había iniciado desde su mundo al de los espíritus también les tocaría hacerlo a ellos, y se preguntaban cuándo tendrían que pasar por tan terrible trance. Y, aún más importante, qué o quién los empujaría a hacerlo. Vieron que detrás de ellos se alzaba una voluta de humo, pero aquella gente se llevó consigo las angustias y las preguntas, que ahora también rondaban por la cabeza de Ynatsé y los suyos. Habían surgido de la nada y pronto volvieron a desaparecer. Ynatsé dijo a sus acompañantes que no hablasen ni con sus mujeres de lo que habían visto.

El silencio, mezclado con el miedo que les habían contagiado aquellos ojos, los acompañó durante el camino de vuelta. Cuando llegaron al pueblo, Ynatsé se encontró al viejo Baasi. Este lo vio cabizbajo. Mirándolo a los ojos, le preguntó:

—¿Qué has visto que tanto te desazona? ¿Qué has visto que hace que la paz haya desaparecido de tu mirada y tu corazón?

Ynatsé decidió no decirle lo que había ocurrido y, pasando de largo, cambió de tema.

—Me duele la rodilla... Me he dado un golpe cuando iba al acecho del jabalí.

Dejó al viejo sabio con la palabra en la boca y se adentró en el pueblo.

Por la noche, después de cenar, todos se tumbaron alrededor del fuego. Solo se oía el crepitar de las ramitas, que las llamas iban consumiendo, y a un par de lechuzas con cara de corazón que cantaban su melodía. Entretanto, envuelto en su piel de oso y sentado en una piedra, Baasi se disponía a narrar una historia. Era un cuento sobre los poderes del hombre. Levantó los brazos, haciendo tintinear los brazaletes y colgantes que llevaba.

—El hombre estaba sentado en la cima de una colina, consumido por la tristeza. Todos los animales se le acercaron y le dijeron que no querían verlo triste. Él les respondió que estaba triste porque no tenía nada, pero

los animales lo animaron a pensar en todo aquello que deseaba y que, si se lo proponía, podría tener. Eso levantó un tanto el ánimo al hombre, que se puso de pie y empezó a pedir.

»«¡Quiero tener buena vista!» Y el búho le dijo que si quería, podía tener la suya. El hombre aceptó y siguió con otra petición: “Quiero ser fuerte.” Y el oso le dijo: “Serás fuerte como yo.” Y todavía pidió un tercer deseo: “Querría conocer todos los secretos del mundo.” La respuesta se la dio la serpiente, que se desenroscó y con su lengua bífida le susurró: “Yo te los enseñaré.” La astucia del hurón, la atención del zorro, el olfato del perro, la rapidez de la anguila, la cautela del tejón... Y de ese modo la tristeza del hombre se fue mitigando. Lo logró gracias al gesto de buena voluntad de todos los animales que se habían reunido a su alrededor para ofrecerle los poderes o las cualidades que los distinguían. Cuando el hombre tuvo todos los obsequios, se marchó. De repente, el búho hizo una observación: “Ahora el hombre sabe muchas cosas y puede hacer muchas cosas... ¡Tengo miedo!” El ciervo trató de calmar su inquietud y respondió: “No te preocupes, ahora que tiene todo lo que necesita ya no estará triste.” Pero eso no tranquilizó al búho, que replicó al ciervo: “No, amigo mío, lo dudo mucho. He visto un agujero en el alma de ese hombre, un agujero profundo y voraz como el hambre que nunca se sacia. Esa hambre es lo que lo pone triste y lo que hace que siempre quiera más y más. Y en consecuencia seguirá teniéndola y cogiéndolo todo hasta que la Tierra un día diga: ‘Basta, dejo de existir porque ya no tengo nada más que dar.’”

Baasi hizo una pausa y pudo ver un abanico de expresiones en sus rostros, desde el temor hasta la perplejidad, pasando por la incertidumbre y la angustia. El viejo hechicero continuó:

—Para acabar con la tristeza del hombre, los animales sacrificaron su propia paz, que ahora se había convertido en miedo. Temían que, con todos aquellos poderes, el hombre quisiera acabar con ellos o someterlos, o bien hacerlos trabajar para él.

»No se puede vivir con miedo, pero sí con cautela —sentenció Baasi mirando de hito en hito a Ynatsé.

Este le sostenía la mirada pensando en lo que ambos sabían que sabían, mientras abrazaba a Aynires, que acunaba al pequeño Zeb, profundamente dormido.

Justo a su lado, un chiquillo empezó a golpear con un palo el tronco hueco que tenía entre las piernas. Fue la señal para que comenzara el baile.

Este cumplía una doble función: como esparcimiento y como elemento terapéutico, curativo. Por lo general lo celebraban de noche, y solían participar todos los miembros de la comunidad que lo desearan. De hecho, Ynatsé nunca había visto que nadie se perdiera la celebración. Además, era una ocasión para reunirse todos alrededor del fuego. Normalmente, la danza consistía en un grupo de bailarines, hombres y mujeres mezclados, algunos de los cuales eran sanadores. Bailaban mientras los demás cantaban, aplaudían y seguían el ritmo que uno del grupo se encargaba de marcar. Todos lo seguían con un golpeteo rítmico de los pies, con palos, varas o lo que tuvieran a mano. Enseguida se sumó el sonido acompasado del palmoteo con las manos o en los muslos. Un grupo sacudía una especie de sonajas de piedra y madera que contenían láminas cortadas. Otros se sumaban con utensilios y maderas vibratoras de todo tipo de formas y procedencias. Un par de chiquillos sujetaban entre las piernas troncos de árbol huecos y los golpeaban con palos. Posiblemente imitaban los hachazos. Subidos a un árbol había dos hombres que soplaban por unas cañas provistas de agujeros, que con excepcional destreza tapaban y destapaban con los dedos, lo que producía sonidos agudos. El contrapunto, con notas más graves, lo daba un par más que, con los carrillos hinchados, hacía sonar los dos cuernos de uro que tanto servían para dar la señal de ataque como para seguir una tonada. Era una melodía pegadiza que todos acompañaban y que los bailarines interpretaban con movimientos espasmódicos y sensuales.

Baasi poseía una técnica única para curar con eficacia esguinces, fracturas, lesiones y todo tipo de accidentes en que hubiera huesos rotos o astillados. Ese tipo de tratamientos eran los más usuales que debía aplicar, porque una caída durante una cacería después de haber tenido que correr detrás de la pieza era el mal menor de los hombres del poblado, pero se trataba de lesiones que había que coger a tiempo, de lo contrario podían infectarse y acabar con la vida de uno en pocas semanas. Y la tribu no podía permitirse perder hombres. Para llevarlo a cabo, Baasi contaba con unas poderosas aliadas: las abejas. Lo había descubierto no hacía mucho, y pese a ello había adquirido una destreza magistral. Salía al exterior, donde tenía unas colmenas, se acercaba y cogía una abeja, no una cualquiera, sino una muy especial a la que había observado durante días. Resultaba fácil

distinguirla, porque era más pequeña y su abdomen también era más corto que los del resto. Era la que se encargaba de hacer las celdillas de cera dentro de la colmena y, además, segregaba un líquido, una viscosa masa amarillo pálido y sabor ácido. Baasi la tomaba porque era energética y estimulante. Después de chupar ese néctar se encontraba mucho mejor, revigorizado. Ahora bien, poder beber ese líquido tan preciado le había costado más de una dolorosa picadura, y más de una vez volvía a la cueva con los labios hinchados como si hubiera caído de bruces. Pero si iba detrás de esa abeja era porque necesitaba el veneno de su aguijón para tratar y curar las dolencias. Formó una pinza con dos palitos muy delgados de madera de cerezo, los introdujo suavemente dentro de la colmena y atrapó a la abeja que quería. Se la llevó y lo único que tuvo que hacer fue dirigir el aguijón a la zona de la rodilla de Ynatsé donde le dolía. La sabiduría de la Naturaleza estaba a punto de manifestarse. La abeja sabía dónde debía clavar el aguijón. Notaba que había un desequilibrio, lo percibía como si fuera víctima de una agresión y se defendía inyectando una pequeña carga venenosa. Cual una diminuta espina, se hundió en la rodilla. Cuando notó la picadura, Ynatsé hizo un gesto de dolor acompañado de un grito ahogado. El escozor del veneno empezaba a hacer su efecto. Mientras Ynatsé resoplaba y se retorció de dolor, el viejo Baasi soltó a la abeja para poder retirarles aquella pequeñísima lanza. Pinzó con suma delicadeza el aguijón clavado en la piel, cuidando de no estropear la pequeña glándula con el veneno que iba penetrando.

—Unas cuantas picaduras más como esta, Ynatsé, y no volverás a sentir dolor en la rodilla. Créeme, ¡las abejas son un regalo de los dioses! — exclamó Baasi con los brazos alzados hacia el cielo. Y añadió—: Todos los seres de la naturaleza poseen la misma importancia. La creencia de que los hombres tienen el poder de dominar la Tierra en su propio beneficio es errónea. ¿Recuerdas la fábula que os conté la otra noche? —Y lanzó otro vaticinio—: Cuando esta tierra haya vivido el ciclo de las estaciones más de veinte veces, ya no nos dará nada más.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ynatsé con un dejo de preocupación.

—Nosotros no lo veremos, pero nuestros hijos tendrán que marcharse de aquí e instalarse en otro lugar donde sea posible volver a trabajar la tierra, porque esta estará seca y ya no será apta para ofrecernos más que sufrimientos. Eso si antes el lago no lo anega todo con sus aguas, o alguien o algo más poderoso que todos nosotros nos vence y nos somete...

—¿Como qué?

—Oh, yo no lo sé. Ojalá pudiera saberlo... Pero también podría ser que alguna fuerza o energía se instalara silenciosamente entre nosotros y nos aniquilase, y para poder sobrevivir el clan se vería obligado a marcharse a otra parte... —Hizo una pausa—. Como los que viste ayer, que huían a través del bosque.

Ynatsé se quedó helado. ¿Cómo lo sabía? ¿Le había leído la mirada? ¿El pensamiento? ¿El corazón? ¿De veras Baasi tenía tales poderes que incluso podía ver a través de sus ojos?

—¡Ah, claro! —exclamó, y recordó lo que Baasi le había descubierto sobre el miedo la noche anterior a su paso de niño a hombre, la noche anterior a la gran cacería.

Los hombres del clan eran grandes cazadores, utilizaban flechas con un veneno vegetal en la punta que paralizaba los músculos de las presas, y capturaban todo tipo de animales, ciervos, aves... Nunca mataban águilas porque en ellas, decían, vive «el otro yo» de cada guerrero; si alguien mataba a alguna águila, debía guardar varios días de duelo. Estaba también la cacería ritual en que participaba toda la tribu y que servía de preludeo a los funerales, un ritual clave de la comunidad. El otro era la caza de uros, de toros salvajes. Se trataba de un acontecimiento importante que requería un ritual especial previo a la batida. Los hombres se preparaban siguiendo una dieta determinada, ayunando, haciendo purificaciones y ofreciendo sacrificios expiatorios a las almas de los toros muertos en anteriores cacerías. Cuando mataban un uro, colgaban su cabeza en lo alto de un palo y la pintaban de rojo y negro, y los oradores pronunciaban sus letanías y bienaventuranzas como si fuera un ser humano. Para la caza se construía una cabaña especial en el bosque de robles situado al oeste del poblado a fin de acoger en ella a los cazadores. La noche anterior al gran día, antes de acostarse, celebraban un ritual para iniciar a los dos jóvenes que participaban por primera vez en la cacería, con danzas y cánticos. Uno de ellos era Ynatsé. Les pintaban el cuerpo con pigmentos negros y rojos y todos juntos tomaban un brebaje de un color brillante y dorado. Era una bebida preparada con una parte de miel y dos de agua, y por lo general la tomaban una vez fermentada junto con el polen que extraían de las colmenas. El jarabe resultante podía parecer desagradable, pero resultaba una pócima estimulante que fortalecía el espíritu y los hacía aptos para afrontar aquel reto. Para los muchachos jóvenes, aquello, más que un reto,

era un rito iniciático a la vida, una manera de pasar a formar parte del grupo de cazadores-guerreros del poblado, de adquirir un estatus. De dejar de ser niños para convertirse en hombres hechos y derechos.

—¿Tienes miedo?

Era la voz de Baasi, que con un cuenco lleno de aquel jarabe se acercaba a Ynatsé, quien esperaba acurrucado en un rincón de la cabaña. El chico asintió con la cabeza.

De pequeño, Ynatsé no había sido demasiado consciente de los peligros que lo amenazaban, pero bastó un día, con un ataque de los lobos, para que empezara a tener respeto a cuanto lo rodeaba. Era un entorno agresivo, salvaje e indómito. Tras la apariencia de calma idílica que le ofrecía el bosque, se ocultaban una serie de peligros que podían presentar la forma de jabalíes con colmillos afiladísimos, mordeduras de serpientes venenosas, lobos famélicos, cabras monteses con cuernos mortales o ciervos con cornamentas que podían empalarte. De hecho, Baasi se lo había repetido más de una vez, y ahora que se enfrentaba a un gran reto, el miedo, igual que la humedad, le fue penetrando la piel hasta helarle el corazón.

—No serás un adulto, no podrás considerarte un hombre, si antes no conoces y superas el miedo. Es necesario que notes cómo te invade cierta turbación del ánimo, cómo se altera tu quietud y pierdes la serenidad y la lucidez. Es bueno que sientas esa aprensión, que te pase algo que tú no quieres que te pase. ¿Entiendes, Ynatsé?

El viejo Baasi le hacía de voz de la conciencia y no paraba de hablar, y mientras con una mano gesticulaba, con la otra sostenía el cuenco con aquella solución espesa, más o menos viscosa, de azúcar en agua y miel.

—El miedo te permitirá prepararte para reaccionar en situaciones adversas con mayor rapidez. El miedo te hará fuerte para afrontar nuevos temores. El miedo también afectará a tu cuerpo, que experimentará un aumento de la tensión y modificará tu conducta habitual. Se dispara la agresividad.

—¿Por qué?

—Es un mecanismo de defensa. Abrirás más los ojos para estar lo más atento posible al peligro, a la amenaza que tendrás delante, y tu rostro mostrará signos de sufrimiento o concentración. El corazón te latirá con más fuerza y tus músculos se tensarán por si has de salir corriendo. La huida es la reacción instintiva ante la amenaza... ¡No lo hagas, afronta el peligro, vence el miedo!

Baasi siguió con la lección; Ynatsé, con la cara y el cuerpo pintados, aguzaba los cinco sentidos.

—Acepta que el miedo es una respuesta normal en tu desarrollo personal. Cada vez que quieras tomar una decisión importante, que te veas obligado a quebrar tu comodidad, sentirás miedo.

—¿Por qué? —volvió a preguntar.

—Porque el miedo quiere protegerte de lo desconocido, pero no debes tener miedo al miedo: has de enfrentarte a él, sea lo que sea.

Baasi hizo una pausa, cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos añadió:

—Una vez, un hombre muy sabio me dijo: «Ganarás fortaleza, coraje y confianza en ti mismo cada vez que seas capaz de detenerte y mirar al miedo de frente. Has de hacer lo que crees que no puedes hacer. Solo quienes obran así salen adelante. Son los que viven sus sueños, aunque tengan tantos o más temores que quienes viven miserablemente.» Ynatsé, lo único que te hará distinto de los demás es que tú, al igual que tus predecesores, dominarás tus propios miedos porque no habrás permitido que sean ellos los que te dominen. ¿Te ha quedado claro? —Y le ofreció el cuenco con el brebaje.

Ynatsé asintió, al principio sin mucha convicción, pero después, mientras iba reflexionando sobre las palabras de Baasi, empezó a verlo más factible, aunque le faltaba confianza para encarar los miedos y los retos inesperados que le plantearía la vida y, sobre todo, el gran reto que le esperaba al rayar el alba: la responsabilidad de matar a un uro.

Ynatsé superó aquel reto, pero no las tenía todas consigo de que fuera capaz de hacer frente a una amenaza como la que estaba a punto de caerle encima, y para la que Baasi le decía que se preparase, pues en cualquier momento los dioses lo llamarían y le mostrarían el camino, ya fuese a través de una serie de pensamientos, imágenes o emociones que experimentara durante el sueño, ya fuese porque los viviera en su propia piel.

Ynatsé tenía la firme convicción de que lo estaba invadiendo el miedo.

6

CONTRASTES

La alegría por la llegada al mundo de Zeb duró poco en el clan.

Ocurrió una mañana en que Ynatsé había ido a ver a Manyaá, el tallador de herramientas. Lo visitaba a menudo, pero aquel día había acudido porque con las últimas hojas de sílex que había conseguido, el habilidoso Manyaá estaba haciendo unas herramientas y armas excelentes. Para las hachas utilizaba corneana, una roca durísima que se encontraba en el lecho del río. Entre otras armas, aparte de las hachas, el artesano le había prometido una remesa de flechas nuevas. Había ido paseando tranquilamente por la orilla del río. Se encontraba ya cerca de la cabaña cuando de repente, desde detrás de unos matorrales, salieron corriendo, como si hubieran visto a un oso, los dos hijos de Manyaá. Juguetones y risueños, lo saludaron y desaparecieron en dirección al río. Ynatsé sonrió, y no pudo por menos que pensar en que a su debido tiempo Zeb también tendría aquella afición a salir y correr a descubrir el mundo circundante. No tuvo que caminar mucho más para oír el sonido de la maza que golpeaba las piedras.

—¿Estás muy atareado? —preguntó Ynatsé apenas hubo llegado ante la cabaña de Manyaá.

—Pues la verdad, un poco... —respondió este sin levantar la cabeza del mango de madera en que trabajaba. Mediría un par de palmos y acababa en curva—. Pero seguro que no tengo tanto trabajo como tú y Aynires, con ese chiquillo que tenéis que criar.

—Sí, Zeb es una criatura muy inquieta que no para ni cuando duerme.

—Entonces es que sale a sus padres: los dos sois unos torbellinos. —Y soltó una carcajada.

—¿Qué haces? —Ynatsé se interesó por la herramienta que Manyaá manipulaba.

—Estoy terminando una hoz... Acabando de encolar con resina de pino estas afiladísimas puntitas de sílex en la parte cóncava que forma la curvatura de la herramienta, la mejor que tenemos para segar y cortar ramas. ¿Ves este apéndice torcido? —Le indicó con la barbilla la parte curva del final del mango—. Facilitará reunir un haz de ramas para después cortarlas. ¿Qué te parece? —le preguntó.

Ynatsé asintió en señal de aprobación y esbozó una generosa sonrisa.

El aire tibio que soplaba les trajo las risas de los hijos de Manyaá, que habían ido a jugar a la ribera del río. De vez en cuando, el padre levantaba

la cabeza de la tarea y los miraba enternecido. No obstante, ahora no solo levantó la vista, sino que también se puso de pie para supervisar el trabajo de su ayudante. Y mientras se incorporaba dijo a Ynatsé con una pizca de picardía:

—Tú esta no la has utilizado demasiado, ¿verdad? Tus manos están hechas para empuñar otras herramientas —sonrió—, como estas de aquí. —Y le señaló una buena cantidad de piedras pulidas y cortantes que descansaban sobre unas pieles—. Ven, acompáñame.

Se acercó a un joven que estaba rodeado, casi cercado, por fragmentos de piedras talladas de diversas medidas.

—¿Cómo van estas hojas? —preguntó el maestro tallador a su aprendiz.

—Bien, muy bien —respondió el joven sin distraerse de su tarea.

Extraía de la piedra unos fragmentos alargados de sílex con objeto de fijarlos después a un mango y obtener de ese modo un hacha. Para hacerlo, asestaba un golpe seco con una maza de madera en un canto de la piedra y se desprendía un liso, un trozo largo y estrecho que, una vez pulido por ambas caras y atado al mango, constituía tanto una herramienta para cortar carne o piel como un arma letal.

A Manyaá se le acumulaba el trabajo, porque aparte de herramientas para el campo también manufacturaba armas. Después de la última cacería de ciervos, una vez consumida la carne también habían aprovechado la piel, los tendones, los huesos y los cuernos para hacer arpones. Manyaá les fabricaba un artilugio para ir de pesca que podía tener asimismo otros usos. Era un mango de madera con un saliente de tres puntas, la del centro para herir y las de los lados, orientadas en sentido contrario, para retener a la presa. Los arpones los hacía con un hueso largo y estrecho acabado en punta. En los bordes tallaba unos dientes a fin de que el arpón no se saliera de la presa una vez clavado. Los hacía de diversas medidas, y se distinguían por las hileras de dientes que tuvieran. Manyaá trabajaba tres tipos de arpones, unos con una hilera de dientes muy marcados, otros muy poco y los terceros también con dientes muy marcados pero con dos hileras.

Estos últimos servían para atrapar peces grandes. Al verlo trabajar, Ynatsé no pudo por menos que recordar el día en que Manyaá revolucionó la manera de cazar del Clan de los Caballos, porque también diseñaba azagayas. La azagaya, una especie de lanza corta que utilizaban como arma arrojadiza, también tenía mucha demanda, pero cada vez menos en

beneficio del arco. Estaba formada por un bastón ligero y delgado de cierta longitud. La punta podía ser de sílex o hueso, y en el extremo opuesto podía llevar plumas o no, dependía del guerrero. Manyaá se granjeó el respeto de todo el clan la vez en que, tras darle muchas vueltas, se presentó en la asamblea con la solución para no tener que acercarse tanto a los animales en las cacerías. La última batida para perseguir toros salvajes y osos había comportado alguna que otra baja importante en el grupo de cazadores, y si bien salir de caza ya no era tan providencial para el clan como antes de empezar a cultivar la tierra y domesticar algunos animales, se trataba de una asignatura pendiente. Manyaá planteó que la azagaya podía usarse sola o con propulsor.

—He tenido una idea muy práctica que os evitará tener que acercaros al animal.

Un rumor general creció en aquella asamblea, que no tardó en apagarse a fin de que el tallador de herramientas pudiera explicarse.

—Mirad.

Introdujo la mano en el zurrón y sacó un bastón acabado en forma de gancho. Les mostró una vara relativamente corta, de dos palmos de largo y que previamente se había entretenido en vaciar.

—He pensado en la idea de un propulsor —continuó—. Consiste en prolongar la longitud del brazo mediante un bastón como este para dar mayor impulso al lanzamiento de la azagaya. Se acoplará en la parte final del arma. —Y mientras lo explicaba procedía a enseñarles cómo encajar el talón de la azagaya en el propulsor—. De este modo el cazador no tendrá que acercarse tanto.

Hizo el movimiento de arrojar la azagaya, que salió volando y se clavó en un tronco, al fondo de la cueva.

Hubo una exclamación generalizada de sorpresa entre todos los presentes.

Manyaá abrió los brazos satisfecho y sentenció:

—Es mucho mejor que la honda... Se puede perfeccionar, y ya estoy trabajando en ello, pero creo que nos evitará correr muchos peligros innecesarios.

Faar y el viejo Baasi bendijeron aquella arma, así como todas las que con el tiempo fabricaría Manyaá; la última, el arco y la flecha. Precisamente era lo que Ynatsé había ido a buscar: flechas para llenar su carcaj. Manyaá hacía unas puntas de flecha y de lanza con esquirlas de

cuarzo; una astilla muy gruesa y pulida de este mineral era una garantía letal.

—Siéntate —le dijo Manyaá—. Voy a la cabaña a buscar las flechas que he hecho para ti.

Ynatsé se sentó a esperarlo en una piedra redondeada, surcada de vetas blancas y grises. El tallador salió enseguida con un haz de flechas.

—¡Aquí las tienes! —Se las ofreció con gesto triunfal—. Estoy muy orgulloso de ellas, Ynatsé. Fíjate, no todas son iguales —le hizo ver.

—¿Qué quieres decir?

—Mira las puntas. —Separó tres para que pudiera apreciar las diferencias.

Ynatsé enarcó las cejas y felicitó a Manyaá.

—Son extraordinarias.

El artesano sonrió satisfecho y se dispuso a aleccionarlo.

—Puedes utilizarlas según el animal que caces. Por ejemplo. —Cogió una con la punta vertical—. Esta es para animales de grandes dimensiones.

—¿Por qué?

—¿Ves la punta?

Ynatsé asintió con la cabeza.

—Esta punta tiene un sílex en forma de rombo fijado con un hilo vegetal que corona esta madera de fresno, convertida en una saeta que te permitirá hacer una herida considerable y abrir una importante vía de sangre en el animal. Así consigues que se debilite y al mismo tiempo te sea más fácil seguirle el rastro y rematarlo con garantías.

Ynatsé se había quedado sin palabras.

—En cambio, esta otra —y le enseñó una que tenía una forma diferente—, con esta punta de sílex triangular, facilita un lanzamiento lateral de la flecha. He encastrado el vértice del triángulo en la madera de manera que quede una punta recta, aplanada. Te permitirá cazar de otra forma, está pensada para animales más pequeños.

—No me acaba de convencer... —Hizo una mueca para demostrar su escepticismo.

Manyaá quedó un momento desconcertado, pero se rehízo con un tercer y último modelo.

—Esta seguro que la encuentras excepcional.

—A ver... —dijo un escéptico Ynatsé.

—Mira la flecha. —Hizo una pausa, esperando a que Ynatsé examinara

la punta e hiciera una valoración positiva—. Está coronada por un pomo de madera o una bola de resina, depende. Ambas opciones son efectivas.

—Manyaá, qué cosa más extraña has creado —le dijo Ynatsé—. ¿Tú crees que funcionará?

—Sí, hombre, confía en mí. Esta flecha permite dejar inconsciente al animal de un golpe, sin matarlo ni derramar sangre, y puedes capturarlo vivo. Después podrás decidir cuándo te lo zampas.

Ynatsé quedó fascinado por el ingenio de Manyaá con aquella flecha, sumamente práctica.

—Sí, tienes razón... No había pensado en ello, ¡es una idea estupenda! —reconoció.

—Por cierto, ven. —El artesano lo invitó a entrar—. Quiero enseñarte una piedra que he encontrado.

Las risas y los gritos de los hijos de Manyaá, que jugaban a la orilla del río, volvieron a resonar en medio del silencio que se había instalado alrededor de la cabaña.

Entretanto, dentro de la vivienda, Manyaá e Ynatsé estaban extasiados ante las posibilidades de aquel preciado mineral, que había encontrado medio por casualidad, ajenos por completo a lo que ocurría fuera.

—¡Manyaá, Manyaá!!

Unos gritos preñados de urgencia e inquietud interrumpieron su charla.

—¡Manyaá, Manyaá!! —gritaba una voz que se acercaba a la cabaña.

No tuvo ni tiempo de entrar, cuando el tallador de herramientas salía ya al umbral de la puerta para ver qué sucedía.

—¿Qué pasa? ¿Qué son esos gritos? ¿A qué viene tanto alboroto? —preguntó al hombre que se acercaba y que al verlo se detuvo en seco sin dejar de repetir su nombre.

—Manyaá... Manyaá...

Al pobre, que había llegado corriendo y gritando como un poseso, no le quedaba ni una pizca de resuello para articular ningún otro sonido: se quedó sin palabras. Con el rostro desencajado y jadeante, lo miraba con compasión y señalaba hacia el río.

Manyaá se le acercó, lo agarró por los hombros y lo sacudió.

—¡Habla! ¿Qué pasa en el río?

A todos aquellos movimientos se sumó otro: el hombre temblaba y tragaba saliva, y solo sabía señalar con el brazo estirado y el dedo apuntando en dirección a la corriente.

—¡Vamos allí, Manyaá, acompáñame! —sugirió Ynatsé, que empezaba a tener un mal presentimiento.

El río no estaba demasiado lejos y el sendero que llevaba hasta él no era muy largo, pero Ynatsé no conseguía recordar ninguna otra ocasión en que un camino tan corto se le hubiera hecho tan largo, casi eterno. Al pie del gran sauce llorón encontraron la respuesta.

Cuando Manyaá lo vio, se derrumbó. Y al punto enloqueció. Gritaba y se golpeaba la cabeza con los puños al contemplar impotente los cuerpos sin vida de sus hijos y su mujer tendidos a la orilla del río. Más tarde se sumiría en un debilitamiento que mermaría sus fuerzas anímicas y físicas. Fue una tragedia para el clan.

Los dos niños jugaban cerca del agua. Se entretenían persiguiendo a una mariposa. Habían quedado fascinados, casi hipnotizados, por el color de las alas, de un tono cobrizo atravesado por franjas azul oscuro, así como por los dibujos redondeados que tenían en el centro y que parecían dos ojos, sensación que se reforzaba cuando la mariposa batía las alas, talmente como si una mujer abriera y cerrase los ojos. Los chiquillos corrían sonrientes y despreocupados. Y en ese momento, sin duda uno de los más felices de su existencia, ocurrió lo que jamás tendría que haber ocurrido. El pequeño resbaló y perdió el equilibrio. No había nada cerca donde aferrarse, ni una triste rama, ni una simple hierba lo bastante arraigada para poder cogerse a ella. Sus intentos desesperados manoteando el aire no le sirvieron de nada. Cayó al agua.

El mayor, en un acto reflejo, se lanzó detrás de su hermano pequeño para sacarlo del agua. Braceó con más ímpetu que maña para avanzar hacia donde su hermano luchaba por mantenerse a flote. Lo intentaba moviendo con frenesí piernas y brazos. Pero era inútil, no avanzaba. Además, el angustioso chapoteo levantaba mucha agua que sin querer iba tragando, hecho que le dificultaba la respiración, ya fatigosa de por sí. De su hermano pequeño ahora solo se intuía el cabello de la coronilla, el resto del cuerpo se había ido sumergiendo. Cuando se dio cuenta, luchó con todas sus fuerzas por mantenerse a flote. Sabía que difícilmente lo conseguiría, pues tampoco él sabía nadar.

Manyaá e Ynatsé no vieron lo que había pasado a la orilla del río porque habían entrado en la cabaña; el tallador quería enseñarle una piedra especial que había encontrado en una de las grutas que había explorado recientemente. Horrorizada, la madre, que estaba machacando unas

semillas, lo vio todo desde no muy lejos. Dejó lo que estaba haciendo y corrió hacia el río. Ella tampoco sabía nadar, pero cuando vio que la corriente se llevaba a sus dos hijos, que le pedían ayuda moviendo desesperados los bracitos, se arrojó al agua sin vacilar.

Consiguieron encontrarlos contra una presa y sacar los tres cuerpos sin vida, la madre y sus dos hijos.

La ceremonia de despedida se celebró al día siguiente, una vez que hubieron preparado los tres cuerpos para el ritual. Los enterraron juntos en un sepulcro situado en la cima de la colina. Un muro de contención construido con piedras meticulosamente ordenadas y de diversas medidas representaba la frontera entre el territorio de los vivos y el de los muertos. Cuando se atravesaba ese círculo, se entraba en un espacio sagrado. Dieron la bienvenida al cortejo fúnebre llegado en procesión desde el poblado unas grandes piedras, losas de enormes proporciones en forma de cuña que estrechaban la entrada a la galería. Constituían el pórtico de acceso a la sepultura, y allí mismo empezaba un corredor de piedras lisas y planas que llevaba al fondo de la cámara, donde había un pequeño desnivel, el lugar donde descansaban los cuerpos de los difuntos. Allí los enterraron. Los sepultaron con sumo cuidado para que hicieran juntos el último viaje. Dispusieron un lecho de flores a fin de que sus cuerpos gozaran de un dulce descanso. Antes de ser enterrados, los colocaron de manera que quedaran fundidos en un tierno y eterno abrazo. La mujer estaba de cara a sus dos hijos, a los que rodeaba con el brazo derecho. Los cuerpos de los dos hermanos se acoplaban al de la madre. Se habría dicho que querían volver al vientre del que habían salido para renacer en otra vida. Cada niño llevaba una hoja de sílex en la cintura, tallada y pulida por su padre, y descansaban sobre el ala extendida de un cisne. Baasi, que había espolvoreado ocre rojo alrededor de los difuntos, levantó el suave cuero que cubría los cadáveres para asegurarse de que estaban en la posición correcta y, antes de volver a taparlos, los cubrió de un ligero polvillo rojizo. Sobre la tumba también se espolvoreó ocre rojo, una mezcla terrosa y amarillenta de diversos minerales de grano muy fino. Un monumento de madera coronaba la sepultura. Así se lo habían enseñado quienes lo habían precedido. Veneraban a los antepasados con monumentos de piedra que simbolizaban el endurecimiento de los cuerpos al convertirse en esqueletos, pero también los hacían de madera, un material que se descomponía y que, en cierto modo, estaba asociado a la transitoriedad de

la vida. La piedra se utilizaba en las tumbas para los hombres, mientras que la madera, más suave y dúctil, se usaba para honrar a las mujeres y los niños. Finalmente, el viejo Baasi colocó una piedra azulada junto a la sepultura. Aquella piedra, un reconocido amuleto para los viajeros, resultaba muy indicada para prevenir los encantamientos y la magia de los espíritus en el periplo que ahora emprenderían los tres hacia un lugar desconocido y del que jamás habrían de volver.

Para concluir definitivamente aquel triste rito, hizo unos gestos hacia el suelo y luego hacia el cielo, unos movimientos elípticos y sinuosos acompañados de una letanía ininteligible. Después solo se oyó un silencio denso y pesado. La familia de Manyáá estaba a punto para irse al otro mundo.

7

EN EL FONDO DEL LAGO

Hay que proteger los cultivos! Esa ha de ser una de nuestras prioridades. Prácticamente dependemos de la cosecha, así como de lo que nos dan algunos de los animales que antes eran salvajes y ariscos pero que hemos conseguido que vivieran a nuestro lado, criarlos y domesticarlos para sacar beneficio de ellos.

Quien hablaba con esa autoridad era Paar, el jefe del clan, y todos estaban de acuerdo con lo que decía: le sobraba razón. Los campos sembrados de semillas a la espera de que germinaran eran terreno adobado para que se cebara en ellos la competencia, ya fuesen otras tribus o algún animal, o ambos al mismo tiempo. Una intervención similar requería el ganado: ovejas, cerdos y caballos que campaban por aquel entorno. Era necesario protegerlos de las amenazas constantes a que estaban expuestos. También ordenó que se construyeran silos para almacenar semillas y llevarlas a los terrenos más elevados, lejos de la humedad del lago.

—Convendría que levantásemos más cercas y construyéramos un lugar a cubierto donde alojar al ganado. —Se mesó la frondosa barba, pasando los dedos, cargados de anillos ornamentales, entre la espesa mata de pelo —. Habría que cerrar un espacio con ramas, troncos y cañas, para el ganado y las aves de corral. Y deberíamos establecer una vigilancia rotativa para que nada ni nadie toque esas reservas.

Con esa orden se cerró la breve asamblea de aquel día.

El pescado no, pero la carne que tenían colgada para que se secase les desaparecía con frecuencia. Ynatsé estaba seguro de que los responsables debían de ser las ratas, algún puercoespín o bien una jineta que había querido relamerse los bigotes con aquellas viandas.

Reflexionó sobre ello y al final creó una trampa muy fácil de fabricar, efectiva e ingeniosa. Cogió una losa bastante consistente de cuatro palmos de largo por dos de ancho y tres dedos de grueso. La puso derecha en el suelo, cerca de donde colgaban la carne, junto a la cabaña. La apoyó por la cara más larga y la dispuso inclinada hacia un lado. La calzó con un par de palos pequeños que impedían que acabara de caer. Estos no se fijaban directamente al suelo, sino a otro listón con dos agujeritos que descansaba en una piedra plana. Puso un tercer palo debajo de la losa, de pie y tocando una de las ramas que aguantaban la piedra. Al pie del listón puso un poco de grano para atraer al pájaro. Aterrizó uno. Era un gorrión, un petirrojo que se fue acercando tímidamente a saltitos. Empezó a picar los granos de

trigo que había esparcido en el suelo, sobre la losa. Fue hurgando con el pico hasta que tocó el listón, moviéndose lo suficiente para desplazar el otro palo que aguantaba la losa, y esta, con todo su peso, se precipitó sobre el pajarillo y lo aplastó. Había capturado a su primera presa, y ya salivaba por aquel manjar sabroso y tierno. Incorporó a aquella loseta, que le había servido para estrenarse como cazador utilizando el ingenio y no la fuerza, algunas innovaciones, básicamente piedras y palos más gruesos para cazar no solo gorriones, estorninos, herrerillos y tordos, sino también ratas, conejos, tejones, ardillas, alguna jineta e incluso algún lobo despistado... Sin embargo, para este ideó otra trampa. Cavó un hoyo en el suelo, de no menos de dos metros de hondo. Una cavidad larga y estrecha cuya boca tapó con ramitas y hojarasca. Como cebo puso las vísceras de alguna presa, de conejo o de tordo. Pero las colocó al pie de un listón plano de madera, que situó en voladizo hasta media boca del agujero y con el otro extremo apoyado en el suelo. La parte flotante debía ser más corta que la otra y, por lo tanto, el madero se aguantaba por sí solo si las ramitas ayudaban un poco. Lo cubrió bien con hojas y hierbas, dejando que sobresaliera únicamente el reclamo, los restos de conejo o tordo. No tuvo que esperar demasiado. Sorprendido, Ynatsé descubrió quién era el que les birlaba la carne. Guiado por el olor de la sangre, un lobo dirigió su fino morro hacia las entrañas del animal muerto, y al notar blando el suelo debajo de la hojarasca, trató de pisar una zona más firme. Fue entonces cuando se plantó sobre el tablón. El lobo se fío de la solidez de la superficie que pisaba pensando que caminaba sobre la vieja tierra por la que deambulaba desde hacía tantas lunas. Avanzó unos pasos y, debido a su peso, el tablón cedió y el ladrón cayó al fondo del hoyo.

Por más que arañaba las paredes de piedra y la estrecha cavidad, el lobo estaba atrapado, había caído en la trampa y ahora lo esperaba la muerte a pedradas.

Aparte de capturar ciervos y jabalíes, puercoespines, lobos y conejos, los hombres del Clan de los Caballos tenían otra modalidad de caza salvaje: matar pájaros a garrotazos por las noches. Los gorriones, pinzones, verderoles, tarabillas, chamarices o chochines dormían plácidamente en sus nidos, en las ramas de los árboles, y los hombres del clan los despertaban con fuego. Quedaban deslumbrados por las vivas llamas que una vez encendidas producían las yérgolas. La luz de la yérgola era un destello en plena oscuridad. La tea que se hacía con la corteza exterior del

abedul arrollada sobre sí misma ofuscaba la vista de los pájaros con una luz demasiado viva para que sus delicados ojos pudieran resistirla. La yérgola iluminaba la oscura noche invernal en el corazón del bosque, cuando los hombres se llevaban los huevos de los nidos vacíos y los pájaros, indefensos, no podían levantar el vuelo y quedaban inconscientes por los golpes secos y precisos de los palos. Estas salidas nocturnas no eran las únicas que organizaban, había otra que conllevaba mayor peligro: ir a pescar anguilas y congrios. Dicha pesca obedecía a un doble motivo: el primero, extraerles la sangre, un potente veneno que utilizaban para paralizar a presas y enemigos, y el segundo, por su sabrosa carne.

Salir de noche por el lago no le hacía gracia a nadie. La calma de aquellas aguas oleosas contrastaba con el desasosiego y la ansiedad de los guerreros. Cuando se subían a las canoas, aunque llevasen teas para verse en la oscuridad y lanzas para defenderse, los embargaba un profundo respeto y temor a que el agua acabara engulléndolos. Había habido tristes y funestos precedentes, por eso intentaban hacer las canoas más resistentes a los embates de anguilas y congrios. Se abalanzaban contra la embarcación y con su fuerza la hacían oscilar, y una vez hasta consiguieron abrir una vía de agua, hundirla y que dos hombres muriesen ahogados. Como jamás consiguieron recuperar sus cuerpos, creyeron que algo se los había llevado al fondo del lago. Pensaron que se trataba de la Gran Anguila, que había tirado de ellos hacia las profundidades. También algunos caballos que pastaban cerca del agua habían desaparecido misteriosamente.

Con ese miedo en el cuerpo, se embarcaban en una empresa por el bien del grupo; sabían que podían perder la vida en ella, pero estaban orgullosos porque lo hacían por el clan.

Al menos esa era la arenga que les soltaba Ynatsé para convencerlos y para que tuvieran confianza y coraje. Dos canoas se deslizaban suavemente en paralelo por el agua y se dirigían hacia el rincón del lago donde vivían aquellos depredadores. La noche era tranquila y solo se oían, amortiguados por la lejanía, los cantos de los grillos y de un coro de ranas que croaban. En ese momento la que conducía Ynatsé acababa de surcar el reflejo de la luna llena, que rielaba en aquellas plácidas aguas. Al cabo de un rato de navegar, uno de los hombres, que tenía el oído más fino que los demás, los puso alerta.

—¿Habéis notado movimiento debajo de la canoa?

No tuvieron tiempo de contestar, cuando recibieron el embate de dos

anguilas de buen tamaño. Las dueñas de las aguas del lago los atacaban. Una barca volcó, pero la otra logró mantenerse a flote. Mientras unos clavaban las lanzas desesperadamente en el agua con la intención de acertar al cuerpo escurridizo de la anguila, otros ayudaban a subir a los hombres que habían caído al agua. Pudieron subirlos a todos menos a uno, Zab. Era el único que aún chapoteaba en medio del lago. Profería unos chillidos aterradores, como si lo estuvieran desollando vivo. Nadaba hacia la canoa, pero no se movía. Ynatsé vio que algo no iba bien. Zab pugnaba por salir del agua, era presa del pánico y no quería servir de cena a la Gran Anguila. Sus gritos eran desoladores. Nadie se atrevía a tirarse al agua para ayudarlo. Y Zab empezaba a aturdirse, porque se le había enredado en la pierna el tallo de una de las muchas plantas que arraigaban debajo del agua, en el fondo del lago, y que, aunque total o parcialmente sumergidas, tenían partes que afloraban a la superficie, hojas y flores. Se puso tan nervioso que se colapsó. La tensión se convirtió en estrés, y cuanto más se movía, cuanto más agitaba brazos y piernas, cuanto más luchaba y se esforzaba por liberarse de aquella planta, más se le enroscaba no solo por la pierna, sino por todo el cuerpo. Sin pretenderlo, con aquellas brazadas y aquellos movimientos desesperados, hacía que las ramas y los tallos sumergidos lo fueran envolviendo, fueran ciñendo sus extremidades, hasta que se las inmovilizaron. Al no poder moverse, se convirtió en un peso muerto que se fue hundiendo y finalmente se ahogó. Desde la canoa, los demás se lamentaban y señalaban con las teas hacia donde lo habían oído bramar. Dejaron de oír los gritos, y en el lugar donde había desaparecido solo quedaron unas pequeñas burbujas flotando en la superficie, que también acabaron desvaneciéndose. Ynatsé ordenó regresar al poblado, sin haber conseguido pescar ninguna pieza y con un hombre menos. Además, sabía que a todos los hombres que habían visto cómo las oscuras aguas del lago se tragaban a Zab les había entrado el miedo en el cuerpo. No pudieron recuperar su cadáver, que ignoraban si descansaría en el fondo del lago o en el vientre de la bestia. No tenían ánimos para enterrarlo y poder enviarlo al mundo de los espíritus celebrando el ritual apropiado.

Dentro de uno de aquellos agujeros-trampa que utilizaban para cazar, y que conectaba con una sinuosa galería de corredores, Aynires y otras mujeres trabajaban desollando y descuartizando a un ciervo que había

caído en él. Las mujeres no estaban solas, con frecuencia las acompañaban sus hijos pequeños. Las que los tenían los llevaban consigo, y los chiquillos se entretenían en un rincón de aquel taller de despiece jugando con huesos y piedras. Aynires había llevado a Zeb. La mayoría de las mujeres le hacían el vacío porque consideraban que su reivindicación, su reclamación a favor de las mujeres cazadoras, había sido un error. Pensaban que lo que había ocurrido en la reunión de la cueva era un episodio que había que olvidar rápidamente, y que no podría acarrear nada bueno para las mujeres. Sin embargo, no todas pensaban lo mismo.

—Fuiste muy valiente —le dijo Shalvia, una de las muchachas del clan, que se le acercó con unas pieles.

Era joven pero fea. Ojos pequeños y redondos, protuberantes como dos carozos de melocotón. La nariz le dibujaba una ese retorcida, tenía la piel surcada de pequeños bultos y el cabello largo y mustio, del color de la corteza de los sauces llorones que crecían junto al lago. Por ese motivo, lo llevaba recogido en una gruesa cola que se le columpiaba al caminar.

—Gracias, pero ¿por qué me lo dices? —quiso saber Aynires—. Me limité a hacer lo que creí mi deber por el bien de todas... —respondió a la defensiva.

—Porque quiero que sepas que... —miró de reojo al grupo de mujeres que trabajaban al otro lado de la cueva— que estoy contigo, que también pienso como tú, y creo que tienes mucha razón en lo que reivindicaste ante Paar.

—Gracias, Shalvia, pero si no nos lo creemos nosotras mismas —dirigió una mirada al resto de las mujeres—, difícilmente podremos hacérselo entender a los hombres, y mucho menos lograr que Paar ceda. Además, ten en cuenta que...

La conversación quedó interrumpida por el fuerte ruido de algo que cayó en el otro extremo del corredor donde trabajaban. Debía de ser algo voluminoso, porque el ruido correspondía a un buen porrazo contra el suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó sobresaltada Liolaá, la mujer de Paar, desde el rincón donde trabajaba, mientras se apartaba un largo mechón grisáceo que le cruzaba la cara.

—Por el ruido, parece que algo grande ha caído por el agujero-trampa —aventuró Aynires—. Voy a ver qué es.

Hizo el breve trayecto que separaba el espacio donde trabajaban del

lugar donde caían los animales. Cuando dobló la esquina, vio a lo que se enfrentaba: un jabalí. Era un ejemplar grande, muy grande. La crin que le recorría el lomo a partir de la frente se le erizó, señal inequívoca de cólera. Estaba furioso por el batacazo contra el suelo tras haber caído desde arriba, además de sentirse acorralado en aquel espacio cavernoso. Se le encaró rascando el suelo con la pezuña izquierda y se abalanzó, con la mala idea de asestarle un cabezazo y, con sus enormes colmillos afilados y retorcidos, herir a aquella mujer. Aynires intentó zafarse de su ataque, pero no tuvo suerte. Acorralada entre la pared y el furioso animal, intentó trepar por la pared, pero no tenía la destreza de las arañas para escabullirse. La bestia la embistió y la empujó brutalmente contra la pared. Antes de la segunda embestida, el animal chilló de dolor y se dio la vuelta.

Aynires le había clavado la piedra con que trabajaba la piel, que se había guardado en el cinturón. Enloquecido, el jabalí desapareció por el agujero que conducía al taller de las mujeres. Aynires cerró los ojos y suspiró aliviada. Pero su alivio apenas duró un instante. «¡Los niños!», pensó. Aunque estaba un tanto magullada por la acometida, echó a correr detrás del animal. Veía moverse aquella mata de pelo espeso de color negro en dirección adonde jugaban los chiquillos. Se temía lo peor. Mientras ella se enfrentaba al cerdo, la mayoría de las mujeres habría tenido tiempo de coger a sus pequeños y evitar que cayeran en las garras del jabalí. Pero... ¿y su Zeb? ¿Se habría quedado solo y desamparado? ¿Alguien habría cogido a su hijo? Al llegar oyó gritos.

El animal confirmó sus peores temores, porque su intención de embestir a una de las indefensas criaturas saltaba a la vista. Aynires comprobó con horror que los niños se habían desperdigado por el taller y que las mujeres habían recogido las herramientas y las pieles en un rincón. La bestia tenía vía libre para morder a los niños. De hecho, ya estaba atacando a uno: el hijo de Liolaá. Aynires no se lo pensó dos veces y le arrojó una piedra, impactándolo en el lomo. Sin embargo, eso no bastó para que soltara el pie del pequeño, que chillaba de dolor por los mordiscos que le asestaba. Una segunda piedra más grande y puntiaguda sí lo hizo detenerse para ver quién osaba molestarlo mientras saciaba su hambre y se encontró frente a la misma mujer de antes. Volvió a rascar con las pezuñas el suelo y avanzó al trote, mientras Aynires lo esperaba con un garrote en una mano y una piedra en la otra. Cuando lo tuvo a tiro, se armó de valor y con toda su fuerza le lanzó el pedrusco, dándole en la frente. El animal

soltó un chillido agudo y penetrante que resonó en las paredes de piedra. Eso lo frenó un tanto y agachó la cabeza en señal de dolor, pero prosiguió avanzando hacia ella. Aynires aprovechó que el jabalí bajaba la guardia para asestarle un golpe en el pescuezo. Y a continuación lo apaleó violentamente con el grueso garrote rematado de cabeza gruesa y redonda. Golpeó primero de derecha a izquierda y después de izquierda a derecha. Aynires notó cómo crujían los huesos del jabalí, el cual se arrodilló, derrotado, a sus pies. Empapada en sudor, jadeaba con una mezcla de excitación y miedo por la terrible experiencia. Había acabado con aquella amenaza y salvado a los niños de los colmillos del jabalí. Más tarde lo valoraría de otra manera, porque aquella reacción espontánea de fuerza y determinación la había tenido delante de las mujeres, en especial delante de Liolaá. La mujer de Paar se tragó el orgullo y, tras administrar las curas que requería su hijo, quiso agradecer a Aynires la valentía que había demostrado al salvarlo.

—Aynires, has sido muy valiente. Debo darte las gracias de todo corazón. —Se puso la mano bajo el pecho derecho—. Sin tu coraje y valor para enfrentarte a esa bestia, mi hijo habría muerto.

—De nada, Liolaá, pero quiero que sepas que lo habría hecho por cualquier otro niño —contestó Aynires.

Y se puso a descuartizar el cerdo junto con Shalvia. Aquel animal le había servido para algo más que para disponer de unas cuantas piezas de carne: le había valido el reconocimiento para que a partir de entonces las mujeres del clan considerasen y se tomaran en serio la propuesta que había lanzado en la asamblea del clan: también las mujeres debían estar preparadas para cazar y defenderse.

8

LÁGRIMAS NEGRAS

Baasi? ¡Baasi!

Ynatsé llamó a gritos al anciano sanador mientras entraba en su cueva, pero la única respuesta que obtuvo fue el eco de su voz, de sus propias palabras reverberando en las paredes que lo rodeaban. Cuando la resonancia se apagó, aguzó el oído y le pareció captar un hilo de voz que surgía de las entrañas de aquella cavidad que constituía el hogar de Baasi. Su intuición de cazador lo llevó a acercarse a la zona de donde creía que procedía aquella voz.

—¡Estoy aquí abajo!

Como si brotara de las profundidades de la Tierra, la voz del viejo Baasi se coló por una grieta de la roca. Ynatsé la siguió, pero se desvaneció a medio descenso. Hizo un alto y se guió por otro sonido característico, el tintineo de los caracolillos, conchas, huesecillos y piedras que colgaban del brazalete que el anciano llevaba en la muñeca izquierda. Era la señal inequívoca de que Baasi se hallaba cerca y estaba gesticulando o, como era el caso, pintando. El sonido se iba haciendo más vivo a medida que Ynatsé llegaba a las entrañas de la cueva. El tintineo de los abalorios poseía una cualidad benéfica. Los adornos que, colgados del cuello, las orejas, los tobillos o las muñecas, tintineaban con el movimiento, preservaban de los poderes maléficos que moraban en el mundo subterráneo. Baasi lo sabía, y por eso se engalanaba de arriba abajo con aquellos colgantes que le infundían tranquilidad.

Baasi estaba grabando y pintando en la pared. A su lado se encontraba uno de los niños del poblado, que lo alumbraba con una lámpara que parecía de piedra. Era una luz curiosa que atrajo la atención de Ynatsé, porque daba mucha claridad y no humeaba.

—¡Bienvenido, Ynatsé! —lo saludó el anciano—. Veo que sientes curiosidad por la lámpara.

—Pues sí, la verdad —reconoció el muchacho.

—Es una lámpara hecha con el tuétano de un hueso de buey.

—¿Cómo? —Ynatsé arrugó el entrecejo.

—Mira, coges una piedra de cierta medida que puedas sostener en la palma de la mano, procuras que sea más honda en el centro que por los bordes, y si no, la vacías un poco golpeándola con otra piedra. Así cabrá más grasa e iluminará mejor y durante más tiempo.

—¿Y qué hace que no salga humo?

—Esa es la suerte de trabajar con el tuétano del hueso, una grasa blanquecina que se extrae de la médula ósea del buey. Unos animales que, como ves, no solo nos sirven de alimento, también son muy apreciados por los pintores —apuntó Baasi.

Luego siguió explicándole la importancia de aquella sustancia.

—Gracias a esta grasa, no solo disponemos de una luz cálida, sino que lo más importante, tal como tú decías, es que no hace humo que pueda tizar y ennegrecer las paredes y estropear los dibujos. Y, sobre todo, no hay peligro de morir asfixiado, porque no consume el aire de la cueva —señaló el viejo sabio.

Ynatsé observó que el trenzado de hierbas secas retorcidas que se hundía en la grasa donde bailaba la llama estaba bastante consumido, y dedujo que llevaban un buen rato allí abajo. Baasi había aprovechado los relieves de la pared para trabajar la piedra con un cincel. La técnica era muy sencilla: grabar con un buril de sílex las figuras que después, con carbón vegetal, trazaba y perfilaba. Finalmente aplicaba color con las manos, o con la ayuda de trozos de piel o de crin de algún animal, y procedía a retocar con la punta de una pluma los detalles que requerían mayor precisión.

—¿Y eso qué se supone que es? —quiso saber Ynatsé.

—Es la recogida de la miel... —Hizo una pausa, se apartó de la pared para coger perspectiva y prosiguió—: Uno de los momentos más dulces del principio del ciclo del sol...

Baasi señaló unas figuras, las mujeres y los niños del poblado, que llevaban vasijas sobre la cabeza. A continuación se volvió hacia Ynatsé y le comentó:

—Me alegra mucho tu visita, pero por la cara de preocupación que pones estoy seguro de que no has venido a alabar mis pinturas precisamente, ¿me equivoco?

El muchacho sonrió y negó con la cabeza.

—Tienes razón, Baasi... He venido porque quiero que me expliques por qué se marchó mi padre —le volvió a insistir Ynatsé.

Nadie le había aclarado nunca cuál había sido el motivo de su huida.

—¡Oooh, querido Ynatsé! —exclamó el viejo hechicero—. Fue uno de los episodios más tristes de la historia de nuestro clan. —Baasi se lamentó mientras gesticulaba con afectación—. Pero sí, ya es hora de que sepas cómo ocurrió.

Decidió que había llegado el momento de contarle la verdad. Dejó de pintar y ordenó al chiquillo que se marchara, que ya seguirían mañana. Aquel pilluelo le hizo una reverencia, dejó la lámpara y se fue por la galería que subía hacia la boca de la cueva. Baasi invitó a Ynatsé a tomar asiento. Una vez bien acomodados, el viejo chamán comenzó el relato.

—Paar había ordenado a un grupo de hombres mandados por tu padre que hicieran una quema controlada de rastrojos y matorrales. Unas fogatas para deforestar y poder disponer de más terreno para cultivos y así alimentar a toda la comunidad. —Cerró los ojos y, mientras asentía con la cabeza, añadió—: Pero lo que debía aportar mayor prosperidad al clan acabó en catástrofe, en tragedia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sorprendido Ynatsé, enarcando las cejas.

—Pues que, aparte de que murió una persona, el hermano de Paar, un adulator, perdimos mucho más: a un líder, tu padre —reconoció Baasi en un tono grave que sugería la desolación que aquello había supuesto para él y para el clan.

El anciano hizo una pausa y reanudó el relato.

—Encendieron unos matojos, como siempre con la precaución de que el fuego no se extendiera más allá de los límites marcados. Era una tarea rutinaria que habían hecho muchas veces, pero ya se sabe que cuando se baja la guardia, cuando nos confiamos...

Hizo un gesto con la mano como quien invoca a la divinidad, y prosiguió para no perder el hilo de la historia.

—De repente cambió el viento, un viento distinto del que había soplado hasta entonces. Una fuerte ráfaga atizó las chispas que consumían inofensivamente la base de los rastrojos. Eso, sumado al descuido de los hombres, provocó que las centellas saltaran las zonas marcadas y el fuego empezara a extenderse por una franja de vegetación próxima a las cabañas del poblado. Como puedes imaginar, cuando se dieron cuenta ya era tarde. Las llamas habían empezado a devorar las primeras viviendas junto al granero y de ahí, empujadas por el viento, fue muy fácil que las lenguas de fuego lamieran y prendieran en las techumbres de paja, que ardieron como teas. Pese a estar cerca del lago, la disponibilidad de agua era el gran problema.

—¿No podían apagar el fuego con el agua? —preguntó incrédulo Ynatsé.

—Exactamente, no, no podían. —Baasi acompañaba sus palabras sacudiendo la cabeza—. No había suficientes vasijas grandes para acarrear agua desde el lago hasta los fuegos. El tiempo no jugaba precisamente en su favor, porque aquellos focos pequeños acabaron convirtiéndose en una gran hoguera. El incendio cada vez se hacía mayor, puesto que cuanto hallaba a su paso servía para alimentarlo. Se convirtió en un fuego de grandes dimensiones y el clan temía que llegara al redil donde estaban los caballos.

—¿Y cómo se las arreglaron? —La angustia lo impulsaba a querer conocer todos los detalles.

—Se combatió el fuego con la ayuda de mucha gente que batía las matas encendidas con ramas cortadas allí mismo, para evitar la rápida propagación de las llamas. Mucho esfuerzo y escasos resultados. Más que apagar el fuego, se trataba de cerrarle el paso para que no se extendiera. Y fue entonces cuando a tu padre se le ocurrió una gran idea. Lo recuerdo como si fuese ahora.

Cerró un ojo y, juntando las manos como si fuera a rezar, rememoró:

—Les dijo: «El fuego es arrogante, altivo, soberbio, y jamás se echa atrás. No cede nunca, siempre se impone, avanza imparable porque solo puede quemar aquello que aún no ha consumido, lo que todavía no es ceniza. Así pues, creo que lo mejor que podemos hacer es atacarlo con sus propias armas.» —Abrió el ojo, enrojecido de repente—. Nadie entendió lo que acababa de proponer. Solo consiguió que todos lo mirasen mal, sin fiarse de su idea. «El último recurso consiste en hacer un contrafuego», se atrevió a proponer de nuevo. —Baasi había recuperado las palabras que pronunciara el padre de Ynatsé y que habían supuesto su condena—. «Debemos provocar un nuevo fuego delante mismo del incendio que avanza inexorable hacia aquí, succionado por la depresión creada por el aire caliente que sube del suelo. Cuando se encuentren de cara, cuando un fuego choque contra el otro, se extinguirán debido a la falta de combustible así como a la falta de aire.» Pero no veían nada claro lo de apagar un fuego con otro fuego —admitió Baasi.

»“¡Eso es un disparate!””, replicó Taar, el hermano de Paar. “¿Cómo quieres apagar un fuego encendiendo otro? Es la mayor estupidez que he oído nunca. Lo que conseguiremos es hacerlo mayor, y no habrá manera de dominarlo. Será tan grande que lo quemará todo y tendremos que volver a las cuevas. Concentrémonos en apagar este fuego y no en provocar otros.

Además, ya casi lo tenemos controlado.”

»Pero tu padre tenía razón —dijo Baasi asintiendo con la cabeza—. Se trataba de un sistema, una operación, para apagar el incendio por el procedimiento de crear un vacío que impidiera su avance. Y, contrariamente a lo que decía Taar, no lo tenían controlado ni de lejos.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó ansioso Ynatsé.

—Cuando tu padre vio que las llamas quemaban los postes del redil de los caballos y que los animales huían desbocados, como ya habían hecho antes los corderos, no se lo pensó dos veces: fue a buscar la cabeza del fuego y encendió otro con una antorcha para contrarrestarlo.

»Más adelante, durante la celebración del Consejo, Paar puso en conocimiento de los miembros la actitud insolente y desafiante de tu padre. Se lo consideró culpable de haber desobedecido y haber provocado un incendio mayor que contribuyó a la destrucción del pueblo, a la huida de los caballos y, sobre todo, a la muerte de un hombre, y no uno cualquiera: Taar, el hermano de Paar, el jefe del clan. Y por eso fue castigado con el destierro. El resto ya lo sabes —dijo por supuesto el anciano.

—No, Baasi, no lo sé. ¿Qué ocurrió exactamente? ¡Cuéntamelo! —exigió el muchacho.

—De acuerdo, de acuerdo, Ynatsé, te lo contaré. El Consejo presidido por Paar, inflamado por la pérdida de su hermano, culpó a tu padre de las tres desgracias que se habían abatido sobre el clan.

—Pero ¿nadie salió en su defensa? —Clamando al cielo con los brazos, Ynatsé se rebelaba ante aquella actitud intransigente.

—Nadie se atrevió a enfrentarse a Paar, el cual, con la muerte de su hermano, estaba más irascible y violento que nunca. Era y es un hombre que se caracteriza por no transigir jamás. En una discusión nunca hace concesiones para llegar a un acuerdo. Se mantiene en sus trece e impone sus razones —concluyó el hechicero.

—¿Y tú, Baasi, tú tampoco intercediste por él? —dijo el joven en un tono rayano en el reproche.

—A mí Paar —y resopló en señal de impotencia— me apartó del Consejo. De ese modo se aseguraba de que nadie se alzaría en defensa de tu padre. En aquellos momentos, puedes creerme, lo único que se levantaba eran unas columnas de humo de lo que había sido el poblado, las cuales probaban que habían derrotado al fuego. Lo acabaron extinguiendo, pero tenían una sensación de derrota tan grande que no eran conscientes de ello.

La visión del poblado reducido a cenizas hizo resbalar por los rostros tiznados por el humo y el hollín unas lágrimas negras como el futuro que los aguardaba.

Al día siguiente del gran incendio, cuando empezó la reconstrucción de las cabañas y el pueblo parecía renacer de sus cenizas, dio la impresión de que se encendía la chispa del cambio. Pero fue solo una ilusión. Antes de marcharse, tal como le había ordenado Paar, el padre de Ynatsé se desvivió por ayudar a levantar todas y cada una de las casas. Habían pasado la noche en las cuevas, pero con el primer rayo de sol todos los hombres bajaron hacia aquel campo de cenizas humeante. Una vez que hubieron retirado todos los troncos medio quemados, chamuscados, consumidos por el fuego o lamidos por las llamas, se dedicaron a nivelar el suelo. Unos aplanaban y los otros pisoteaban el terreno sobre el que levantarían la primera cabaña. Después prepararon los troncos que servirían de pilares. Debían ser de madera robusta, pero era muy importante no olvidar que, antes de empotrarlos, había que pintarlos con un líquido viscoso negro que obtenían por destilación tras la combustión del carbón. Tenían que asegurarse de aplicar un buen par de capas, a fin de evitar que a causa del contacto con el agua los pilares se pudrieran y los palafitos, las cabañas y las barracas cediesen. Una vez que hubieron pintado bien las bases de los troncos, los empotraron. Para ello tuvieron que practicar unos agujeros en el suelo, unos hoyos de unos cinco pies de profundidad, a fin de colocar los puntales en vertical, a una altura equivalente a la de tres hombres.

Hasta entonces habían trabajado los fornidos. Después les tocó el turno a los más hábiles, porque había que colocar los caballetes, una línea de tejas posadas sobre la arista que formaban las dos vertientes del tejado. Se colocaban junto con las cañas de los laterales, y a continuación se ponía la parhilera, cuya importancia estribaba en su longitud y su resistencia al elevado peso que tenía que soportar. Era una viga situada a lo largo de la arista superior de ciertos tejados y en la que descansaban los pares, dispuestos en pendiente. Una vez instalada la parhilera, se ponían las costillas de madera que hacían de nexo de unión entre esta y los caballetes. Después se cubría el armazón de la barraca con un entramado de cañas. Para sujetar el cañizo decidieron colocar un listón de madera a lo largo de cada pilar clavado con tachas.

Cuando la estructura quedó terminada, cubrieron el tejado con barrón. Cogieron unas hojas largas, enrolladas y con forma de anchos juncos y las colocaron en hileras horizontales, empezando de abajo hacia arriba y sujetándolas con las cañas. Finalmente, para cubrir las paredes, se preparaba una mezcla de barro y paja de trigo que después se enlucía sobre el cañizo, para reforzar tanto la parte interior como la exterior. Una vez cubiertas, las dejaron secar y, como el tiempo acompañó, en unos ocho días volvieron a tener las cabañas levantadas. Sin que nadie tuviera que recordárselo, el padre de Ynatsé se marchó. Lo hizo mientras toda la comunidad celebraba con una danza de agradecimiento a los dioses la vuelta a la normalidad tras haber superado la tragedia. Únicamente Baasi, que era el encargado de iniciar la danza, lo vio partir. Se dedicaron una larga mirada preñada de resignación, y solo cuando ya no vio en el horizonte ni rastro del adiestrador de caballos, el viejo hechicero inició la danza. Empezó él y luego se sumaron los niños. Los mayores se incorporaban más tarde. Lo hacían llevando unas máscaras hechas con mondas de frutas. Era un ritual sagrado, y se tapaban la cara por respeto a los dioses. La danza tenía múltiples usos, no solo era una manera de agradecer a las divinidades que les hubieran permitido vivir. Les proporcionaba salud mental y física. En un entorno tan inestable, sometidos a tanta tensión porque nunca sabían qué podía sorprenderlos fuera del poblado, la danza los liberaba, les daba fuerza, les brindaba alegría. Ancianos y niños, todo el mundo sabía bailar, y bailaban.

La danza les servía para propiciar un contacto más directo los unos con los otros y tenía la propiedad de reafirmar el sentimiento de pertenencia a una comunidad.

9

LAS PIEDRAS VERDES

Si tienes un amigo o un pariente en quien confíes mucho, ve a verlo, ve a visitarlo con frecuencia, porque en el camino que nadie pisa se crían malas hierbas y crecen zarzas —declamó el viejo Baasi al abordar el último punto de la reunión del Consejo.

—¿Qué significa eso? —le preguntó Paar.

—Querido Paar, se trata de un antiquísimo proverbio que hemos conservado desde que se fundó este clan y que nos recuerda lo importante que es mantener buenas relaciones con nuestros familiares y amigos.

—¿Y por qué me lo recuerdas ahora? —quiso saber el jefe.

—He estado pensando, de hecho hace días que me da vueltas en la cabeza, que ahora que gracias a Ynatsé han vuelto los caballos y tenemos gran producción de armas y herramientas, tal vez convendría que hiciéramos una visita a nuestro clan hermano, el de las minas de las montañas.

Paar enarcó las cejas en señal de sorpresa.

—Sí, apreciado Paar, piensa en ello... —Baasi se explicó—. De ese modo, al tiempo que los caballos pueden aprovechar mejor los pastos frescos, estrecharemos nuestros vínculos mediante un intercambio de nuestros productos con los de nuestros parientes. Que la distancia no sea un impedimento para hacer más fuertes unos lazos que vienen de lejos y que debemos cuidar.

—Ya... —afirmó en tono dubitativo—. Sí, quizá tengas razón, no está mal pensado —reconoció Paar.

—Te sugiero —le dijo Baasi— que encargues a Ynatsé que encabece un grupo de hombres para llevar los caballos a las montañas. Podrían desplazarse hacia las tierras donde viven nuestros hermanos mineros mañana mismo.

La señal que apareció en el cielo le hizo ver que estaba a punto de producirse algún hecho extraordinario que alteraría la vida de la futura comunidad minera. Se quedó boquiabierto ante lo que veía. Era un fenómeno que consistía en hacer visibles todos los colores, algunos de los cuales jamás había visto hasta entonces. Un arco formado por diferentes haces de colores colgaba de las nubes y se proyectaba gracias a un rayo de sol hasta un punto determinado de la montaña. Siguió con la vista la curva que describía el arco estampado en el horizonte. Achicó un tanto los ojos

para escrutar, para poder ver dónde acababa aquella extraordinaria manifestación de la Naturaleza. No obstante, los árboles le tapaban el final del arco. Sin saber muy bien por qué, Sanuya echó a correr hacia la base de aquel arco que se hundía en la tierra. La inquietud y la curiosidad la impulsaron a subir aquel pequeño cerro. En ningún momento sintió miedo, y de hecho, suerte que había emprendido el ascenso, porque lo que encontraría les cambiaría la vida. Ignoraba lo que había al final del arco de colores, pero se dijo que aquella manifestación de la Naturaleza sin duda tendría consecuencias —quería creer que buenas— para su comunidad. El corazón le latía con más fuerza que nunca, porque al llegar se encontró ante una visión con la que no contaba.

La lluvia había lavado la tierra, y las montañas brillaban de tan limpias. Sin embargo, fue precisamente la lluvia la que puso al descubierto la roca desnuda expuesta a la mirada. El efecto del rayo de sol que se colaba entre las nubes propagaba el festival de colores que centelleaba sobre el bloque de piedra, pero había uno, el verde, que relucía con más intensidad que el resto. Un puñado de piedras que sobresalían del suelo producían aquella luz verdosa. El resplandor provenía del lado de la montaña en cuya falda se extendía su pueblo, que a partir de aquel día consagraría su actividad a la minería.

En un primer momento, aquella tonalidad verdosa la inquietó, pero después, al cabo de un rato de mirarla, la invadió una sensación de paz y seguridad. Se agachó y alargó la mano para coger un puñado de aquellas piedras verdes. Se las guardó en el zurrón y decidió presentarse ante el jefe del poblado. Irrumpió en la cabaña del líder, que en aquel momento estaba acompañado del hombre más viejo y más sabio del pueblo.

—¡Mirad lo que nos ofrecen los dioses, mirad lo que he encontrado en la montaña! —Mostró exultante su hallazgo al jefe y al hechicero—. ¡Es un regalo de los dioses! Lo he encontrado al final de un arco de colores que proyectaba su luz desde el cielo hasta la tierra, justo al pie de la montaña. Allí me he agachado a recoger estas piedras.

—¿Qué es eso? ¡Una piedra verde! Es un regalo de la Madre Naturaleza que nos protegerá de todo mal —proclamó con excitación el hechicero mientras examinaba aquella exquisita rareza mineral que le nublabla la vista.

Se apresuró a cogerle las piedras de las manos y se dirigió al jefe.

—Debes ordenar a todos, hombres, mujeres y niños —exigió mientras

acunaba en las manos aquellas piedras preciosas—, que trabajen en ese lugar para extraer el máximo de piedras posible de la montaña. Tu pueblo, tu clan, estará protegido por siempre jamás por la fuerza de la Madre Naturaleza. Y en señal de agradecimiento, a partir de ahora consagraremos nuestra existencia a venerar a Nuestra Madre. Es ella la que nos infunde vida. Con nuestras propias manos, levantaremos en su honor una figura de una sola pieza con esta piedra verde al pie de la colina. Veneraremos la fertilidad, la fecundidad y la maternidad...

Y cual poseído, cerró los ojos y clamando al cielo con los brazos empezó a describir cómo debía ser esa figura.

—Para evocar la feminidad de la pieza, Nuestra Madre mostrará la representación del embarazo, la evocación de la maternidad, a través de una expresiva postura maternal y protectora de las manos sobre el vientre...

Hizo una pausa, que aprovechó para abrir desmesuradamente los ojos. Enrojecidos y desorbitados, estaban sedientos de conocimientos.

—¡Y sobre el vientre situaremos una espiga, que liga la fecundidad humana con la de los campos que nos dan vida! —exclamó.

Así lo hizo el jefe del clan, que puso a todo el pueblo a trabajar. Pese a que sus herramientas eran muy rudimentarias, tuvieron la suficiente destreza para fabricarse unos picos con una piedra fijada a un bastón, una rama o un trozo de madera lo bastante grueso y largo para manejarlo con facilidad, lo justo para apartar la tierra y dejar al descubierto la roca. Unos picos que también servían para romper la pizarra que encontraban una vez retirada la tierra. Mediante huesos de animales con forma de cincel, trabajaban para horadar hasta crear galerías y salas con el fin de seguir las vetas y los filones del mineral verde.

Una vez extraída aquella piedra preciosa, la golpeaban con otro trozo de roca para obtener el fragmento que realmente valía la pena. Era un mineral que deslumbraba por su belleza, pero también por la dureza que tenía y por su rareza. Jamás habían visto una piedra verde y que tuviera unas propiedades como las que iban descubriendo: el brillo, la transparencia, la diafanidad que conseguían después de pulirla para fabricar brazaletes, collares y colgantes, que todos utilizaban a modo de protección. Sobre todo, los collares de lágrimas de diez decenas, que se convirtieron en los grandes protectores contra todos los males. El colgante, bien trabajado, consistía en una sarta de piedras con forma de lágrima separadas de diez en diez por una piedra de mayor tamaño, y se anudaba en los extremos. El

poder de aquella piedra verde lo percibieron tanto los cazadores como los guerreros del pueblo. Unos y otros veían cómo el miedo atenazaba tanto a sus presas como a sus enemigos, que retrocedían o cedían ante aquella visión verde, la cual infundía seguridad al que la llevaba colgada y respeto a quienes osaban mirar su luz. No dudaron ni por un momento que su procedencia divina era lo que la hacía tan singular. No tardó en propagarse el rumor de sus propiedades, y tribus llegadas de todas partes se acercaron a su poblado con el fin de obtener aquella piedra, ya fuera en bruto o trabajada para aplicar a un collar o un brazalete.

—¿Este es el viaje que estoy llamado a hacer? —quiso saber Ynatsé.

—No precisamente —respondió Baasi.

—¿Y por qué he de hacerlo? ¿Por qué tengo que ir?

—Te servirá como prueba. —Baasi intentaba convencerlo por el lado práctico.

—¿Prueba para qué? —respondió el joven, arrugando la frente en señal de preocupación.

—Es la manera que tienen los dioses de saber si eres el hombre que necesitamos. Ellos te someterán a ciertas experiencias para apreciar tu valor. Por tu bien y por el de nuestro pueblo, debes salir airoso, has de conseguirlo. Aquí tienes a los hombres que te acompañarán. —Baasi le señaló un grupo de hombres que estarían a sus órdenes.

Era un grupo reducido. No faltaban sus inseparables compañeros de caza: Kamali, Dro, Seraf, Sevoc y Uloqí. Todos eran cazadores experimentados en recorrer largas distancias para cazar al animal que hiciera falta, y uno de ellos, Kamali, ya había estado en otra ocasión en las minas del clan hermano. Él era el guía en aquel viaje a través de montañas inhóspitas para llegar a la tierra de los parientes. El itinerario transcurriría por un paisaje cambiante, pero cada vez más escabroso e indómito. No tardaron en dejar atrás los plácidos valles y las tranquilas llanuras donde les resultaba más fácil seguir el rastro de animales que habían migrado hacia zonas más frescas. Se adentraron en hondonadas boscosas y brumosas que, cuando despejaba, dejaban al descubierto sierras y crestas umbrías, imponentes macizos o colosales y enormes moles de piedra, con grietas que ponían la carne de gallina a Ynatsé, a sus hombres y a los caballos, que resoplaban mientras escalaban hasta los rellanos seguros de

los peñascos. No obstante, la sensación de inseguridad por estar expuestos a un peligro inminente no la habían percibido hasta aquel momento, justo cuando ya habían remontado unos siniestros riscales al pie de los cuales corría el agua gélida de un torrente. Fue entonces cuando, al adentrarse en un lóbrego robledal, oyeron unas risas procedentes de unos zarzales. El grupo de hombres y caballos se detuvo.

—¡Silencio! —ordenó Ynatsé—. ¿Habéis oído? —preguntó al resto mientras trataba de calmar a los caballos, que habían empezado a inquietarse—. Notan algo extraño, alguna presencia. —Y le acarició el lomo y las crines al suyo.

—Hienas —susurró Kamali—. Las poblaciones de humanos son muy escasas por estos andurriales, es un terreno demasiado hostil y escabroso para hacer vida en él —explicó el guía de la expedición—. Lo que nos ronda son hienas.

No había acabado de pronunciar su nombre cuando, entre el follaje y el ramaje espinoso de arbustos, zarzas y majuelos, se oyeron unas risas y unos chillidos que se alejaban.

—Pronto oscurecerá —observó Kamali—. Quizá convendría retroceder hasta esas cuevas que dejamos atrás no hace mucho y pasar allí la noche.

—Me parece bien —aceptó Ynatsé—. Con un buen fuego a la entrada, ni nosotros ni los caballos tendremos que preocuparnos.

Kamali temía a las hienas. Recordaba que el mordisco de ese animal moteado había provocado la muerte de un niño del clan hermano la anterior vez que los visitó. No murió directamente por culpa de las mordeduras, sino al cabo de unos días, por la infección. Las hienas estaban acostumbradas a comer carne podrida o en muy avanzado estado de descomposición y podían transmitir todo tipo de enfermedades. No obstante, pese a sus preferencias, eso no significaba que rehusaran la carne de un caballo joven y tierno como la de algunos de la recua que llevaban Ynatsé y sus hombres.

—¡Hemos de vigilar a los caballos de cerca y que no se descarríen, ¿entendido?! —gritó Ynatsé mientras ascendía hacia una de las cuevas.

—Son unas bestias muy astutas, tendremos que estar alerta —dijo Kamali dirigiéndose hacia las cavernas.

Al llegar a la entrada de la cueva observó boquiabierto el inmenso agujero que se abría en la escarpa de aquella montaña protegido de todos los vientos. No obstante, una ráfaga, un cambio súbito en la dirección del

viento, lo inquietó. El olor que se colaba en su nariz no le hacía la menor gracia.

—Huelo a animal en descomposición... —advirtió mientras olfateaba otra vez—, pero por el hedor que desprende debe de llevar muerto mucho tiempo.

—Lo cual significa —intervino Ynatsé— que si había alguien en esta cueva, ahora ya no está.

—Quiero creer que es así, pero...

Kamali avanzó hacia el interior y dirigió su penetrante mirada hacia un hogar improvisado sobre la piedra de travertino. Se agachó, cogió un puñado de ramas quemadas, mezcladas con un polvillo de cenizas frías, y dijo:

—Aquí se han detenido otros humanos y quién sabe si otros animales. —Miró hacia el fondo de la caverna.

Del interior de la gruta provenía el persistente tufo de carne corrompida. Ynatsé lo acompañó y ambos se taparon la nariz y la boca con el brazo por el hedor tan acre y desagradable que emanaba de aquel rincón. Los gusanos, las moscas y las ratas se daban un festín con la carne seca de un ciervo, las hienas ya habían pasado antes.

—¿Te has fijado en esos cuernos enormes? —le señaló Kamali—. ¡Los conserva intactos! —exclamó sorprendido—. Eso quiere decir que el animal que lo cazó, lo hizo después de que alguien encendiera un fuego dentro de esta cueva...

—... Porque nadie habría dejado esta excelente cornamenta pudriéndose, se la habrían arrancado para fabricar herramientas o armas, ¿no? —completó la frase Ynatsé.

—Así es, al menos eso es lo que haríamos nosotros, y de hecho es lo que vamos a hacer ahora mismo. —Y se dispuso a arrancarle los cuernos para trabajarlos cuando volvieran al poblado.

—Entonces, ¿crees que es seguro pasar la noche aquí, que no hay peligro? —preguntó Ynatsé a Kamali.

—Si a la entrada encendemos una buena hoguera que disuada a las hienas, los osos y los lince, me parece una cueva muy segura.

Dicho lo cual, blandió el cuchillo afilado de sílex que llevaba al cinto y le bastó con tres cortes para retirar de la cabeza del ciervo la cornamenta maciza y ramosa. Al mismo tiempo, Ynatsé ordenaba a un par de sus hombres que recogieran leña por los alrededores para encender una

hoguera mientras él y el resto acomodaban los caballos al fondo de la cueva.

Después de la puesta de sol, se arrebujaron con las pieles y se acuclillaron junto al fuego. Estaban ahítos. Habían comido, a la brasa, unos conejos que habían cazado cerca de la cueva. Kamali se disponía a contarles una historia.

—Hace mucho, mucho tiempo, en un pueblo no mayor que el nuestro, sucedieron unos hechos excepcionales. El único niño que quedaba desapareció. Todo el pueblo se volcó en la búsqueda del pequeño siguiendo y rastreando cada palmo, cada rincón del inmenso robledal. Se hizo de noche y encendieron antorchas para verse mejor. Cuando ya empezaba a clarear y abandonaban toda esperanza de encontrarlo, después de tantas horas a la intemperie y a merced de los depredadores, apareció entre los zarzales el perro del padre del niño. Llevaba en la boca un peúco de piel de corzo ensangrentado, y tenía el morro manchado de rojo. La madre del niño reconoció aquel peúco como el de su hijo, y como podéis imaginar, las sospechas recayeron en el perro. Lo cogieron y lo sacrificaron en castigo por lo que había hecho. Apaleado hasta la muerte. Nadie, el padre el primero, conseguía creer que un perro como aquel hubiera cometido un crimen tan salvaje. La batida para tratar de encontrar a la criatura ya había acabado, una vez escarmentado el culpable no era necesario dedicar esfuerzos innecesarios a buscar el cuerpo, que sin duda ya habría sido presa de los zorros. Sin embargo, un hecho inesperado dio un vuelco a la situación. Del interior del bosque apareció un grupo de hombres que habían seguido buscando al niño y lo habían encontrado. Dormía plácidamente sano y salvo, de una pieza. Eso sí, le faltaba el peúco del pie derecho. Uno de los hombres del grupo acarrea los restos de un lobo medio destripado y ensangrentado, al que habían encontrado cerca del pequeño. Cuando se dieron cuenta del error que habían cometido, las mujeres se tiraban del pelo y los hombres de la barba. Resulta que el perro se había enfrentado al lobo para defender a aquella criatura, y lo había vencido. Con el morro sucio de sangre, el perro quitó el peúco al niño con suavidad y se dirigió al pueblo con la prueba de que lo había encontrado. De ese modo podría guiar a los hombres hasta donde dormía el chiquillo. Estaba claro que los hombres del poblado no supieron interpretar al perro, el cual pagó un precio tan alto que desde aquel día decidieron tratar a los perros de otra manera, para recompensar la muestra de extrema lealtad que aquel can

había tenido con su amo al proteger a su hijo, pequeño y desvalido.

Ynatsé, arrebuado en las pieles y acurrucado junto al fuego, escuchó atentamente el relato de Kamali mientras acariciaba la cabeza de su perro, que también los acompañaba en aquel viaje hasta el Clan de las Minas. Y como si hubiera entendido el significado de la historia, el chucho soltó un aullido que llegó al fondo del corazón de todos, que, sentados en corro cerca de las llamas, no dijeron nada y se fueron a dormir abrigados bajo las gruesas pieles.

A la mañana siguiente, tras romper el ayuno de manera frugal, reagruparon los caballos, recogieron sus pertenencias y salieron de la cueva para ponerse en camino hacia el norte: el clan hermano ya no distaba mucho. Si no tenían ningún tropiezo, podrían llegar antes de que se ocultara el sol.

Los charcos de agua estancada que había alrededor de la cueva se habían puesto verdes. Los insectos volaban más bajo de lo habitual, porque había más humedad en el ambiente y sus alas acusaban el peso. También los caballos notaban el cambio de tiempo, porque meneaban más la cola y las orejas a fin de sacudirse a las molestas moscas que aterrizaban en sus cabezas, lomos y orejas.

Todo indicaba lluvia inminente. No tardó mucho en caer una densa cortina de agua justo delante de la boca de la cueva. Ynatsé estaba de pie justo allí, sin molestarse en secarse el agua que le resbalaba por la cara. La lluvia llegó de golpe, sin que nadie supiera de dónde. No llegó sola. El viento era tan fuerte que arrancaba y sacudía las ramas de los árboles, y empujaba el agua hacia el interior de la cueva. Ynatsé miraba al cielo con preocupación, sabía que aquella tormenta era distinta de las anteriores, más virulenta, y por eso paseaba la vista con cierto desasosiego por el llano, por el que ya hacía rato que habrían debido proseguir su viaje hacia aquellas montañas donde hacía muchas lunas que sus antepasados se habían asentado. A través de una ráfaga de viento que movió la cortina de agua, de repente vio dos siluetas que avanzaban con paso vacilante en dirección a la cueva. Le pareció distinguir a una persona acompañada de un animal, pero el agua le empañaba la vista y no estaba seguro. La lluvia y el viento se abatían con tal fuerza sobre el acantilado de la montaña donde se guarecían que temió que aquella fuerza desenfrenada acabara derribando a las dos sombras. Se volvió hacia el interior de la cueva y comprobó que, alrededor del fuego, todos los miembros de la expedición estaban bastante asustados

por la cada vez más intensa lluvia. Aquella situación le recordó la que había vivido no hacía mucho en el poblado, también un día de fuertes lluvias. Él mismo se había encargado de ayudar a los viejos a guarecerse en la cueva. Cuando llegaban ese tipo de tormentas, debían abandonar las cabañas porque el nivel de las aguas del lago subía hasta inundar todo el pueblo, y por eso volvían a las cuevas, de las que habían salido hacía tanto tiempo. Eran unas grutas a las que no solo volvían para protegerse del temporal, sino que seguían utilizando. Todavía empleaban sus innumerables galerías tanto como almacén para las herramientas como a modo de despensa. Y las más sagradas eran las que a veces usaban para enterrar a los difuntos. Un trueno que rasgó el aire seguido de un relámpago devolvieron a Ynatsé a la realidad.

Se volvió de nuevo hacia el exterior y trató de fijar la vista en el punto donde hacía apenas unos instantes había divisado las dos siluetas, de las que ya no quedaba ni rastro. El agua las había borrado. «¿Quiénes serían?», pensó por un instante. No obstante, dicho pensamiento tardó tan poco en desvanecerse como las nubes que hasta hacía un rato parecían amenazar con llover todo el día. Nubes bajas y oscuras de bordes deshilachados, de las que había caído agua de forma intermitente. Como si hubieran recibido una orden, aquellas masas hinchadas y grises se fueron blanqueando y finalmente haciendo jirones para dar paso a un cielo despejado y azul. Dejó de llover de golpe y enseguida reemprendieron la marcha hacia las montañas. Ynatsé contaba con llegar a las tierras húmedas de los parientes antes del anochecer.

—No te muevas si quieres vivir —susurró Ynatsé a un muchacho que estaba en la ribera del río.

Momentos antes de esta advertencia que le había lanzado desde atrás una voz desconocida y a la que no sabía si hacer caso o no, el chico, a ras de agua, se inclinaba levemente hacia delante como un junco, y luego recuperaba la posición, con una lanza en las manos. Estaba pescando.

—Si amas la vida, no dudes de lo que te digo, no te muevas, créeme... —volvió a susurrar Ynatsé—. Una serpiente te está taladrando con la mirada y se muere por clavarte los colmillos.

Quien susurró entonces fue el reptil. El aire que pasaba por su lengua bífida anunciaba que ya había tomado la medida a su presa, el joven

pescador, y que estaba a punto de atacar. Por eso había dejado de arrastrarse por el suelo y se había puesto erguida. Ver a aquel animal enhiesto daba pavor. El tronco y el pecho de la serpiente se hincharon y acto seguido desplegó una especie de aletas laterales, un sistema para mantenerse en equilibrio. El único movimiento que hizo el muchacho fue girar sobre su eje. Ahora la serpiente lo miraba fijamente, de hito en hito, y se balanceaba a izquierda y derecha con un movimiento casi hipnótico acompañado de aquel silbido que ponía la carne de gallina.

Sin perder de vista ni al uno ni a la otra, Ynatsé sacó dos flechas de su carcaj. Mientras tomaba aire, se puso una en la boca, entre los dientes. Colocó la otra en el arco y empezó a tensarlo. Incluyó ligeramente la cabeza hacia la derecha, cerró el ojo derecho, mientras notaba cómo las plumas de oca le hacían cosquillas al rozarle la mejilla, y clavó el ojo izquierdo primero en el pecho jadeante del reptil y luego en la punta de flecha con aletas y extremo de sílex que remataba aquella rama de fresno tallada. La escena era tensa. Solo se oía el agua del río, que fluía mansamente, ajena a lo que ocurría en la orilla, pero los trinos y el piar de los pájaros parecían pendientes del desenlace. Todas las criaturas de aquella parte del bosque contenían la respiración, humanos incluidos.

¡Zzzzip!

Antes de que fuera demasiado tarde, Ynatsé había decidido disparar. La flecha se hundió en aquel pecho que un instante antes aún latía y desgarró el cuerpo brillante y frío del reptil, que quedó tendido a los pies de un joven que, jadeando de angustia, reculó con un tímido y tembloroso paso.

Cuando llegaron al poblado, les organizaron una fiesta con danzas, comida y bebida para darles la bienvenida. No tardó en extenderse la noticia de que Ynatsé había atravesado una serpiente con una flecha. Su acción no cayó en saco roto, y en agradecimiento a su valentía le hicieron una ofrenda que más de uno habría querido para sí: le colgaron un collar con tres piedras verdes, una grande en forma de nuez en el centro, flanqueada por otras dos del tamaño de una castaña. Era una de las máximas distinciones que podían otorgarle. Aquellas piedras, que tenían un poder inconmensurable, constituían para quien las llevaba una garantía y una protección.

De hecho, además de pieles de nutria, un buen cargamento de esas piedras prodigiosas viajaría hasta el poblado del lago. A cambio, Ynatsé y los hombres del Clan de los Caballos les ofrecieron armas y herramientas,

algunas semillas y diversas piezas de cerámica. Y de la manada de caballos a los que apacentaban, una pareja joven para que pudieran criar.

Desplegaron las pieles y de allí salieron todo tipo de armas. Defensivas como escudos, cascos y arneses. Armas ofensivas de mano, como bastones, porras, mazas, hachas, lanzas, cuchillos y puñales. Armas de tiro o arrojadas, como hondas de cuero, arpones, bumeranes y venablos propulsores. Y también arcos, carcajes llenos de flechas, ballestas y unas cerbatanas muy ligeras que habían desarrollado. Finalmente, vasijas para cocinar de diversas formas y tamaños que, entre otras, habían modelado las manos de su amada Aynires y que estaban decoradas con los dibujos de unas conchas como las que ella llevaba colgadas al cuello. Lejos de casa, de Zeb y Aynires, un sentimiento de añoranza se apoderó de Ynatsé. No pudo evitar recordar cómo habían llegado aquellas conchas a manos de la que ahora era su compañera y madre de su hijo Zeb.

—Si la quieres para ti, Ynatsé, debes ganártela —le había aconsejado Baasi.

—¿Cómo?

—Halagándola, elogiándola, cortejándola...

—Sí, lo tengo en cuenta, pero... ¿de qué manera? No sé ni por dónde empezar...

—Observa la Naturaleza, que es muy sabia.

—Baasi —meneó la cabeza—, me parece que no te sigo.

—¿Te has fijado en que, cuando un insecto macho quiere unirse con una hembra, le acaricia las antenas con suavidad y delicadeza hasta que ella cede y acepta? Pues tú has de hacer el mismo ritual.

»Debes alegrarle el corazón con buenas palabras o acciones que la hagan enternecer, pasárselo bien, reír. En una palabra: has de enamorarla. Tienes que provocarle el placer de querer verte, de querer oírte y querer desearte —lo instruía Baasi.

Ynatsé estuvo pensando en ello y finalmente optó por regalarle un colgante que él mismo confeccionó con unas conchas de molusco especiales. Le habían parecido originales porque presentaban una redondez esférica que las hacía únicas, como ella.

10

UNA PELEA INSIGNIFICANTE

Después de la temporada de lluvias se acercó a un llano al que se accedía por un bosque frondoso donde predominaban los pinos y las encinas, aunque se podían encontrar sauces, alisos, fresnos y chopos. Allí, los ojos de Ynatsé no daban crédito, era testigo de un hecho que no sabía interpretar; por eso volvió corriendo al poblado para arrastrar hasta aquel lugar a Baasi, el hombre más sabio del clan. Solo le dijo que lo siguiera, que tenía que enseñarle una cosa que nunca había visto.

—¿Qué es eso? —Con la lanza en las manos señaló toda la extensión cubierta por el agua, como si fuera un gran estanque o un lago pequeño, una laguna.

El viejo Baasi sonrió y dijo:

—Es la fuerza y la sabiduría de la Naturaleza. Querido Ynatsé, tras la época de las lluvias, suelen formarse esas balsas en este llano. Como te digo siempre, gracias a los dioses hace tiempo que vivimos en un lugar que muchos querrían para sí. —Enarcó las cejas y levantó un dedo en señal de preocupación—. Por eso debemos defendernos.

—Sí, Baasi, pero tampoco ha llovido tanto como para que quede tanta agua embalsada... ¡Eso es cosa de los dioses! —exclamó el asombrado muchacho.

—En efecto, así es, Ynatsé, esta explanada se llena de agua que nos envían los dioses y que proviene de las mismas corrientes subterráneas que alimentan el lago que hay junto a nuestro poblado, de ese modo encuentra un rebosadero para el exceso de agua. ¿No te has fijado en los manantiales que hay al otro lado del bosque y que forman un magnífico salto de agua?

—Sí que los he visto, incluso ¡me he bañado y todo! Pero ¿de dónde sale tanta agua? Estoy seguro de que has encontrado una explicación para ello.

—Pues lo cierto es que, después de pensarlo mucho, no me lo explico, Ynatsé. Que no siempre haya tanta agua no sé si es voluntad de los dioses o si sencillamente se debe a que la cantidad de agua subterránea es muy grande, hecho que se produce después de lluvias intensas, y por tanto sería la explicación de por qué se forman estas lagunas. El agua sale por las grietas que deja la tierra y la riega hasta anegarla.

—¿Es que hay más de una de estas balsas?

—¡Sí, ya lo creo! La que tienes delante es solo una de ellas. No obstante, esta hondonada es la más extensa, y se trata de una laguna con

vida propia.

—¿Qué quieres decir?

—A su alrededor viven sapos, patos y otros animales que nos serán muy útiles, pero en estas aguas viven unos crustáceos muy apreciados.

—¿Crus... qué?

—Sí, hombre, unos animalitos revestidos de una cubierta dura. Tienen el cuerpo protegido por un caparazón, la cabeza y el tórax soldados formando una unidad, y el abdomen con unos anillos móviles, patas cortas y dos pares de antenas. Lo aprovechamos todo: los caparazones para hacer colgantes, y la carne es exquisita. Anda, corre a buscar a los demás y empezad a pescarlos antes de que se os adelanten.

—¿Quién? —quiso saber Ynatsé.

—En vuestra ausencia, en el llano detrás de las cuevas se ha establecido un nuevo clan. —Baasi utilizaba un tono cada vez más grave—. De vez en cuando vienen a echar un vistazo a esta explanada... De momento no representan ningún peligro, pero... —Y meneó la cabeza en señal de preocupación.

—¿Pero...? ¿Quieres decir que hay peligro? ¿Hemos de inquietarnos?

El silencio de Baasi fue muy elocuente y lo inquietó.

—El otro día se produjo un altercado junto a la balsa para dirimir quién había llegado antes y, en consecuencia, quién tenía derecho a pescar primero. Reclamaban poder pescar en la balsa porque también tenían derecho a ello.

—Pero sin duda se llegaría a un acuerdo... Quiero decir que hay para todos y seguro que fue un malentendido, algo sin importancia, ¿no, Baasi?

—No del todo... Llegaron a las manos, suerte que los separaron antes de que fuera demasiado tarde.

Ynatsé frunció el ceño en señal de preocupación y Baasi le advirtió:

—A veces, una nimiedad, un hecho que puede parecer intrascendente o una tontería, puede ser el principio del fin, la chispa que encienda un gran incendio que lo arrase todo. —Y le recordó—: Cuando yo era joven, los ancianos siempre nos decían que no hay pelea que carezca de importancia, del mismo modo que no hay incendio que no la tenga. Nos inculcaron que, si presenciábamos una trifulca, interviniésemos separando a los contendientes, haciendo cuanto conviniera para que hicieran las paces. Y nos decían que los fuegos y las peleas son las dos únicas cosas de este mundo que pueden engendrar hijos más colosales que ellos mismos: un

incendio o una guerra. De hecho, nuestros abuelos nos contaban una historia que ilustra lo que te digo.

Baasi hizo una pausa y comenzó su relato.

—En una época en que las criaturas de la Tierra aún se entendían, un poderoso padre de familia vivía en un pequeño poblado, en el centro de una región fértil. Su madre, ya mayor, vivía con ellos, y dentro del gran cercado que rodeaba las cabañas de los diversos miembros de la familia campaban diversos animales, entre ellos un perro, un gallo, un cabrito, un buey y un caballo, que pacían tranquilamente por el lugar. Resultó que un anciano sabio de otra tribu que vivía en un pueblo a dos días de camino del suyo murió, y el cabeza de familia, junto con otros miembros del clan, tuvo que ausentarse para asistir al funeral. La madre, que era mayor y estaba cansada, dijo a su hijo que se quedaba porque no se veía con ánimos para acompañarlos, y reconoció que le flaqueaban las piernas. Él le dijo que no se preocupara, que no tardaría en volver. Antes de partir, el cabeza de familia llamó a su perro y le ordenó:

»“En mi ausencia, tú serás el guardián de la casa. Túmbate aquí delante de la entrada y permanece alerta a cuanto ocurra dentro y fuera. Pase lo que pase, no abandones nunca este lugar. Si se produjera algún incidente en el interior, haz que el gallo, el cabrito, el buey o el caballo se ocupen de ello, y si es necesario, que vayan a poner orden.”

»El perro asintió con un par de cabezazos y un alegre movimiento del rabo. Su amo lo acarició, le dedicó una sonrisa de complicidad y se marchó tranquilo con el resto de la comitiva al funeral.

»Hacía ya un par de días que el cabeza de familia se había marchado y todo estaba en calma, pero la mañana del tercer día, cuando a duras penas los primeros rayos del sol empezaban a calentar los tejados de las cabañas, el perro oyó un ruido extraño que parecía proceder de la cabaña de la anciana.

»Con las orejas enhiestas, se levantó de su yacija, pero no se movió de allí, tal como le había ordenado el amo. Con el ruido empezó a inquietarse. No obstante, quiso la casualidad que viera al gallo picoteando delante de la cabaña de la vieja. Buscaba con el pico granos de mijo que hubieran caído de los morteros. El perro le preguntó a ladridos si sabía qué era aquel ruido que parecía venir de la cabaña.

»—Serán dos lagartos que se están peleando en el tejado. ¡Ya hace un buen rato que se disputan una mosca muerta! —respondió el gallo.

»—Por favor, ve y diles que dejen de pelearse. Y si no te hacen caso, oblígales a separarse y bajar del tejado —pidió el perro.

»—Pero ¿¡qué dices!?! —cloqueó el gallo, indignado y meneando la cresta—. ¿Me estás pidiendo a mí, el rey del corral, el encargado de anunciar la llegada del sol todas las mañanas, que me ocupe de una pelea entre lagartos?

»—La madre del amo está enferma —insistió el perro— y el ruido puede molestarla. No te cuesta nada, y además, no digas que es una pelea sin importancia, porque nunca se sabe cómo puede acabar —vaticinó el perro.

»—¡Pues ve tú a separarlos! —le espetó el orgulloso gallo.

»—No puedo, el amo me ordenó que no me moviera de aquí —se justificó el perro.

»—¡Allá te las compongas! No es problema mío. Además, ¿a quién le importa una pelea de lagartos? —Y dio media vuelta y prosiguió con la búsqueda de semillas.

»El perro, mohíno e impotente, temía por la salud de la anciana madre de su amo, mientras no dejaba de oír cómo aquel par de reptiles se mordían y se iban enzarzando cada vez más. Pero él se había comprometido con su amo a no moverse de la entrada bajo ninguna circunstancia, y por todos los huesos del mundo que lo cumpliría. Sea como fuere, sus compañeros no pensaban ayudarlo, porque ni el cabrito, ni el buey ni el caballo quisieron saber nada de la pelea, los tres se desentendieron de la petición de ayuda del perro. Todos se lo quitaban de encima con la misma excusa: “Es solo una pelea de lagartos, ¡no hay para tanto!”

»El perro, frustrado y sin saber qué hacer, se tumbó cabizbajo. Con las orejas gachas y el morro apoyado en las patas delanteras, observaba con tristeza e impotencia cómo los demás animales del patio, el gallo, el cabrito, el buey y el caballo, paseaban e iban tranquilamente a la suya.

»Pero resultó que los lagartos, que seguían a la greña, resbalaron y fueron a parar sobre la lámpara de aceite, que aún estaba encendida, junto a la cama donde dormía la anciana. Las llamas invadieron el pequeño cuarto y, entre el humo y el fuego, la vieja se despertó pidiendo socorro. Algunas personas acudieron para apagar el fuego, pero, lamentablemente, las quemaduras ya habían lastimado seriamente a la madre del amo. Respiraba con gran dificultad, su vida pendía de un hilo. Mandaron llamar al curandero, que, luego de examinarla, meneó la cabeza y dijo:

»—Hay que cubrir las quemaduras con sangre de pollo. Traedme uno enseguida, lo sacrificaré y pronunciaré sobre él las palabras rituales. Después, haced un buen caldo con sus huesos y dádselo a beber a la anciana.

»—¡Aquí fuera en el patio hay un gallo! —recordó alguien a gritos.

»Sin pérdida de tiempo, salieron a cazar al gallo, que revoloteaba por todos los rincones del patio para que no lo atrapasen. Sus esfuerzos y el batir de alas para intentar emprender el vuelo fueron en vano, porque lo agarraron y se lo llevaron para sacrificarlo. Cuando el gallo pasó por delante del perro, sujeto por las patas y cabeza abajo, le dijo lamentándose:

»—Ay, ay, ojalá me hubiera ocupado de esa pelea de lagartos. ¡Ahora resulta que debo pagarlo con mi vida!

»—Desde luego que sí —replicó el perro—. Si me hubieras hecho caso... ¿Ves como no es verdad que haya peleas sin importancia? Si me hubieras hecho caso, ahora no te verías en este trance.

»Y así fue como sacrificaron al gallo, e hicieron caldo con sus huesos para que se lo tomara la anciana, pero estaba tan débil que expiró antes de que pudiera ingerir el primer sorbo. Todos en el pueblo lamentaron la muerte de la mujer. Uno de los hombres del clan fue en busca del caballo que había en el patio, se lo entregó a uno de los jinetes más experimentados de la tribu y le hizo un encargo:

»—Cabalga como el viento y ve a buscar al cabeza de familia al pueblo donde se celebra el funeral. Dile que su madre ha muerto y que debe volver de inmediato, porque solo él puede officiar los rituales del entierro. ¡Vamos, corre, deprisa! —Y dio un zurriagazo al animal.

»El jinete le hincó los talones en los costados y tuvo que correr y correr todo un día y toda una noche sin detenerse ni para beber. Extenuado, jadeando y resoplando por los ollares, consiguieron llegar al pueblo.

»En medio de un tropel de gente, el joven jinete vio al cabeza de familia, se le acercó y le dio la mala noticia. Muy afectado, el hombre solo tenía una cosa en mente: volver a casa lo antes posible. Sin preocuparse de coger un caballo más fresco, se subió al lomo del suyo, sudado y castigado por la fusta del joven jinete, al que invitó a subir a su vez, y no dejó de espolearlo para que galopara más rápido que nunca a fin de llegar enseguida. El caballo, que se tenía por tan noble y destinado a menesteres más elevados que preocuparse por una pelea de lagartos, llegó después de cabalgar todo el día y toda la noche, ensangrentado, con los ojos

desorbitados, sin resuello, desfallecido y con los pulmones ardientes. El hombre y el muchacho se aparearon de un salto y se dirigieron a la cabaña de la anciana, mientras el caballo caía redondo delante del perro en la misma entrada del cercado familiar. Con un leve relincho reconoció que, si hubiera tomado en consideración aquella pelea sin importancia, ahora no estaría a punto de morir. Y dicho esto, el corazón le reventó.

»Entretanto, el cabeza de familia ya había ordenado que se cavara una tumba para su madre. Ahora bien, según la costumbre del pueblo, antes de sepultar a alguien bajo tierra había que bendecir la tumba rociándola con sangre de cabrito. La carne del animal serviría después para alimentar a los que asistieran al funeral. Sin pérdida de tiempo, salieron al patio. El cabrito, que descansaba plácidamente, notó que lo agarraban por los cuernos y, en un santiamén, vio que se iba de este mundo. Cuando pasó por delante del perro reconoció, compungido, que si le hubiera hecho caso ahora no estaría a punto de morir. Asintiendo con la cabeza, el perro volvió a recordarle que no había peleas sin importancia. La sangre del cabrito cubrió la tumba que acogería a la madre del cabeza de familia, y después los asistentes a la ceremonia se zamparon su carne.

»Cuarenta lunas después de la muerte era el momento que en el pueblo se creía que el alma del difunto se liberaba de todos los lazos que la unían a esta vida, y que por tanto la anciana madre estaba definitivamente preparada para la otra vida. Para celebrar esta creencia, acudieron al cercado familiar gentes venidas de todas partes. Para alimentar a aquella multitud, el cabeza de familia decidió sacrificar al buey que pacía en el patio. Era lo bastante grueso para poder saciar el hambre de los visitantes. Antes de que lo sacrificaran, el buey lamentó no haber hecho caso al perro cuando le pidió que separase a aquellos lagartos pendencieros.

»Y fue así como, a raíz de aquella pelea por una mosca muerta, una pelea a la que nadie daba importancia, no solo el orgulloso gallo, el caballo, el cabrito y el buey perdieron la vida, sino que se declaró un incendio y hubo una muerte que cubrió de duelo a toda una familia y a un pueblo entero. Solo el perro, fiel a su deber, salió bien librado y fue recompensado.

»Si ves una riña, por nimia que parezca, separa a los contendientes y haz lo que puedas para que se reconcilien, porque no hay pelea que no tenga importancia. De las peleas y los fuegos nacen guerras e incendios devastadores.

Cuando Baasi acabó su relato, Ynatsé asentía con la cabeza y rogaba por que aquella disputa por la balsa de los crustáceos no desencadenara otra de enormes proporciones.

—¡Ya han madurado, ya han madurado! —gritaba un hombre enarbolando la lanza en un bosque detrás del valle del lago.

De vez en cuando, los grandes árboles del bosque ofrecían un espectáculo inigualable, durante el cual la inmensa mayoría, y de forma sincronizada, daba sus frutos con una abundancia desmesurada. En el poblado lo vivían como un fenómeno. Era un acontecimiento esperado por todos los miembros del clan, y como era la única tribu —o eso creían hasta el tropiezo en la balsa con el nuevo clan vecino— que vivía en las proximidades del bosque, también eran los únicos beneficiarios —o eso creían— de aquellos bienes. El encontronazo con los miembros de la otra tribu por el control de la balsa de los crustáceos los había puesto alerta.

Además, aquellos frutos revestían doble importancia. No solo porque formaban parte de la dieta de la comunidad, sino también porque atraían la atención de otros animales, que se convertían en objetivo de caza para los hombres del poblado. Así lo habían observado los más viejos del clan, que tiempo atrás habían pasado por delante de árboles con frutos todavía verdes, memorizaban su posición y regresaban cuando la fruta estaba madura, procurando adelantarse a otros animales que se acercaban con la misma intención, porque también habían estado vigilando los árboles. Más de una vez la disputa por los frutos había acabado mal para algún miembro del poblado. Los de más edad no habían olvidado la imprudencia de Beerth, un guerrero demasiado osado que pagó con su vida el no haber querido hacer caso de las advertencias de todos, que le decían que no fuera solo, que esperase a los demás. Una mezcla de inconsciencia e ignorancia lo llevó a verse rodeado por un grupo de hienas, que lo devoraron. Encontraron sus restos desperdigados por el bosque.

Pese a ello, el clan creía que la Naturaleza no ofrecía en vano una riqueza de tal magnitud. Estaban convencidos de que si podían disfrutar de aquella abundancia tan lozana era gracias a los intercambios en forma de sacrificios que ofrecían a los espíritus del bosque. Dicha creencia era alimentada por el hechicero, que mucho tiempo atrás les había hecho ver que no podían coger los frutos de la Naturaleza sin darle nada a cambio. La

llegada de la fruta no era un hecho aislado ni imprevisible. Que la eclosión de los frutos en los árboles coincidiera en el tiempo con el final de la época de las lluvias corroboraba, según el brujo, sus argumentos de que era el resultado de las buenas relaciones entre la tribu y los espíritus del bosque. Una relación que no podía cortarse, antes al contrario, había que fortalecerla y hacerla perdurable, y hete aquí que comenzaron los sacrificios...

—Iremos en busca de una muchacha o un par de niños del poblado vecino y los sacrificaremos para dar gracias a la Naturaleza.

11

EL COLOR DE LA MUERTE

Las piedras verdes no los protegieron de las pieles azules.

El caso de Aahm, el cuñado de Manyaá, un pescador experimentado, empezó a poner alerta a todo el clan. Se le partió un diente dando un mordisco a un muslo de conejo. Aahm no le dio mayor importancia, pero aquello le produjo una infección. Otras veces, cuando le dolían las encías o la boca, mascaba una sustancia viscosa y roja negruzca que secretaban algunos árboles. Era una mixtura de resina y aceites esenciales, una goma hecha de brea de corteza de abedul que, mezclada con agua del río, curaba las heridas e infecciones, pero aquella infección era diferente de las otras. Se le fue pudriendo y corrompiendo el diente infectado. Le provocaba mucho dolor, y no solo le dolía la boca, sino que también desprendía un hedor insoportable para los demás. Por añadidura, empezó a sufrir fuertes dolores de vientre que no le dejaban comer, y lo poco que conseguía engullir volvía a sacarlo. El dolor se le fue extendiendo por la mandíbula hasta el oído y le pasó al ojo, primero al izquierdo, cuya visión perdió, y después al derecho, que al final también se cegó. La infección que había empezado en la boca se le extendió por todo el cuerpo, un cuerpo que luchaba por vencer a un Mal que lo hacía temblar y que al cabo de unos días lo mató. Una oleada de terror sacudió a todo el clan, porque no fue la única muerte.

Hacía tiempo que habían vuelto de las tierras del clan hermano, de las minas de piedras verdes, cuando aquel Mal se apoderó primero del espíritu de Aahm y después, sigilosamente, de casi todo el pueblo. Pese al importante cargamento de piedras verdes curativas, la que llamaban Piedra de la Tierra no bastó para detener el silencioso avance de lo que Baasi se negaba a considerar una maldición y que lo preocupaba sobremanera, porque se había extendido mucho, debido a que se contagiaba muy deprisa. Se trataba de una enfermedad infecciosa de gran virulencia, que pasaba de un cuerpo a otro de manera inexplicable y en un lapso muy breve causaba estragos entre los habitantes del poblado.

Había proliferado de forma tan rápida que incluso había penetrado entre los hombres más fuertes y saludables, que no salían de su asombro.

—¡Algo hemos hecho que ha molestado a los dioses y por eso ahora nos castigan! —bramó Tandar, presente en el Consejo de urgencia que había convocado Paar junto con cinco hombres más, entre ellos el viejo sabio, en el interior de su abrigo rocoso.

—No digas tonterías, Tandar —le soltó Baasi—. No tienes ningún argumento que demuestre que esta situación se deba al enojo divino que mencionas. —El anciano se indignaba cuando oía decir disparates—. La única conclusión que podemos sacar de todo esto es sencillamente lo que hemos visto. ¿Y qué hemos visto? —les preguntó Baasi. Él mismo se respondió—: Estamos ante algo que, tras dejarnos consumidos, completamente vacíos por dentro, nos quita el aliento y nos mata. Lo que más me inquieta es que puede ocurrirnos a cualquiera de nosotros, y no sé cómo pararlo —reconoció mientras meneaba la cabeza en señal de abatimiento—. No hace distinciones, afecta tanto a un cazador como a un recolector, una curtidora de pieles o un chiquillo indefenso. Estoy muy preocupado —admitió Baasi frunciendo el ceño en señal de profunda inquietud.

Cuando Paar oyó al anciano manifestar su impotencia, se sintió perdido.

No habían dado importancia a los primeros casos. Los episodios iniciales se produjeron de noche, y a los afectados empezaba por dolerles la barriga, tal como le había ocurrido a Aahm. Oleadas de dolor de vientre. Se les revolvía el estómago. Pinchazos y punzadas que los hacían encogerse de sufrimiento. El dolor iba seguido de espasmos, unas contracciones violentas que se repetían sin cesar. Presa de una de esas sacudidas, una mujer había caído al río; fue tan violenta y repentina que no pudo reaccionar. Todos acababan vomitando convulsivamente lo que habían comido. Pero eso no era todo.

La mayoría también sufría otro síntoma, que consistía en hacer de vientre continuamente. Se retorcían de dolor y evacuaban excremento líquido. Así pues, se vaciaban tanto por arriba como por abajo.

Cuando les sucedía eso, experimentaban un marcado aumento de la temperatura corporal, pero, paradójicamente, castañeteaban como si estuvieran en lo más crudo del invierno. Temblores y leves estremecimientos que tanto podían ser de frío como de calor. Perdían el resuello. Les faltaba el aire y se quedaban secos. Tomaran lo que tomaran, lo expulsaban enseguida, ante la mirada de espanto de quienes los veían sufrir hasta la agonía. El que lo padecía no podía ingerir ningún alimento, ni líquido ni sólido. Por tanto, ningún remedio que se pudiera preparar servía para frenar el avance de aquel Mal, que empezaba a diezmarlos sin hacer distinciones entre hombres, mujeres y niños. Se les arrugaba la piel,

se les hundía el abdomen entre el tórax y la pelvis, al igual que los ojos en las cuencas, y los labios se les secaban y agrietaban. Sufrían brucas taquicardias, que empezaban y acababan sin avisar. Y a menudo eso también se traducía en un aumento del ritmo respiratorio: jadeaban como si estuvieran persiguiendo a un corzo. La nariz se les afilaba como un berbiquí, y lo más aterrador era que cambiaban de color. A los que tenían la piel oscura se les manifestaba todavía con mayor contundencia. Alrededor de ojos, orejas, nariz, labios, manos y pies, la piel se volvía azulada. Esa era la señal. Era el mismo color que adquiría el agua del lago antes de que ocurriera alguna desgracia. Un presagio funesto. A lo sumo al cabo de un día, los que se ponían azules morían. Y ya eran unos cuantos los que no habían superado aquella alteración de su organismo. No solo suponía una perturbación de su salud, sino que el trastorno tenía las peores consecuencias. Así pues, la preocupación estaba más que justificada, porque quedaban extenuados, sin fuerzas, sin energías y, finalmente, sin vida. Observaban la cara de algún miembro de la comunidad que se encontraba en la transición entre la vida y la muerte, sufriendo aquellas sacudidas, y en presencia de aquella agonía eran conscientes de que el viaje que había iniciado hacia el mundo de los espíritus algún día también les tocaría hacerlo a ellos, y se preguntaban cuándo tendrían que pasar por aquel terrible trance y si sufrirían tanto como las víctimas de aquel Mal. Se angustiaban y empezaron a hablar de la muerte. Se hacían preguntas sobre lo que encontrarían en el mundo de los espíritus. Unas preguntas, unas inquietudes comunes que servían para afrontar el miedo que les generaba la rápida evolución una vez que el Mal entraba en un cuerpo. Enterraban a los fallecidos cerca del poblado, no muy lejos de su mundo, el de los vivos, por si algún día regresaban. Eso sí, procuraban que la tumba quedara a cubierto de los carroñeros y que fuera bien visible para los miembros de su comunidad así como para los de las otras.

Por eso construían los recintos funerarios con rocas de enormes dimensiones, que se veían a gran distancia. Se componían de una roca plana posada sobre dos o más rocas verticales. La roca central tenía otras más pequeñas a su alrededor que hacían de entrada, formando al mismo tiempo un corredor que llegaba hasta una galería cubierta donde, a manera de cámara, diversas piedras de tamaño considerable dispuestas en vertical abrazaban el cuerpo del difunto. Lo depositaban con las piernas ligeramente flexionadas, casi en posición fetal, en contacto con la tierra y

protegido por unas losas. A su lado, el ajuar, formado por ornamentos, herramientas de trabajo, armas y piezas de cerámica. Eran sus bienes más personales, que lo ayudarían a recorrer el camino hacia la otra vida. Por eso también dejaban una figurita de barro al otro lado, una pequeña reproducción de la diosa de la fertilidad, a fin de que lo protegiera y le procurase cierta fecundidad en el otro mundo.

Baasi había probado todas las medicinas que tenía a su alcance. Hierbas medicinales, como la ruda o el tomillo, que mascaba y escupía sobre los cuerpos de los enfermos, sobre todo de los más pequeños. Lo hacía para protegerlos del dolor y para que fuesen más fuertes ante los estragos del Mal. A los adultos les aplicaba una pasta a base de aceite y diversas hierbas y vegetales quemados, les daba friegas y les practicaba pequeñas incisiones en el pecho, el tobillo, la mano, la espalda y la cara. Nada daba resultado. Cuando finalizados todos los rituales se retiró a su cueva, Baasi invocó a los dioses para que lo guiaran. La respuesta divina aún tardaría en llegar.

12

HACIA EL CÍRCULO DE PIEDRA

Asu alrededor todo oscilaba y se tambaleaba. Y no solo eso, sino que veía los árboles y las montañas al revés. No sabía dónde estaba ni qué le ocurría. De un hecho sí estaba seguro: sus pies no tocaban el suelo.

Poco a poco fue recuperando el sentido, aún muy debilitado por el fuerte golpe que recordaba haber recibido en la cabeza. Aquella dolorosa molestia no lo dejaba pensar, pero sí notaba que no podía mover ni piernas ni brazos, porque intentaba estirar las cuatro extremidades y no le respondían. No tardó mucho en darse cuenta de lo que pasaba: estaba atado de pies y manos. Meneó la cabeza a derecha e izquierda, adelante y atrás, y fue consciente de que lo llevaban colgado, porque primero oyó los resoplidos y después vio a los dos hombres que lo acarreaban a paso ligero, solo separados el uno del otro por aquel tronco del que colgaba como una fruta del árbol. Suspendido de aquella rama balanceándose en un vaivén errático, Ynatsé tomó conciencia de que lo habían hecho prisionero o que era una pieza más de la cacería, porque lo llevaban atado, igual que al buey salvaje que había caído en la trampa y al que, girando el cuello, vio que también acarreaban, seguramente hacia su pueblo. Sin embargo, lo que no sabía era lo que lo esperaba allí.

—¡Despierta, Ynatsé!

Una voz al tiempo que un tintineo que le resultaban conocidos lo sacaron de aquella realidad de pesadilla.

—¡Despierta, muchacho!

Alguien lo sacudía con brusquedad. Gruñó y se volvió hacia el otro lado, porque ahora que había vuelto a ver aquellas imágenes que le proporcionaban los dioses, alguien pretendía despertarlo.

—¡Despierta, Ynatsé!

Era Baasi, que lo zarandeaba moviéndolo de un lado a otro de la yacija donde Ynatsé dormía.

—He tenido una revelación... Cuando duermo, los dioses también me hablan —le contó el sanador.

Ynatsé abría y cerraba los ojos, y procedió a frotarse las legañas que le impedían verlo con nitidez.

—En mis visiones he visto el lugar al que debes ir... —Hizo una pausa—. Un lugar muy especial. Un lugar —repitió por tercera vez— que hay que respetar especialmente, porque está rodeado de unas piedras de color

azul grisáceo y grandes dimensiones a las que se atribuyen poderes. No estoy seguro, pero hay que seguir los designios divinos e ir allí, con el fin de encontrar algo que nos ayude a que el Mal remita y se restituya la salud, que nos libere de esta epidemia infecciosa que afecta a gran número de personas de nuestro...

—¿Y dónde está ese lugar? —lo interrumpió secamente Ynatsé.

—Por lo que he podido ver, es una tierra sagrada que se halla rodeada de aguas saladas, no dulces como las del lago que hay a los pies de nuestro poblado.

—¿Y qué has visto, Baasi? ¿Cómo sabes que las piedras de ese lugar tienen esas propiedades? —le espetó el joven sin miramientos.

—He visto que, llamados o atraídos por los mismos motivos, se desplazan hasta allí otros como nosotros. Procedentes de diversos lugares, buscan la luz, tratan de encontrar un remedio, una cura que expulse los males que los afligen a ellos y a sus tribus.

Volvió a interrumpir su discurso y, mirándolo fijamente, le dijo:

—Allí también hallaremos la respuesta para combatir la larga enfermedad que nos flagela. Es un viaje largo, pero has de emprenderlo, Ynatsé.

Hizo una pausa antes de anunciar con tono solemne:

—Ha llegado el día en que debes irte. —Y alzó la vara. El tintineo de los brazaletes acompañaba sus palabras—. Ha llegado el día en que los designios de los dioses deben cumplirse, y tú, Ynatsé, por el bien de nuestro pueblo, tienes que ir al Círculo de Piedra en busca de lo que habrá de salvarnos. ¡Toma esto!

Le entregó un colgante con una piedra hexagonal. Era una piedra negra pero translúcida, pues pese a su opacidad dejaba pasar la luz del sol. Se trataba de una piedra especial, e Ynatsé la acarició con la yema de los dedos. Era suave y tibia.

—La obsidiana posee muchas virtudes —le explicó Baasi mientras se situaba detrás de él para atarle al cuello el colgante—, pero sobre todo tiene la capacidad de guiar al espíritu por las zonas más oscuras de su mente. Es negra porque se obtiene de las montañas volcánicas. Allí donde te diriges también las hay, por eso confío en que te guiará hasta que encuentres lo que buscamos...

Le hizo un nudo lo bastante apretado para que no se le cayera y lo bastante flojo para que pudiera respirar con comodidad.

—Tiene el poder de hacer que las cosas aparezcan, de revelar ideas, es decir, hace que todo lo que está oculto o dormido salga a la luz. Por eso la consideramos un talismán próximo a la diosa de los tesoros escondidos.

Ynatsé iba palpando el colgante, pero no sabía si estaba preparado para aquel viaje, y mucho menos si encontraría lo que Baasi le pedía que encontrase. El anciano captó su malestar, causado por la intuición de un peligro inminente e indeterminado, ante el cual Ynatsé se veía impotente, de manera que le dijo:

—Toda angustia aumenta si no le hacemos frente, pero se esfuma cuando le plantamos cara.

—¿Y si no lo consigo? ¿Y si me equivoco? ¿Y si muero en el intento?

Las dudas abrumaban a Ynatsé, que se sentía inseguro y angustiado, superado por aquel reto.

—¡Que los dioses te amparen! ¿Acaso has olvidado que en más de una ocasión te dije que estabas destinado a cumplir un gran hito para nuestro pueblo? —preguntó Baasi retóricamente—. ¡Pues aquí lo tienes!

—No sé, Baasi, no estoy seguro de que ese hombre de tus sueños sea yo. Soy un pescador, un cazador, un hombre arraigado a la tierra que trabaja, un hombre sencillo. ¿Adónde quieres que vaya?

Ynatsé protestaba y, mientras lo hacía, no podía evitar sobar con los dedos torpemente la obsidiana que llevaba colgada. Unos dedos carnosos, agarrotados, nerviosos. Unos dedos sencillos, agrietados, rasguñados, nada preparados para la empresa delicada y peligrosa que se suponía que estaba llamado a acometer.

—¿No es cierto que la poderosa encina nace de una humilde bellota? —le recordó Baasi, el observador de la Naturaleza—. No te subestimes, Ynatsé. Ya has hecho proezas antes —le recordó el curandero.

»Has protagonizado actos de gran valor... La muerte del oso, el retorno de los caballos, el viaje a las minas. Además, no te obsesiones, no temas equivocarte. Haz cosas que te dé miedo hacer, ten valor. Tienes que equivocarte, así aprenderás. Debes arriesgarte, y solo lo lograrás con la posibilidad de vivir nuevas experiencias, no hacerlo es consecuencia de tu inseguridad y eso no te dejará avanzar. Si solo repites lo que ya sabes hacer, el error es mínimo, pero también el aprendizaje. Y, francamente, ¿qué sacarás con ello? ¿Qué sacaremos todos nosotros? Nada. Tenerlo todo controlado te paralizará, tienes que moverte si quieres avanzar. Necesitamos que avances por todos nosotros, Ynatsé... Debes hacerlo —

sentenció Baasi, y antes de marcharse añadió—: Ven esta noche, que te prepararé para el viaje.

Y lo dejó con sus tribulaciones.

Ynatsé caviló con cierto desánimo sobre lo que se le venía encima. El miedo colectivo, que Ynatsé había visto que estimulaba el instinto de pertenencia tanto en la manada de caballos como en el rebaño de bueyes o de corderos, tendía a despertar un impulso interior y natural —porque no dependía de la razón ni de la voluntad— que los llevaba a obrar de manera cruel con aquellos que no formaban parte de su grupo. El miedo hacía emerger esa facultad innata del ser humano, pero sobre todo de los animales, para llevar a cabo determinados comportamientos dirigidos a la conservación de la especie sin tener que recurrir a la experiencia y el aprendizaje. Esa fuerza que sale de dentro y puede hacerte cometer salvajadas.

Eso era lo que necesitaba Ynatsé para emprender aquel viaje, solo que no sabía de dónde sacarlo. Y menos aún cómo hacérselo entender a Aynires.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan inquieto? —le preguntó Aynires a Zeb.

El chiquillo no dejaba de gritar y moverse. Estaba alterado.

Aynires se encontraba en el campo recogiendo guisantes. Trabajaba en la cosecha, como las demás mujeres del clan, y llevaba a Zeb atado a la espalda con un saco de fibra de cáñamo. No quería dejarlo corretear por temor a perderlo de vista y que cayera en las garras de algún depredador que pudiera estar acechándolos, oculto entre el espeso follaje del bosque.

Estaba medio acuclillada bajo una mata y se incorporó para ver qué provocaba en Zeb tanta excitación. Se enjugó la frente perlada de sudor con el dorso de la mano y clavó la vista en la linde del campo de guisantes. Se puso la mano sobre los ojos a modo de visera porque el sol le molestaba. Entonces sus labios esbozaron una sonrisa. Enseguida entendió el motivo de la agitación de su hijo: su padre se les acercaba con paso decidido.

Le bastaron unas pocas zancadas para plantarse ante su mujer.

—Me voy mañana —anunció sin preámbulos.

Aynires acababa de morder un guisante y tragó amargamente, pero el amargor que recorrió todo su ser no se debía a la legumbre. Era por el

anuncio de Ynatsé.

La eclosión del fruto del guisante, verde y redondo, oculto en aquellas largas vainas del mismo color, tenía lugar con la llegada del buen tiempo y casi todos los miembros del clan ayudaban en la recolección. Los primeros que se recogían eran los que habían sembrado en lugares protegidos, a cobijo de los vientos fríos de finales del invierno. Una vez sembradas las semillas en la tierra, enterraban en diversos puntos de los huertos unas piedras verdes envueltas en corteza de abedul. También ponían un poco de savia de los árboles. Creían que lo que da vigor a los vegetales, que contiene las sustancias nutritivas producidas en las hojas y en otras partes verdes de la planta o el árbol, también podía tener sus efectos y favorecer los frutos de la tierra. Y de hecho se recogían tiernos y se comían frescos. Los robledales que rodeaban el poblado proporcionaban bellotas, avellanas, moras, cerezas, uva silvestre, piñones y frutas como peras o manzanas, pero cada cosa a su tiempo. Con un cesto en las manos, Ynatsé acababa de coger bellotas de los encinares de por allí, que les ofrecían un valor añadido. Las encinas no solo eran muy útiles como recurso ganadero en las dehesas, porque los cerdos se alimentaban de bellotas, sino que también aprovechaban la madera, que era muy dura y no se pudría: la utilizaban para hacer las canoas y en la construcción de las cabañas, por ejemplo para los pilares y las vigas. Además, la leña de encina resultaba excelente para quemar. La corteza era muy apreciada para adobar el cuero y, junto con las hojas y las bellotas bien machacadas, les servía para preparar una pasta muy útil para desinfectar heridas. Por otra parte, con las bellotas, secas y trituradas, elaboraban pan, gachas y galletas, cocidos a las brasas para quitarles aquel sabor tan amargo.

El amargor que Aynires había experimentado con el guisante y la subida de bilis que tuvo que tragar con el anuncio de Ynatsé desembocaron en indignación.

—¿Cómo es que nos abandonas a mí y a tu hijo? —le preguntó con vehemencia.

Entretanto, Zeb estiraba los brazos y se removía, sonreía y chillaba para llamar la atención de su padre.

—Baasi ha tenido una revelación. Los dioses le han dicho que encontraré el remedio para el Mal en un lugar que llaman el Círculo de Piedra, un lugar muy lejano. —Y levantó el brazo derecho señalando en la dirección de la que soplaba aquel viento tan frío.

—¿Un círculo de piedra? ¿Hacia el norte? ¿Esas son todas las indicaciones que tienes? —le soltó ella—. Ynatsé, esta incursión parece más incierta y peligrosa que ninguna que hayas hecho antes.

—Lo sé, Aynires, pero Baasi dice que es un lugar donde hay un círculo de piedra al que ha visto que acuden clanes y tribus de todas partes. Soy el elegido de los dioses y no puedo negarme. —Ynatsé aceptaba su destino.

—Contra la voluntad de los dioses no podemos hacer nada —se resignó Aynires.

En algún lugar de su corazón y de su cabeza tenía el convencimiento de que aquel viaje incierto, aquel sacrificio, era innecesario. Como si le hubiera leído el pensamiento, Ynatsé le cogió las manos y casi le imploró con los ojos medio anegados en lágrimas. Se fundió en un abrazo con Aynires y Zeb. Y a su mujer le susurró al oído:

—Lo hago por vosotros y por nuestro pueblo. No sufras, los dioses nos protegerán.

Acto seguido le resumió los argumentos que había esgrimido Baasi.

—Como muchos otros, somos animales de costumbres, nos hemos adaptado a nuestro entorno, un entorno que dominamos y que nos proporciona unas comodidades que nos asusta perder. Por eso, cuando como ahora hay algo que amenaza esa paz, es el momento de hacer justo lo contrario, no quedarnos aquí observando cómo pasan las lunas sino reunir el valor necesario para dar el paso y dejar nuestro mundo conocido, exponernos al riesgo y movernos. ¡No esperaré aquí sentado a que el destino nos golpee, no! No me quedaré de brazos cruzados viendo cómo nos vamos consumiendo. Y menos aún cuando tenemos a los dioses de nuestra parte —declaró Ynatsé.

—¿Y nosotros, Ynatsé?

Entonces Aynires sacó a Zeb del saco que llevaba a la espalda e hizo que lo cogiera en brazos. Zeb sonreía y alargaba los brazos hacia su padre. Ynatsé lo recibió y lo alzó hacia el cielo como si lo ofreciera a los dioses que los estaban observando, lo cual generó más chillidos y risas en la criatura. Cuando lo bajó y se lo acercó al pecho, Ynatsé cambió su expresión y dijo a Aynires:

—Precisamente por vuestro futuro, que es el nuestro, el de nosotros tres y el de todo nuestro pueblo, tengo que hacerlo. —Su tono de voz era casi de súplica.

—No estás obligado a exponerte a semejante riesgo —insistió Aynires.

—He entendido que debo hacer cosas que temo hacer. He encontrado la fuerza que necesito para ello, y ese coraje me lo dais vosotros. Baasi cree que nuestra sabiduría interior, iluminada por los dioses, nos servirá para encontrar el camino que nos permita adentrarnos en otros mundos sin quedarnos paralizados por el miedo a la incertidumbre ni el temor a fracasar. Sé que podemos conseguirlo. Pero tú también has de creer en ello. —Los ojos de Ynatsé le pedían, casi le imploraban con humildad y sumisión, su bendición.

Aynires le devolvió una mirada preñada de desconsuelo, tristeza y desencanto. Y con un hilo de voz le contestó:

—Lo acepto con resignación, Ynatsé. Haré de tripas corazón, porque sabes que soy una mujer que no se arredra ante nada y porque decidimos caminar juntos, pero la pena y el dolor que... —hizo una pausa y se puso la mano bajo el pecho izquierdo— que empieza a anidar en mi corazón es indescriptible.

Con aquellos ojos de un verde dorado húmedos y empañados, Aynires sacó fuerzas de flaqueza para admitir que, ante la trascendencia de la misión, no podía oponerse.

—Si Baasi dice que es el deseo de los dioses, yo no puedo negarte mi bendición. ¡Que así sea!

Sin embargo, no pudo evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas mientras Zeb jugueteaba con su padre y chillaba en sus brazos, ajeno a la trascendencia del momento.

Con el corazón todavía encogido por la conversación con Aynires, Ynatsé se dirigió a la cueva grande, donde Baasi lo había citado. Cuando llegó lo encontró absorto, atareado con los preparativos para el inminente viaje.

—¿Qué haces exactamente? —quiso saber Ynatsé.

—Estoy desmenuzando ocre, una variedad de arcilla, hasta reducirlo a polvo. Después lo mezclaré bien con grasa de leche de vaca y, finalmente, te lo untaré por todo el cuerpo. —Y le enseñó la cantidad que ya tenía en un cuenco.

—¿Y para qué me servirá? —preguntó el joven, al tiempo que le dirigía una mueca rayana en el asco.

—Da como resultado un pigmento de un color terroso rojizo que te hará

pasar más inadvertido por los parajes que atravesarás. —Y añadió—: Con este color, más los tatuajes que tendrás en el cuerpo, ofrecerás un aspecto intimidante.

Ynatsé enarcó las cejas, sorprendido. Baasi prosiguió:

—Lo que busco es que puedas asustar a posibles rivales, miembros de otras tribus o, sencillamente, animales con que puedas cruzarte. Respetaré las franjas negras que tú y los demás decidisteis pintaros.

Le señaló con el dedo la franja negra que iba del ojo derecho al izquierdo, y que también rodeaba las manos y los pies.

—El contraste del negro con este color más terroso que te estoy preparando será ideal para cubrirlo de formas y motivos inspirados en los dibujos que me has visto estampar en la cueva.

Optó por recorrerle el cuerpo con un trazo delgado que imitara el contorno de las plantas y las hojas de diversos árboles propios del entorno del poblado. Incluso esbozó alguna figura humana y de animales reales o imaginarios, caprichosamente entrelazados.

—A través de líneas de puntos, dibujos y señales indelebles en tu cuerpo te escribiré tu historia en la piel, y ni el agua ni el sol los hará desaparecer. —Empuñó un hueso puntiagudo—. Estas marcas no se borrarán jamás, porque forman parte de ti, de tu ser, de tu vida.

La técnica que utilizaba la había aprendido de sus antepasados, que ya recurrían a ella. Con la ayuda de espinas vegetales y huesos afilados, iba dando golpecitos con una piedra para perforarle la piel e insertar el pigmento debajo. Aunque se trataba de incisiones pequeñas, era inevitable que escapara alguna gota de sangre, que resbalaba hasta el suelo de la cueva.

Ynatsé sufría, pero resistía apretando los dientes y los puños. En aquellos pequeños surcos en la piel, Baasi introducía alguna hierba con propiedades curativas, como salvia y tomillo, y después le aplicaba una piedra incandescente que cogía del fuego con unas pinzas. De ese modo podía fijar los dibujos, los símbolos y las formas que dotarían a Ynatsé de una coraza natural de protección contra todo aquello a lo que se enfrentara.

El olor de las hierbas aromáticas enmascaraba el hedor a carne quemada, pero los gritos de dolor de Ynatsé retumbaban en las paredes de la gran cueva.

Fuera era noche cerrada, y las estrellas, los ojos de los dioses, observaban atentamente todo lo que se movía.

13

LOS MURCIÉLAGOS

No quiso despedidas estridentes. Al rayar el alba, Ynatsé preparó a *Bram*, su caballo, lo cargó con todo lo que consideró necesario para el viaje, y se marchó. Llovía, y se cubrió con la coraza. Era una capa con una capucha cónica lo bastante holgada para echársela sobre la cabeza con facilidad, o bien dejarla colgar a la espalda. Las capas estaban hechas de juncos, y las llamaban corazas porque protegían del viento, el frío y la lluvia. Los juncos estaban dispuestos de tal manera que repelían el agua. El conjunto se componía de una amplia capa con capucha, todo de una pieza. Debajo llevaba una cota hecha con tiras de junco, cáñamo, mimbre y esparto, confeccionada en tres partes. La exterior, con aspecto de capote, cubría los hombros y llegaba hasta la cintura, y las dos interiores arrancaban de los hombros, sujetas con tirantes, y llegaban hasta los pies. Tenían una pequeña abertura por detrás para facilitar la monta si se iba a caballo, como era el caso. Las piernas también se protegían con unas polainas desde debajo de las rodillas hasta los pies, calzados con unas botas de cuero con suela de madera. El único problema que podía tener era que, si llovía mucho, aquel material no escurría el agua lo suficiente y la capa se iba empapando hasta quedar hinchada y alcanzar un peso imposible de acarrear.

Empezaba un viaje impuesto por mandato divino, así se lo habían comunicado las divinidades a Baasi, cuyo objeto era volver al poblado, al punto de partida, con una cura, una solución para el Mal que sufría su gente. Tenía pocas referencias —un círculo de piedra que encontraría hacia el norte— y muchas dudas, un sinfín de interrogantes a los que Baasi había dicho que encontraría respuesta a lo largo del camino. Cargado de incertidumbres y temores, Ynatsé emprendió el viaje de su vida, consciente de que su vida, la que le importaba de verdad, la dejaba en aquella cabaña donde dormían Aynires y Zeb. Una vida de la que se alejaba a regañadientes y embargado por una profunda sensación de tristeza.

Las primeras jornadas cabalgó por llanuras y valles sin encontrar ningún rastro ni señal de vida, ni animal ni humana. Avanzaba con la vista clavada en el norte, en los altos acantilados de basalto que se alzaban en el horizonte. Caminos empedrados, escarpados y abruptos, empinados y de mal pisar con el caballo. *Bram* resoplaba, relinchaba, y con frecuencia debía esforzarse en mantener el paso por unas sendas que ascendían por terrenos a ratos cubiertos de zarzas y a ratos despejados. De vez en cuando

dejaban el campo abierto y se adentraban en espesos bosques de robles y encinas. Árboles robustos cuyas ramas le acariciaban el pelo, de tan frondosos y tupidos que llegaban a ser. Entre el ramaje podía distinguir a lo lejos la imponente mole del macizo de piedra, que los acompañaba. Parecía el lomo de un dragón: inmensos bloques de piedra coronaban un conjunto de montañas gigantescas. Atravesaban riscos de vértigo y alguna cresta todavía espolvoreada de nieve, tras haber accedido a las alturas por un sendero poco hollado que se abría en el bosque y los recibía en silencio. Un silencio que solo quebraba su roce con el follaje y ahora también un quebrantahuesos que sobrevolaba las copas. Su graznido resonó en las paredes basálticas y quedó ligeramente amortiguado por la frondosidad del bosque que los engullía. Poco podía imaginar Ynatsé que iría a parar a la misma boca del lobo. Bordeó un riscal que solo con mirarlo ya daba pavor. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y, de repente, un mal paso de *Bram*, que pisó una piedra cubierta de verdín, provocó lo inevitable. El animal resbaló y ambos rodaron pendiente abajo, con tan mala suerte que fueron a parar delante mismo de una manada de lobos. Ante aquel regalo caído del cielo, los lobos se encarnizaron con *Bram*, que se quedó paralizado, incapaz de reaccionar ante los mordiscos y dentelladas mortales que le lanzaban. Ynatsé se vio obligado a huir por piernas. Pese a estar herido y magullado, se sentía ligero, la caída le había hecho perder la capa de junco, que con la lluvia se había hinchado y resultaba muy pesada. Se consideró afortunado por haber dejado lastre mientras casi se arrastraba por aquellos caminos buscando atajos que desconocía para no ser alcanzado por los colmillos ávidos de carne fresca que lo perseguían. Aturdido todavía por el batacazo, perdió el equilibrio, resbaló y cayó desde lo alto de un pequeño acantilado; cayó de espaldas contra el fondo del valle, lleno de costillares, tibias y cráneos de otros desafortunados que, como él, al caer y romperse las piernas y el espinazo habían sido presa fácil no solo para los lobos, sino también para águilas y buitres, que se habían abatido sobre la hondonada para darse un festín. Se palpó y le pareció que no se había roto nada, de manera que se puso en pie y prosiguió su camino. Con la pérdida de *Bram*, Ynatsé no solo perdió su única compañía: se quedó solo con lo que llevaba encima. Llevaba la obsidiana colgada al cuello y una calabaza vacía con agua para beber durante el viaje. Y en la bolsa de vientre de ardilla acarrea unas cuantas piedras verdes de las minas del clan hermano, así como un puñado de

semillas, elementos que podrían sacarlo de un apuro, o quién sabe si servirle para hacer un trueque por un remedio susceptible de curar a su pueblo enfermo. Mientras se adentraba en la niebla, exhausto, herido y hambriento, era consciente de que sus perseguidores eran unos grandes rastreadores y debía tener cuidado de no dejar ningún indicio que pudiera servir a aquellos expertos cazadores para seguir sus huellas y acorralarlo. Debía cuidar de no remover la tierra intentando arrancar raíces y bulbos, porque sabrían distinguir entre la mano de un hombre y la zarpa de un animal. Asimismo, tenía que tener cuidado con qué frutas cogía, porque eran lo bastante astutos para seguir su rastro si veían que en el ramaje de un árbol faltaban frutos que no habían caído maduros al suelo, pues sería la mano de un hombre, de un hombre como él, la que los habría arrancado. Con todos aquellos condicionantes en mente y los pies doloridos, casi en carne viva debido a la extenuante huida, hizo un alto junto a un arroyo. Fue a beber agua y refrescarse, pero desistió. Un rumor quebró la quietud del lugar. Paseó la mirada alrededor, desconfiando de aquel ruido, y entonces lo vio. Aunque normalmente esperaba a que oscureciera más, aquel día el tejón había decidido salir antes de la madriguera: tenía motivos de sobra para ello. Con la prudencia que lo caracterizaba, abandonó su tejonera y, tras recorrer un denso entramado de galerías excavadas en las entrañas de la tierra, asomó su hocico puntiagudo. Se olía alguna catástrofe. Sus pequeños e inquietos ojos, con los que escrutaba cuanto pudiera ocurrir en derredor, a duras penas se distinguían, porque estaban situados en el centro de dos franjas negras que le nacían del morro y le llegaban a las orejas blancas. Acababa de salir de su comfortable escondite, alertado por algo que lo mantenía inquieto. Sacó el cuerpo, pequeño, grueso y compacto. No paró de mover el cuello, corto y grueso, y la alargada cabeza. Con las zarpas cavó un agujerito donde acto seguido hizo sus necesidades. Cuando terminó, tuvo cuidado de cubrir con tierra sus excrementos y miró alrededor, celoso de su intimidad. Se trataba de una costumbre que todos los de su especie mantenían: enterrar sus excrementos para pasar desapercibidos, para no dar pistas a otros depredadores. Pero si aquel día había salido antes y más rápido de lo habitual de la tejonera era porque había percibido otro peligro. Los animales que como él viven a ras del suelo, bajo tierra o pegados a ella tienen una sensibilidad especial para escucharla, y saben cuándo algo va a aparecer de forma abrupta. Saben prestar atención, y él había oído los movimientos, los bramidos que

resonaban en las grietas de sus excavaciones, que se colaban por ellas antes de que estas se abrieran. También las serpientes salían de sus refugios, al igual que las ratas, ranas, conejos, liebres y puercoespines, que corrían en busca de un sitio seguro. El tejón hizo lo mismo.

Ynatsé lo vio pasar, cruzando el río como una exhalación, pero él prosiguió su camino. Los intensos ruidos subterráneos que habían alertado a los animales se tradujeron en una retahíla de explosiones acompañadas de temblores. En un horizonte no demasiado lejano, Ynatsé vio una columna de humo que se acercaba. Era una lluvia de ceniza. Emanaciones de gas en el bosque, cubierto de aquel polvo gris y espeso, junto con una tormenta eléctrica entre las nubes cenicientas, y el agua del río, ahora ya imbebible, que se había vuelto del mismo color. Pese al panorama amenazador, decidió continuar. Optó por alejarse del bosque y caminar a campo traviesa. Se hallaba en medio de un calvero y, sobre su cabeza, en el cielo se estaban gestando las peores maldades. Se dio cuenta de que empezaba a notar cierto cosquilleo en la piel y que se le erizaba el vello de piernas y brazos. El impacto era inminente. Aquello era una señal inequívoca de que el rayo estaba a punto de caer. De caerle encima y fulminarlo. Como no tenía nada a mano para aislarse, se apresuró a arrodillarse, doblando el cuerpo hacia delante con las manos tocando el suelo y los pies juntos, tal como Baasi lo hacía postrarse para venerar a alguna divinidad del bosque. Si el rayo le caía encima, la carga elegiría el camino más corto a través de sus brazos, esquivando el torso, y de ese modo se salvaría de morir. Temblaba. Estaba boca abajo y de repente notó que lo rodeaba un estallido de luz que instantes después, como si el cielo se hubiera hendido, impactaba con gran estrépito contra un grupo de árboles cercanos. Sin levantar la cabeza, recorrió con la vista el panorama que tenía a derecha e izquierda. Ynatsé estaba seguro de que, en condiciones normales, aquel valle debía de ser idílico, pero ahora necesitaba encontrar un rincón donde refugiarse. Otra descarga de luz procedente del cielo le mostró el camino. A apenas unos pasos había una cueva que debería servirle para guarecerse. Miró en torno y no dudó en cortar una rama del árbol, que ardía como una tea tras el impacto del rayo. Se plantó ante la abertura de aquella montaña. Debía de ser una cavidad inmensa. Avanzó con cautela. No se había adentrado ni cinco pasos cuando la gruta describía un recodo hacia la izquierda y la escasa luz que llegaba del exterior desapareció por completo. Le pareció oír el fragor de un poderoso salto de

agua subterráneo, pero no habría podido asegurarlo. A duras penas, solo con la tenue luz que desprendía su antorcha, podía distinguir la magnitud de aquella enorme estancia subterránea, y lo invadió el vértigo ante el cada vez más intenso y atronador ruido del agua. En un repliegue de la cueva apareció la cascada del río, cuyo final no resultaba visible. El poder que poseía aquel caudal era sobrenatural. Bastante tenía ya con el pavor que le producía caminar por unas galerías frías e inhóspitas, a tramos con corrientes de aire, a tramos con golpes de calor, que ignoraba de dónde venían ni hacia dónde lo conducirían. Pese al frío reinante en el interior de aquellas grutas subterráneas, sudaba. El desasosiego lo acompañaba. No sabía si en algún recodo podía sorprenderlo un depredador. Pisó un montón de huesos, acto seguido dirigió la llama por encima de su cabeza y observó unas estalactitas que colgaban del techo de la cueva, y de pronto se abatió sobre él una negra bandada de murciélagos... Se trataba de una cavidad vasta y profunda, de forma y dimensiones muy variables. Tenía ante sí un laberinto, una serie de corredores intrincados que hacían difícil, una vez dentro, encontrar la salida. Aquel conjunto de cavidades sinuosas ofrecía un entrecruzamiento de caminos, de galerías que suponían una complejidad inextricable. No obstante, al fondo se oía un rumor, un ruido de actividad... ¡humana! Ynatsé se acercó poco a poco y, espiando desde detrás de una gran peña, vio que en el refugio que formaban los repliegues de las cuevas y los saltos de agua que brotaba de la piedra, se había establecido una comunidad muy numerosa, según podía distinguir desde su posición. La situación estratégica del lugar, en un cruce de pasos naturales entre el norte y el sur y entre el litoral y el interior, debió de ser una razón bastante poderosa para hacer que aquella tribu se asentara allí. Sin duda el jefe había ordenado detenerse en aquellas cuevas al abrigo del viento con la intención de asentar el clan, que habría dejado de ser nómada para establecerse en un lugar que, en contrapartida, estaba casi a oscuras. Un rayo de sol tenue y agónico era el único haz de luz que se colaba entre las peñas más altas. Tal vez las condiciones para desarrollarse habían sido excelentes, pero de eso debía de hacer mucho tiempo, se dijo Ynatsé. La selección natural no siempre es buena, y depende de numerosos factores: de los caprichos de animales irreflexivos o de la inoportuna Naturaleza, que, por ejemplo, hace que surja lodo, una mezcla pastosa de agua y barro, por donde acababa de pasar. Ynatsé perdió la estabilidad al posar los pies en aquella superficie lisa pero blanda y resbaladiza. El resbalón lo dejó al

descubierto. Mientras rodaba pendiente abajo, perdió la antorcha, que fue a parar a la otra punta de la cueva y se apagó. En cuanto lo vieron, un grupo de hombres se abalanzó sobre él para inmovilizarlo. Lo maniataron y lo llevaron junto a los restos de un fuego, ya apagado, que presidía el centro de la gruta.

Hubo cierto alboroto, porque al parecer aquella irrupción se había producido en un momento trascendental, de suma importancia por las consecuencias que podía tener para el futuro de la tribu. Hombres, mujeres y niños se hallaban todos reunidos y ahora mostraban su incertidumbre sin apartar los ojos de aquel intruso. Todas las miradas se clavaban en Ynatsé.

Entre la multitud se abrió paso el hombre que presidía la ceremonia que Ynatsé había interrumpido. Se le acercó. Debía de ser el que dominaba las prácticas mágicas y los rituales para conjurar las fuerzas sobrenaturales, el chamán a quien el resto de la comunidad confería la facultad de comunicarse con los dioses. Lo golpeó con una vara larga que llevaba en la mano y después le señaló el hogar, un trozo de suelo humeante y rodeado de piedras donde, una vez apagada la llama, ya no quedaba nada, ni brasas ni calor: solo ceniza.

En aquella tribu todo eran caras largas e Ynatsé entendió que nadie sabía qué era lo que hacía enfadar a los espíritus, ni siquiera el hechicero, que a través de ciertos ritos procuraba calmar su ira y de ese modo contribuir a aliviar la angustia y la incertidumbre que dominaban a todo el clan. Y más después de que se apagara aquello que Ynatsé denominaba fuego, hecho que fue interpretado como la señal inequívoca de que los espíritus, que hasta entonces los habían protegido, los habían abandonado a su suerte. No podían hacer nada. Solo les cabía esperar que la intercesión, el diálogo —de momento estéril— del hechicero con los espíritus les fuera favorable. Todos los indicios, todos los augurios eran malos. Ynatsé ya sabía cómo asegurarse, cómo procurarse la salida de aquella cueva: les encendería un fuego, les enseñaría a obtenerlo. Saltaba a la vista que aquella tribu estaba mucho más atrasada que su clan, que ya hacía muchas lunas que había aprendido a hacer fuego y, sobre todo, a conservarlo. Seguramente, pensó Ynatsé, el hecho de permanecer dentro de aquellas cuevas y no salir mucho al exterior debía de haber entorpecido su evolución. Haber vivido largas temporadas en aquel hábitat con escasa o nula luz del sol, y con una dieta únicamente a base de hígado de pescado, debía de haber influido en su corta estatura: no más de cinco pies de alto.

—Yo puedo ayudaros a recuperar el fuego, pero antes hemos de ir a buscar setas —anunció.

El Hombre de la vara y otros cuatro del grupo se volvieron sorprendidos e interrogaron a Ynatsé con la mirada.

—Necesito un hongo yesquero —les dijo.

—¿Y dónde lo conseguiremos? —gruñó uno del cuarteto.

—No es difícil de encontrar. Son setas que crecen sobre la madera viva o muerta de un árbol —respondió Ynatsé, y prosiguió—: Se trata de un yesquero de grandes dimensiones. Seguro que los habéis visto más de una vez por los bosques de los alrededores pero no les habéis prestado atención. Tiene forma de media luna, crece en los troncos de árboles añosos vivos y es de color grisáceo.

—¿Y con una seta pretendes hacer fuego? —preguntó incrédulo el Hombre de la vara.

—Esa seta tiene unas fibras que le dan una textura especial. Y esas fibras nos ayudarán a encender fuego, junto con dos trozos de madera blanda. Mientras vamos a buscar esos yesqueros, otros deberían recoger trozos de sílex y pirita.

—¿Para qué? —quiso saber el que hasta ahora no había dicho nada.

—Se necesitan para producir las primeras chispas. El hongo yesquero se utiliza para extraer de él un material que, una vez seco, facilitará encender el fuego con una piedra de chispa o sílex. Aparecen en los árboles vivos cuando ya están debilitados por algo, como una sequía, una inundación o un incendio, o en árboles atacados por insectos.

Los hombres se miraron y el hechicero les hizo una señal, acompañada de unas palabras que Ynatsé no entendió. Cuando los vio salir de la cueva, supuso que iban en busca de lo que les pedía y que, por tanto, al menos le concedían el beneficio de la duda.

La espera se le hizo eterna: no llegaban nunca. No obstante, entretanto Ynatsé pensaba. Pensaba cómo se las arreglaría si, una vez de vuelta a la gruta, lo hacían con las manos vacías, sin hongos yesqueros ni piedras. Podría intentar pedirles maderas y palos, y con el frotamiento conseguir unas chispas que pudieran encender un fuego. Y si esa posibilidad también se le negaba, probaría a entrechocar dos piedras. Baasi le había enseñado que al hacerlo saltaban unas chispas que, bien aprovechadas, también eran aptas para encender una buena hoguera. Se hallaba sumido en tales cavilaciones cuando los vio aparecer.

—Aquí tienes lo que has pedido. —Y arrojaron a sus pies las piedras y la seta que Ynatsé necesitaba para hacer fuego.

«Venga, vamos allá», se dijo Ynatsé.

Se sentó con las piernas dobladas y, en el círculo que formaban, depositó un hongo yesquero. Los cuatro hombres imitaron sus movimientos, supervisados por el propio Ynatsé.

—Bien. Ahora cogemos un trozo de sílex o una piedra de chispa y lo golpeamos contra una pirita. ¡Adelante! —apremió Ynatsé a sus alumnos, e inmediatamente empezó a oírse un intenso golpeteo.

—¡Saltan chispas! —gritó entusiasmado uno.

—¡A mí también!

—¡Y a mí!

—¡Es magia!

Los otros tres respondieron del mismo modo ante lo que conseguían solo golpeando dos piedras, tal como les había enseñado aquel forastero.

Ynatsé estaba satisfecho, pero no podía relajarse. Aún quedaba lo más difícil: conseguir unas buenas llamaradas.

—Procurad que las chispas caigan en el hongo yesquero, así provocarán llama y encenderán el puñado de semillas de linaza, lino triturado y semillas de anea y espadaña con que hemos rellenado la seta. Es muy importante que acompañéis la débil llama que aparezca con un soplado. Soplad de manera suave pero constante y sostenida a fin de que se inflame y arda un buen fuego.

Ynatsé dirigió una mirada a los cuatro hombres y vio cómo de sus respectivas setas se levantaban unas tímidas columnas de humo que, lejos de sombrear sus caras, las iluminaban con el júbilo de saber que eran capaces de hacer fuego.

—A partir de ahora vuestra vida cambiará. El fuego no solo os calentará, sino que también os aportará luz. Os permitirá mejorar la dieta, porque podréis asar la carne de los animales: la carne asada es mucho más saludable que la cruda, que se estropea al cabo de pocos días. Además, gracias al humo podréis conservar mejor los alimentos. Os proporcionará calor, lo cual os ayudará a sobrevivir a las temperaturas bajas del invierno. Os ayudará a salir de la cueva y, cuando estéis fuera, os servirá para mantener a raya a los depredadores que quieran atacaros, y así os dará seguridad. Ampliaréis las horas de luz, todo eso llevaréis ganado a la oscuridad, un tiempo que podréis dedicar a trabajar y charlar.

Uno de los hombres le sonrió y le dijo:

—Ya tenemos un sistema que nos sirve para percibir lo que tenemos delante aunque no lo veamos... ¿Quieres saber cómo lo hacemos?

Ynatsé sintió curiosidad y asintió con un par de cabezadas.

—Hacemos chasquear la lengua, ¡así! —Abrió un poco la boca y de ella salió un chasquido.

Ynatsé no entendió.

—Eso provoca unas resonancias que, dependiendo del objeto sobre el que rebota el sonido, nos permiten saber si hay alguien más en la cueva, si es un animal o una persona, o, por ejemplo, si el bosque que debemos atravesar es muy frondoso y si los árboles están muy juntos.

—Ahora lo entiendo —concedió un incrédulo Ynatsé—. ¿Y cómo lo hacéis? Quiero decir, ¿es una técnica que habéis perfeccionado y transmitido de generación en generación?

—Sí, por supuesto. Los que nos precedieron se fijaron en los murciélagos, que volaban por las grutas sin estamparse contra la pared. Es muy fácil, solo tienes que fijarte y practicar. Has de apoyar la punta de la lengua en el paladar, justo detrás de los dientes, y hacer un rápido movimiento hacia atrás.

Repitió lentamente el movimiento que poco antes había dado como resultado aquel chasquido, un sonido simple y seco que proporcionaba gran información.

—Chasqueas la lengua y aguzas el oído. Emitimos un sonido con el que casi podemos medir la distancia a la que se encuentra un objeto.

—¿Cómo? —preguntó fascinado Ynatsé.

—Por el tiempo que transcurre entre el chasquido de la lengua y la recepción del eco después de que el sonido impacte en el objeto. Produce una especie de resonancia que hemos aprendido a recibir y descifrar. Creemos que es una capacidad que ya poseíamos, pero para desarrollarla, primero teníamos que descubrirla y después practicarla.

—No es magia, pero se trata casi de un don que os hace únicos.

—Tú sí que has hecho magia al mostrarnos cómo hacer fuego.

—Yo no lo considero magia. La magia es la manipulación de las fuerzas divinas o de las maléficas. Es una fuerza, una energía extraordinaria que hay que saber utilizar, no todo el mundo es apto para ello.

—Te entiendo, es como nuestro hechicero, que tiene el poder de

apropiarse de la silueta, la sombra del animal o del enemigo al que queremos abatir, una cualidad que nos ayuda de manera mágica a capturarlo o eliminarlo.

—¿Podríais enseñármelo? —pidió Ynatsé.

—Se lo consultaremos, pero me parece justo: el poder del fuego a cambio del poder de las sombras.

Ynatsé fue instruido en aquel arte. No en vano los integrantes de aquella tribu tenían una relación muy especial con las sombras. Evitaban atravesar al mediodía un espacio abierto por temor a perder la suya. En cambio, no tenían miedo a la noche, a la oscuridad, porque creían que de noche todas las sombras descansaban en la sombra del Gran Dios y de nuevo retomaban poder para encarar el día. Tras la «recarga» nocturna, las sombras volvían a aparecer fuertes y grandes durante el día; es decir, creían que la luz del día se comía las sombras en lugar de crearlas.

Fue conducido ante el chamán. Era flaco y larguirucho, con una cara que se estrechaba rígida hasta formar una barba que era como un reguero de baba sucia. Clavó la vista en él y lo taladró con la mirada como si quisiera atisbar en su interior. Se le acercó a menos de un palmo y, hablando de forma afectada, le soltó una letanía que Ynatsé no entendió.

—El hombre se siente frágil y busca en el exterior un símbolo especial, algo que le dé la fuerza necesaria para superar los contratiempos. —Hizo una pausa y se apartó de Ynatsé, dando vueltas a su alrededor mientras movía las manos como si espantara moscas—. Esa fuerza es una energía que surge de dentro para poder hacer frente a las fuerzas hostiles de la Naturaleza y que se proyecta en un objeto al que conferimos poderes mágicos. Le otorgamos propiedades para hacer que sucedan cosas extraordinarias o para alejar el peligro. —Se detuvo de nuevo y miró a Ynatsé de hito en hito, interrogándolo con la mirada—. Pero para que eso sea una realidad, hay que creer. ¿Tú crees en ello?

Ynatsé ignoraba qué debía responder y optó por proferir un lacónico «sí».

—En virtud del intercambio de conocimientos —Ynatsé les había ofrecido el fuego—, te haré poseedor de un objeto, un talismán que propicie y canalice el control de las sombras.

Ynatsé sabía que esa capacidad solo la poseían los chamanes, personas escogidas, avezadas en la magia y el contacto entre los dos mundos, el de los hombres y el de los dioses.

—Las lechuzas y los búhos ven más allá de las apariencias, de las sombras, interpretan lo que estas insinúan, y se mueven veloces y silenciosos. Son mensajeros de secretos y premoniciones, y constituyen nuestro enlace entre el mundo de la Luz y el de la Oscuridad. Representan la luna, la libertad, las sombras. Su sonido, un susurro, lo utilizamos para alejar las tinieblas y los poderes oscuros que emanan de ellas. —Metió la mano en el zurrón que llevaba colgado al hombro y sacó una pluma. Y explicó—: Al igual que el cuerno del uro y el del ciervo te proporcionan vigor y potencia, y la pluma del águila te da fuerza y valor, las plumas de esta lechuza y de este búho, que salieron del huevo en una noche sin luna, te permitirán controlar las sombras. —Y con la solemnidad y la liturgia que requería la ocasión, el chamán alargó la mano y le ofreció dos plumas grises. Y se limitó a añadir—: Solo has de recorrer con estas plumas la sombra del animal o del adversario al que quieras capturar o abatir, y te será dado el control. —Dicho lo cual, le dedicó una leve inclinación de cabeza, que Ynatsé se apresuró a devolverle.

El viejo sabio le hizo una última advertencia:

—Eso sí, has de creer, de lo contrario no obtendrás ningún resultado.

Dio media vuelta y desapareció por debajo de la piel que cubría la entrada a una cavidad rocosa.

14

LA CACERÍA

El sol y la luna se habían puesto y salido varias veces desde que Ynatsé emprendiera su viaje hacia el Círculo de Piedra en busca del remedio. La situación se había ido complicando, y el Consejo volvió a reunirse, cosa que Aynires aprovechó para exponer de nuevo su reivindicación. Habían pasado muchas lunas desde el día que alzara la voz por primera vez. Sin embargo, la llegada al mundo de Zeb le había impedido continuar con su empeño por conseguir aquel objetivo. Escuchó atentamente y, antes de que terminara la asamblea, cuando llegó el momento, pidió la palabra y se dirigió a todos los asistentes.

—En todo este tiempo he podido constatar que los hombres, cuanto más jóvenes y fuertes son, más gandules se muestran y menos trabajan.

Se levantó un rumor entre los aludidos, que cambiaron miradas de crítica y reproche hacia la mujer de Ynatsé. Aynires, consciente de que los hería en su amor propio, continuó:

—Somos las mujeres, junto con los niños y con la ayuda de los viejos, las que procuramos el sustento diario al poblado.

Aynires intentó reforzar su argumento dirigiendo la mirada al grupo de mujeres, entre las que destacaban Liolaá y Shalvia. Pese a su serio semblante, Aynires entrevió que los ojos les brillaban de emoción contenida. Eso la animó a seguir. No obstante, alguien se lo impidió.

—¿Cómo osas, mujer, mostrar tan poco respeto a los que procuran que tú y tu hijo tengáis comida y os sintáis seguros?! —le echó en cara Paar, airado.

—Los hombres jóvenes participan poco de esas tareas, se dedican con orgullo a la caza, concebida como una actividad de prestigio social donde triunfa la astucia y el valor, al igual que en la guerra. —Aynires hizo una pausa, tragó saliva y lanzó una propuesta—: Desearíamos poder participar en la caza, porque podemos resultar útiles.

No era la primera vez que lo solicitaba, y después del incidente del jabalí en el agujero-trampa se creía con más fuerza para reivindicarlo.

La intensidad del rumor creció por encima de las cabezas de todos y se magnificó por el efecto amplificador de las paredes de roca.

Ngaar, el consejero del jefe del clan, inclinó su cuerpo menudo y esmirriado para susurrarle algo que los demás no pudieron captar. Sus ojos oscuros y hundidos no presagiaban nada bueno.

—Escarmiéntala de una vez para siempre, Paar —le dijo en voz muy

baja—. Deja que lo haga, dale permiso, y una vez que se encuentre en el fragor de la cacería, estoy seguro de que se acobardará y volverá a las actividades que le son propias y nunca más querrá inmiscuirse en tareas que no le corresponden. Quién sabe, tal vez con un poco de suerte... —Y esbozó una sonrisa malévola.

Paar se sorprendió, porque le pareció entender lo que Ngaar le sugería, pero de todos modos se lo preguntó sin rodeos.

—¿Me estás diciendo que Aynires podría ser una víctima accidental de la cacería?

—Veo que me has entendido. Tú decides, bastaría con hablar con los hombres adecuados y podrías quitarte de encima una molestia.

Después de lanzar su propuesta, reinó un silencio que a Aynires se le hacía muy largo. Paar se había quedado inmóvil, reflexionando con la mirada perdida, clavada en la hoguera que consumía un puñado de leña en el centro de la gruta. El fuego sí que hablaba, chisporroteaba, producía una sucesión de crujidos que parecían un discurso articulado. Con el perfil de su rostro apenas iluminado por las titilantes llamas, Paar se levantó con calma, dirigió lo que parecía una mirada de complicidad a su consejero y acto seguido tomó la palabra.

—De aquí a cinco lunas saldremos de caza —anunció—. En el Llano de las Higueras tenemos vigilados a un grupo de ciervos que han establecido allí su lugar de pasto. Seis ciervos machos, tres hembras, cinco cabras y un buey —detalló el líder—. Los perseguiremos y acorralaremos con el fin de cazarlos. —Hizo una pausa y se dirigió a Aynires—: La batida será importante, y necesitamos que todos os impliquéis: las mujeres también.

La concesión de Paar fue recibida con gritos, silbidos y pataleos en el suelo por parte de las mujeres. Los restantes miembros del Consejo no salían de su asombro ante la decisión que su jefe acababa de tomar. Pero se guardaron muy mucho de discutirla. Entretanto, Ngaar observaba la escena. Había achicado los ojos y sus labios dibujaron una sonrisa de satisfacción.

Veinte arqueros que lucían vistosos ornamentos con plumas en la cabeza, la cintura, los codos, las rodillas y los pies encabezaban la partida de caza. El grupo, que acababa de cruzar el primer arroyo de los tres que atravesarían antes de llegar al Llano de las Higueras, se completaba con un reducido grupo de mujeres, tres de las cuales se sentían satisfechas y

orgullosas de lo que habían conseguido.

Aynires había logrado que tres mujeres tomaran parte en la cacería. Las demás tendrían que conformarse con participar haciendo ruido para despistar y espantar al resto de la manada.

Cuando llegaron al segundo curso de agua, conocido como Salto de las Carpas, se detuvieron. Debían encontrarse con un pequeño destacamento del grupo que se había adelantado para asegurarse de que los animales se encontraban donde estaba previsto.

—¿Los habéis visto? —preguntó Saareb, el jefe del grupo.

—Sí, pastan cerca de los juncos y las cañas todavía verdes de la ribera del río que serpentea por el Llano de las Higueras —confirmó uno de los cazadores, que añadió una información muy valiosa—: Aparte de los ciervos y las cabras, ¡hay tres bueyes más!

Aquel anuncio iluminó el rostro de todos. Eso significaba que, si la cacería iba bien, tendrían una buena provisión de cuernos de ciervo y buey. Los animales con cuernos se consideraban sagrados por su capacidad fértil. Una fertilidad que estaba más que demostrada tanto para trabajar la tierra como para abonarla con polvo de cuerno. Aynires pensaba que por eso era tan importante que aquella cacería fuera un éxito.

Al llegar al lugar indicado, el Llano de las Higueras, constataron que la información era fidedigna. El grupo de ciervos y cabras estaba en un rincón de la llanura y los tres bueyes rumiaban algo más apartados, cerca del río. Aynires giró la cabeza a derecha e izquierda como quien comprueba si hay algún peligro. Se lamió el dedo y lo levantó para comprobar la dirección del viento, por si una ráfaga los delataba y propiciaba la huida de las presas.

—No os mováis y hablad bajito —pidió a todos—. Aunque estamos a favor del viento, no debemos confiarnos. Hemos de tomar todas las precauciones posibles.

Y no se abstuvo de hacer una sugerencia a un par de hombres, dos de los más corpulentos, para que subieran a lo alto del risco que se alzaba junto al río del Llano de las Higueras.

Los hombres no tenían claro que tuvieran que seguir las indicaciones de una mujer, pero Aynires razonó su propuesta.

—Podéis hacer caer unas rocas. Eso ayudará a provocar la estampida de la manada. Nosotras saldremos de nuestro escondite y gritaremos y haremos el ruido necesario para dirigirlos hacia aquel desfiladero. —

Señaló un valle estrecho y profundo encajado entre altas crestas, no muy lejos del Llano de las Higueras—. Allí podéis situaros vosotros, y con los arcos podréis abatirlos fácilmente.

Los arqueros cambiaron miradas de suspicacia, desconfiando del plan de Aynires, pero obedecieron a regañadientes. Aynires se reafirmó:

—Cuando se dirijan a aquel circo, esa porción de terreno no muy extensa, plana y semicircular, os aseguro que quedarán atrapados, sin salida.

—Supongo que te consta que sería muy grave no obtener nada de esta cacería... —le dijo Saareb, el hombre que tenía orden de comandar la partida.

—Soy consciente, sé lo que nos jugamos —reconoció Aynires—. No es solo por la carne y las pieles, es sobre todo por los cuernos.

—Así es. Confío en que sepas lo que haces. —Y dirigiéndose al grupo, Saareb dio las consignas—. Grod, Praab, estoy de acuerdo con lo que propone Aynires. Id, subid al risco y despeñad aquellas rocas. —En cuanto a los demás, les dijo—: Movámonos con cautela y sigilo, y cuando os dé la señal empezará la cacería.

Cumpliendo órdenes, los dos hombres corpulentos de cabello rojizo se separaron del grupo y, mientras trepaban por la cara más accesible del risco, el resto vigilaba a las presas, expectantes, aguantando la respiración, observando cómo los ciervos, cabras y bueyes pastaban tranquilamente, ajenos al peligro. Sin embargo, de repente el pánico se extendió entre el grupo de cazadores. Un macho joven de pelaje pardo rojizo levantó su cabeza cornamentada. Estaba alerta. Era el líder de aquel grupo heterogéneo y debía velar sobre todo por la seguridad de las hembras. Las siete puntas de sus cuernos, grandes y ramificados, lo convertían en un ejemplar extraordinario. Le conferían un aspecto de animal poderoso y abonaban la creencia de muchos pueblos de que los cuernos los comunicaban con los dioses. Una vez que hubo escudriñado minuciosamente el entorno y se aseguró de que no había ningún peligro, volvió a bajar la testuz para seguir comiendo hierba fresca. Una sensación de alivio recorrió a todo el grupo, de Saareb a Aynires, pasando por los arqueros y las demás mujeres. Saareb no quiso jugársela, no quería esperar más por lo que pudiera ser. Aunque no lo habría reconocido ante nadie, desvió la mirada hacia Aynires en busca de su consentimiento. Ella lo intuyó y asintió con la cabeza para expresar su conformidad. Saareb recibió

aquel asentimiento con media sonrisa velada. Y dio la señal a los hombres de lo alto del cerro para que despeñaran las piedras y estas rodasen pendiente abajo. Frunció los labios para imitar el trino del ruiseñor; como era un pájaro que anidaba entre zarzas y matorrales, justo donde se encontraban ahora, a los ciervos y bueyes no les resultaría extraño. Los primeros gorjeos se alzaron por encima de las matas y los zarzales ante la impasibilidad de los desprevenidos animales. Subidos a la peña, Grod y Praab oyeron el canto del falso ruiseñor y empujaron los bloques de piedra, que, con gran agitación y estrépito, rodaron cuesta abajo. Eso sí que alertó al macho, que con un bramido hizo replegarse a la manada que comandaba y salieron en estampida hacia donde se ocultaban los cazadores. Cuando los tuvieron muy cerca, Aynires hizo un gesto y las mujeres les salieron al paso y empezaron a gritar, chillar, aullar, desgañitándose con todas sus fuerzas mientras movían brazos y piernas, agitando unas ramas para obligar a la manada a dirigirse hacia el desfiladero. Aynires se mordía el labio y seguía con detenimiento los movimientos del ciervo macho que lideraba la manada. Sin dejar de correr, con su vista privilegiada el animal divisó una salida para su grupo y los condujo por un sendero que llevaba hacia un camino sin salida. Sin saberlo los estaba enviando a todos, bueyes, cabras, hembras y machos, a la muerte. Aynires dejó de sufrir cuando vio que enfilaban la senda que se abría a un valle estrecho y profundo entre crestas, no muy lejos del Llano de las Higueras, tal como ella había explicado a Saareb. En un punto ligeramente elevado se habían apostado los arqueros, que estaban al acecho, en tensión como las cuerdas de sus arcos. Cuando los tuvieron a la distancia adecuada, dispararon sus flechas, que frenaron de golpe el impulso que llevaban los animales en su huida impetuosa. Todo salió bien en aquella cacería con presencia de mujeres, porque una hembra acompañada de su cría se había quedado rezagada respecto de la manada fugitiva y las mujeres que habían conseguido tanta agitación se encargaron de acorralar a la madre y el cervatillo. Una vez arrinconada, la abatieron para consumir su carne, mientras que a la cría la dejaron con vida para llevársela y domesticarla. Entretanto, los arqueros ya habían salido de su escondite y arrancaban las flechas de los animales abatidos, que aún estaban calientes, les enjugaban la sangre y las devolvían al carcaj. Acto seguido procedieron a cortar la cornamenta de los ciervos y los bueyes, así como a descuartizarlos para así repartir la carga antes de regresar al poblado.

Saareb se acercó a Aynires y le dio un puñetazo cariñoso en el hombro izquierdo. Aquel golpe era la manera como se felicitaban los cazadores del clan y, por tanto, significaba la aceptación de Aynires como cazadora, y así lo reflejó el viejo Baasi a fin de que quedara constancia para las generaciones futuras en un mural de las cuevas. Poco podía imaginar ella que Saareb tenía órdenes de asestarle otro tipo de golpe para que desistiera de participar en actividades que no le incumbían. Sin embargo, jamás llegaría a saberlo, porque Saareb, pese a ser un hombre fiel y obediente, era asimismo una persona razonable y sabía cuándo había que mostrarse flexible.

15

LOS BUEYES DE ADOR

Los silos ya estaban listos. Habían encontrado un lugar protegido, lo bastante alejado de las humedades del lago, y lo habían acondicionado para guardar bajo tierra trigo, grano y semillas, básicamente cereales, tal como había ordenado Paar. Ador, que conducía los bueyes, debía subir con las tinajas bien repletas, pero aún no había llegado. Las últimas habían salido del fuego el día anterior y ya las habían llenado para llevarlas a los graneros excavados en el subsuelo, unos depósitos naturales al abrigo del frío y la lluvia, así como de zarpas y colmillos no deseados. Shalvia y Aynires lo esperaban mientras buscaban, entre las piedras desprendidas de la cima de la tartera, las más idóneas para tapar los silos.

—Una vez que los llenemos de grano, los cerraremos herméticamente para que no entre ni una pizca de aire. Busca más como esta —le ordenó Aynires mostrándole una piedra muy plana que tenía en la mano—. Y si no, que se parezca, ya le daremos la forma precisa.

Para tapar los silos utilizaban losas de piedra con formas que se adaptaran a la boca del mismo, y el punto de contacto entre las losas y el suelo se sellaba con barro. De ese modo conseguían que en su interior hubiera una atmósfera cerrada que posibilitaba que el grano se conservase y guardarlo, por ejemplo, para la siembra de los años siguientes. En la mayoría de los casos, la boca del silo por donde se sacaba el grano era un agujero de poca profundidad, a fin de que se pudiera acceder con comodidad para extraerlo con una tinaja. En cuanto a la anchura del hoyo, era la misma que la de la boca. Ya tenían todas las piedras, pero Ador seguía sin llegar.

Pensaron que se retrasaba porque quizá las tinajas aún no estaban a punto, aunque Liolaá le había asegurado que ya las habían cocido todas y que después de pasar una noche al raso, al sereno, ya podrían verter en ellas el grano. Sin embargo, los bueyes de Ador con las tinajas no aparecían. Shalvia comentó a Aynires entre risas:

—¡Aún debe de haber alguna tinaja en el horno!

—Ojalá no haya pasado como aquella vez que decidieron hornear una docena y no sacaron la cesta de mimbre del interior de dos de ellas, y estuvieron a punto de prender fuego a todo el poblado, ¿te acuerdas? —Aynires no podía disimular su inquietud. No le parecía normal que Ador tardase tanto.

—¿Y tú recuerdas cuándo empezamos a hacer tinajas? —preguntó a su

vez Shalvia.

No hacía tanto que habían comenzado a fabricarlas. El descubrimiento de la cocción de la arcilla para convertirla en recipientes donde guardar líquidos o almacenar grano y semillas, como las tinajas, fue fortuito. Un día les cayó una buena porción de barro en el fuego, y al día siguiente se dieron cuenta de que había quedado cocido y se había vuelto duro como una roca. A partir de ese momento, fueron perfeccionando no solo la técnica sino también los hornos; de disponer solo de uno central en medio del poblado, con un agujero en el suelo donde se apilaban diversas piezas, cubiertas con las ramas secas que servían de combustible, habían pasado a tener uno en cada cabaña, para poder conseguir buenas piezas. La técnica era muy sencilla y cada vez poseían mayor destreza.

—Ya lo creo, y también me acuerdo de cuando empezamos a hacer diversas piezas cogiendo la arcilla y amasándola. ¡Toda una aventura!

Era un proceso que requería su tiempo. Se trataba de que aquella cantidad de rocas terrosas que tenían la propiedad de volverse plásticas y fáciles de manipular cuando se empapaban de agua, se convirtiera en una masa compacta y manipulable. Una vez que tomaba forma y consistencia, cogían aquella porción delgada y alargada como una serpiente y se dedicaban a enrollarla alrededor de una cesta de mimbre, de ese modo les resultaba más fácil darle la forma, altura y anchura que requería la vasija en función del uso a que estaba destinada. No era lo mismo fabricar ollas que platos o tinajas. Para terminar, aplicaban el fondo y alisaban la pieza con los dedos. Con los restos que habían sobrado una vez alisada hacían las asas, que sobresalían del recipiente, en forma de arco o de anilla para permitir asirlo. En función del utensilio le ponían una más reforzada o dos, una a cada lado. Había quien era partidario de decorar las piezas aplicando pechinas, conchas o practicando pequeñas incisiones con un hueso puntiagudo, pero con ornamentación o sin ella ya estaban listas para hornear. No obstante, antes debían tener presente retirar las cestas de mimbre para no llevarse un susto. Aynires recordaba con orgullo la primera pieza que hizo con sus propias manos. Una vez cocida, la decoró. Para ello cogió el caparazón de una tortuga que tenía forma de corazón y lo fue aplicando por todo el perímetro del cuello de la vasija, que pensaba utilizar para guardar agua, legumbres, fruta... Se apartó un poco del utensilio para mirarlo desde otra perspectiva y sus labios dibujaron una sonrisa de satisfacción que acompañó con leves movimientos de

asentimiento con la cabeza. Estaba orgullosa de su pequeña obra de arte. Había creado un recipiente de cuerpo panzudo pero que, como las conchas de tortuga, tenía una forma más redondeada y acababa en una boca amplia que le daba aspecto de pequeño volcán. Aquella fue la primera de muchas. Levantó la vista. El sol estaba en lo alto del cielo y, con la frente arrugada, a Aynires la embargaba la preocupación. Ador se retrasaba demasiado.

Ador y su familia eran los encargados de los bueyes. Así había quedado establecido hacía muchas lunas, desde que, en la primera cacería de esos animales, uno de sus antepasados había desempeñado un papel muy destacado. Mató a una hembra, una vaca, que iba en el rebaño y se quedó con las dos crías, una pareja que, debido al trato frecuente con los miembros del clan, dejaron de ser salvajes y aprendieron a convivir con la tribu. Gracias a eso, y como eran macho y hembra, tuvieron crías y se les permitió pacer en las extensas dehesas que rodeaban el poblado. Era el animal idóneo, porque le sacaban mucho partido, no solo como bestia de carga y arrastre, sino también, una vez muerto, por su carne y su cuero. Lo que equivale a decir que constituía un tesoro con patas. Cuando Ador, distraído con las chiquillas que lo acompañaban, advirtió que la cosa pintaba mal, ya había recibido un garrotazo en la nuca, otro en el pecho y oía chillidos agudos y estridentes que salían de las gargantas de las pequeñas. De resultas de los golpes que le propinaron en la cabeza y por todo el cuerpo, Ador quedó tendido sin vida en el suelo y el clan vecino se llevó los bueyes y las niñas, atadas con cordeles, a fin de sacrificarlas como ofrenda a los dioses.

Los enfrentamientos con el poblado vecino empezaron en serio cuando les robaron los bueyes. Y a las dos chiquillas. Un ataque era lo último que se esperaban, y Paar reunió al Consejo de urgencia, con Ngaar, Baasi y el resto de los hombres del poblado. También había algunas mujeres, encabezadas por Aynires y Liolaá, la mujer de Paar, que tras la cacería del Llano de las Higueras se habían ganado el derecho a estar presentes en aquellas asambleas, donde se decidían cuestiones determinantes para el clan. Con todo, seguían la reunión desde un discreto segundo plano. Esperando el momento propicio para poder manifestar su opinión, Paar tomó la palabra.

—Saareb, reúne a los mejores guerreros. Hemos de rescatar a las niñas

y los bueyes —exigió con voz atronadora.

—Ya podéis olvidaros —sentenció Baasi.

Aquella contraorden solo sirvió para enfurecer aún más al líder del Clan de los Caballos.

—¿Qué estás diciendo, Baasi? ¡Tenemos que intentarlo! —Paar le dirigió una mirada de odio. «¿Cómo osa contradecir mi mandato?», pensó la máxima autoridad de la tribu.

—Hace unos días, después del incidente en la balsa por la pesca de los crustáceos, ¿os acordáis? —preguntó Baasi retóricamente. No esperaba que nadie le respondiera, sabía muy bien que nadie había considerado relevante aquella disputa, que todos habían definido como «sin importancia»—. Bien, pues ya entonces os advertí que deberíamos haber hecho un gesto de buena voluntad y buena vecindad con esa tribu. No lo hicimos, se desestimó y ahora lo estamos pagando —subrayó las últimas palabras—. Nos consta que los bueyes son animales de los que sacamos mucho provecho. Hemos conseguido domesticarlos y los criamos por la carne, la leche y el cuero. Los utilizamos para transportar cargas, tirar de los maderos y troncos para fabricar canoas, o para labrar el huerto. Se trata de unos animales muy valiosos, y no éramos conscientes de que los otros poblados los miraban con envidia, porque haber domesticado a esos bueyes supone una fuente de riqueza casi inagotable para el pueblo. ¡No éramos conscientes, ni se nos pasaba por la cabeza que pudieran arrebatárnoslos!

Su tono era de reproche, los reprendía, mirando sobre todo a Paar, el cual permanecía impassible ante las acusaciones que le caían encima.

—¡Hasta que ha ocurrido! —remachó finalmente el chamán—. Y fijaos que no ha sido un día cualquiera, no.

Acompañaba sus palabras inflamadas negando con el dedo índice de la mano derecha, haciendo tintinear los brazaletes y colgantes que llevaba en la muñeca.

—Ha sido esta mañana, cuando, en lugar de llevarlos, como siempre, a pacer en la dehesa junto al río, no lejos del poblado y con una buena vista de cuanto te rodea, Ador ha decidido cambiar la rutina. Eso significa que lo tenían vigilado —apuntó el sabio.

—Pero ¿cómo se le ha ocurrido ir con las dos chiquillas? —preguntó Ngaar.

—El camino hasta el lugar donde están los silos es un paseo que Ador daba de manera confiada —opinó Baasi—. Por ese motivo aceptó la

compañía de las dos niñas de sus ojos. El trayecto es relativamente corto, y controlar a los mansos bueyes y a las pequeñas no suponía ningún quebradero de cabeza más allá de vigilar que ninguno de los animales se descarriara separándose del rebaño y cayese por un barranco o en las garras de algún depredador.

El viejo sabio hizo una pausa para rascarse la barba.

—Mal día para dejarse acompañar por quien más amaba. Porque Ador no solo ha perdido su vida, sino también la de sus dos hijas —concluyó.

—Así pues, ¿insinúas que las dos criaturas son irrecuperables? —bramó Paar, que había aguantado la letanía de reproches que le había dedicado Baasi.

—Eran como dos almendras, como dos gotas de agua, habían nacido del mismo parto y tenían los ojos claros. Ojos azules... algo también muypreciado para según qué pueblos. —Baasi negó con la cabeza—. No creo que sobrevivan... —sentenció.

Las mujeres, que escuchaban preocupadas la exposición de Baasi, ahogaron un grito de espanto tapándose la boca con la mano.

Paar tenía los ojos inyectados en sangre y ordenó que preparasen la venganza.

—¡Insisto! ¡Saareb! —Y repitió a su hombre de confianza—: Reúne a los mejores hombres, al amanecer les devolveremos el golpe por sorpresa y recuperaremos a las hijas de Ador. Me parece que es lo menos que podemos hacer por él. Para honrar su memoria.

El resto de los miembros del Consejo asentían y daban por buenas sus palabras.

—No es lo más acertado. —Baasi se atrevió a contradecir de nuevo las órdenes del jefe de la tribu.

—Me trae sin cuidado lo que me aconsejes, Baasi, esto no puede quedar así, hemos de dejarles claro que no lo aceptamos y que las leyes las imponemos nosotros, que estábamos antes —aseveró con autoridad Paar.

—Creo que te equivocas, porque si bien tienes la autoridad, también cargas con la responsabilidad de todo el pueblo sobre los hombros...

Baasi tomó asiento porque notaba el peso de los años en las rodillas. Una vez sentado, le recordó lo que según él constituía el deber de un jefe, de un líder.

—Quien ocupa el lugar más destacado del poblado, Paar, un líder, debe dar prueba de sabiduría, sinceridad, benevolencia, coraje y disciplina. Un

jefe ha de pensar en los peligros que acechan a su clan. Tiene que saber interpretar correctamente los procedimientos antiguos, que a veces conviene hilar fino. Ha de tener la capacidad para tomar decisiones a veces dolorosas, y en consecuencia tener un carácter fuerte para hacerlas cumplir. Ser flexible y saber mostrarse enérgico, conciliador, dialogante, facilitador, firme, coherente, práctico y juicioso, arrojado y valiente cuando convenga, no lo niego. —Paar parecía serenarse con aquellas palabras—. Por tanto, quien está al frente del clan tiene a su cargo las vidas de los habitantes así como la seguridad del poblado. Un pueblo es como el fuego: si no lo controlas, se apaga, se consume por sí solo. Si sabes inflamarlo, Paar, mantendrás su esencia, su rescoldo, por siempre jamás.

»Piensa si vale la pena sacrificar más vidas, bastantes estás perdiendo ya por culpa de ese Mal que está diezmando el clan —le recordó.

Las tres mujeres que habían seguido en silencio aquella encendida asamblea se susurraron unas palabras al oído. Paar se dio cuenta y las recorrió con la mirada. Deteniéndose ante su mujer, se dirigió a todas ellas.

—¡Mujeres! ¿Qué os pasa? —Las fulminó con aquellos ojos penetrantes—. Si tenéis alguna aportación que hacer, ¡adelante, no os la guardéis para vosotras! —les ordenó.

Aynires miró a Liolaá y, asintiendo con la cabeza, la animó a hablar.

—Pensábamos que, en lugar de contestar con más violencia, teniendo en cuenta que no podemos permitirnos perder más vidas, más de las que ya perdemos por culpa de ese misterioso Mal, ¿por qué no los visitamos con actitud conciliadora y les ofrecemos una tinaja de semillas? Ante un gesto como ese, ¿no creéis que podremos restablecer una relación de buena vecindad?

Buscó la complicidad de Aynires y Shalvia, que la miraban sonrientes y asintiendo, al igual que el resto de las mujeres que las acompañaban. Las reacciones a las palabras de Liolaá fueron muy variadas. A Baasi se le iluminaron los ojos, a Paar se le nubló la vista y los pelos de la barba se le erizaron.

—¡Os habéis vuelto locas! —estalló, airado y colérico—. ¡Y tú, mujer! —Señaló con un dedo amenazador a su compañera, que era la que había planteado la propuesta—. Cómo te atreves...

Apretaba los dientes y se le desencajaban las mandíbulas por la tensión acumulada. Se levantó del sitio y se encaró a las mujeres.

—¿Cómo podéis siquiera pensar que vayamos a rebajarnos de esa

manera?! Os recuerdo que han matado a Ador y se han llevado a sus hijas, ¡y no sabemos qué harán con ellas! ¡¿¿Queréis explicarme a santo de qué vamos a hacer las paces con esos salvajes??!! —gritó fuera de sí—. No hay nada que discutir. ¡Se hará lo que he ordenado y no se hable más! ¡Saareb!

—¿Paar? —respondió este solícito.

—¡Te he dado una orden, cúmplela!! —exigió a gritos.

—Enseguida.

Y la mano derecha de Paar abandonó la cabaña a fin de reclutar a los mejores hombres y prepararse para atacar al poblado vecino antes del alba.

También Paar se disponía a salir, pero tuvo que escuchar al viejo hechicero.

—Te arrepentirás, Paar —vaticinó el sabio.

El líder, que ya estaba en el umbral de la puerta, lo taladró con sus ojos enrojecidos por la rabia y soltó un gruñido de animal herido, pero herido en su orgullo, y dejó a Baasi y las mujeres lamentando la decisión adoptada, por lo demás previsible, por el Consejo.

Paar creía firmemente que el poblado debía defenderse y tenía la estrategia muy clara: fuego y flechas.

—Paar, todo está a punto —anunció Saareb.

—Quiero verlo —exigió el jefe, a lo que Saareb accedió.

Los arqueros iban armados con arcos de considerable tamaño provistos de flechas letales. Saareb acompañó a Paar hasta el taller de las cuevas, donde las fabricaban. Eran unas armas que trabajaban minuciosamente. Apoyadas en la pared para que se secaran y bien alineadas, había una serie de ramas de limonero y tejo, especialmente flexible y resistente. De aquel haz de ramas habrían de salir buen número de arcos, dado que se construían partiendo de media rama. Saareb y Paar se acercaron en silencio a un hombre que tenía a su cargo una tarea delicada: se estaba peleando con los extremos de un arco al que quería fijar dos puntas de cuerno de ciervo. Esos pequeños añadidos servían para reforzar los puntos donde la cuerda se tensaba más. La rama se arqueó y cedió, sin partirse, y de ese modo acabó otro arco. Lo apoyó en la pared, al lado de otros ya terminados y que en el centro llevaban una sencilla empuñadura de cuero. Una vez que hubo dejado listo el arco, trabajó las flechas, que eran pequeñas obras de arte. Ramas de fresno talladas, tan largas como permitía la flexibilidad del

arco, coronadas por una punta afilada de hierro y con un penacho de plumas de oca en el otro extremo.

—Así se consigue mantener el centro de gravedad en la parte central de la saeta y se evita que oscile durante su trayectoria —explicó Saareb a fin de que Paar conociera la eficacia de las flechas.

El jefe del clan estaba absorto y boquiabierto, fascinado por la destreza de aquellos artesanos, capaces de crear a partir de una inofensiva rama de árbol un arma que, bien utilizada, podía ser letal.

—Y para que acaben de ser más efectivas, mojamos la punta con veneno de víbora hocicuda. De mordedura mortal —aseguró Saareb mientras le mostraba unos ejemplares destripados a los pies del artesano—. Estos animales de sangre fría pasan el invierno descansando y ahora, como se mueven con dificultad, nos resulta muy fácil cazarlos, no son tan peligrosos. Con la guardia baja los atrapamos y podemos extraerles su arma más mortífera —explicó Saareb.

Paar exhibía una sonrisa triunfal que ni siquiera la frondosidad de su barba podía ocultar.

La opción violenta se había impuesto a la dialogante, preconizada por las mujeres y Baasi. La estrategia de Paar era práctica, rápida, sencilla y no requería demasiados guerreros. Además, no corrían ningún peligro, no sufrirían bajas. Paar era un gran estratega, un táctico, una persona muy hábil en las operaciones con pequeñas partidas de guerreros.

Al rayar el alba, ese momento de tránsito entre la noche y el día, cuando apenas hay un velo de luz, una docena de hombres del Clan de los Caballos se desplazaron sigilosamente y con cautela hasta el poblado vecino. Uno de ellos llevaba una pequeña lámpara que protegía una llama. Llegados cerca de las cabañas, los arqueros las rodearon mientras el hombre portador del fuego se dedicaba a encender las puntas de las flechas. A una señal de Saareb, los guerreros tensaron los arcos y dispararon contra las techumbres y las paredes de las cabañas, hechas de madera, que prendieron enseguida. Cuando hombres y mujeres empezaron a salir despavoridos para evitar ser engullidos por las llamas, lo único que veían antes de morir era un punto de luz que se les acercaba a toda velocidad e impactaba en su frente, les atravesaba el cuello o los sorprendía por la espalda. Algunas flechas eran proyectiles incandescentes que quemaban cuanto hallaban a su paso; otras eran saetas afiladas y envenenadas que los enviaban directamente a la otra vida. Fuego y flechas. Esa era la táctica.

Cuando el sol empezó a asomar, una columna de humo hizo saber a Baasi que Paar había ejecutado su venganza. La violencia se había impuesto a la palabra.

16

LA PLAYA

Para proseguir su camino debía salvar un escollo importante: cruzar aquel puente colgante. Estaba formado por una serie de tablas muy delgadas que colgaban de un extremo a otro atadas con cuerdas, con un pasamanos hecho de sarmientos secos. Ynatsé se aferró a la barandilla de sarmientos y se dispuso a atravesarlo con paso firme. Aunque no le flaqueaban, sintió un ligero temblor en las piernas. Aguantó la respiración, contuvo al aliento, apretó los dientes, cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, se obligó a cruzar. Avanzaba a buen paso, sin entretenerse un ápice. Ni se le ocurría mirar abajo, de donde subía el rumor de las aguas embravecidas que restallaban contra las sufridas rocas del río. Las tablas chirriaban a su paso y las cuerdas crujían al tensarse bajo el peso de Ynatsé. Alguien había tejido con mimbre aquel puente colgante que desafiaba al vacío, hecho que favorecía que se doblara con el viento pero que nunca se rompiera. Ynatsé advirtió que era muy sencillo, y precisamente en la sencillez radicaba su fortaleza, su persistencia a merced de los elementos. Ignoraba cuánto llevaba allí, meciéndose por encima del río y uniendo las dos orillas, pero no le cabía duda de que, gracias a su estructura, por violento que fuera el viento que acompañaba a las tormentas, el puente solo debía de cimbearse, enroscarse, y después una ráfaga debía de encargarse de desenrollarlo para ponerlo nuevamente en su sitio. Al igual que los juncos se adaptan a la fuerza del viento y la corriente de agua, la fragilidad de aquella estructura se dejaba columpiar por el aire, y una vez que Ynatsé se vio dando la última zancada y hubo atravesado el puente, resopló como si se hubiera quitado un peso de encima y olvidó los pensamientos funestos que lo habían asaltado durante el cruce. Como pudo, se relajó respirando hondo y siguió por un camino que serpenteaba por aquel risco. Algunos caprichos de la Madre Naturaleza se le ofrecían en forma de preciosos saltos de agua que surgían de la montaña que tenía delante. En aquel punto, la corriente de agua se amansaba y ya no era tan feroz como la que había dejado atrás, bajo el puente.

Ahora se entretenía lamiendo los salientes de las rocas y esculpiendo formas redondeadas en las paredes, que encajonaban el agua hasta convertirla en un dócil torrente. Siguió el curso hasta un lugar más amplio y espacioso. Después de caminar por un desfiladero, desembocó en una llanura... de agua.

Nunca antes había visto una extensión de agua tan grande. Conocía muy

bien el río y el lago que había cerca de su poblado, pero ante aquella cantidad inacabable de agua se quedó pasmado. Sorprendido y con la boca abierta, miraba a derecha e izquierda y no lograba ver el final. Se ponía la mano a modo de visera para protegerse del sol y escrutar el horizonte, y tampoco era capaz de ver dónde acababa aquella inmensa balsa. Más sorprendido todavía se quedó cuando vio que el agua se le acercaba, le lamía los pies y se retiraba. Un movimiento que repetía una y otra vez y que casi hipnotizó a Ynatsé. Las aguas que él conocía se comportaban de otro modo. El río fluía disciplinadamente hacia una dirección, mientras que el lago parecía un agua dormida, como hechizada a la espera de que alguien la despertara de su sueño. Pero el agua que tenía delante no solo exhibía otro color y otro sonido, sino también una actitud diferente, más desvergonzada, más atrevida, más difícil de dominar, se dijo Ynatsé. Tenía sed. Se agachó y formando un cuenco con las manos cogió un poco de aquella agua para beberla. Hizo una mueca y arrugó la nariz, porque no tenía el mismo sabor que el agua que ellos bebían, la del río. El sabor de esta le hacía cosquillas en la garganta y le provocaba una sensación viva, penetrante, de escozor, incluso de quemazón. No volvió a probarla. Le dejó un regusto extraño en la boca, y solo le sirvió para mojarse los labios, que tenía resecos y cortados. Paseó la mirada por aquella ingente cantidad de agua y suspiró. No era consciente de los peligros que podían acecharlo durante el viaje. No pensaba en ello, o se negaba a hacerlo. El sentimiento de responsabilidad hacia su comunidad, que confiaba en él para salir del mal trance en que se hallaban, era más fuerte que la incierta y amenazadora realidad a la que tendría que enfrentarse en un medio hostil y desconocido para él.

Emprendió la tarea de construir una barca que le permitiera navegar por aquella agua infinita.

Luego se internó en la inmensidad del mar a bordo de la pequeña y rudimentaria embarcación que había conseguido acabar con unos troncos. Con la ayuda de una rama, remaba sin rumbo hacia donde se ponía el sol. Tras haber navegado todo el día, empezó a oscurecer y el disco incandescente que lo guiaba desapareció, pero aun así siguió remando un rato más. Ya no se notaba los brazos debido al esfuerzo, primero para construir la barca y después al remar sin parar todo el día bajo un sol ardiente. Ahora se encontraba mal y temblaba. Sin darse cuenta, soltó la rama con que remaba, la cual cayó al agua. Aunque se habría tirado al agua

para cogerla, el cuerpo ya no le respondía, el agotamiento se lo impidió. Solo pudo mirar cómo se alejaba flotando mar adentro y la engullían las olas. Perdió el mundo de vista. Cuando volvió a despertar, el agua se agitaba mucho bajo los troncos y uno había empezado a separarse del resto. Se había desatado e Ynatsé se estaba mojando. Se puso a gatas para intentar atarlo de nuevo, pero un fuerte golpe de agua le hizo perder el equilibrio. Intuía que debajo de su modesta embarcación rondaba algún animal, y no precisamente con buenas intenciones. Se colocó sobre los troncos desajustados que formaban parte de su desvencijada barca y, como pudo, se situó en el centro. Apenas tuvo tiempo de resituarse cuando una nueva embestida, esta más fuerte que la primera, hizo que se desatasen dos troncos más. No perdió el equilibrio, pero ahora solo le quedaban tres troncos. Ynatsé no paraba de pensar: «Si al menos tuviera un palo para blandirlo delante del morro y espantarlo, u ofrecerle resistencia...» Pero era inútil, no tenía nada. Mientras así cavilaba, aquella criatura procedente del fondo del mar había dado otra vuelta bajo la barca, o lo que quedaba de ella, y se notaba que se preparaba para el ataque final, el definitivo. Sacó medio cuerpo del agua y se abalanzó sobre Ynatsé. Tenía una cabeza rectangular enorme, cuya longitud acaso llegaba incluso a un tercio del total del cuerpo. Le enseñó unos dientes grandes, mucho más largos, gruesos y afilados que sus sílex. Solo en la mandíbula inferior, muy estrecha y más corta que la cabeza, vio una buena retahíla. La piel, de un gris oscuro con manchas blancas, tenía crestas irregulares que le daban un aspecto arrugado y siniestro.

En el mismo momento en que la bestia, impulsada por una furia abisal, le enseñaba los dientes para morderlo, una lluvia de arpones se clavó en su lomo y su cabeza, y el animal desistió de su intención inicial. Ynatsé cayó al agua, pero flotando entre las olas fue testigo de la lucha de unos hombres contra aquella bestia. Uno de ellos saltó de su barca y se arrojó encima del animal con un arpón. Se lo clavó varias veces mientras la monstruosa criatura se retorció de dolor e intentaba sumergirse. No obstante, de manera muy astuta, el arpón tenía una cuerda en la parte inferior del mango, que estaba atado a la barca. Eso provocó que el arponero se sumergiera un buen rato y la criatura arrastrase olas allá la barca y al pescador que llevaba pegado al lomo. Una vez acorralada, exhausta y herida de muerte, al resto de los pescadores los invadió una especie de delirio colectivo. Armados con cuchillos, enloquecidos, saltaron

sobre el animal y se encarnizaron con él. Afiladas hojas penetraban desenfrenadamente la escurridiza piel de la criatura moribunda mientras esta se desangraba sin remisión. Era un frenesí de violencia inexplicable. En pocos instantes, después de que le hundieran su rabia una y otra vez en el lomo, el vientre y la cabeza, una inmensa mancha de sangre rodeaba al gran animal abatido. La locura incontrolada parecía más propia de un ritual que la culminación de una cacería. Abrumado por lo que acababa de vivir, por el sol, por los nervios, el desasosiego y el cansancio de tener que mantenerse en el agua, apenas oyó una voz que lo invitaba a subir a bordo de una de las embarcaciones.

—¡Sube!

Ynatsé giró sobre sí y volvió a oír la voz que, desde una de las barcas, le ofrecía un brazo robusto para salir del agua y volver a tierra. Alargó el brazo y lo sacaron de aquellas aguas sanguinolentas medio desmayado.

Más tarde, notó que una mejilla le ardía. Lo despertó un rayo de sol que se colaba por una grieta de la cabaña donde supuso que había estado durmiendo desde el ceremonial de agua y sangre que había vivido. Ynatsé salió de la cabaña y se acercó a la playa. Escudriñó alrededor, examinando atentamente todo lo que veía, de forma minuciosa, a fin de no perderse ningún detalle: todo le sorprendía, pero no quería que nada le sorprendiera. Ante las cabañas, Ynatsé se pasó la lengua por los labios llenos de costras. Tenía mucha sed, pero aún tenía más hambre. Su mirada se detuvo en unos grandes trozos de carne. Era carne de alguna bestia pescada mar adentro por los habitantes de aquel poblado. Sin duda había sido un animal de enormes dimensiones —quién sabe si el que habían cazado en su presencia—, porque estaba cortado a trozos grandes que colgaban de unas estacas para que se secara al sol, un escenario ideal para atraer las moscas. Unas nubes negras y amenazadoras, verdaderos enjambres de moscas, revoloteaban de un corte a otro. Algún trozo de carne desprendía un hedor tan desagradable que le revolvió el estómago al pasar por delante. Se tapó la boca y la nariz por el intenso tufo que desprendía aquella carne en descomposición, una peste repulsiva, y más cuando vio que estaba cubierta de moscas de color verde con reflejos metálicos en las alas. De aquellas lonjas de carne podrida goteaba una grasa que al caer al suelo se volvía sólida y formaba una especie de pasta oscura. Intentó esquivarla, y para no pisarla hizo una ese y siguió caminando por la playa llena de cantos rodados. Los guijarros se hacían más pequeños a medida que la pendiente

se alejaba del mar. La playa nacía al pie de un acantilado que la cerraba por el lado occidental, y estaba protegida de los fuertes vientos. Levantó la vista hacia la mole rocosa y constató que el poblado continuaba. El montón de cabañas ascendía por aquella superficie elevada, y sus habitantes tenían que deslizarse ladera abajo para ir de pesca y trepar de nuevo por la falda de la empinada colina para volver a casa. Aquella tierra no era apta para el cultivo, por eso se buscaban la vida en el mar. Ynatsé no pudo evitar pensar en qué vientos, qué corrientes, qué amenazas debían de haber llevado a aquellos humanos hasta un lugar tan agreste.

Al socaire de la playa vio una serie de tinglados hechos con enormes hojas secas. Debajo de esos cobertizos, sostenidos por unos palos raquíuticos a modo de pilares, descansaban las embarcaciones de los pescadores. Eran de madera, con una estructura que le recordó las que ellos utilizaban para salir a pescar al lago. Al fin y al cabo, también Ynatsé provenía de un pueblo de pescadores. Por eso se acercó a uno de los hombres que trabajaba cerca de una barca, sentado en el suelo remendando una red.

—Son parecidas a las que usamos en mi pueblo para pescar —comentó Ynatsé.

El hombre, con la cara curtida por el sol y castigada por los vientos, no se inmutó. Llevaba el torso desnudo y, curiosamente, al igual que él, el cuerpo lleno de tatuajes, que Ynatsé no supo interpretar. Le sorprendieron los dos ojos que llevaba pintados en la espalda. Sin interrumpir su labor, levantó la vista hacia el mar, la clavó en el horizonte y le habló sin volverse.

—Para los pescadores, cada embarcación es un ser vivo —sentenció, y entonces sí se volvió para ver el rostro de su interlocutor.

—¿Cómo dices?

—Sí, que para los pescadores —y dejó lo que estaba haciendo para mirar a Ynatsé— las barcas son como el cordón umbilical que los une con sus orígenes y sus antepasados. A cada barca le atribuyen un alma, un espíritu que se forja en el momento de empezar a construirla. Solo unos cuantos escogidos pueden construir naves nuevas, y ellos mismos son los encargados de repararlas cuando conviene.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Son hombres con una sensibilidad especial. Todas las barcas miden veinticuatro codos de largo por dos de ancho. En la proa pintan unos

símbolos que habrán de protegerla. Uno de los dibujos habituales son los ojos. Ojos muy abiertos, desorbitados, capaces tanto de avizorar las presas como de ver en la niebla más espesa. Si se da el caso de que una barca naufraga en un arrecife o el coletazo de una ballena la envía al fondo del mar, la aflicción es tan sentida que toda la aldea guarda un duelo que se prolonga mucho tiempo.

—¿Y si se vislumbran presas no se levanta el duelo?

—No, ni pensarlo. Ninguna barca se hace a la mar aunque haya perspectivas de una buena pesca.

El pescador dejó la red que estaba cosiendo y ambos caminaron por la playa. Ynatsé le contó detalles de su viaje. El más reciente, el ataque de una criatura marina que casi lo había engullido. Tras referirle anteriores peripecias, quiso saber más del monstruo.

—¿Qué era esa criatura que me atacó? —preguntó al pescador.

—Por lo que me cuentas —reflexionó mientras se rascaba la poblada barba que casi le tapaba la cara—, yo diría que era una hembra de cachalote enano. Tuviste la desgracia de cruzarte en su camino. Pero por suerte nosotros estábamos allí para cazarla. De hecho, la estábamos esperando. ¡A quien no esperábamos pescar es a ti! —soltó con una sonora carcajada.

—¿Adónde iba? —volvió a preguntar Ynatsé.

—Se dirigía a aguas más cálidas, porque estaba en época de reproducirse.

—¿Y por eso quería devorarme?

—Eso es, pero de tu caso ya hablaremos, porque se trata de un fenómeno natural. Nuestro clan se considera en relación de parentesco y deuda con las criaturas que cazamos: es una relación muy estrecha, un vínculo muy fuerte que se debe contrarrestar.

Ynatsé no entendía nada de lo que le contaba aquel pescador-cazador.

—Ya te lo explicaré mientras comemos, porque, hablando de comer, debes de tener hambre... —Hizo un gesto dubitativo—. ¿Cómo te llamas?

—Ynatsé, me llamo Ynatsé, y sí, estoy hambriento. Hace días que no como nada sólido.

—De acuerdo, Ynatsé, yo me llamo Emuai. Acompáñame a las cabañas de donde venías, así podrás recuperarte comiendo y bebiendo, y de paso me cuentas cómo has venido a parar aquí, de dónde procedes y adónde vas.

Y fue así como Ynatsé se quedó unos días en aquella comunidad de

pescadores, junto al mar, esperando su turno para salir a cazar una ballena para que, tal como le explicaron más adelante, pudiera continuar su periplo y emprender por mar un viaje con todas las garantías sin que ninguna otra criatura osara molestarlo.

A la espera del grito que todo lo trastocaba, la vida comunitaria se desarrollaba en la playa. Mientras los niños jugaban, los cazadores forjaban arpones en braseros alimentados por leña menuda traída de los bosques y reparaban las barcas. De día también trabajaban para arreglar los desperfectos de las redes, reparando los nudos que se habían aflojado, roto o deshilachado. No solo las rehacían, sino que confeccionaban nuevas con cuerdas de lianas fibrosas, pieles de animales, tripas e intestinos, un material lo bastante bueno para tenerlo en cuenta a la hora de asegurar las redes.

De noche fumaban unas hierbas envueltas en finas hojas de color verde amarillento, que extraían de unos árboles próximos al poblado. Algunos se las comían y otros bebían su jugo. No obstante, solo unos cuantos eran aptos para probar el ámbar gris. Era una sustancia sólida, cerosa y negruzca. Tenía un olor peculiar, dulce y terroso. Lo extraían de los intestinos de las criaturas marinas que cazaban, y lo tomaban porque habían comprobado que poseía unas propiedades muy apreciadas para los hombres que querían satisfacer a sus mujeres. El ámbar gris que sobraba lo trabajaban, lo modelaban, lo dejaban secar y lo utilizaban como joya, y en especial las mujeres que querían tener hijos se hacían colgantes. Los que no se estaban apareando con sus compañeras en las cabañas, conversaban o cantaban junto a las embarcaciones. Ynatsé no perdía detalle de cuanto ocurría a su alrededor, pero de lo que estaba más pendiente era de acallar los ruidos de sus tripas, por eso observaba cómo cocinaban el pescado, de una manera muy similar a la que utilizaban ellos. Era un pescado de carne blanca y suave que rodeaban de una capa de hierbas frescas y aromáticas—como romero—, y luego envolvían con unas hojas anchas que disponían sobre las brasas para que se fuera asando.

—Humm —se relamió Ynatsé—, está buenísimo, delicioso, diría yo.

—Y dime, ¿cómo has venido a parar a nuestro pueblo?

—Pues muy bien no sabría decirte... Deben de haberme traído los dioses.

—¿Los dioses? —preguntó—. ¿Qué dioses?

—No lo sé. Salí de nuestro pueblo cuando empezaban a caer las hojas...

—¿Y por qué te fuiste?

—Mi gente se está muriendo y no sabemos qué la mata. Un día despiertan fuertes como osos, y por la noche se van a dormir sin ánimos ni fuerzas. Un enemigo silencioso se apodera de su alma y tras muchos sufrimientos se los lleva. Tengo la intención de llegar al Círculo de Piedra, adonde Baasi, nuestro chamán, me envía a buscar el remedio que habrá de librarnos de esa larga enfermedad que nos aqueja sin distinción de sexo ni edad.

El pescador de ballenas hacía rato que había perdido el apetito al escuchar el relato de Ynatsé y lo miró con cierto resquemor. Él se dio cuenta.

—No te preocupes, a mí no me ha pasado nada, no te contagiaré, puedes estar tranquilo.

—¿Y cómo es que a ti no te ha afectado ese Mal?

—No lo sé, empieza atacando a los más pequeños. Los niños del clan han sido los primeros en caer. Después les ha tocado el turno a los mayores, hombres y mujeres sin distinción.

—¡¡Ballena, ballena!!

El grito resonó por toda la playa. Los pescadores dejaron lo que estaban haciendo y corrieron hacia las embarcaciones.

—Ha llegado tu momento —le dijo Emuai—. Ven, corre.

Se levantó y tiró de él hacia la playa, que se estaba convirtiendo en un hormiguero.

En un visto y no visto, Ynatsé pudo ser testigo de un hecho excepcional: las tripulaciones de las diversas barcas se congregaban para arrastrarlas hasta el agua. Mientras las empujaban, los hombres cantaban una tonada que Ynatsé fue incapaz de entender, pero era consciente de que la caza de aquel animal era algo más que un ritual. Los hombres que no participaban directamente en el asalto en el mar ayudaban arrastrando las voluminosas barcas por la arena, a veces con la ayuda de algunos troncos puestos bajo la quilla para minimizar el esfuerzo. La costumbre exigía que, antes de embarcarse, las tripulaciones orinasen en la playa. Así lo hizo también Ynatsé. Los pescadores surcaban el mar hasta encontrarse con el animal, impulsados no solo por un viento que hinchaba las velas rectangulares de sus modestas embarcaciones, sino también por otra cosa que no habría podido precisar pero que inflamaba su espíritu.

—Toma. —Emuai le dio un arpón—. Nuestra barca iniciará el ataque.

—¿Y qué tengo que hacer? —preguntó Ynatsé preocupado.

—Desde la pasarela que sobresale de la proa has de arrojarte sobre la ballena.

—¿Cómo?

—Lleva el arma aferrada y no dudes en saltar sobre el animal cuando nos acerquemos. Clávasela sin compasión, sin vacilar.

Emuai acompañó su explicación con un gesto como si hincara una lanza en el aire.

—A veces, los cetáceos heridos arrastran las naves a gran velocidad — le advirtió—. Incluso han llegado a sumergirse con el arponero pegado a su piel grasienta. Pero no te preocupes, una vez acorralada la presa, exhausta y herida de muerte, saldrá a la superficie y el resto de los pescadores nos arroja sobre ella.

Ynatsé no las tenía todas consigo, pero no le quedaba otra opción si quería proseguir su viaje con garantías. Se dirigió a la proa mientras surcaban las olas y el agua salada le salpicaba la cara. Vio asomar el lomo brillante de la bestia y tragó saliva, al tiempo que notaba cómo del estómago le subía una desagradable sensación de acidez.

—¡¡Ahora, tírate, ya!! —ordenó como enloquecido Emuai. Y como no reaccionaba, el pescador lo empujó hacia delante—. ¡¡Salta y clávale el arpón!!

Ynatsé obedeció y, saltando sobre la bestia aferrado al arpón, vio que la hoja se hundía en la piel en el preciso momento en que se sumergía.

Tuvo el tiempo justo de tomar una bocanada de aire mezclado con algo de agua salada. Ignoraba cuánto rato permanecería sumergido, pero fue más rápido de lo que había imaginado. Cuando volvió a la superficie, vio cómo los demás pescadores, presa de gran excitación colectiva, se lanzaban sin miedo al peligro sobre el cetáceo herido y se entregaban a una lucha encarnizada. El frenesí de violencia que poco antes había presenciado volvía a repetirse, pero ahora él era un participante activo. En pocos instantes redujeron al animal y la cacería culminó con un golpe de gracia ejecutado desde la barca por Emuai, que sonreía a Ynatsé en señal de satisfacción. El animal ya no ofrecía resistencia y lo ataron entre dos barcas para arrastrarlo a la costa. El enfrentamiento a muerte entre espíritus de naturalezas opuestas había acabado. Ynatsé contempló los rostros de los hombres que navegaban de regreso hacia la playa y leyó en ellos la culminación de un deseo: vencer a una criatura que vivía en

aquellas profundidades abisales, gélidas y tenebrosas debía de ser como derrotar a un espíritu maléfico.

Cuando llegaron a la playa, fueron recibidos por los que se habían quedado en el pueblo: pescadores impedidos, mujeres y niños. Una vez que los vencedores en el combate con el gigante marino hubieron tocado tierra, comenzó el descuartizamiento de la presa. Trocearon al animal con hachas y machetes. A continuación se repartió el botín entre la tripulación. Ynatsé se llevó un buen pedazo. Había actuado de arponero, que a menudo era considerado el artífice principal de la captura, y eso le daba derecho a llevarse una parte sustanciosa. Quien había avistado al cetáceo se quedaba la carne que rodeaba los ojos. El jefe de grupo, el que había confeccionado la vela y el resto de los pescadores también se llevaban buenas raciones. Aproximadamente la mitad del animal se quedó en la playa, para el consumo del resto de los habitantes. La otra mitad, también partida en porciones, la cambiarían las mujeres por alimentos en el pueblo montaños, situado a medio día de marcha de la playa.

—Ya puedes proseguir tu viaje cuando desees: has hecho las paces con el mar, puedes navegar tranquilo una larga temporada —le dijo Emuai, y le ofreció una barca para que continuara su viaje—. Piensa que te acompañará la fuerza de los dieciocho árboles con que fue construida —añadió mientras acariciaba la quilla de la embarcación.

—Os estoy muy agradecido —aseguró Ynatsé, que recibió aquella donación como un regalo.

—Que tengas mucha suerte con tu misión, y ojalá logres llegar al Círculo de Piedra y encontrar lo que buscas para los tuyos.

Ynatsé se despidió a la orilla del agua mientras entre todos lo ayudaban a empujar la barca que por tercera vez lo haría surcar aquellas aguas gélidas y saladas. No obstante, en esta ocasión lo hacía a bordo de una embarcación que le habían obsequiado los pescadores y que además contaba con la bendición necesaria para que las criaturas marinas respetaran su travesía. Navegaba en busca del lugar misterioso que habría de procurarle un remedio que garantizase la subsistencia de su clan. Ynatsé estaba ansioso por volver a pisar tierra firme, aunque tenía el convencimiento de que, cuando lo hiciera, lo acecharían otros peligros. Pensaba en esa incertidumbre mientras las olas lo mecían y él acariciaba el

colgante de piedras verdes que lo acompañaba y que creía a pies juntillas que lo protegía. La mano que hasta el momento manoseaba las piedras se cerró en forma de puño. Cuando la abrió, acercó los labios a las piedras y les dio un largo y suave beso. Al soltarlas notó cómo le caían sobre el pecho. Mientras dirigía la mirada hacia la inmensidad que lo envolvía siguiendo el sol, tal como le habían indicado los pescadores, Ynatsé no pudo por menos de pensar en lo que le había dicho Baasi: «Toda angustia aumenta si no le hacemos frente, pero se esfuma cuando le plantamos cara.»

17

LOS CORTADORES DE CABEZAS

Finalmente, Ynatsé avistó tierra y, con el sol en su cénit, consiguió acercar la barca a la costa y pisar la tierra firme que acogía sus sueños. Arrastró la embarcación hasta unos matorrales y se adentró en el bosque, sin saber qué dirección le convenía tomar. Hacía poco que había llegado a la cima de un monte cuando oyó muy cerca un gran estrépito, que coincidió con la aparición de una fuerza oculta que se manifestaba a través de pequeñas sacudidas de la tierra. No se le ocurrió otra cosa que buscar refugio en el bosque. Echó a correr montaña abajo, en dirección a la espesa masa boscosa. Las ramas le cerraban el paso y le arañaban las piernas, los brazos y la cara. Llegó a las aguas gélidas de un río. Le dolían tanto las piernas y los pies que ni se daba cuenta de los cortes que las piedras más puntiagudas le producían. Fue pasando el día como pudo. Cuando empezó a oscurecer, siguió caminando por la orilla del río pues era donde había mayor claridad; en la espesura del bosque casi ni se veía. Entre la escasa visibilidad, el cansancio acumulado y la ondulación del terreno, tropezó con un tronco que se encontraba atravesado en el lecho del río; no lo había visto y cayó cuan largo era. Al golpearse contra el suelo perdió el sentido, y cuando lo recuperó ya era de día. Notó en la boca un sabor a arcilla y musgo, a madera podrida, hojas húmedas y setas, así como un cosquilleo en la comisura derecha, en el labio inferior, con regusto a sangre. Era un hilillo que le manaba de la herida que se había hecho al caer de bruces. Se puso de pie y fue a lavarse la cara al río que había seguido. Vio su rostro reflejado en la superficie y no se reconoció. Hundió las manos en la corriente y el agua helada le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda. Pese al contraste de temperatura que experimentaba su cuerpo, se lavó la cara para despejarse del todo, y se puso alerta al ver ante sí, encima de uno de los grandes cantos rodados del río, a un animalito que, pese a su pequeño tamaño, lo inquietaba. Era una bestezuela a la que había temido desde niño. Se movía en zonas húmedas y frías, cubiertas de helechos y musgos, justo como el entorno donde se encontraba, en aquel valle idílico. Los vivos colores de su piel, un negro intenso y brillante en el que destacaban unas manchas amarillas, habían vuelto a inmovilizar a Ynatsé, que miraba aterrado cómo aquel bicho, de tamaño algo mayor que los que solía ver, se movía lentamente, con parsimonia, hacia él. Sabía que en principio no debía temer nada, dado que solo se alimentaba de lombrices de tierra y pequeños insectos, pero temblaba de miedo. Le constaba que era

un animal tóxico y que su fría piel estaba recubierta de una mucosidad venenosa. Aquella alta toxicidad, que constituía una defensa frente a los hurones y las comadreas, sus depredadores naturales, tenía atenazados los movimientos de Ynatsé, que solo de pensar que el roce de su piel podía matarlo era presa del pánico. Además, su probada resistencia al fuego, la capacidad de regenerar algún miembro si lo perdían y la creencia de que si orinas en el bosque cerca de un animal de su especie puedes morir, hacían que aquella salamandra de aspecto tímido tuviera ante sí a un cazador-guerrero muerto de miedo. Unos movimientos nerviosos procedentes de detrás de unas matas espantaron al reptil, que se apresuró a meterse en el agua. También Ynatsé dio un brinco, se volvió, miró a izquierda y derecha y vio unas ramas que aún se movían.

Buscó entre la espesa vegetación y constató que un ciervo joven había pasado dando saltitos por aquel vergel. Se agachó e intentó seguirle el rastro. Al mismo tiempo, lo embargó una extraña sensación. «¿De qué me suena todo esto?», pensó. La apartó de la cabeza y continuó con su propósito. Empezó a caminar a gatas levantando primero un brazo y después el otro, ahora una pierna y luego la otra. Lo hacía con la cautela de los grandes felinos, como los guepardos, antes de saltar sobre sus presas. Ajeno al peligro que lo acechaba, el cervatillo comía confiado dando la espalda a Ynatsé, que ya salivaba por la carne tierna de aquel animal.

Se hallaba muy cerca. Era casi el último movimiento que hacía antes de ponerse de pie y atacar al cervatillo. Avanzó el brazo derecho, y aún no había apoyado el izquierdo cuando de pronto el suelo se hundió, cedió bajo él. Ynatsé soltó un grito que alertó y espantó al cervatillo, que huyó como un poseso. Mientras el animal se le escapaba, Ynatsé caía en picado, como una piedra en el vacío, chocando contra las paredes del agujero por el que se precipitaba. La caída fue dolorosa, porque se rasgó las pieles que lo cubrían con unas estacas puntiagudas que sobresalían de las paredes. Impactó de bruces contra el fondo rocoso del hoyo, que de inmediato identificó. No solo porque se trataba de una trampa para animales, sino porque ahora recordaba que todo aquello formaba parte de alguno de sus sueños. Notó un líquido caliente que le bajaba por la comisura de los labios. Se pasó la lengua por la boca. Probó su propia sangre salada y se llevó una mano a la cabeza. Por segunda vez comprobó, perplejo, que se había hecho unas heridas en el cráneo que sangraban profusamente. Esta vez, no obstante, eran reales y dolían. Se palpó todo el cuerpo dolorido y

magullado y se levantó piel y carne viva, desgarrada de los brazos, la espalda y las piernas, fruto de los golpes contra las estacas durante la caída. Miró hacia arriba para calcular la altura desde la que había caído. Giró en redondo y volvió a mirar hacia arriba buscando el aire, el cielo y la luz del día. Pensaba que, si todo ocurría como en su sueño, aún pasaría mucho tiempo antes de que cayera el buey salvaje y los cazadores se lo llevaran a su poblado.

Cochinillas, langostas, orugas y saltamontes fueron la base de su alimentación los días de la espera. Cuando era joven se los comía asados al fuego y con una capa de miel. Debía reconocer que, crujientes y con el punto de dulzura que les aportaba la miel, aquellos insectos eran exquisitos. Sin embargo, ahora que tenía que comerlos vivos y crudos, le repugnaban sobremanera y tenía que cerrar los ojos para no ver cómo los engullía. Bien mirado, pensaba Ynatsé, prefería notar cómo las patas de las langostas o las orugas le hacían cosquillas en la garganta mientras las tragaba que morir de hambre. Un pequeño crustáceo que habita en lugares oscuros y húmedos y que, ante el peligro, se enrosca en forma de bola también le servía para calmar los rugidos de sus tripas. Cómo echaba de menos los crustáceos que había cerca del lago de su poblado. La añoranza se truncó de golpe por una vibración que notó a través de las paredes. Después llegó el traqueteo, y los gritos que se iban acercando se volvieron más nítidos. «¡Ya vienen!», se dijo. Los tenía muy cerca. Tenso y nervioso, hacía rato que había fijado la vista en el agujero de arriba, y no la apartaba por nada del mundo. Tal como ya había experimentado, de repente oscureció. Y todo sucedió muy deprisa. Se apartó y se acurrucó en un rincón minúsculo del fondo del hoyo para evitar el contacto con la bestia, así como el impacto de piedras y lanzas que llovían desde arriba. Revivir la angustia del animal debatiéndose entre la vida y la muerte mientras oía las voces de sus verdugos arriba volvió a helar la sangre a Ynatsé, pero hizo de tripas corazón. Entonces vio que bajaban las cuerdas de las uñas grandes, una especie de zarpas que se engancharon por debajo y por encima al cuerpo del animal, como si fueran arpones pero curvos. Se tensaron las cuerdas desde arriba y comenzaron a subirlo. Sabía que no lo sacarían a la primera. Y así fue. A medida que lo izaban, comprobó que se trataba de un buey salvaje, si bien mucho mayor que los que estaba acostumbrado a ver y cazar. Sus dimensiones y su aspecto recordaban más a un hipopótamo que a un jabalí. Cuando aquel pariente del tapir ya casi

estaba arriba del todo, una cuerda se rompió y el animal volvió a caer al fondo de la trampa. Por poco lo pilla. Con el corazón acelerado por las coincidencias, decidió que no intentaría salir subiendo por las raíces de los árboles que rodeaban el agujero, las cuales sobresalían de las paredes, porque era imposible aferrarse a ellas ya que se doblaban y cedían. Se dejó izar junto con la presa y, al llegar arriba, Ynatsé vio su fin. No bien hubo asomado la cabeza por la abertura, se encontró con varias lanzas que le daban la bienvenida apuntándolo. Era un grupo de hombres altos y cubiertos de paja que apuntaban a la boca del agujero por donde salían él y la bestia. Hizo amago de salir corriendo aunque ya sabía lo que pasaría: le cerraron el paso cruzando ante él dos lanzas. El que parecía el jefe alzó el garrote que llevaba, soltó un par de gritos y miró a los dos hombres que estaban cerca de Ynatsé. Estos le asestaron dos golpes secos en las piernas que lo hicieron caer de rodillas. Un tercer mamporro, este en la cabeza, lo dejó fuera de combate.

Cuando recuperó la consciencia, a su alrededor todo oscilaba y se tambaleaba. Sabía que estaba atado de pies y manos. Sacudió la cabeza a derecha e izquierda, adelante y atrás, y constató que lo llevaban colgado, que lo habían hecho prisionero, una pieza más de la cacería, igual que el buey salvaje, al que, girando el cuello, vio que también acarreaban hacia su pueblo. Eso sí, ahora finalmente sabría lo que lo esperaba allí. Cuando por fin cortaron sus ataduras, cayó al suelo. Lo arrastraron hasta una cabaña situada en el centro del poblado, con dos guardias a la puerta. Entretanto, los cazadores se ocupaban del buey salvaje. Ynatsé aprovechó para echar un vistazo a las construcciones; eran casas comunitarias, unas construcciones de madera grandes pero estrechas, espacios rectangulares con habitaciones, donde vivían entre cinco y diez familias. La estructura era de varas de cedro, y disponían de dos puertas. Las techumbres estaban hechas de corteza de abedul. No eran muy amplias, pero lo que les faltaba en anchura lo ganaban en altura: los techos eran altísimos. No era de extrañar, no había un solo miembro de aquella tribu que no sacara dos palmos a Ynatsé. Aquellas viviendas constituían una especie de pequeñas comunidades. Un sistema de vida en el que las personas vivieran juntas no era casualidad, sino una necesidad para subsistir, conseguir objetivos comunes y, en algunos casos, poder defenderse, tal como hacían en el poblado de Ynatsé, que primero se establecieron en las cuevas y después se aventuraron a levantar un asentamiento estable junto al lago. Más adelante

comprobaría que se trataba de un grupo basado en el principio de la autosuficiencia.

La organización del clan pretendía ser autosuficiente y no mantener contactos con el exterior. Solo los mínimos necesarios. Su aislamiento era enfermizo. Su indumentaria llamaba la atención. Llevaban alguna ropa de lana, de piel o de cuero de oso, pero la mayoría vestía con paja o hierba seca. Las prendas estaban hechas con manojos de hierbas trenzadas y tejidas, igual que las techumbres, si bien en este caso los llevaban envueltos alrededor del cuerpo. El aspecto de aquel atuendo era similar al de las corazas que ellos utilizaban para protegerse del viento y la lluvia, aunque no tan elaborado. Más sencillo y más práctico.

Aquella comunidad debía de regirse por un sistema muy opresivo, muy cerrado, aunque para según qué, por ejemplo, para su supervivencia, sin duda eran muchas las cosas que no necesitaban ir a buscar fuera. El poder lo ejercía el jefe, que ahora se le acercaba. Clavó la vista en él y lo inmovilizó. Ynatsé le sostuvo la mirada, pero la persistencia de aquellos ojillos nerviosos, azules y veteados de finos hilillos rojos le atravesó el alma. Lo escrutaba y repasaba de arriba abajo, sin pasar por alto ningún detalle del cuerpo de Ynatsé. Él no se movía, y también lo miraba de arriba abajo. Unos ojos pequeños y azules que sobresalían sobre unos pómulos curtidos por el sol le devolvían la mirada. No llevaba la cara pintada, pero no había un solo rincón de su piel que no estuviera dibujado o señalado. La parte de sus miembros que quedaba al descubierto estaba pintada. Alguien con mucha destreza le había hecho dibujos o señales que Ynatsé dedujo que se extendían por todo el cuerpo.

—¿Quiénes sois y qué queréis de mí? —preguntó Ynatsé desafiante.

—Aquí las preguntas las hago yo. —Y empezó a rondarlo—. Quiero saber de dónde vienes, cómo es tu gente. Y qué armas utilizáis para cazar.

Lo observaba, escrutando cada centímetro de su piel tratando de entender la información que contenían los tatuajes que le había hecho Baasi. Ciertamente, si se sabían interpretar, explicaban muchas de las cosas que quería saber sobre su prisionero, pero no todas. Se detuvo a menos de un palmo del rostro de Ynatsé y, mascullando, le soltó:

—Quiero que me lo cuentes todo.

—¿Por qué habría de hacerlo? —lo desafió Ynatsé.

—Porque quiero saber cómo son los otros pueblos que rondan por estos parajes. Por si me los encuentro de cara en algún momento, necesito saber

cómo defenderme, conocer sus puntos débiles. Me interesa conocer a mis enemigos. Tengo interés en saber cómo he de combatirlos para derrotarlos. Y además —esbozó una sonrisa maliciosa—, acéptalo, no tienes opción. Eres mi prisionero y haré contigo lo que me plazca.

—No estoy atado de pies y manos. Puedo escapar de esta cabaña cuando quiera —replicó Ynatsé, un tanto desafiante.

—Adelante, inténtalo. —Sus labios esbozaron otra sonrisa socarrona y le señaló la salida de la cabaña—. Puedes campar libremente por el poblado, pero no creo que vayas muy lejos. Mira.

Y le mostró la alta empalizada que rodeaba todo el poblado, vigilada por dos hombres subidos a unos árboles que había junto a la puerta de salida.

—Además, ¿adónde irías? Aquí tienes cuanto se pueda desear. Todo el mundo busca estar al abrigo de peligros, amenazas, incertidumbres y temores. Aquí estás sano y salvo, de momento. No te falta de nada para tu subsistencia, estás bien alimentado, tienes agua y comida a tu alcance, no has de preocuparte de salir a cazar y buscar comida para ti y los tuyos. Y además, lo más importante: si quieres, tienes la oportunidad de poder reproducirte. Tienes una mujer con la que satisfacer tus necesidades.

—¿Una mujer? —preguntó el joven enarcando las cejas—. No, gracias, no la necesito, ya tengo una a la que amo.

Como si no lo hubiera oído, el jefe del clan siguió repasando los detalles de su cautiverio.

—Sí, dispones de una de las muchachas de nuestra tribu para que esté contigo y por ti. Queremos que antes del sacrificio hayas tenido una vida placentera. —Ynatsé no podía dejar de pensar en Aynires y Zeb—. Así tu carne será más sabrosa. Si vivieras una vida de tormentos o si te torturásemos, el sacrificio no saldría bien. —Y prorrumpió en carcajadas mientras Ynatsé intentaba asimilar lo que acababa de oír.

Comían carne humana, pero la obtenían exclusivamente de sus prisioneros y tenía carácter ritual. La comunidad se organizaba de esa manera macabra: a los que no mataban en el acto, como era el caso de Ynatsé, se los trataba de forma exquisita. Les ofrecían una mujer y abundante comida.

«Para engordarnos —pensó—, porque vete a saber el tiempo que puede pasar antes de que te sacrifiquen.»

Más tarde, en otra conversación con su apresador, supo que hacían lo

mismo —si se daba el caso— con su descendencia. Es decir, con los hijos que el prisionero —o sea, él— pudiera tener con la mujer que le asignaban. Ahora bien, de los niños también se comían el cerebro.

Ynatsé, que estaba en el umbral de la puerta, no daba crédito a sus oídos. Dejó solo al jefe del clan y fue al fondo de la cabaña. Se sentó, cabizbajo y preocupado, y mientras se llevaba las manos a la cabeza para reflexionar sobre lo que debía hacer, oyó una voz cavernosa que le decía:

—Soy Daiag, jefe del Clan de los Lobos, la tribu de los Cortadores de Cabezas. Has caído en una de nuestras trampas y te ofreceremos en sacrificio al espíritu del bosque para satisfacerlo, ya que, muy generosamente, nos procura frutos frescos cada temporada. No obstante, antes, mientras te preparamos para ese día, quiero estudiarte a fondo.

Pronunciada dicha sentencia, levantó la piel que tapaba la entrada y salió de la cabaña, dejando que la incertidumbre fuera royendo a Ynatsé. Había constatado el carácter depredador que daba nombre al clan, los Lobos, cuando lo capturaron en la trampa, pero —si bien ya imaginaba el porqué— le daban escalofríos solo de pensar en por qué otra cosa eran conocidos sus raptos.

—¿Puedo entrar?

Ynatsé oyó una voz detrás de la preciosa piel aterciopelada de gamuza que colgaba en la entrada de su cabaña. Era una voz suave con resonancias nasales, pero sugerente. Le pareció que pertenecía a una mujer. Debía de tratarse de la que estaría a su servicio.

—¿Puedo entrar? —repitió la voz, y añadió—: Puedo volver más tarde, como prefieras. Tú decides, tú mandas.

Ahora sí estaba seguro de que era una voz de mujer joven. Sonaba un tanto temblorosa pero armoniosa, y llenó de curiosidad a Ynatsé por saber cómo era, qué aspecto tenía. Se dirigió a la entrada de la cabaña y levantó la piel para dejarla pasar.

La muchacha sonreía y su mirada reflejaba incertidumbre. Iba descalza, y solo llevaba una falda, también de piel de gamuza. El cabello, largo y negro, le caía sobre los pechos y le llegaba hasta la cintura. De allí también arrancaba lo que debía de ser un tatuaje de trazos redondeados. Aunque Ynatsé solo le veía el ombligo, podía intuir sus formas. Curvas rotundas y lisas, suaves caderas, y por la inclinación de la caída de la sedosa cabellera,

los pechos se insinuaban erguidos y turgentes.

—Adelante, no temas —le dijo Ynatsé, ofreciéndole con un gesto entrar en la cabaña.

Sin miedo pero con cierta aprensión, la joven entró con movimientos delicados. Al pasar por delante de Ynatsé, este captó el olor a tierra y el calor que desprendía aquella piel cobriza.

—Iba a tomar una infusión de hierbas aromáticas —comentó Ynatsé señalando el cuenco que había junto al fuego—. ¿Quieres? ¿Te apetece?

La muchacha asintió con la cabeza. Mientras él preparaba los dos cubiletes de madera, la joven se sentó en una esquina del lecho, esperando.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Ynatsé mientras le tendía la bebida.

—Atma —respondió ella en tono expectante.

Ynatsé la miraba mientras bebía aquel brebaje dulce y caliente. «Eres muy bonita», pensó, y entonces ella le dedicó una sonrisa pícaro como si hubiera oído su pensamiento. Eso hizo que se fijara en los labios gruesos y carnosos y que le entraran ganas de probarlos. Al fin y al cabo, ambos sabían para qué había ido a la cabaña.

Ynatsé dejó la infusión y se le acercó. Le apartó el cabello y ella echó atrás la cabeza ligeramente. Por primera vez pudo verle los pechos, firmes y apetitosos. Acercó los labios a su cuello para darle un beso y, con la lengua, inició un recorrido que lo llevaría a envolver con saliva caliente aquellos pezones duros e hinchados, primero uno —de la boca de Atma escapó un gemido— y después el otro, seguido de un grito de placer cuando los dientes de Ynatsé se hincaron con suavidad y ternura en lo que consideraba un regalo de los dioses pese a su condición de prisionero. Una tímida oleada de placer recorrió la espalda de Atma, que empezó a arquearse al tiempo que se humedecía los labios con la lengua. Lo cual hizo que Ynatsé abandonara solo un momento aquellas dos ofrendas que lo esperaban ardientemente para atender la boca que se abría y se cerraba de deseo. Los labios le ardían, le chupó la lengua suavemente mientras ella le desataba la camisa de piel. Tiró del cordón que pasaba en zigzag por todos los ojales hasta dejar la camisa abierta y el torso de Ynatsé al descubierto. El roce de sus pieles desnudas los hizo contraerse de deseo. Atma se mantuvo de pie, pero Ynatsé se arrodilló para proseguir con el recorrido del placer. Tras haberle acariciado dulcemente los pechos con las manos, exploró con la lengua el terso vientre hasta llegar a la correa que sujetaba la falda de piel. Deshizo el lazo con dedos nerviosos y, como no lo

conseguía, se ayudó con los dientes. La piel de gamuza cedió ante aquel depredador sediento de deseo y él hundió la cara para zambullirse en el sexo de Atma, que cayó de espaldas en el lecho y abrió las piernas para facilitarle la tarea a Ynatsé. Primero, ayudándose con los dedos, este separó los labios para chuparlos. Ynatsé probaba el sexo de Atma, y lo hacía con ahínco, cual si bebiera uno de aquellos brebajes que le preparaba Baasi para potenciar sus virtudes naturales. De hecho, se sentía como los insectos o los pájaros cuando se nutren del néctar secretado por las flores. Atma no paraba de gemir y chillar. Ynatsé se separó un instante para ver cómo la muchacha se contorsionaba de placer. Al cabo de un momento, cuando dejó de sentir el calor, abrió los ojos sonriente. Ynatsé la miraba inflamado de deseo. Antes de que la poseyera, Atma quiso probar su miembro. Primero lo frotó con las manos, pero no tardó en envolverlo con la lengua. Aplicó los labios y la lengua de manera tan suave que Ynatsé se derritió, se dejó caer sobre el lecho mientras Atma continuaba.

Justo en ese momento se palpó el colgante que le había dado Baasi, cerró los ojos y aquella piedra, la obsidiana, ejerció su poder, porque Ynatsé inició mentalmente un viaje fugaz que lo trasladó a su poblado y a su cabaña. La cara y el cuerpo de Aynires se le hicieron presentes, y tuvo la sensación real de que todo lo que estaba sintiendo en aquel lecho, lo estaba viviendo con su mujer.

Aynires se sumó al grupo de mujeres liderado por Liolaá. Salieron de los límites del poblado para ir a recolectar miel. Varias lunas atrás habían localizado una colonia de abejas que habían hecho el nido en la corteza de un árbol cerca del río. Llevaban las cestas y los recipientes para almacenar y transportar la miel que extrajeran de la colmena.

Cuando llegaron al lugar indicado, Liolaá ordenó que encendieran una hoguera al pie del tronco donde se alojaba la colonia. Enseguida, un velo de humo empezó a subir del haz de leña y, en unos instantes, se fue colando por los orificios de la colmena. Cuando el humo prácticamente salía por todas partes, las abejas, con la reina a la cabeza, huyeron de la humareda que invadía sus celdas. La mayoría cayeron muertas, pero un pequeño enjambre se alejó de la colmena. Aynires, con los ojos llorosos a causa del humo y tapándose la boca y la nariz con el brazo, no acababa de ver claro aquel método, pero junto con las demás mujeres cumplió la orden

de Liolaá y empezó a castrar la colmena. Extraían parte de la miel, y a veces, no siempre, el pan de cera fabricado por las abejas dentro de su habitáculo para depositar encima la miel salía entero, de una sola pieza. Daba un placer extraordinario ver aquellos panales rellenos de aquel fluido dulce y viscoso tanpreciado, la miel de zarza. No obstante, Aynires opinaba que debían encontrar un sistema que no aniquilara la colonia, porque eso significaba que a partir de entonces tendrían que encontrar otra colmena para obtener miel. Y eso suponía un riesgo que seguramente podrían ahorrarse. Al llegar al pueblo le faltó tiempo para ir a ver al jefe. Paar la recibió y la escuchó.

—He estado pensando que, en lugar de tener que localizar nidos de abejas, podríamos disponer de nuestras propias colmenas —sugirió Aynires—, y así la recolección de la miel no sería tan ardua y laboriosa. La helada del invierno pasado mató a las abejas de Baasi. Si las tuviéramos dentro del poblado, todos podríamos utilizarlas.

Paar no se inmutó y Aynires continuó desarrollando su idea.

—Para empezar, nosotros les facilitaríamos el nido. Recogeríamos unos cuantos troncos de árbol huecos, tres o cuatro, que podríamos alinear cerca del agua en aquella zona. —Y señaló un rincón del poblado donde había unas zarzas—. Taparíamos la parte superior con una losa, dejando un agujero lo bastante ancho en el centro del tronco para que pudieran entrar y salir —explicó Aynires, que ya visualizaba las colmenas en su cabeza.

—¿Y cómo pretendes atraer a las abejas? —la interrogó Ngaar, arrugando la nariz y el ceño.

Aynires, que ya se esperaba aquella pregunta, sonrió y se apresuró a responder:

—Untando con cera o miel algunas partes del interior del tronco, para atraerlas cuando vuelen cerca de las zarzas. También podríamos transportarlas desde alguna de las colonias que localicemos en el bosque, pero creo que la maniobra sería muy arriesgada.

Paar se rascaba la barba refunfuñando. No lo veía claro. Ngaar y el resto del Consejo tampoco.

—Es una manera de no tener que matarlas ni expulsarlas del nido. Este será el suyo, y dispondremos de ellas siempre. No tendremos que preocuparnos por si mientras castramos las colmenas nos ataca algún oso o algún clan que pretenda robarnos un bien tanpreciado.

—No lo tengo tan claro —reconoció Paar—. Si introducimos los nidos

de abejas en el poblado, ¿no pondremos en peligro a la comunidad? Podríamos ser atacados por un oso o por una tribu enemiga.

—Francamente, no lo sé. No puedo responderte a eso. Pero siempre resultará más fácil defendernos dentro de nuestro perímetro. Aquí estamos seguros, es mucho más fácil castrar las colmenas al lado del lago junto con toda la comunidad que hacerlo desamparados en medio del bosque, ¿no te parece? —razonó Aynires.

Paar la invitó a salir de la cabaña mientras reflexionaba sobre el plan de la mujer.

18

BUSCANDO UNA SALIDA

Los días entre los Cortadores de Cabezas, con sus noches, como la que había vivido con Atma, fueron pasando. Un día en que Ynatsé se atrevió a salir solo del poblado —o eso le parecía—, vio una escena espectacular. Desde lo alto de un acantilado tenía una vista privilegiada del río, que serpenteaba por el Valle Cerrado. Sin embargo, ahora el río no llevaba agua, y los bueyes, ciervos, osos, hienas y lobos que se acercaban para beber de algún charco y para cazar a algún animal confiado que bajaba las defensas mientras procuraba saciar su sed, daban media vuelta con la garganta seca y tenían que espabilarse para encontrar algún agujero de donde sacar agua.

Era la ley del más fuerte. Una comadreja hundi6 la cabeza en el suelo y sac6 un lagarto. Lo habfa conseguido despu6s de practicar un agujero en la tierra yerma y seca. Los dem6s animales la miraban entre admirados y envidiosos, aquella bestezuela peque6a y astuta no tenfa ning6n problema en tiempo de sequfa para encontrar comida. No era la 6nica. Cerca de ella, un grupo de lobos estaba muy animado. El macho dominante habfa cazado una crfa de ciervo que se habfa descarriado de la manada. Se habfa separado del grupo a fin de poder disfrutar solo de la presa, en especial el cerebro. Mientras se lo zampaba, el resto del grupo lo miraba y se iba acercando. Una hembra con su crfa se arrim6 y se sent6 cerca. Cuando hubo acabado, ya saciado, el macho dej6 el resto de la presa para los dem6s de la manada. Otro macho se encar6 con el dominante, rabioso porque no habfa compartido con todos la pieza cazada. Empezaron a pelearse y, entretanto, la hembra se llev6 la presa y se la fue comiendo junto con su crfa y el resto del grupo. El lobezno se separ6 de su madre y olfate6 sangre. Ynats6 fue testigo de c6mo despertaba el instinto carnfvoro en aquella peque6a criatura y un escalofrfo le recorri6 la espina dorsal.

—A nosotros nos pasa lo mismo —dijo una voz a su espalda.

Ynats6 se volvi6, sorprendido porque crefa que estaba solo presenciando aquella escena.

—No te asustes, me han ordenado seguirte a cierta distancia... Lo digo porque para nosotros, los m6s j6venes, resulta muy duro.

—¿Por qu6?

—Porque vivimos permanentemente angustiados. Para poder ser aceptados por la mujer a la que hemos elegido como esposa, debemos matar como mfnimo a un hombre, cortarle la cabeza y presentarla a la

comunidad y a nuestra prometida.

Ynatsé hizo una mueca de asco y asombro.

—Sí, sí, como lo oyes. El prestigio y la virilidad van estrechamente ligados a la cantidad de cabezas humanas que caces. Si tú, como hombre, no consigues ninguna cabeza, entonces no eres capaz de ser padre ni de engendrar un hijo. Es más, para las mujeres que son muy fértiles y tienen muchos embarazos, supones un peligro.

—Pero ¿por qué? —volvió a preguntar con curiosidad.

—Porque si yo, que soy su hombre, no corto muchas cabezas, ella puede ser castigada por adúltera porque se supone que si no sirvo para una cosa, tampoco seré útil para engendrar.

—Qué estupidez. ¿De dónde sale una costumbre tan salvaje?

—La decapitación de los enemigos es una tradición que ignoro cuándo empezó, pero se trata de una práctica ancestral que se remonta a tiempos remotos, a los orígenes de nuestro pueblo. Se basa en la creencia de que las cabezas poseen grandes poderes. Dice la leyenda que tienen un dominio excepcional sobre todo y sobre todos, casi sobrenatural. Unos poderes que se transfieren al poseedor de dichas cabezas.

—¿Poderes sobrenaturales... de qué tipo?

—No lo sé muy bien —dijo encogiendo los hombros—, es lo que siempre he oído decir. La transmisión de esos poderes se hacía a través de un elaborado ritual según el cual, antes de cazar a una persona, tenías que cazar un animal, y no uno cualquiera. Mis antepasados habían cazado uros... —Y empezó a relatarle los preparativos para la cacería—. Se marcaban los tobillos y las muñecas del cazador con pequeñas incisiones en la piel, detallados tatuajes en negro y rojo...

—Un momento, un momento —lo interrumpió Ynatsé—. ¿Qué son o qué eran los uros? ¿Ya no hay? —preguntó frunciendo el ceño.

—Los uros eran unos toros fuertes, ágiles y agresivos. No se dejaban domesticar, y cazar uno constituía un alto honor, sus cuernos se exhibían como trofeos y se utilizaban como ornamento. Pero sobre todo, por lo que eran más preciados y valorados era por los beneficios que se derivaban de sus cuernos. De ellos se obtenía un polvo que los hombres tomaban y que servía para infundirles potencia sexual, sabiduría, fortaleza, agilidad, resistencia, audacia, valor y coraje. Todo lo cual favorecía que te lanzaras a cazar hombres para cortarles la cabeza y...

—Ya lo entiendo —dijo Ynatsé.

—Mañana habrá una incursión contra el poblado de pescadores que hay junto al río, y tengo órdenes de mi padre, el jefe del linaje, de cortar cuantas más cabezas, mejor.

—¿Qué quieres decir con que te lo ha ordenado? —Enarcó las cejas en señal de sorpresa.

—Sabe que eso es lo que quiere el padre de mi prometida, el cual me exige que le demuestre que soy digno de su hija. Es lo que intentaba decirte. —Y señaló al lobezno que, bajo la atenta mirada del líder de la manada, acababa de zamparse las entrañas del cervatillo—. El instinto asesino que nos inculcan desde bien pequeños.

—¡Hola!

Se le acercó una niña que tenía unas protuberancias tan grandes en la cabeza que le deformaban la cara. Lo cual le provocaba que los dos ojos no pudieran enfocar el mismo objeto. Ese estrabismo, más pronunciado en el ojo izquierdo, seguramente se debía al mal funcionamiento de algún músculo del globo ocular. Con aquella mirada oblicua se le plantó delante y se lo quedó mirando de hito en hito, fijamente, con el ojo bueno. El ojo bizco describía un movimiento circular que hacía desistir a cualquiera de aguantarle la mirada. Ynatsé no se había fijado en ella, pero la niña en él sí. Desde que había llegado al poblado, seguía y escrutaba todos y cada uno de sus movimientos. Los estudiaba, no se sabía muy bien por qué. Era una criatura que veía cosas que el resto de la comunidad no podía o no sabía ver. Pese a sus deformidades y carencias, que le provocaban ciertas anomalías, no había nadie en el poblado que la tratara de manera diferente, al contrario, si era necesario estaban más por ella que por nadie. La consideraban especial. Ynatsé dejó de pulir las herramientas y la saludó.

—¿Quieres ver un espectáculo único? —le dijo ella, decidida y sin más preámbulos.

—Ya lo creo —contestó con una sonrisa Ynatsé, sorprendido por la decisión y el ímpetu de que hacía gala aquella pequeña.

—Acompáñame. —Y le ofreció la mano.

Ynatsé aceptó la invitación, le tendió la suya y ambos salieron de los límites del poblado. El cielo aún estaba oscuro y salpicado de estrellas.

Pese a la negrura, la luna despedía suficiente luz para que la nieve acumulada en el suelo la irradiase. Eso confería al bosque y al camino

cierto aire espectral. Los ruidos y chillidos de las criaturas del bosque los acompañaban, pero había uno que destacaba entre los demás. Era más agudo, una especie de chillido largo, prolongado, casi lastimero. Parecía un lobo, pero no lo era. Tampoco un búho.

—¿Lo has oído?

—Sí, ¿qué es?

—Es lo que vamos a ver.

—Pero dime, ¿qué es?

—¡Ten paciencia, ya lo verás!

La pendiente del terreno se hizo más pronunciada, se adentraron en un valle que daba a un bosque donde se abría un claro en medio de los árboles. Estos eran más viejos que los que crecían alrededor, con grandes ramas bajas y pesadas, llenas de hojas. Se ocultaron detrás del espeso ramaje.

—Ya hemos llegado —anunció la niña—. Mira. —Y extendió el brazo, señalando el centro del calvero iluminado por la luna.

Recortada contra las tinieblas de la noche, una silueta negra profería unos gritos, unos bramidos estridentes que se elevaban por encima del silencio que se había enseñoreado de la madrugada. La voz de aquel animal era poco armoniosa, y al cabo de unos instantes, desde un rincón del claro empezó a llegarles un grito parecido, como si fuera la respuesta, cual si le diese la réplica, que se acercaba hacia el centro de aquel claro despejado e iluminado por la luna. A esos dos ejemplares, que, más que comunicarse, competían dialécticamente, se sumaron media docena más entonando cánticos similares.

Era un ave que caminaba sobre dos patas y basculaba, inclinándose ligeramente ora a la izquierda, ora a la derecha. Pese a la oscuridad, podían distinguirse los vivos colores de sus plumas. Tenía dos cejas rojas, ojos marrones, un pico grande y curvo de color blanco marfil y unas manchas blancas a la altura de los hombros. Ahora se movían, de hecho se hinchaban, se estaban esponjando, como si se exhibiesen para darse a conocer. Una exhibición que iba acompañada de cantos y reclamos de tonalidad cambiante, rituales encaminados a atraer la atención de una hembra que, halagada por los elogios que le lanzaban aquellos machos, los miraba desde lejos, prudentemente arrellanada en un rincón del claro. La excitación y agitación sexual de aquellos gallos salvajes iba en aumento, y la algarabía de cantos, gritos y arrullos llegó a tal extremo que se volvió ensordecedora.

—Es como un cortejo, se están insinuando a la hembra. Pierden el mundo de vista por conquistar a la pareja.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que ahora, y solo por unos instantes, estos ufanos ejemplares de gallos salvajes pierden la vista y el oído. Y eso hay que aprovecharlo. ¡Fíjate!

Reclamó su atención señalando una encina, de detrás de la cual salieron cinco cazadores que, con flechas y lanzas, se arrojaron sobre las aves y cortaron de raíz aquellos cantos, que se convirtieron en chillidos de pavor, para dar paso al silencio más absoluto una vez que les hubieron cortado el pescuezo.

—Qué crueldad...

—Sí, así es la vida... Se aprende mucho observando la Naturaleza.

—Han segado sus vidas en el que probablemente habría sido su momento más jubiloso.

—Eso nos enseña que debemos estar siempre alerta, que nunca podemos bajar la guardia.

Ynatsé se quedó asombrado, no tanto por la escena que acababa de presenciar como por la madurez que mostraba aquella niña que no levantaba dos palmos del suelo.

—Pero ¿por qué me has enseñado esto? ¿Por qué me has traído aquí?

—¿Acaso no te ha gustado?

—Sí, mucho, pero no entiendo por qué debíamos venir ahora, de madrugada, a ver este... —Ynatsé no lograba encontrar la palabra para definir aquello.

—Ya te lo he dicho, aprende a no bajar nunca la guardia —le repitió, y a continuación dio media vuelta y le dijo—: ¿Vienes? Ya podemos regresar al poblado.

—¿Qué motiva el exterminio de todo un pueblo? ¿Qué razón os lleva a arrasarse una población entera? Entiendo que se pueda luchar por el territorio, por el control de los recursos, pero luchar para aniquilar al otro... Reducirlo a la nada. Solo por el mero placer de destruir la fuerza, la virtud, la eficacia de otras personas.

—Rivalidad de intereses —respondió sin tapujos Daiag.

—¿Cómo?

—Perseguimos el mismo objetivo: queremos ser únicos, no tener competencia. Sin olvidar que hay una parte práctica.

—¿Y cuál es? —quiso saber Ynatsé.

—Por un lado, si queremos perpetuar nuestro linaje, necesitamos hembras reproductoras.

—¿Qué quieres decir? ¿No tenéis bastante con las vuestras?

—Iremos a buscar mujeres porque, tú no lo sabes, pero mujeres como Atma hay pocas, nos faltan, nos estamos quedando sin ellas, y sin ellas no podemos crecer.

—¿No es contradictorio que, para procuraros la creación de una nueva generación, tengáis que exterminar a otra?

—No; te equivocas, es perfectamente compatible —lo corrigió—. Precisamente, para crear algo nuevo hay que acabar con lo viejo, con lo que ya no sirve. —Y aún le dio otro motivo por el que necesitaban actuar —: Con el excedente de trigo y cebada tenemos reservas para cuando lleguen días de escasez. Hasta ahora estábamos sometidos a los caprichos de la Naturaleza. Ahora ya la dominamos, estamos preparados para producir tanto como queramos con el fin de alimentar a toda la gente del pueblo, que cada vez es más numerosa. Sin embargo, para cultivar necesitamos mano de obra. Saldremos a buscarla entre los pueblos de los alrededores. Y sobre todo han de ser mujeres, que se dan buena maña. ¿Lo entiendes ahora? —le preguntó el jefe de los Cortadores de Cabezas.

Al amanecer, un grupo de cazadores ya tenía preparada la expedición. Estaban a punto, cual si se tratase de ir a capturar un animal, habían hecho los preparativos para un día de caza. Habían afilado las armas porque encontrarían fuerte resistencia. Iban a cazar personas.

Olfateaba el peligro, pero nadie reaccionó a sus ladridos. El reclamo insistente del perro era un grito de alerta desesperado. Ladraba de cara al bosque. Detrás de los espesos matorrales, con los músculos tensos, las armas afiladas listas para saltar sobre sus presas y la adrenalina a punto de rebosar, los miembros en edad de guerrear del Clan de los Lobos esperaban impacientes la orden de ataque. Estaba a punto de empezar la caza del hombre. Ynatsé también se hallaba presente. Lo habían obligado a asistir a la masacre. No había tenido opción. Sin embargo, lo que no pudo fue participar. Aunque le pusieron un hacha en las manos, la brutalidad de la

acción lo dejó inmóvil, paralizado. El poblado que había de recibir la salvaje agresión se extendía en un claro del bosque cerca de un arroyo. Los habitantes estaban entregados a sus tareas y prestaban escasa atención a lo que pudiera llegar del bosque. Para eso confiaban en la labor del centinela, un hombre exento de las obligaciones que gravaban al resto de la comunidad, ya fuesen mujeres o niños: todos tenían que trabajar. Sobre él recaía la responsabilidad de velar por que el resto trabajase tranquilamente y libre de todo cuidado... hasta el día en que el Clan de los Lobos decidió atacarlos con un objetivo muy concreto. De hecho, Ynatsé no lo supo hasta más tarde. Lo descubrió al volver a la cueva, cuando vio que solo habían dejado con vida a las muchachas, las niñas y las mujeres adultas. Había sido un ataque selectivo, y ahora las conducían hacia otra galería, donde las harían trabajar básicamente curtiendo las pieles; debían cortarlas, batirlas y extenderlas para el secado. El objetivo había sido llevarse a las mujeres. Por ese motivo se distribuyeron en grupos de cuatro, cada uno llevaba dos hachas de piedras afiladísimas, una en cada mano. Los guerreros del clan se abatieron sobre los habitantes del poblado sin ningún miramiento y abatieron a todos los de género masculino. Hombres, jóvenes, niños y ancianos cayeron bajo los hachazos mortales. Sus azadas de piedra pulida, las podaderas y los palos cavadores de madera o de cuerno de ciervo eran herramientas para trabajar el campo, no para defenderse ante semejante ataque.

Uno de los guerreros dio la señal con un susurro similar al del arrendajo. Fue justo después de que un repentino cambio del viento hiciera llegar un olor desconocido a la nariz del centinela que lo puso súbitamente alerta. Aquel olor diferente, extraño, inquietó al vigía, que no tuvo tiempo de levantar la cabeza y husmear de dónde procedía, porque al mismo tiempo que oía el canto del arrendajo, recibió en la cabeza el impacto de una piedra lanzada por una precisa honda. Cayó redondo al suelo y, al cabo de unos instantes, su cara ensangrentada se hundía en la tierra, aplastada por los atacantes, que lo pisotearon y le pasaron por encima en su camino hacia la barbarie.

Ynatsé se quedó parado cuando le ordenaron que ayudase a un grupo de hombres a capturar a los más jóvenes, sobre todo niños. Luego, mientras los llevaban hacia el poblado, no conseguía imaginar el motivo. Una vez llegados lo vio. En un lugar preferente de la cueva y con un ritual muy preciso, celebraban la ceremonia. Tenían una costumbre: extraían los sesos

de sus enemigos, los hervían y se los comían, en especial los de los niños. Un manjar que aún les resultaba más succulento si provenía de los hijos de sus enemigos. Creían que al ingerir el cerebro tierno de las criaturas obtenían más poder y mayor vigor. Solían zamparse los de cordero y carnero, pero los de sus rivales se consideraban una exquisitez. El sacrificio tenía lugar durante un acto multitudinario. Uno de los guerreros era el elegido para llevar a cabo la ejecución del prisionero. Primero le asestaba un golpe seco en la cabeza con el garrote, para atontarlo y dejarlo sin sentido. Una vez muerto, procedía a descuartizar el cuerpo. Lo hacía con un hacha que en la parte inferior llevaba fijada una piedra negra afiladísima. Practicaba unos cortes precisos a fin de que pudieran repartirse el mayor número de trozos posible. Lo desollaba de arriba abajo antes de extraerle el corazón y ofrecérselo al líder de la tribu, que lo masticaba y saboreaba como un delicioso manjar. Sonreía satisfecho, la sangre le resbalaba por las comisuras de los labios. Después, el oficiante del ritual le rajaba la cabeza para hacer la misma operación con el cerebro y se repartían los trozos; todos debían coger uno y probarlo, pero no había suficiente, eran demasiados comensales. La solución no tardó en llegar. Cogieron un buen pedazo y lo pusieron a hervir hasta que se deshizo, y luego lo repartieron como si fuera caldo. De hecho, las madres se lo daban a sus hijos. Creían que probar la carne de un enemigo los hacía crecer más fuertes. Horrorizado por el macabro espectáculo, Ynatsé no pudo evitar pensar que aquello era lo que le esperaba. Tenía que buscar una escapatoria, debía dar con la manera de huir. Poco podía imaginar que no tardaría en ver la solución, porque la tenía delante de sus narices.

19

EL GRITO PROFUNDO DEL BOSQUE

Subía por las galerías que ella y sus antepasadas habían construido. Con el tiempo habían agrandado aquellos corredores subterráneos para poder transportar de todo hasta los escondites. Hacía poco habían abierto un acceso al exterior que llevaba hasta un rellano, donde había cantidades ingentes de grano. Antes de volver hacia las profundidades, siempre se entretenía en masticar un puñado de aquellas deliciosas semillas. Se trataba de una especie de gratificación que se concedía a sí misma por la tarea ardua y arriesgada que llevaba a cabo. Sabía instintivamente que un posible contacto con los hombres supondría una muerte segura y que taparan el agujero con tierra y, por tanto, arruinasen el trabajo de muchas generaciones de su especie.

Y esa rata topo le abriría la puerta de la libertad a Ynatsé.

Recluido en su cabaña mientras reflexionaba sobre cómo huir del poblado de los Cortadores de Cabezas, Ynatsé cayó en la cuenta de que al fondo de aquella barraca, donde el clan guardaba una cantidad importante de grano, hacía días que oía un ruido como de alguien que rasca o roe. Aquella tarde, lleno de curiosidad por haber vuelto a oír aquel roce, se acercó con precaución. No sabía lo que encontraría, qué le saldría. Su sorpresa fue mayúscula. Por allí se movía un gran roedor de pelo negro, y pese a la rapidez con que se desplazaba, lo sorprendió llevándose pequeñas cantidades de semillas por un agujero que Ynatsé dedujo que conducía al exterior, donde tenía el nido. Se trataba de un ejemplar bastante grande, bien alimentado, que debía de medir dos palmos tirando por lo bajo. Al principio le pareció un conejo, pero después, en un momento en que se detuvo, pudo distinguirla. Había visto alguna rata topo, pero tampoco muchas. Resultaban difíciles de ver. Eran unos animales muy ariscos, temían a los hombres y a los zorros. A los primeros porque, como les robaban la comida, el grano, por ejemplo, corrían el peligro de que, cuando las atrapaban, las matasen a bastonazos, a pedradas o atravesadas por una lanza. Y a los segundos porque eran sus depredadores naturales. Las ratas topo tenían la suerte de poder vivir tanto bajo tierra como en la superficie. Mientras Ynatsé pensaba, la rata se movía.

Finalmente, pese a parecer un disparate, el joven hizo caso de una idea irreflexiva e imposible. «Tal vez podría excavar y agrandar el agujero por donde entra y sale la rata y huir del poblado por debajo del suelo.» No obstante, aunque la rata topo era del tamaño de un tejón, la idea no dejaba

de ser una barbaridad. No obstante, tenía que intentarlo. ¿Qué podía perder? ¿Tiempo? Tenía todo el tiempo del mundo para perder, y no se le antojó demasiado descabellado intentarlo. Cuando la rata topo, que se entretenía royendo la semilla hasta dejar la piel bien apurada, se sintió descubierta, huyó colándose por aquella brecha que con el tiempo había ido haciéndose mayor al fondo de la cabaña. Ynatsé se tumbó en el suelo y se asomó. Era muy estrecha, y su cuerpo, a pesar de que había adelgazado durante el viaje, no era tan flexible como el de aquellos animalitos. Con todo, estaba tan desesperado que se dispuso a correr el riesgo. Y así fue como se dedicó a profundizar y ensanchar el agujero. Por las noches aprovechaba que la oscuridad lo amparaba para sacar con el capazo la tierra que extraía. Al cabo de varias noches, se armó de valor y se hundió en el suelo, se dejó engullir por el conducto, un tubo de tierra que lo llevaba hacia abajo. La sensación de descenso se fue acentuando al tiempo que tragaba arena. Ynatsé notaba que la tierra, húmeda y tibia, cedía bajo su peso y no le costaba avanzar, a oscuras como una rata topo, aunque lo cierto es que se ayudaba con una precaria pala que había conseguido hacer. Lo que no sabía, ahora que lo pensaba, era cómo respiraría si se colmaba de tierra. Poco podía imaginar que ya no necesitaría preocuparse por eso. De repente, el suelo de aquel conducto se abrió e Ynatsé perdió el equilibrio y fue a parar a una cueva, una gruta. Era una cavidad no demasiado profunda en una pared de roca, en una ladera muy empinada, donde penetraba la luz. Vio que el agujero por el que había caído era la abertura por donde transitaban las ratas topo hasta el poblado de los Cortadores de Cabezas. No obstante, ahora había conseguido salir de aquel maldito lugar y se trataba de ir en la dirección de aquella luz. Tras sacudirse toda la arena y la tierra y escupir una buena cantidad, Ynatsé se llevó la mano al cuello para comprobar si todavía llevaba el colgante de obsidiana. Allí seguía. Se metió la otra mano en la entrepierna. Había decidido guardar entre sus partes, en un pliegue de la ropa, las piedras verdes y unas cuantas semillas. Sin embargo, había tenido que dejar atrás la calabaza para el agua y la bolsa de vientre de ardilla, que no pasaban por la estrecha galería de conductos que tenía previsto atravesar. Estaba bastante entero para haber reptado por las entrañas de la Madre Naturaleza. Dirigió la mirada hacia el lugar de donde provenía la luz de la gruta y se encaminó hacia allí. A medida que se aproximaba, fue oyendo un lamento, un quejido que se amplificaba cuanto más se acercaba a la salida de la

cavidad y por lo tanto a la llanura. No parecía de persona, pero tampoco podía asegurarlo. Al salir de la cueva tuvo que hacerse visera con la mano para protegerse del sol. Su vista se había acostumbrado a la oscuridad y la intensa claridad del mediodía lo ofendía. El lamento volvió a oírse. Provenía del bosque. El grito profundo del bosque. Pero ahora lo oía muy cerca. Un grito que además le resultaba muy familiar. La berrea del ciervo. Sabía que estaba a punto de ver una de las manifestaciones más impresionantes que podía ofrecer la Naturaleza en esa época en que el sol empezaba a ocultarse en la tierra y los árboles amarilleaban. Cuando los ciervos machos en celo competían entre sí con gritos, bramidos y violentas peleas para obtener los favores de las hembras. Más pequeñas y sin cuernos, estas, durante la época de celo, se convertían en meras espectadoras pasivas de los movimientos de los machos por conseguir fecundar al mayor número posible de hembras. Una pareja de machos jóvenes alzaba sus bramidos y la cornamenta. Sus sonidos reverberaban por los bosques y el valle en esa época, realmente como un lamento que surgiera de sus entrañas y se extendiera por todos los rincones. Los dos machos en celo habían salido de la espesura del bosque y se exhibían ante un grupo de hembras que había en aquel prado. Marcaban su territorio con bramidos que a veces parecían de bueyes, escarbaban el suelo con los cuernos, orinaban y hacían ostentación de su cornamenta y su fortaleza ante las hembras. Cuando dos machos se encontraban en el mismo territorio, como era el caso, muchas veces no bastaba con berrear muy fuerte, sino que los bramidos se mezclaban con el chasquido de los grandes cuernos al entrechocar. Y así fue. Los machos se enfrentaron en una lucha incruenta pero violenta, en la que frente a frente chocaban las cornamentas. La cosa podía alargarse hasta que uno de los dos quedaba exhausto. Y el desfallecimiento llevaba implícito el reconocimiento de la fortaleza y superioridad del otro, que obtenía el derecho de fecundar a todas las hembras de la manada que había presenciado la lucha. El vencido, cabizbajo y arrastrando los cuernos por el suelo, volvía por donde había venido, al interior del bosque. Ante aquella imagen tan impactante y al mismo tiempo tan triste, Ynatsé no pudo por menos que pensar en el ciervo que lo visitaba en sueños.

Un fuerte hedor la alertó y, al pasar junto al río, lo vio.

Primero había percibido una intensa tufarada, y ahora entendía de dónde provenía aquella peste que un golpe de viento había llevado a su

nariz. Un buey destripado, sin cuernos y medio sumergido en el agua era el responsable de aquella espantosa fetidez. Pese a todo, tapándose la nariz con el antebrazo, se acercó. El zumbido de las moscas que sobrevolaban los despojos de la bestia y el bullir de los gusanos que hacía rato que se atareaban en las tripas acompañaron la primera inspección que Aynires hizo del cadáver. No sabía cuánto tiempo llevaba descomponiéndose allí en el agua. Eso sí, estaba segura de que aquello no era nada bueno, porque del agua de aquel río bebía todo el pueblo. Un mal presagio nubló sus pensamientos. Para corroborar lo que pensaba dirigió sus pasos hacia la cabaña de Baasi.

—¡Aynires! —exclamó el anciano con una sonrisa que iluminó su rostro surcado de arrugas—. ¡Zeb! —Y se aproximó al pequeño para acariciarle las mejillas—. ¡Qué contento estoy de veros!

Le acercó un pequeño escabel, un trozo de tronco, para que pudiera tomar asiento.

—¿Qué te trae por aquí, Aynires? —preguntó el sanador.

—He pensado que la carne de ese buey, podrida y descompuesta al sol durante días y noches, puede haber infectado el agua que abastece al poblado y quizás el Mal ha entrado en nuestra gente por ahí.

—Sí, tienes razón —concedió Baasi mientras se rascaba la barba—. No es nada descabellado tu razonamiento.

—De hecho, Baasi, creo que podríamos intentar una solución —apuntó.

—Aynires, ¿crees que has dado con la solución a nuestros pesares? —exclamó el anciano.

—Sí, pero para eso tendrías que acompañarme a los zarzales —repuso Aynires, y el chamán arrugó la nariz y el entrecejo.

Baasi cogió su cayado, una raíz de sabina que describía una curva muy enroscada en la parte superior, y le faltaron piernas para seguir el paso firme y decidido de Aynires.

El conjunto de colmenas no estaba muy lejos de la cabaña de Baasi. Aynires levantó la losa que hacía de tapa de una de ellas y señaló al interior.

—Me he fijado en el comportamiento de las abejas, y si no me equivoco... —Y añadió muy resuelta—: Creo que debemos ir a ese lugar en medio del bosque donde hay más nidos de abejas para enseñártelo. Lo he visto unas cuantas veces, cuando he venido a castrar las colmenas. Usan una sustancia resinosa fabricada por ellas y que tiene diversas utilidades.

—¿Una sustancia? ¿Cuál? ¿La miel? —se interesó el viejo hechicero.

—No, no es la miel. —Con suma precaución, Aynires hundió la mano en la colmena y sacó un fragmento para mostrárselo a Baasi—. Es esta sustancia viscosa, muy parecida a la miel, que mezclan con cera y utilizan para tapar todos los agujeros de la colmena. Pero lo más curioso es que la emplean para recubrir los cuerpos de insectos o animales pequeños, como ratones, que hayan entrado en su habitáculo y las abejas no sean capaces de sacar.

Baasi asentía con la cabeza y abría unos ojos brillantes para expresar su convencimiento de que lo que exponía Aynires era cierto y efectivo. La mujer prosiguió:

—Así aíslan ese cuerpo y evitan que se descomponga y se corrompa, y por eso no las infecta. Gracias a esa sustancia, las abejas protegen y aíslan la colmena de las posibles enfermedades que un cuerpo muerto y en descomposición pueda transmitirles. Pienso que tal vez, si cogemos esa sustancia, podría tener el mismo efecto beneficioso de prevención y cura en nuestro clan, y quizá de esa manera evitaríamos que muriesen —concluyó finalmente Aynires.

Baasi aún estaba sopesando la aplicación que le había planteado la mujer, y que podía observar por sí mismo porque la tenía delante de sus narices.

—Sabes, Aynires, ahora que lo dices, recuerdo que, cuando había que trasladar el cuerpo de un fallecido, nuestros antepasados lo sumergían en miel para evitar cualquier infección procedente del exterior que pudiera afectar al cadáver y acelerar su descomposición. Así es, tienes razón, la miel es un desinfectante externo.

Se la quedó mirando con ojos chispeantes.

—Debemos probarlo, no tenemos nada que perder y sí mucho que ganar —sentenció aquel viejo que, con el paso del tiempo, había aprendido a observar lo que ocurría a su alrededor para buscar soluciones a los problemas—. Tengo mucha confianza en la sabiduría que nos han transmitido las abejas. ¡En un tiempo no muy remoto ya fueron providenciales para este clan! —añadió—. ¿Sabes que la técnica que teníamos para cultivar la tierra dio un vuelco inesperado gracias a una abeja? De hecho, gracias a la picadura de una abeja.

—No, no lo sabía —respondió Aynires sorprendida.

—¿Ves aquellos hombres que labran la tierra haciendo surcos con la

ayuda de un buey que arrastra un arado? —Baasi señaló en dirección a los campos de cultivo del poblado.

Aynires se volvió para observarlos y asintió con la cabeza.

—Pues eso, antes de que tú vinieras al mundo, ¡lo hacíamos con la mano! —le contó el hechicero—. Y no solo nos dejábamos la piel, sino que era muy lento y con resultados muy escasos para los que vivíamos en el poblado. Gracias a una abeja ahora somos capaces de alimentarnos bien con los frutos que nos da la tierra, pero no podemos depender solo de esta, porque un mal año puede significar una mala cosecha y podría provocar una mortandad. Por eso guardamos las semillas en los silos.

Aynires, que hacía rato que se había perdido, interrumpió al sabio anciano.

—Perdona, Baasi, pero ¿qué tienen que ver las abejas con todo eso? —preguntó desconcertada.

El viejo brujo volvió a la anécdota de la abeja.

—Ahora lo entenderás —le dijo, y se dispuso a narrarle los hechos—. Resulta que el encargado de vigilar un buey mientras pacía, descansaba plácidamente a la sombra de una encina. Como quería dar una cabezada, por seguridad había atado el animal a una estaca muy cerca de él. El buey, como puedes imaginar, estaba feliz y contento: a la sombra y rumiando hierba fresca. Ajenos al peligro que los sobrevolaba, ni el animal ni el encargado se dieron cuenta de que habían ido a descansar justo debajo de un nido de abejas. Y fue así cómo, al salir de la colmena, unas cuantas picaron al buey, que al verse atacado se enfureció y con cuatro cabezazos arrancó la estaca y salió en estampida hacia el prado. Con tan buena fortuna que, mientras huía como un poseso, arrastró la estaca y sin querer fue labrando la tierra. Cuando el encargado del animal, que tenía un sueño pesado, despertó y no vio al buey, solo tuvo que seguir el surco que había dejado. Era una raya en el suelo, una señal longitudinal, más o menos ancha y profunda, dejada por la estaca al ser arrastrada de modo que penetraba la tierra. Una vez que hubo encontrado al buey, lo condujo al poblado y, al llegar, nos contó que había tenido una idea para mejorar la labranza de la tierra. Como puedes ver, Aynires, si miramos alrededor, la Naturaleza es lo bastante sabia para proporcionarnos las soluciones que nos convienen.

A Baasi no le faltaba razón. La solución, el remedio, la habían tenido siempre delante de sus narices, pero se habían obstinado en no verla,

mirando hacia otro lado, lejos de su entorno, fuera del poblado. No se habían parado a escrutar, a investigar a fondo las posibilidades que ofrecía el lugar que habían elegido para vivir.

—Nos ahorraríamos muchos quebraderos de cabeza si hiciéramos más caso de todo lo que nos rodea... —se lamentó Baasi.

20

EL ADIESTRADOR DE CABALLOS

Ynatsé, que había perdido a *Bram*, vio una yegua exuberante y poderosa que pacía despreocupada. Era de un marrón oscuro que a veces, según cómo le diera el sol, parecía casi negro, como negras eran la crin y la cola. Miró en derredor y no vio ningún humano con aspecto de ser el dueño de aquel animal tan elegante. Escrutó minuciosamente y a conciencia toda la extensión de la llanura, e incluso escudriñó con detenimiento en busca de algún movimiento en el bosque a su espalda. Nadie por ninguna parte. Sonrió satisfecho y se acercó a la yegua muy poco a poco, sigilosamente y con cautela, y cuando llegó a su lado alargó la mano para acariciarla desde el cuello hasta la grupa. Una caricia que la yegua no rechazó, al contrario, se movía como si la mano de Ynatsé le agradase, le fuera familiar. La recibió doblando levemente el cuello y dedicándole un resoplido en señal de agradecimiento. Se dejó hacer, pero al cabo de unos instantes soltó un relincho que alertó a un hombre que estaba subido a un árbol cogiendo nidos. Ynatsé, que no lo vio, siguió acariciándola para tranquilizarla. Le susurraba al oído, como siempre había hecho con esos animales. El hombre dejó lo que estaba haciendo y se descolgó del árbol sin hacer ruido; alguien parecía tener la intención de llevarse su caballo. Agachado entre unos matorrales, el amo de la yegua esperó en cuclillas a que Ynatsé le diera la espalda para salir y abalanzarse sobre él por detrás. Echó a correr y de un brinco le saltó encima. Ynatsé, totalmente desprevenido, no lo vio llegar, ni siquiera lo oyó. El hombre lo inmovilizó pese a que Ynatsé se revolvió encarnizadamente para liberarse, sin conseguirlo, de aquellos brazos robustos que lo atenazaban, lo oprimían con fuerza y lo asfixiaban. Cayeron al suelo y rodaron por la inercia de la pelea. Mientras ellos luchaban, la yegua, inquieta y agitada, resoplaba, relinchaba y se levantaba sobre las patas traseras. Con un rápido movimiento, el hombre pareció liberar a Ynatsé, pero era todo lo contrario: como lo tenía en el suelo, lo montó a horcajadas como si domara a un caballo salvaje. Con los talones le presionaba las costillas y le aplastaba los pulmones. Con las manos lo estrangulaba. De ese modo, casi asfixiado, lo mantuvo inmóvil. Pronto ya no movería ni un músculo. Ynatsé se ahogaba, apenas podía moverse. Solo agitaba las piernas sin fuerza, desesperadamente. Aunque ahora solo lo apretaba con una mano, Ynatsé notaba la misma presión, y al mismo tiempo sentía cómo se le escapaba el poco aire que le quedaba. Los ojos se le desorbitaron cuando vio que con la mano libre el hombre sacaba un

hacha de corneana, una roca durísima, que llevaba al cinto, con la intención de degollarlo o dejarlo desollado para que sirviera de festín a los animales que solían merodear por aquella llanura que hacía apenas unos instantes parecía tan tranquila. Cuando ya se disponía a darle el golpe de gracia, se detuvo en seco. Aunque jadeaba por el esfuerzo, se le cortó la respiración y palideció. Lo que acababa de ver lo había dejado pasmado. Paralizado. Ynatsé, que casi había perdido el mundo de vista, medio ahogado, recuperó la visión y al enfocar vio a aquel hombre con el hacha en alto, inmóvil y con una expresión de sorpresa y estupefacción, fruto de una gran admiración, de una viva emoción. De una expresión de rabia, de violencia, de enojo, que era la que hasta hacía unos instantes reflejaba su semblante, había pasado a otra muy diferente. Había cambiado a una mirada de comprensión, de ternura, casi de amor.

—¿¿¿Ynatsé??!! —Le temblaba la voz—. Ynatsé, ¿eres tú?! —preguntó el amo de la yegua mientras dejaba caer el hacha y se le arrugaba la frente en señal de incredulidad e incertidumbre.

Cuando oyó su nombre, Ynatsé parpadeó muy deprisa, y sin dar crédito se preguntó: «¿Sabe cómo me llamo?»

—¿Cómo es posible que sepas mi nombre?

Con un hilo de voz, porque apenas empezaba a recuperar el color y el habla, se atrevió a interrogarlo pese a la posición de inferioridad en que se hallaba. El hombre, que se mantenía encima de Ynatsé, se apartó un poco y señaló su cuerpo.

—Tus tatuajes hablan por ti.

Y al instante se levantó a fin de dejarlo respirar y le ofreció la mano para ayudarlo a incorporarse.

Ynatsé aceptó y se levantó mirándose el pecho. Los tatuajes que le había pintado Baasi le habían salvado la vida. La mezcla de detalles de su vida y sus orígenes con elementos mágicos había servido para lo que el brujo había vaticinado: como protección y como información para posibles enemigos, rivales o adversarios.

Una vez incorporados, erguidos uno frente al otro, aquel hombre se le acercó y con el dedo índice empezó a recorrer, describiéndolos en voz alta, los dibujos y símbolos que llevaba estampados en la piel. Ynatsé no entendía aquel comportamiento.

—Aquí dice que eres Ynatsé, del Clan de los Caballos, establecido en el poblado del lago y las cuevas... Hijo de Faar, el adiestrador, y de Baaia.

Hizo una pausa, lo miró de arriba abajo y con un intenso brillo en los ojos le dijo:

—¡Soy tu padre, Ynatsé! —Y añadió—: No me recuerdas porque eras muy pequeño cuando decidí dejar el poblado para no dividir al clan.

Aquel era el hecho que confirmaba lo que Baasi le había revelado hacía poco tiempo.

—¿Padre?

Ynatsé acababa de pronunciar con cierta incredulidad aquella palabra por primera vez ante la persona que le confería todo su sentido y no salía de su asombro. Era alto y fornido, de mandíbula ancha, nariz bonita y respingona, ojos castaños y prominentes y, al igual que él, también lucía un hoyuelo en la barbilla.

—¿Eres mi padre, de verdad? —repetía incrédulo una y otra vez mientras bajo la espesa barba se tocaba con el dedo el hoyuelo que también tenía en el mentón.

De pronto, desde el interior del bosque de la zona montañosa se elevaron un par de volutas de humo. Faar se dijo que tendrían que esperar a un momento mejor para contarse sus respectivas vidas.

—¿Hay fuego? ¿Estamos en peligro? —preguntó Ynatsé.

—No, hijo mío —respondió Faar negando con la cabeza—. Ynatsé, vas a ser testigo de un ritual para honrar a los muertos como has visto pocos. Acompáñame.

Ynatsé obedeció. Lo siguió hasta un pino para averiguar de dónde salían aquellos rastros de humo. El corazón le latía desbocado. Trepó por el tronco tras su padre y las manos se le pringaron ligeramente de la resina que resbalaba por la corteza. Cuando Faar encontró una rama desde donde podían espiar sin ser vistos, se sentaron en ella.

—Mira aquel claro. —Su padre señaló un rincón del bosque despejado de árboles—. Es un espacio sagrado, destinado a ceremonias y rituales para comunicarse con las divinidades. ¿Ves a un grupo de hombres que llevan la cara pintada de blanco? —Ynatsé asintió boquiabierto—. A continuación someterán a una serie de cadáveres al ahumado. La operación únicamente pretende conservarlos.

Ynatsé trataba de interpretar lo que veía, pero su padre se le adelantó. Lo ilustró con los detalles de una ceremonia que, como advenedizo, nunca había presenciado desde dentro, siempre a distancia.

—Es el ritual con que los preparan para el viaje al mundo de los

espíritus. Así estarán listos para caminar por la otra vida. Les practican unas incisiones en las rodillas, los codos y los pies, y después les aplican fuego para drenar de grasa los cadáveres.

Algún cuerpo chorreaba más que otro, y entre el hedor a carne quemada y la grasa que supuraba, Ynatsé estuvo a punto de vomitar por aquel tufo que la brisa se encargaba de transportar hasta su nariz. Reprimió las náuseas y acabó de ver todo el ritual.

—¿Qué les hacen? ¿Todo eso es necesario para la otra vida?

—Insertan unas cañas vacías en las vísceras para canalizar los fluidos corporales, que una vez recogidos tendrán una función.

—¿Cuál? —quiso saber Ynatsé mientras con una mueca de asco no se perdía detalle del rito funerario.

—Fíjate que uno de los hombres que han estado trabajando en el cuerpo, aquel —señaló a un hombre que se diferenciaba del resto porque llevaba unas pieles negras—, se va acercando a un grupo reducido de personas. Son los parientes del muerto, que han ido reuniéndose alrededor del cuerpo, y les ofrecerá ese líquido corporal.

—¿Qué es todo eso? ¿Qué están haciendo? —preguntó el joven con repugnancia.

—Los familiares del muerto se aplicarán esos fluidos en la piel y el pelo como si fuera una loción. Es asqueroso, lo sé —reconoció su padre—, pero es la tradición. El cadáver se recubre de barro y ocre rojo para prevenir la descomposición y el ataque de animales. Por último, proceden a coserle la boca, los ojos y el ano para evitar que entre aire y la piel se pudra. El cadáver ya está preparado para participar en el último ritual.

Entonces se encendió una gran hoguera a cuyo alrededor se sentaron todos, hombres, mujeres y niños, y se pusieron a beber y comer en compañía de los difuntos.

Ynatsé observaba serio e incrédulo cómo los cuerpos sin vida se habían convertido en los invitados de honor de su propio funeral.

—Bajemos, recojamos la yegua y me acompañas al poblado. Tienes que contarme muchas cosas —le dijo su padre.

Las paredes de la cabaña le resultaban familiares. Estaban trenzadas con ramas como si fueran una cesta, recubiertas de barro y con puntales de roble atados con cuerdas. La techumbre era de tablas forradas de anea y

bálago. Se incorporó y dio siete pasos de un extremo al otro de la habitación y cuatro de izquierda a derecha. Austera, sencilla y práctica, su padre no necesitaba nada más para vivir. Una vez instalados junto al fuego que presidía el centro de la cabaña, Faar empezó a interrogarlo.

—Entonces, Ynatsé, ¿qué has hecho para que la vida te haya traído hasta aquí? —Y señalando los tatuajes añadió—: Los dibujos que hay en tu piel no lo cuentan todo de ti. —Le dedicó una sonrisa y lo invitó a explicarse.

—Ni yo mismo me lo creo —reconoció un desorientado Ynatsé—. Un Mal desconocido está diezmando a nuestro clan, han muerto muchos.

—¿Un Mal? ¿Qué quieres decir? —Faar arrugó la frente.

—Es una enfermedad epidémica, un Mal corrosivo que roe las entrañas, corrompe los cuerpos y se lleva a jóvenes y adultos sin distinción... De hecho, sufro por mi compañera Aynires y mi hijo Zeb.

—¿Tienes mujer e hijo?! —exclamó Faar con orgullo—. Aynires, la hija de Caarban y Monmaá. —Asintió con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Y te ha dado el fruto de su vientre?... ¿Zeb? ¿Le habéis puesto ese nombre? —preguntó.

—Sí, Zeb es el hijo que me ha dado Aynires... —dijo el joven en tono melancólico—. Cuando los dejé el Mal aún no les había afectado, pero temo que les ocurra como a muchos en el poblado, que ya están infectados y ven que el final se acerca. No quieren morir, padre.

—¿Y tú qué tienes que ver con todo eso?

—Confían en mí. Ruegan a los dioses que vuelva lo antes posible con un remedio. Baasi me ha enviado a buscar una cura que dice que nos salvará. Afirma que mientras dormía los dioses le revelaron que yo era el elegido para hacerlo —concluyó.

—¿Por qué tú? ¿Y adónde te ha enviado?

—No lo sé, padre, ya conoces a Baasi. Solo sé que los dioses le hicieron saber que, entre todos los guerreros del clan, yo era el elegido, el que debía ir a un lugar llamado Círculo de Piedra, adonde según sus visiones acuden de todas partes a buscar remedios que curan todos los males.

—He oído hablar del Círculo de Piedra —reconoció Faar—. De hecho, no está muy lejos de aquí —añadió.

—¿Ah, sí? ¡¿De verdad?! —exclamó Ynatsé, y abrió los ojos como cuencos—. ¿Y es cierto que, como dice Baasi, quien acude allí encuentra remedio a sus males?

—Algo de eso he oído que dicen los que han estado —confirmó Faar—. Sí que hablan de un lugar con propiedades mágicas, pero yo no lo tengo tan claro —reconoció. Y añadió—: Dicen que hay muchas personas que meten ruido para atraer la curiosidad y las necesidades de los que allí acuden, ofreciéndoles remedios, ungüentos y demás. —Hizo una pausa y le anunció —: Nosotros, aquí, curamos las infecciones untando las heridas con una pasta de moho común que se forma en los arneses de cuero con que enjaezamos a los caballos.

—¿Cómo, cómo? —Ynatsé se lo hizo repetir porque no entendía nada.

Su padre procedió a explicárselo de manera sencilla:

—Observé que el sudor de los animales, junto con la humedad que reinaba en el interior de las cuevas donde pasaban las noches, propiciaba la aparición de unas sustancias filamentosas que parecían tener vida propia y depender del caballo o del jinete para vivir. Se formaba una especie de capa, una mancha blanquecina, en el lomo del animal. ¿Me sigues? ¿Lo entiendes? —preguntó Faar al mirar el rostro inexpresivo de su hijo.

Ynatsé negó con la cabeza.

—El cuero de la silla sobre la piel empapada en sudor y caliente del caballo, junto con la humedad de la cueva, era el lugar idóneo para que se desarrollase un hongo y apareciera el moho. Mira, me hice una herida y, al estar en contacto durante muchos días con esa sustancia blanquecina, se me acabó curando. A propósito, tras numerosas pruebas, hemos conseguido elaborar con ella una pomada, un ungüento con cera de abeja, aceite y resina de pino para que se adhiera y poder aplicarla sobre la herida o la infección a fin de que, al penetrar en la piel, actúe sobre ella. Ese cuerpo blanco recubre la parte afectada para neutralizar el elemento nocivo que ataca nuestro cuerpo y nuestras defensas. El proceso, la lucha, dura ocho días con sus noches. Primero se acopla, después penetra y finalmente la destruye.

Ynatsé había escuchado con atención, pero no pudo por menos que ser sincero con su padre.

—Padre, no me veo con ánimos de seguir adelante. No ya de volver con una cura, sino de encontrar la que necesita nuestra gente, que cae en las garras de ese Mal que se instala en el cuerpo y lo carcome hasta dejarlo reseco y delgado como una piel curtida de ciervo.

Ynatsé estaba abatido y Faar, con la intención de espolearlo, lo ilustró con su experiencia.

—Hace bastantes lunas, cuando me fui del lago acariciando a una yegua por toda compañía, ignoraba qué rumbo tomaría y aún más a qué andurriales iría a parar. Entonces, un hombre muy sabio que venía de pueblos lejanos, de allende las montañas donde nace el sol, y que conocía mi amor por los caballos, y al que tú conoces muy bien porque se llama Baasi, me contó una historia. Por entonces me resultó muy útil y creo, hijo mío, que también puede serlo para ti.

»Resulta que en su pueblo había un hombre que tenía caballos que trabajaban, los ayudaban a cosechar sus cultivos. Un día, su capataz se presentó muy nervioso y le contó que el mejor caballo que tenían había caído en un agujero muy profundo y no veía la manera de sacarlo. Cuando se enteró, aquel hombre, junto con una comitiva del poblado, acudió rápidamente al pozo para ver con sus propios ojos cuál era la situación del preciado caballo. La suerte fue que el animal, pese a haber caído en aquel agujero, no se había hecho daño ni roto ninguna pata, pero el hombre captó enseguida la gravedad del asunto. Se dio cuenta de que sacarlo de allí sería una tarea difícil y muy complicada debido a la profundidad del hoyo. Se puso a dar vueltas a la abertura, reflexionando sobre lo que debía hacer. No podían sacarlo porque, para tirar de él, habría sido necesario movilizar al resto de los caballos, que estaban utilizando para trabajar en el campo. El frío y la nieve no tardarían en aparecer, las cosechas del poblado no iban muy bien y, sopesando los riesgos y los esfuerzos de la operación, tomó la decisión más dura. Ordenó a su capataz que sacrificara al caballo enterrándolo en el pozo, relleno de tierra. Pensó que era mejor que muriese por falta de aire que de hambre, lentamente, porque tampoco podían ir dándole comida. Así que empezaron a echar tierra. Al principio, el animal, con la cabeza gacha, soportó estoicamente la lluvia terrosa que le caía encima, pero cuando ya hacía largo rato que los hombres arrojaban tierra sin miramientos sobre su lomo, se oyó el relincho del caballo, que alzó la cabeza orgullosamente hacia el cielo y se sacudió la arena de la crin, mientras con las patas traseras intentaba dar coces. Al ver la actitud desafiante del animal, el capataz decidió redoblar el contingente de hombres, y de ocho pasaron a dieciséis los que echaban tierra sobre el animal. Repitieron la operación infinidad de veces pero, para desesperación del capataz y los hombres, no lograban enterrar al caballo, al contrario. Consiguieron el efecto opuesto del que buscaban. Cuanta más tierra le echaban, menos profundo era el hoyo. El agujero que había de ser

la tumba del caballo acabó siendo lo que propició su salvación, porque se sacudía la tierra y sobre la pila que se iba formando pudo ir subiendo hasta la superficie.

Llegado a ese punto del relato, hizo una pausa, al ver que Ynatsé ponía cara de «¿y por qué me cuentas eso?». Luego prosiguió.

—Ese hombre sabio que venía del lugar donde nace el sol me lo refirió en un momento en que ante mí se abría un espacio incierto. Recuerdo que me dijo que me transmitía aquel relato tal como lo había recibido él para recordarme que, si algún día tenía la sensación de estar en el fondo de un pozo y no veía la manera de salir, pensara en ello.

»Me lo inculcó para cuando llegaran esos momentos en que te sientes muy desanimado, hundido, y crees que todo y todos están en tu contra, que no sirves ni vales para nada y nadie te echa una mano. La historia del caballo sirve para tener muy claro que las soluciones, las oportunidades, ¡están aquí! ¡Abre los ojos y mira de manera diferente a tu alrededor, a tu entorno! —lo instó—. Piensa que la tierra que cae sobre el caballo hace menos profundo el agujero. Aprende a sacar partido de ella. No dejes que te entierre, utilízala en tu propio beneficio para seguir adelante.

»Recuerda que eres tú quien tiene el poder de decidir cómo actuar ante lo que te ocurre en la vida. No desfallezcas nunca y sigue subiendo, como el caballo.

Ynatsé reflexionaba mientras aún resonaban esas sabias palabras de su padre.

—Lo tendré presente, padre, pero cada día que pasa estoy más confuso, desorientado y decepcionado, y tengo más dudas sobre lo que estoy haciendo. —Tenía la mirada perdida, acuosa, como soñolienta. Y reconoció que la inquietud también lo corroía de noche—. Sabes, padre, por las noches, cuando cierro los ojos, a menudo se me aparece un ciervo misterioso que me lanza un reto. Me dice que lo cace a través del bosque. Y yo voy tras él, pero nunca consigo atraparlo —contó con un punto de desfallecimiento.

—Creo que el ciervo eres tú —dijo su padre. Ynatsé enarcó las cejas—. Sí, no te extrañes. Creo que el ciervo te simboliza a ti, tu propio yo, tu alma. El destino del ciervo representa el crecimiento de tu alma, que te pide cambios radicales. El alma —y tocó con el dedo el pecho de su hijo— es la parte esencial que te da vida, vigor, fuerza. Es la sede de la inteligencia, la voluntad y la sensibilidad.

Hizo una pausa para que Ynatsé asimilara sus palabras.

—El cazador debe buscar en su interior cómo encontrar el camino que habrá de llevarlo adelante. Pregúntate: «¿Qué caza el cazador?» La respuesta es: a uno mismo. Al final de tu camino, de tu viaje, encontrarás la respuesta, Ynatsé, porque habrás hecho caso a tu alma, seguro, estoy convencido. —Le dedicó una sonrisa y le dio un fuerte abrazo.

Se hizo un silencio.

—Padre, ¿por qué tuviste que irte? —La pregunta le salió del fondo del corazón.

Ynatsé lo había estado escuchando embelesado, absorbiendo toda la sabiduría, como las raíces en una tierra abonada, que le transmitía aquel hombre, que era casi un desconocido para él pero que en solo medio día que llevaban juntos era como si jamás se hubieran separado.

El vínculo entre padre e hijo seguía intacto pese al paso del tiempo. Era fuerte y sagrado, e Ynatsé se aferraba a los consejos de Faar como a una tabla de salvación.

—He de proseguir mi camino al Círculo de Piedra, y pensaba que podrías acompañarme, no solo hasta allí, sino también después, de vuelta al poblado —sugirió Ynatsé.

Faar lo miró de hito en hito, le dedicó la mirada más cálida y la sonrisa más dulce, y se le acercó. Lo cogió por los hombros y, mirándolo a los ojos, le dijo solemnemente:

—Ynatsé, hijo mío, es tu camino y debes recorrerlo solo. Aunque quisiera acompañarte, haría que me atasen. Ya te lo dijo Baasi: es la voluntad de los dioses que hagas esta travesía solo. No puedo ni quiero desobedecer a nuestras divinidades si creen que eso es lo mejor para ti.

Hizo una pausa, desvió la mirada hacia el horizonte y, cuando volvió a fijarla en Ynatsé, este lloraba.

—No, hijo, no llores. —Lo sacudió levemente por los hombros—. Mi tiempo en el Clan de los Caballos acabó hace mucho. Ahora, volver al poblado del lago no tendría sentido. No quiero volver atrás, es antinatural: caminemos hacia delante. La mirada y el pensamiento, que se rigen por el corazón, puedo dirigirlos atrás, pueden pasearse por tiempos pretéritos, pero las piernas, las piernas, Ynatsé, que obedecen a la cabeza, me hacen seguir avanzando. ¡Como tú, que has de seguir adelante!

Faar alargó el brazo hacia el horizonte. Cuando volvió a plegarlo, se tocó el pecho.

—Piensa que te llevo muy dentro, Ynatsé. Ya te llevaba antes, pero ahora todavía más. Querer a un hijo es fácil, esté donde esté. Lo sabes muy bien porque tienes uno. Y yo te he querido y te quiero. Lo difícil es ponerse en su piel. Porque eso solo puedes hacerlo tú y lo has de hacer tú —subrayó de nuevo su padre.

Había procurado exhortarlo con buenas palabras, persuasivas y convincentes. Era la fuerza que necesitaba para convencerse, para creer en su misión.

—Recibe mi bendición, hijo, y ve, haz tu camino, que hay quien te espera.

21

EL SECRETO DE BAASI

Aynires, en compañía de Zeb, había ido a la cabaña de Paar para comunicarle lo que Baasi y ella acababan de planear, pero no lo encontró. En cambio, sí que estaba su mujer. Liolaá era más bien arisca, pero su actitud hacia Aynires se había suavizado tras el incidente en el agujero-trampa, donde Aynires había salvado a su hijo de los colmillos del jabalí. Esta no sabía cuán importante era lo que había hecho. Liolaá era una mujer madura y ahora su mirada triste se iluminaba un poco al ver a Zeb, que chupaba el pecho de su madre. Su vientre jamás había dado fruto. En realidad no le había dado ningún hijo a Paar.

—Ya volveré después. —Aynires se estaba despidiendo cuando Liolaá la invitó a quedarse.

—Está a punto de llegar. Si quieres esperarlo, no creo que tarde mucho. —Liolaá le ofreció sentarse junto al fuego—. Siéntate, mujer, Zeb está mamando y estaréis mejor aquí.

El pequeño estaba atareado succionando el pecho de su madre, que accedió a sentarse.

—Gracias, Liolaá. Se está mejor aquí que en la helada cueva de Baasi —reconoció.

—Ahora que estamos solas, quiero aprovechar para agradecerte lo que hiciste.

—¿Lo que hice? ¿Cuándo? —le respondió sorprendida Aynires.

—Aquel día en el agujero-trampa, el jabalí, el niño... —le recordó Liolaá. Era una mujer muy orgullosa y le costaba pronunciar aquellas palabras.

—¡Ay, mujer! Ya te dije que me impulsó el instinto maternal. Que lo habría hecho igual por el hijo de cualquier otra.

—Sí, ya lo sé, pero es que...

Agachó la cabeza un instante y volvió a levantarla para mirarla de hito en hito. Los ojos verdes y dorados de Aynires esperaban la respuesta de Liolaá. Y cuando la mujer de Paar habló, Aynires sintió un escalofrío en la espina dorsal.

—La criatura a la que salvaste de las garras del jabalí es el hijo del hermano de Paar. Cuando Taar murió en el incendio, lo adoptamos y desde entonces es como si fuera nuestro, el hijo que nunca conseguí dar a mi hombre —reconoció con un matiz de amargura.

—No lo sabía, Liolaá. —Se le acercó para acariciarle la mejilla, por la

que resbalaban lágrimas de impotencia—. Entiendo que lo quieras más que a tu propia vida. Un hijo es el mayor regalo que puede hacernos la Madre Naturaleza. —Liolaá asentía mientras se tragaba las lágrimas—. No obstante, piensa que la desgracia te aportó algo bueno, que es lo que te ha llenado de vida.

—Soy consciente, por eso hacía tiempo que tenía en mente agradecerte que le salvaras la vida. ¡No habría soportado perderlo! —admitió mientras su rostro se iba relajando y de las lágrimas solo quedaba el rastro de sal.

Aynires la abrazó como pudo mientras Zeb, apretujado entre las dos mujeres, refunfuñaba porque no podía chupar con comodidad. Se separaron con una sonrisa y la mujer de Ynatsé, para cambiar de tema, preguntó de repente:

—Por cierto, ¿cómo es que Baasi no tiene mujer?

No era un hombre de físico agraciado, pero desprendía un encanto, un magnetismo que atraía. Era una cuestión que hacía tiempo que le rondaba por la cabeza, pero nunca había encontrado el momento adecuado para preguntárselo al viejo hechicero.

Liolaá la miró arrugando la frente y dedicándole una mueca de perplejidad, mezcla de sorpresa y duda. Se recogió el plateado cabello y le contestó enarcando la ceja izquierda.

—Aynires, ¿de verdad que no lo sabes? ¿Nunca te lo ha contado nadie? —La mujer de Paar no salía de su asombro.

—¿Qué tendría que saber? —respondió extrañada Aynires, mientras Zeb le chupaba el pecho izquierdo, cada vez con menos avidez debido al sueño que se estaba apoderando de su conciencia.

—Si Baasi es quien es, es por amor —reveló Liolaá.

—¿Por amor? —exclamó Aynires, sin entender.

Cosa que provocó un pequeño sobresalto en el incipiente primer sueño de Zeb. Su madre le susurró al oído y la criatura volvió a dormirse, acunado por los brazos, la voz y el calor de Aynires.

—Sí. Si Baasi es el sabio que hoy conoces, se debe a un amor de juventud. Perdió un ojo, tiene el labio ligeramente deformado, aunque lo disimula bastante con la barba, y renquea de una pierna por todo lo que le pasó hace muchísimas lunas por un amor de juventud —le contó Liolaá.

Mientras que Zeb los tenía bien cerrados, Aynires abría unos ojos como cuencos, mezcla de sorpresa y excitación. Su expresión era la de una persona muerta de curiosidad.

Y Liolaá se dispuso a contarle el secreto de Baasi.

—Baasi se enamoró de Raaia, una muchacha que no era para él, aunque él lo ignoraba. Era una joven a la que también pretendía otro chico del clan, Kaïs. Cuando Baasi decidió declararle su amor obsequiando una dote al padre de la muchacha, este la rechazó porque la familia del otro se le había adelantado. Baasi se quedó sin su amada, pero no se conformó con esa decisión injusta. Esa noche decidió que huiría del poblado con ella. Y así lo hizo. Cogió un zurrón con cuatro cosas: hierbas, grano, un puñal y una calabaza de agua. Se marcharon juntos, pero una serpiente mordió a Raaia, que cayó enferma. Entonces Baasi decidió refugiarse en una cueva, donde le sería más fácil cuidar de ella con las hierbas medicinales que llevaba en el zurrón y un buen fuego. Entretanto, el padre de la chica alertó de su desaparición, y su pretendiente Kaïs, acompañado de su hermano y su padre, salió a buscarla. No habían dejado ningún rastro, pero no les costó nada encontrarlos. El humo que salía de la hoguera que Baasi había encendido en la cueva los delató. Kaïs, así como el padre y el hermano de este, lo atacaron a pedradas. Se llevaron a Raaia y Baasi quedó tendido en el suelo medio muerto. De hecho, ellos lo dieron por muerto. Pero Baasi sobrevivió. Lo consiguió gracias a lo que cayó de la bolsa que le habían despanzurrado, unos granos de trigo y una calabaza con agua. El agua hizo que los granos brotasen, y cuando Baasi recuperó la consciencia, alimentó el hilo de vida que le quedaba con aquellos brotes tiernos que habían germinado y la escasa agua que chorreaba por las paredes de la gruta. A punto ya de desfallecer, aparecieron por la boca de la cueva su padre y dos hombres del poblado, que habían salido a buscarlo. Se lo llevaron al pueblo y regresó al clan como un muerto viviente. Su padre le hizo una incisión en el cráneo para curarle las heridas, para extraer la sangre que allí se había acumulado. La hemorragia hizo que se le paralizase una pierna, y perdió un ojo como consecuencia de los golpes recibidos. Renqueando y con un solo ojo, Baasi sobreviviría como un parásito, incapaz de ayudar a la familia ni en el campo ni en la caza. Dependía de la buena voluntad de un clan que lo culpaba de todos los males. Así las cosas, sobrevino una larga temporada sin lluvias que se tradujo en una gran sequía que afectó a campos y cultivos. No tardaron demasiado en culpabilizar a Baasi de la mortandad de las cosechas. Le echaron en cara que, como había osado desafiar la voluntad de los espíritus al llevarse a una mujer que no era para él, ahora los dioses castigaban al poblado.

»Había una maldición, y todo apuntaba a que Baasi era el responsable. Los espíritus lo habían condenado, así como toda la comunidad, que lo arrinconó y le hizo el vacío.

»Condenado por el resto del clan, Baasi pasó mucho tiempo solo, observando los secretos de la Naturaleza para tratar de comprenderlos. Su cuerpo carecía de fuerzas, pero tenía el espíritu despierto. Muchas veces, sentado en el suelo a la sombra de un roble, pensaba en todo lo que le había ocurrido y no salía de su asombro ante la desgracia que lo había golpeado. Estaba solo, sin la persona amada y repudiado por un clan que lo mantenía apartado de toda actividad; suerte que sus padres y su hermano se lo llevaban al campo. Lloraba desconsolada y amargamente. Fueron las prodigiosas y abundantes lágrimas que cayeron en la tierra reseca y agrietada lo que le abrió los ojos. Dio un trago de agua para intentar calmarse, pero aún fue peor. Le resbaló por el labio inferior, que tenía levemente colgante y partido, fruto de la parálisis, y cayó al suelo. Se sintió inútil. Con las manos mojadas y embarradas, rascó la tierra de pura impotencia cuando, de pronto, no pudo evitar que le vinieran a la mente unas imágenes. Se veía a sí mismo tendido en la cueva, magullado por las pedradas que le había propinado Kaïs, con las manos enfangadas debido al agua de la calabaza que Kaïs y los suyos habían tirado al suelo al destrozarle el zurrón. El agua y las semillas fueron a parar al suelo en aquella gruta. Recordaba haber hecho unos surcos con los dedos para tratar de evitar, infructuosamente, que el agua se perdiera. Y aquella agua que se colaba y corría entre los surcos donde estaban los granos, las semillas, había hecho crecer aquellos brotes verdes y tiernos que lo habían mantenido con vida. Lo vio muy claro, como cuando el relámpago centellea en mitad de la noche y por un momento reina la luz en la oscuridad. Relacionó el agua en la tierra con el hecho de dar frutos. Entendió que el secreto de la vida era el agua, que no era necesario esperar la lluvia que les enviaban los dioses. “Todo estaba delante de nuestras narices pero no lo habíamos entendido”, se dijo Baasi.

»Corrió tan deprisa como se lo permitían las piernas para contárselo a su padre y su hermano, quienes pese a cierto escepticismo se apresuraron a probarlo: no tenían nada que perder. Siguiendo las instrucciones de Baasi, cavaron unos surcos desde el río más próximo hasta sus campos sedientos y agrietados. Se anegaron con tres dedos de agua, y Baasi les dijo que arrojasen granos y semillas sobre aquel lodazal. La Naturaleza siguió su

curso y los resultados no tardaron en llegar. Los campos de la familia de Baasi crecían lozanos y verdes, y cosechaban lo que querían para luego compartirlo con el resto del poblado. Gracias a la idea de Baasi de regar los campos, su suerte y la de su familia cambiaron. Todos los escuchaban, y veían que, más que maldito, Baasi había sido bendecido por los dioses. Había robado sus poderes al cielo y se reía de la lluvia, que ahora por fin asomaba la cabeza tímidamente con unas nubes amenazadoras. Demasiado tarde. Su idea era más poderosa que la Naturaleza, más fuerte que todos los espíritus, y eso le confería un poder que los miembros de la tribu reconocían. Era una autoridad respetada y se tenía en cuenta su opinión. En agradecimiento, el clan decidió expulsar a Kaïs y su familia, lo cual incluía a su mujer Raaia. Baasi tuvo que acceder a ello. Solo era cuestión de tiempo que se convirtiera en un sabio sanador, porque también supo aplicar y perfeccionar las técnicas de trepanación de cráneos que practicaba su padre, así como otras curas, fruto de su observación de la Naturaleza y del comportamiento de los animales. En un lapso relativamente breve, Baasi fue ampliando sus conocimientos, al tiempo que sus pactos con los espíritus de la Naturaleza para ser el intérprete de sus voluntades se iban consolidando. Gracias a eso, la figura de Baasi vivió una curiosa transformación en el imaginario del clan. Con solo una generación de diferencia pasaron de rechazarlo a venerarlo como a un dios.

Saciado de leche y oyendo el relato de Liolaá, Zeb hacía rato que se había dormido al amparo de los cálidos brazos de su madre. A raíz de aquella historia, Aynires no solo pudo entender a Baasi y su mundo, sino que también fue consciente de que tenían la misma manera de actuar: observar la Naturaleza para encontrar la forma de resolver los problemas.

22

DECEPCIÓN

Cuando los vio ya empezaba a oscurecer. Aparecieron ante su vista como una agrupación de prominencias insignificantes sobre una amplia llanura. A medida que Ynatsé se adentraba en el vasto llano, fue descubriendo pequeños puntos de luz que avanzaban en procesión a lo largo de un camino ancho que llevaba a un lugar que, por la disposición de las piedras, le pareció que tenía una forma similar a los recintos funerarios que habían construido cerca del poblado para enterrar a sus muertos, aunque mucho más grande.

«¿He llegado al Círculo de Piedra?», se preguntó. Su corazón le decía que sí. Todo parecía coincidir con las visiones de Baasi: una marea de gente iba y venía de aquel espacio, presidido por un imponente círculo de piedras, inmensas, que desprendía una claridad sobrenatural gracias a la concentración de personas con teas y antorchas, que al ponerse el sol acudían a despedir el solsticio de invierno y celebraban fiestas. Apretó el paso, deseoso de poder verlo de cerca y buscar el remedio, la cura anhelada.

Vio que el acceso al círculo se efectuaba en procesión por una gran avenida cuyo recorrido prácticamente terminaba en unas marcas blancas, hechas en paralelo en el suelo, que dirigían la fila de personas entre dos piedras por las que se colaba la luz del sol, justo por donde se ponía. Estaban orientadas hacia el sol, que iluminaba el camino al otro mundo. Aquel era un círculo solar. A lo largo del recorrido y antes de entrar en el recinto pétreo, había una serie de cabañas de curanderos y brujos que ofrecían sus conocimientos y remedios; tal era el motivo de que acudieran allí personas procedentes de todas partes, en busca de una solución a sus dolencias y enfermedades. Oyó las palabras de uno de los que peroraban en voz alta: «La piedra simboliza el endurecimiento de los cuerpos al convertirse en esqueletos. La piedra es ancestral y masculina, la madera es suave y dúctil, como las mujeres y los niños...»

Ynatsé se quedó boquiabierto ante las dimensiones de las piedras y la energía que transmitían. De reojo vio asimismo una segunda hilera de tablas dispuestas de forma lineal, describiendo otro círculo alrededor del central de piedra. Corría la leyenda de que atribuían poderes curativos a los manantiales que brotaban de las montañas situadas más al norte, de donde procedían aquellos bloques de piedra gigantescos. Ynatsé recorrió el paraje con la mirada, estupefacto ante la solemnidad que le conferían aquellas

piedras alineadas en círculo, así como ante el silencio que ofrecían al viajero que accedía en peregrinaje al interior del recinto y que, sin saberse cómo, lo aislaba del bullicio y la agitación que se generaban fuera de los dominios sagrados y que el perímetro de las piedras procuraba atenuar. Se iba internando entre el tropel de gente, y le llamó la atención otro curandero que gritaba a los cuatro vientos las enfermedades que podía acarrear a una comunidad la llegada al mundo de una criatura. Extrañado por aquel enunciado, Ynatsé aguzó el oído.

—Durante el embarazo, una mujer lleva en su seno dos vidas: la de la criatura y la del saco que alberga a esta. Esa bolsa llena de vida es lo que permite al nonato vivir en las entrañas de su madre. Por eso es muy importante que el día en que el niño tenga que salir del vientre materno, se separe de la bolsa con sumo cuidado y dicha vida se destruya de la forma correcta. Si no se hace como es debido, las enfermedades hacen su aparición en esa comunidad. El mencionado saco, la bolsa, contiene fuerzas malignas que pueden suponer una amenaza para todos aquellos que entren en contacto con ella. Una vez expulsada del cuerpo de la madre, hay que cogerla, lavarla y quemarla hasta que quede reducida a cenizas. Acto seguido es preciso que encerréis esa ceniza en una tinaja con sebo de buey e incienso, y sobre todo incluid herramientas que marquen la vida cotidiana de la comunidad. Coged la tinaja e id a enterrarla muy lejos de vuestro pueblo. Una bolsa que no se entierra de manera adecuada puede acarrear el Mal a toda la comunidad.

Cuando el hombre acabó de hablar y se deshizo el corro que lo había rodeado, todos absortos por su relato, Ynatsé se dirigió a él con un dejo de preocupación en la voz.

—Vengo de un poblado donde han nacido criaturas, pero nunca hemos enterrado la bolsa como acaba de explicar. Ese hecho ha coincidido, como bien dice, con una enfermedad epidémica que ha diezmado buena parte del poblado. De hecho, vengo en busca de una cura. ¿Qué podemos hacer? —preguntó afligido, temiendo la respuesta.

—Ya es demasiado tarde. Así como la sombra es el reflejo de la vida, el saco representa la otra vida a la que no se ha permitido vivir. Si una vez que la madre tiene el niño, se deja la bolsa en el suelo y no se la somete a ese tratamiento, su capacidad para generar epidemias es incalculable —repitió el curandero, antes de alejarse hacia la avenida de la procesión.

Compungido y abatido, Ynatsé deambuló por el lugar, que le provocaba

sensaciones contradictorias. Pensaba en Aynires y en Zeb. Lamentaba la pérdida de tiempo que había supuesto aquel largo viaje hasta allí. ¿Qué había pasado con la visión de Baasi? ¿No era decisión de los dioses? ¿No era el Círculo de Piedra el lugar adonde debía llegar? Tenía una profunda sensación de derrota, de haber sido vencido por una fuerza superior. Vagaba de acá para allá, desorientado y decepcionado. Finalmente, se acercó a una anciana que tenía una pequeña cabaña algo apartada del resto. Supuso que era una curandera por la cantidad de vasijas que llenaban su estancia. Ynatsé suspiró y repitió una vez más su discurso, de forma maquinal, con escasa convicción.

—He viajado hasta aquí desde muy lejos guiado por los dioses, para encontrar un remedio, una cura. ¿Dónde puedo encontrar la magia susceptible de aliviar los males de mi pueblo?

—Apreciado guerrero viajero, aquí no hallarás lo que buscas —le soltó la vieja curandera—. Lo único que puedes llevarte en tu zurrón es lo que recojas tras escuchar atentamente lo que quieran revelarte y puedan transmitirte las personas que están enterradas aquí, en el Círculo de Piedra. Los espíritus de los sesenta y tres que están sepultados alrededor del Círculo acompañan a los que quieren hacer ese viaje, ahora que el sol también empieza a ocultarse dentro de la tierra. Aparte de eso, difícilmente disponemos de la cura que has venido a buscar.

Ynatsé volvió a contemplar el entorno que lo rodeaba. Y ahora, aquel guerrero viajero del lago, como lo había definido la curandera, paseaba la mirada, incrédulo y decepcionado, por aquel recinto que desprendía una energía que se notaba en la piel. Las majestuosas piedras azuladas despedían un brillo especial. ¿Era cierto que, gracias a su alineación, permitían enfocar la luz de los que estaban enterrados bajo el Círculo, hacia el crepúsculo, y guiar a las almas de los perdidos?

La curandera sacó a Ynatsé de sus cavilaciones con una declaración que lo sorprendió.

—Los hombres dependen de la cooperación y la compasión mutua para sobrevivir —le espetó mientras fijaba su vista cansada y empañada en la piedra negra translúcida que llevaba Ynatsé.

—Perdone, ¿qué decía? No la escuchaba —se disculpó el joven.

—¿De dónde has sacado ese colgante? —Señaló el trozo de obsidiana que Baasi le había colgado como guía para el viaje. Y sin esperar respuesta, añadió—: Conozco el lugar de donde ha salido esa piedra negra,

transparente pese a su opacidad, translúcida porque el sol pasa a su través. Es una piedra especial, suave y tibia, porque está hecha de la lava de un volcán, y por tanto procede de las entrañas de la tierra —aseveró la anciana, y acto seguido le propuso un trato—: Si me das ese colgante con la piedra, te daré a cambio estas tablillas de arcilla. —Y le mostró unas tablillas en las que había representadas unas formas muy extrañas.

—¿Y qué gano yo con eso? —preguntó Ynatsé mientras recibía las tablillas de manos de la anciana.

—Allí de donde yo vengo, los que trabajan la tierra y conducen rebaños de bueyes han dejado de confiar únicamente en su memoria para llevar las cuentas de las cabezas de ganado y las cosechas. Y en estas tablillas de arcilla graban todo lo que no quieren olvidar. Con símbolos que representan a los animales, los cereales o las legumbres, el sol y la luna, así como otras formas que designan las cantidades de grano o de ovejas.

Ynatsé la escuchaba mientras sostenía las tablillas y se decía: «¿Y qué puedo hacer con estos trozos de barro cocido y lleno de garabatos?»

—También contienen indicaciones para llegar a su poblado... — Interrumpió la enumeración de propiedades de las tablillas, y luego añadió —: Así como remedios para los diversos males y enfermedades epidémicas que los afectan. Ve allí, tal vez ellos puedan ayudarte. Ve a ese pueblo y quizás encuentres lo que buscas. —Y alargó la mano para que Ynatsé le diera la obsidiana.

—¿Y cómo encontraré ese lugar? —quiso saber Ynatsé, que no tenía la menor intención de desprenderse de la piedra negra.

—Se conoce como la Ciudad de los Muertos.

—¿La Ciudad de los Muertos? —repitió él.

—Al lado de un río muy caudaloso y a los pies de un volcán. ¡De su falda extraen tanta obsidiana como quieran! —exclamó la curandera—. Allí la conseguirás... La llaman la Ciudad de los Muertos porque es un asentamiento que ha crecido encima de los muertos. Cuando llegues sabrás por qué.

Ynatsé dudaba, pero tras la decepción del Círculo de Piedra decidió aceptar, un tanto a regañadientes, lo que le ofrecía la anciana, si bien optó por darle otras piedras: las tres piedras verdes que llevaba en un brazalete que se había confeccionado durante su breve estancia en el poblado de su padre. Le explicó las propiedades de aquellas rocas y la vieja curandera aceptó el cambio. Estaban procediendo al trueque de objetos cuando, de

pronto, Ynatsé oyó un relincho.

Corrió en dirección al lugar de donde procedía aquel sonido que le resultaba sumamente familiar y, detrás de los puestos, vio un caballo que en la mirada todavía conservaba aquella ferocidad original, aquella voluntad indómita, pese a los arneses y estribos. Dócil e imponente, el caballo negro con una mancha alargada en la frente también lo miraba a él. Ynatsé se le acercó y le acarició el cuello y la crin mientras le susurraba unas palabras al oído. El caballo reaccionó y le dedicó otro relincho, cual si se conocieran. Tenían una conexión especial, como si el caballo hubiera sabido interpretar los símbolos que Ynatsé llevaba dibujados en la piel. Como si supiera que era del Clan de los Caballos, el hijo de uno de los mejores adiestradores de la Tierra, con una destreza única para comunicarse con los de su especie. Decidido, se dirigió a la anciana.

—Si este caballo es suyo, también me lo llevo. —Ynatsé no le dio opción.

La vieja, a la que le había bastado ver cómo se comunicaba con el animal, cedió a su petición sin oponer objeciones. No era la dueña de aquel hermoso ejemplar, pero no se vio con ánimos de llevar la contraria a aquel hombre. Su asentimiento con la cabeza fue la señal que esperaba Ynatsé para desatarlo, montarlo y salir al galope de aquel entorno crepuscular. Salió en busca de un lugar donde no tenía la menor certeza de encontrar un remedio que cada vez veía más inalcanzable.

23

SONRISAS ENIGMÁTICAS

Ynatsé encontró el camino para volver a la playa donde había ocultado la barca. Ahora, no obstante, le surgía una preocupación añadida. Había ido solo, pero quería volver con el caballo. No tuvo más remedio que reforzar los bajos de la embarcación para que pudiera soportar el peso del animal. La travesía fue movida, y el caballo, inquieto por la proximidad del agua y el vaivén desestabilizador, no se lo puso nada fácil a Ynatsé. Al cabo de unas cuantas lunas, con penas y fatigas, consiguieron tocar tierra. Ynatsé clavó la vista en el horizonte buscando una señal que le permitiera seguir un camino más o menos fiable. No tenía ninguna referencia, pero decidió que debía avanzar. Se subió a la grupa del caballo, dio un leve tirón a la cuerda que le servía de riendas y se pusieron en camino. Hacía días que vagaba sin rumbo fijo. Se arrastraba por unos parajes áridos y estériles que no le procuraban nada para comer. Ni a él ni a su caballo. Ynatsé había decidido desmontar y caminaba al lado de su montura. Y eso que se esforzaba en rascar el suelo con una vara en busca de alguna raíz, algún bulbo, alguna seta o cualquier cosa comestible para calmar el hambre que los consumía por dentro. El calor era cada vez más insoportable, y por más que buscaba, tampoco había ni rastro de agua. Se sentía mareado, le flaqueaban las piernas, y cuando ya estaba a punto de desfallecer, se dejó llevar por la inercia del caballo, que, rendido y exhausto, lo condujo hasta la sombra de un castaño, donde se acurrucó. Se le nubló la vista, y cuando recuperó el sentido, lo hizo en un espacio muy diferente del que lo rodeaba antes de cerrar los ojos. Para empezar, notó que no estaba a la intemperie, sino acostado y a cubierto, porque veía un techo sobre su cabeza. No había rastro de su caballo. Tras incorporarse con brusquedad, se sintió observado, y el susurro que le cosquilleaba los oídos se fue convirtiendo en un rumor que, de golpe, lo ensordecía. Quiso levantarse. Lo hizo con gran dificultad, pero cuando vio que a su alrededor todo se movía, desistió y se dejó caer. Desde el suelo, alzó la vista y se vio rodeado por un grupo de mujeres. Lo miraban con curiosidad. Notó que lo alzaban por las axilas: estaban ayudándolo a ponerse de pie. Ynatsé volvió la cabeza perezosamente a derecha e izquierda para dar las gracias a las dos mujeres altas, jóvenes y corpulentas que lo sostenían. No podía mantenerse erguido y lo arrastraron hasta colocarlo en una especie de butaca ante una venerable anciana que lo miraba con ternura. Ynatsé dirigió la vista al rostro de aquella mujer, redondo y radiante, enmarcado por una larga cabellera blanca que no se

veía dónde acababa. La mujer esbozó una sonrisa y le dedicó un saludo, un gesto de asentimiento con la cabeza, al tiempo que con unas manos manchadas por el paso del tiempo le ofrecía un cuenco para beber. Ynatsé se apresuró a corresponderle, asintiendo a su vez con la cabeza para expresar su agradecimiento. Entonces cogió el cuenco y bebió con ansiedad, sorbiendo ruidosamente. De inmediato empezó a notar los efectos de la ingesta de aquella bebida en su debilitado cuerpo.

El néctar que contenía aquel recipiente no solo sació su sed, sino que notó cómo todo su cuerpo se iba espabilando. Cobró conciencia de que estaba saliendo de aquel estado de letargo. Todos los nervios y músculos se le despertaban. Era un brebaje vigorizante, reconstituyente. Apuró hasta la última gota y devolvió el cuenco —limpio como una patena— a otra mujer, igualmente corpulenta y de una belleza extraordinaria, que se le había acercado para recogerlo. Miró de nuevo alrededor y constató lo que no acababa de creerse. Era un clan compuesto exclusivamente por mujeres. No había hombres.

—Efectivamente, eres el único de tu género —dijo la anciana que presidía aquella estancia.

Ynatsé la miró con asombro. «¿Me ha adivinado el pensamiento?»

—Sí, así es —confirmó la anciana, asintiendo con la cabeza y otra sonrisa enigmática.

«¿Y qué ocurrió para que desaparecieran todos los hombres?», se preguntó Ynatsé. La respuesta no se hizo esperar.

—Antiguos guerreros los exterminaron a todos: no quedó ni uno. Todo sucedió hace mucho tiempo, cuando nos enfrentamos a un poderoso clan con el que rivalizábamos por unos territorios de caza —comenzó a relatar la venerable anciana en presencia de las muchachas—. Las mujeres no quisimos resignarnos ni humillarnos bajo el yugo de quienes querían someternos y sodomizarnos. Nos revelamos y nos impusimos sin recurrir a la fuerza.

—¿Y cómo os las arreglasteis, si no utilizasteis armas para doblegar la voluntad de todo un clan? —preguntó él, sorprendido.

—Solo agudizando el ingenio. —La anciana se tocó la frente con el dedo índice mientras aseguraba—: Los vencimos usando la cabeza y el poder de la palabra. Dos armas muy poderosas, devastadoras. Eso sí, hay que saber emplearlas.

—Siento mucha curiosidad por saber cómo lo lograsteis —insistió

Ynatsé.

La anciana accedió a contárselo.

—Brea, la mujer de quien había sido el jefe del poblado, dijo al caudillo enemigo que podría disponer de todas las mujeres del clan durante toda la vida para lo que quisiera. Y le propuso un reto psicológico en vez de físico. Le puso una única condición: resolver correctamente los dos acertijos que le plantearía. Eso sí, si no los resolvía, debía comprometerse a que él y sus hombres abandonarían sus tierras y las dejarían vivir libres y en paz. Fue muy lista al plantear dos. Los hombres aceptaron, perdieron y tuvieron que retirarse heridos en su orgullo.

Hizo una pausa para buscar a Brea entre las mujeres reunidas y le dedicó una sonrisa y una reverencia, asintiendo con una leve inclinación de la cabeza.

Brea era una mujer bien plantada, aunque sus facciones rezumaban dureza. Alta, muy musculosa, con la piel curtida por el sol y unos ojos negros como la obsidiana, devolvió el cumplido con otra inclinación de la cabeza que le sacudió la cola en la que se recogía el largo y reluciente cabello blanco y negro. Entonces, la anciana prosiguió.

—El primero de los acertijos era sencillo, para que se confiara, y el segundo más enrevesado —comentó.

—¿Qué acertijos? ¿Cuáles eran? —preguntó Ynatsé con suma curiosidad.

—Brea, que es muy inteligente y observadora, estudió a su contrincante y se vio capaz de vencerlo. Sabía que los dioses estaban de su parte. Y le hizo la primera pregunta, formulada en forma de acertijo... —La venerable anciana hizo una pausa para crear expectación y luego formuló el acertijo —: Nacieron al mismo tiempo y por eso son casi como hermanos gemelos. Uno es rápido y brillante, el otro, que lo sigue, es lento y necio. —Otra pausa y a continuación, la segunda adivinanza—: Ya estaba cuando nos parieron y seguirá estando cuando muramos. Aunque viviéramos mil lunas continuaría estando aquí. —Y guardó silencio.

Ynatsé arrugó la frente y el ceño, pero por mucho que pensó en ello, no consiguió dar con las respuestas adecuadas. Se rascaba la barba en señal de impotencia mientras las mujeres de la tribu tenían que taparse la boca con la mano y aguantarse la risa para que no viera que se burlaban. Tras esforzarse sin éxito, Ynatsé desistió.

—Me rindo —dijo mientras acompañaba su impotencia para resolver

los acertijos con el gesto de abrir los brazos y negar con la cabeza.

—¿Ni siquiera quieres probar a decir lo que te pase por la mente? No te juegas nada... —lo animó Brea, la mujer que llevaba la voz cantante entre todas las que formaban aquel clan enigmático.

—No tengo ninguna respuesta, estoy completamente desorientado... —reconoció Ynatsé.

—De acuerdo.

Brea aceptó la rendición y seguidamente resolvió los misterios.

—Nacieron al mismo tiempo y por eso son casi como hermanos gemelos. Uno es rápido y brillante, el otro, que lo sigue, es lento y necio. —Hizo una pausa antes de revelar la respuesta—. ¡El rayo y el trueno! —exclamó.

—¡El rayo y el trueno! —repitió Ynatsé, y razonó en voz alta—: El rayo es rápido y brillante, muy cierto —reconoció rascándose la barba—. Y el trueno, lento y necio, que sigue a su hermano y nació casi al mismo tiempo...

Ynatsé asentía con la cabeza mirando a Brea, que le devolvió una mirada intensa y cautivadora. La mujer abordó la segunda adivinanza.

—Ya estaba cuando nos parieron y seguirá estando cuando muramos. Aunque viviéramos mil lunas continuaría estando aquí. —Guardó silencio un instante antes de enunciar la respuesta—: ¡El tiempo! —exclamó exultante, señalando el cielo con los brazos.

Ynatsé abrió los ojos admirativamente mientras boqueaba como un pez fuera del agua. No tenía palabras para explicar lo que sentía, estaba desconcertado por la agudeza mental de aquellas mujeres. Solo pudo decir:

—Estoy fascinado por vuestra capacidad innata para...

La anciana, que ya sabía lo que pensaba Ynatsé, lo dispensó de tener que expresarlo.

—Es normal que te cueste entender que las mujeres no solo hemos desarrollado la capacidad de saber lo que piensa el otro, sino que además tenemos la posibilidad de hacer estos juegos mentales. Sin embargo, eso no significa que carezcamos de un conocimiento preciso de las demás artes —puntualizó.

Y reanudó su relato en el punto en que lo había dejado antes, cuando ya había contado que los hombres, al perder, se retiraron heridos en su orgullo.

—A partir de ese día las mujeres aprendieron... mejor dicho,

aprendimos a velar por nuestra propia seguridad, y eso nos sirvió para ser más diestras con toda clase de armas: arcos, hachas, lanzas... No obstante, llegó un día en que, pensando en nuestro futuro, en nuestra perpetuación, decidimos que algunas de nosotras se dedicarían a tareas de reproducción. —Ynatsé enarcó las cejas—. Decidimos que debíamos practicar el coito, aparearnos con los hombres que encontrásemos por los alrededores, pero solo una mujer que hubiera matado a un hombre en combate podía perder la virginidad para concebir a una criatura.

Justo en ese instante, un pensamiento cruzó por la mente de Ynatsé. Y en el mismo momento, la anciana pudo leerlo. Le dedicó una sonrisa como las anteriores y le anunció lo que ya se temía.

—Sí, eres uno de esos hombres escogidos —sentenció.

Ynatsé no dijo nada. Procuró no demostrar ninguna emoción, aunque lo que acababa de decirle la anciana lo obligaba a aparearse. No sabía si podría negarse, si lo forzarían a hacerlo. Se limitó a callar y pensar. Empezó a acariciar el colgante de obsidiana que llevaba al cuello. No obstante, enseguida dirigió la mano a la bolsa de vientre de ardilla y la hundió en ella. No era como la que había tenido que dejar atrás, pero se las había arreglado para confeccionar otra más sencilla aunque igualmente práctica. Sus nerviosos dedos localizaron el puñado de semillas al fondo de la bolsa. Le vino un pensamiento tan fugaz como un relámpago y ellas no tuvieron tiempo de captarlo. Suspiró aliviado. Ya sabía cómo se ahorraría tener que yacer con una de ellas. Y así se lo planteó.

—Hace muchas lunas que salí de mi poblado en dirección incierta cumpliendo el mandato divino de ir en busca de un remedio que evite que mi tribu desaparezca por culpa de un Mal que nos deja en la piel y los huesos, a solo un paso de la muerte. Tuve que dejar a mi compañera y a mi hijo librados a su suerte, rogando a las divinidades que no los castigaran con ese Mal. Querría que entendierais que debo continuar mi viaje. Ahora me dirijo a la Ciudad de los Muertos, y por esa razón desearía que me dispensarais del honor que me habéis otorgado. —Se extendió un susurro entre las mujeres de la tribu e Ynatsé hizo su oferta—: No obstante, a cambio os propongo que aceptéis esto. —Y sacó de la bolsa un puñado de semillas—. Son granos que contienen semillas que, una vez maduras, y si se desarrollan en las condiciones adecuadas, dan vida y de ellas nace una planta. En cierto modo, también constituyen un enigma, porque pueden daros frutos mientras las cuidéis.

Dirigiéndose a Brea, a la anciana y en general a todas, Ynatsé las ilustró:

—Por una parte, el grano, el elemento fertilizador del macho, que actúa únicamente en presencia del sol, un astro también macho. Por otra, la tierra, gran madre hembra que es acariciada por la luna, el astro femenino. El grano representa la simiente de la fecundidad masculina. Se entierra, muere, se pudre con el frío y la llegada de las primeras nevadas, pero vuelve a renacer y rebrotar y fructifica cuando el sol comienza de nuevo a calentar. Llega una nueva vida.

La anciana y Brea se miraron sonrientes. Coincidían plenamente en lo que estaban pensando. La anciana tomó la palabra.

—Nos has dejado impresionadas con esa capacidad de razonar para defender tu honor y tu dignidad, así como los de tu gente. Dice mucho de ti. Aceptamos de buen grado el cambio que nos ofreces y esperamos que puedas cumplir el mandato de las divinidades, como también que tus frutos nos acompañen durante muchas lunas.

No obstante, aún añadiría al trueque un par de objetos que habrían de sorprender a Ynatsé.

—Sígueme —le ordenó la vieja.

Aquellas mujeres eran robustas, la mayoría poco agraciadas físicamente, amables, listas y, sobre todo, habilidosas. Aparte de las pinturas en la pared, habían desarrollado otra forma de expresar lo que sentían o vivían. Lo hacían a través de pequeños objetos transportables hechos de piedra, cuerno o hueso. Utilizaban diversas técnicas, tal como pudo ver Ynatsé: el recorte, el modelado o el pulido. Grabados de caballos o ciervos en un cuerno de ciervo o en un hueso de yegua, o en piedras de colores. Con todo, le llamó especialmente la atención un grupo que se dedicaba a unas pequeñas estatuas que trabajaban con gran detenimiento. No se atrevió a molestar a la artista que perfilaba y redondeaba su obra con una dedicación y concentración que Ynatsé prefirió no perturbar. Aquellas figuras representaban cuerpos femeninos. Lo reconoció porque del torso de las estatuillas escogidas sobresalían, de forma prominente y bien definidos, unos marcados atributos sexuales de mujer. Ynatsé estaba convencido de que en aquella tribu de mujeres veneraban a las diosas de la feminidad y rendían culto a la fertilidad y la fecundidad, o tal vez usaran las figurillas como parte de una red de intercambio regional de información. Cuando Ynatsé se disponía a marcharse, le obsequiaron una para que le sirviera de

protección.

—Para que la Madre Naturaleza te proteja. Tú que has bendecido el futuro de nuestro clan con la semilla plantada en el vientre de nuestra Tierra.

Ynatsé hizo una reverencia en señal de agradecimiento y acto seguido le ofrecieron el segundo regalo.

—Acepta también ese cáliz, te lo ruego. —La anciana señaló el cuenco que él aún llevaba en las manos y del que había bebido con ansia. Y le dijo —: Para que cada vez que acerques los labios a él para beber su contenido pienses en nosotras.

Era un recipiente hecho de un metal duro como la piedra, no de barro cocido como los que Ynatsé había visto hasta entonces. De hecho, nunca había visto nada igual. Ahora se fijaba en ello. Antes, con su ensimismamiento, no había prestado suficiente atención al extraño cáliz.

«¿Cómo lo habrán hecho?», se preguntó Ynatsé mientras sostenía aquel cuenco con un asa a cada lado y un pie que permitía apoyarlo derecho. Lo estudió desde todos los ángulos, del derecho y del revés. Era un metal prodigioso con el que debía de poder fabricarse todo tipo de objetos, así como armas más resistentes.

La anciana satisfizo la curiosidad de Ynatsé, porque una vez más le había leído el pensamiento.

—Sé que ardes en deseos de saber cómo lo fabricamos. —Esbozó una sonrisa que Ynatsé le devolvió—. Es fruto de numerosas pruebas, al fin y al cabo este metal es una mezcla de cobre y estaño en el mismo recipiente. Se cuece en el horno a una temperatura altísima y le damos forma de punta de lanza, de hojas para las espadas o de cuenco para hervir y beber líquidos.

—Tal como lo explicas parece muy fácil, pero se le ha de ocurrir a alguien, y se requieren muchos ensayos y mezclas de determinadas proporciones de otros materiales antes de dar con la solución sólida final —reconoció Ynatsé.

—Así es, antiguamente uno de los hombres de nuestra comunidad que trabajaba los metales lo consiguió. La suerte fue que pudo transmitir a tiempo su arte a su hija. Antes de morir ya la había instruido. Desde entonces es ella quien nos procura todos estos objetos y otros asimismo duros y resistentes, porque están hechos con este material, que su padre bautizó con un nombre especial.

—¿Cuál? —quiso saber Ynatsé.

—Como era el resultado de pulir, abrillantar y sobre todo bruñir metales y piedras, lo llamó bronce. Era de un color pardo, bruñido y brillante, dependiendo de cómo le diera el sol. Todo un hallazgo, sin duda.

—Muchas gracias. Me llevo, pues, el contenido y el continente. Es decir, ¡el cáliz y la técnica para fabricarlo!

Ynatsé enarboló la vasija bruñida con un gesto de agradecimiento hacia la mujer. «Esto sí que es un regalo», pensó, mientras una nueva sonrisa se dibujaba en la cara de la venerable anciana, que mandó traer la montura de Ynatsé al tiempo que él agradecía los regalos. Una de las mujeres apareció con su caballo. Limpio, ensillado y bien alimentado, estaba listo para proseguir la travesía con su nuevo amo.

24

COSTUMBRES SALUDABLES

Llegaron muchos días de sol que propiciaron el deshielo de las montañas y, por tanto, abundante agua en el caudal de los ríos. Esos dos factores, sumados a un tercero —ya no estaba el cuerpo en descomposición del buey que corrompía el agua—, fueron determinantes para que pudiera volver. En la orilla, excavados bajo las inmensas raíces de los árboles de la ribera, muy probablemente estaban sus madrigueras. Aynires oyó un chapoteo y se acercó sigilosa al curso de agua. La vio, juguetona, entraba y salía del agua haciendo acrobacias, cabriolas y dando saltitos, jugando con los guijarros y partiendo con piedras unos mejillones, como en aquel momento. Patas cortas y rechonchas, orejas pequeñas, morro chato y una cabeza ancha y plana. La tenía allí delante, con una mancha blanca en la garganta y un pelaje marrón, de pelo corto y muy denso, ahora bien brillante por el impacto del sol en la piel mojada.

La nutria había vuelto a su rincón habitual, y si lo había hecho era porque las aguas ya no estaban contaminadas. Aynires sonrió viéndola tan atareada que ni siquiera había notado su presencia. Se retiró a fin de no perturbarla y siguió hasta el punto del río donde Baasi y ella habían coordinado la tarea de retirar la bestia medio podrida y consumida por el sol y otros animales, y se habían encargado de que la quemaran. Estaban seguros de que aquel había sido el foco de la infección, que se había extendido a través del agua que utilizaban y por eso se había prolongado tanto en el tiempo. Porque esa era también una pregunta a la que Baasi no encontraba respuesta. El ataque de aquel Mal había sido continuado en el tiempo. ¿Cómo podía ser que apareciera y desapareciera, sin remitir jamás por completo? Cuando creían que ya nadie estaba afectado, alguien mostraba los síntomas hasta que se le escapaba la vida. El agua. El agua que llevaba la vida a los cultivos los conducía a la muerte. Pero se debía a que estaba corrompida y no era transmisora de vida precisamente, muy al contrario. Una vez que lo hubo comprendido, se procedió a la segunda fase del plan: retirar de todas las colmenas aquella sustancia resinosa para luego aplicarla a todos los enfermos del poblado que aún luchaban y resistían el embate del Mal en su interior.

Un grupo considerable de mujeres custodiadas por unos guerreros al mando de Saareb salieron del pueblo. Lo hicieron cargadas con tinajas y rasquetas con que recogerían el grueso conglomerado de resina y miel del interior de la colmena. Primero tuvieron que expulsar a las abejas, tarea

que, pese a conocer la técnica, no fue nada fácil.

Una vez que todas siguieron a la reina y dejaron vía libre, las mujeres empezaron a arrancar aquella preciada sustancia con suma delicadeza. Se extraía toda de una pieza y había que verterla en las tinajas con mucho cuidado. Cada vez que se llenaba una tinaja, la tapaban y se la llevaban a Baasi para que comenzara a manipularla. Su misión era conseguir que el unguento resultante estuviese a punto para aplicarlo a los enfermos que aún luchaban contra los estragos del Mal. Este había supuesto una destrucción de vidas considerable, la misma mortandad que habría causado el ataque de un clan enemigo. Habían sobrevivido a una epidemia, a una calamidad que dejaría huella por siempre jamás entre sus miembros. No obstante, ahora estaban preparados para enfrentarse a aquella adversidad, a una desgracia que los había golpeado como comunidad, y eso había servido para unirlos mucho más, para cohesionarlos como grupo. Aynires estaba excitada y nerviosa. Valía la pena probarlo: no perderían nada. El corazón le dio un vuelco cuando entró en la cabaña donde estaban los enfermos, en los jergones de piel y paja que les habían dispuesto para que estuvieran cómodos a la hora de recibir el unguento. Algunos se quejaban, otros gritaban de dolor y los había que casi ni reaccionaban porque ni siquiera tenían fuerzas para abrir la boca. Baasi, así como Shalvia y Liolaá, se arrodillaban al lado de cada enfermo y le suministraban una cantidad determinada de aquella sustancia medicinal, constituida por una mezcla de grasas de la miel y que se aplicaba sobre la piel. Se la untaban dos o tres veces al día, por la mañana, al mediodía y por la noche, en función de la intensidad del dolor de cada cual. Una brizna de esperanza se intuía en los ojos de los que recibían el remedio, un ligero brillo se manifestaba en su mirada. Y tanto Baasi como Aynires pensaban que, si habían llegado hasta allí, si sus menguadas fuerzas les habían permitido aguantar hasta entonces, aquellas personas, unas jóvenes y con mucha vida por delante, otras mayores, tal vez con muchas experiencias vividas y conscientes de que les quedaban pocas por descubrir, se merecían revivir, recuperarse y seguir adelante. Siempre que el remedio de las abejas fuera eficaz.

La eficacia o no de aplicar aquel derivado de la miel aún tardaría en manifestarse, pero algo dentro de Aynires le decía que no tendrían que esperar demasiado para empezar a ver los resultados.

25

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

De su falda extraen tanta obsidiana como quieren!», le había dicho aquella curandera en el Círculo de Piedra. Al lado de un río y cerca de un volcán, allí encontró la que llamaban Ciudad de los Muertos. Era un asentamiento que había crecido sobre los difuntos. Se trataba literalmente de un gran túmulo, un gran montículo donde los habitantes habían levantado sus casas. Le habían dicho que en los cimientos descansaban los restos mortales de sus antepasados. Pese a eso —o gracias a eso—, el extenso poblado se hallaba situado en una región rica en plantas que Ynatsé jamás había visto, así como presas de caza y peces a los que no sabía poner nombre porque eran desconocidos para él. Sin embargo, lo que más sorprendía era la forma del pueblo. De hecho, eso lo definía: una arquitectura muy curiosa, insólita. Parecía una colmena de abejas. Un montón de casas apiladas unas sobre otras. A medida que Ynatsé se acercaba, fue testigo de un hecho todavía más extraño que le llamó poderosamente la atención: no había calles, y los habitantes se movían de casa en casa desplazándose por las azoteas gracias a unas escaleras plantadas en agujeros que a la vez hacían de chimenea. Era un mundo desconcertante para Ynatsé. No había ningún espacio público. Todas las casas eran iguales, construidas unas casi encima de otras. De aquel conglomerado Ynatsé extrajo una conclusión: «Eso demuestra que es una sociedad igualitaria, sin diferencias. No sobresalen ni palacios ni grandes casas, no hay nadie cuyo estatus sea superior al de los demás.»

Se apeó del caballo, lo ató a una argolla que sobresalía de una pared y entró en la ciudad. Para ello, tuvo que subir a la azotea de una casa por unas piedras empotradas en la pared que hacían las veces de escalones. Allí se encontraba a la misma altura que aquella gente tan enigmática para él. Los hombres vestían camisas de lana, y para abrigarse utilizaban una especie de túnicas de piel amarillenta con manchas negras, seguramente de algún animal que Ynatsé no conocía. Llevaban la túnica ceñida al talle con una especie de cinto, un cinturón con hebilla de hueso. En el dobladillo de los vestidos femeninos, unos anillos de un metal que Ynatsé también desconocía daban cierta rigidez a la pieza y evitaban que la falda se levantara con un golpe de viento. Iban muy escotadas, y se distinguían por emperifollarse con unas joyas hechas de metales rarísimos, uno de un color gris blanquecino, el plomo, y el otro como rojizo, el cobre. Incrustaciones de piedras talladas o de piedras preciosas completaban aquellos atuendos

elegantes.

Absorto por cuanto veía, Ynatsé ni se dio cuenta de que hacía rato que lo observaban. Al igual que él analizaba y examinaba todo lo que abarcaba con la vista, sus movimientos y sus gestos también eran escrutados minuciosamente por los ojos de una persona que tenía una sensibilidad especial. Se le acercó por detrás y le dijo:

—Y todos sienten un profundo respeto por los difuntos.

Cuando Ynatsé oyó aquella voz, se volvió bruscamente y el corazón le dio un vuelco.

—¿Perdón? ¿Cómo dice? —respondió a aquellas palabras que lo habían inquietado.

Se encontraba delante de un hombrecillo de mirada amable y cabello alborotado, vestido con una túnica azul que le llegaba a los pies. Apoyaba su ligero peso en un bastón que llevaba en una mano, mientras con la otra se acariciaba un colgante: un pájaro negro con el pico y la punta de las alas de un material que brillaba sin necesidad de que le diera el sol. Tenía un aire reposado y tranquilo, que contrastaba con la tensión que destilaba Ynatsé. Y en un tono aún más pausado, añadió:

—Veo que es nuevo en este lugar, digamos que salta a la vista. — Ynatsé vestía unas prendas sucias—. Solo le advierto que ha llegado a una ciudad cuya gente —y con el bastón señaló a los hombres y mujeres que se veían por las azoteas de las casas— se distingue no solo por sus ropas, sino también por un extraño culto a los antepasados.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ynatsé, sin entender a qué obedecía la advertencia de aquella figura esmirriada que lo intimidaba con su discurso.

—Su existencia se rige por un conjunto de actos y ceremonias para honrar a los muertos, lo cual puede ser visto con extrañeza por unos ojos forasteros como los suyos —aclaró el hombrecillo.

—Disculpe, pero no conozco sus tradiciones —se excusó Ynatsé—. Como muy bien dice, acabo de llegar. He hecho un largo viaje en busca de una cosa que ya no sé si encontraré, aquí o en otra parte —admitió, y añadió—: He venido por indicación de una vieja curandera a la que conocí en un lugar llamado el Círculo de Piedra. Ella me habló de este poblado, me mandó aquí para obtener lo que hace mucho tiempo que busco. ¿Podrá ayudarme?

Tras escuchar las palabras de Ynatsé, el hombrecillo no pudo evitar hacerle una pregunta:

—Me gustaría ayudarlo, pero... ¿puede saberse qué es lo que está buscando con tanto ahínco? —Achicó los ojos y aún le aparecieron más arrugas en la frente.

—Una cura, un remedio para el Mal que se lleva a la gente de mi pueblo.

Al hombre se le nubló la vista y la mirada amable que hasta entonces mantenía se desvaneció. Con un gesto de preocupación en el rostro y con la mano en el pecho, se presentó e invitó a Ynatsé a bajar a su casa.

—Me llamo Mabruk. Si quiere seguirme...

Y guio a Ynatsé por aquel laberinto de azoteas saltando de una a otra, sin peligro de caer porque las casas estaban tan pegadas que no había ni una grieta por la que pudieran precipitarse.

—No tenga miedo, las azoteas son resistentes —se anticipó a despejar las dudas que sentía Ynatsé sobre la fiabilidad de aquellas estructuras—. Están hechas de listones de madera, cubiertos por una estera de juncos sobre los que se alisa barro bien prensado.

Ynatsé observó que estaban construidas todas del mismo modo y, curiosamente, cada agujero por donde se accedía a las viviendas estaba protegido por una tela sujeta a unas estacas en pendiente que escupía el agua de la lluvia y evitaba que entrase en la casa. En cada azotea había unos soportes formados por tres patas de madera, de donde colgaban pieles y alimentos para secarse al sol.

—Tenga cuidado, no caiga al patio —le advirtió el hombrecillo cuando bordeaban la azotea de una casa que tenía un espacio abierto en el centro, y Ynatsé vio con sorpresa que allá abajo se paseaban cabras, cerdos y una vaca.

»Hemos llegado.

Unas cuantas viviendas más allá, Mabruk se detuvo ante un agujero en el centro de una azotea blanca. Apartó ligeramente la tela que protegía de la lluvia y desapareció en el interior.

—¡Venga! ¡Baje! —se oyó su voz desde dentro, ordenando a Ynatsé que bajara por la escalera.

Era una vivienda sencilla, de paredes blancas decoradas con pinturas de animales: buitres, toros y lo que parecían gatos gigantes y moteados, que más tarde supo que se llamaban leopardos. En un lado había un pequeño horno y un lecho, y en otro rincón vio las cabezas de dos toros, empotradas en la pared, y una estatua de una mujer bastante gruesa con leopardos a sus

pies. De repente, Ynatsé se volvió y palideció al ver lo que sobresalía de un agujero, un pequeño hoyo en un lado de la vivienda: estaba lleno de cráneos pintados de blanco. Mabruk se dio cuenta y se lo explicó:

—Estos pequeños sepulcros son santuarios que nos permiten mantener vivo el recuerdo de nuestros antepasados, su memoria. Para recordarlos mejor, nos quedamos sus cráneos y los tratamos con cal y pigmentos, a fin de que se parezcan a como eran en vida. De ese modo sabemos de dónde y de quién venimos, es decir, cuáles son las generaciones que nos han precedido. La importancia de nuestras familias viene dada por la cantidad de cráneos recogidos. —Hizo una pausa y prosiguió—: El ritual empieza cuando el cráneo es separado del esqueleto, que se trata con cal y se entierra en el suelo de la casa, por lo general en los cimientos mismos, como para marcar las propiedades de cada habitante. Tenemos un conjunto de creencias sobre el mundo que nos rodea, y cuidamos de él. Creemos que todos los aspectos de la vida cotidiana son prácticos y simbólicos, y creemos que los espíritus de los animales salvajes y los antepasados se hallan presentes en el día a día. De ese modo, cuando entramos en casa también estamos entrando en casa de nuestros antepasados.

—O sea que reconstruyen con cal y yeso los rostros de sus antepasados y los entierran en su propia casa —resumió Ynatsé para ver si había entendido la explicación de Mabruk.

—¡Así es! No se trata solo de un recuerdo, constituye uno de nuestros bienes más preciados. Hay que saber de dónde venimos, quién y qué nos ha precedido. Somos hijos y herederos de los hechos de nuestros predecesores, los cuales han perfilado nuestro presente. Vivimos sobre los restos de nuestros antepasados, la muerte está muy presente en nuestra vida. Por eso nuestra ciudad también se conoce como la Ciudad de los Muertos.

Ynatsé escuchaba respetuosamente. Intuía que tarde o temprano entendería qué relación tenía todo aquello con él.

—La abundancia de esta región atrajo a unas cuantas familias, y estas trajeron más familias. Y la ciudad creció con personas que tenían propiedades, lo cual favoreció más disputas. Poseer significa defender tus intereses, y para arbitrar en los conflictos de intereses que surgían se decidió crear un Consejo de Sabios, hombres experimentados que impartían justicia y tomaban las decisiones más importantes. De ese modo todo el mundo los respetaba. Por ejemplo, si las cabras de Fulano habían

pasado la noche en el huerto de Mengano y le habían estropeado la cosecha, el Consejo analizaba los hechos y, basándose en la tradición, dirimía el conflicto. Una controversia como la de las cabras se pagaba con un intercambio de bienes y, en ese caso, el que había recibido la ofensa se llevaba media docena de cabritos de la otra parte. La decisión de los expertos del Consejo servía para aplacar los conflictos cotidianos, y el que quedaba más satisfecho con el pleito pagaba en señal de agradecimiento al líder del Consejo, que había obrado y decidido sabiamente. El intercambio apaciguaba los problemas diarios porque permitía restablecer un diálogo y restaurar una satisfacción mutua entre todo el mundo, pero... —Mabruk se detuvo un instante, suspiró y reconoció—: Pero cuando el poder se vuelve abusivo, se rompe el equilibrio entre los beneficios que aporta y el precio que se paga por él, y entonces es condenado por el pueblo —admitió pesaroso.

Ynatsé no lo entendió e hizo un gesto de incertidumbre que Mabruk supo interpretar correctamente.

—No lo sigo, ¿qué quiere decir?

—Que cuando el poder de decisión se concentra en un solo hombre y este deja de escuchar a sus iguales, se lo condena. El Consejo de Sabios estaba presidido por un hombre a quien el poder corrompió y fue envileciendo. Tenía un desmesurado orgullo basado en un elevado concepto de sus propias cualidades, de sus méritos. Los hombres de su entorno abonaban ese sentimiento con su adulación, lo cual, acompañado de un deseo excesivo de poseer, fue su perdición y, de paso, la de toda la comunidad. La aparición de una enfermedad epidémica lo propició.

Ynatsé levantó la cabeza y aguzó el oído al oír aquella palabra. «¿Podré disponer finalmente de una cura para acabar con el Mal que nos aqueja?», se preguntó, y siguió escuchando a Mabruk.

—Llegó un día en que la concentración de hombres, animales y excrementos empezó a provocar diversas dolencias. En poco tiempo casi todos enfermaron, se enterraba a familias enteras.

Ynatsé no pudo contenerse. Necesitaba respuestas.

—¿Y qué remedio encontraron para derrotar ese Mal? —soltó a bocajarro.

—El Consejo decidió abrir una fosa común fuera del poblado, un lugar donde enterrar los cadáveres. Fue una sabia iniciativa para alejar el olor a muerto de las viviendas de la ciudad, el cual, además de que atraía a las

hienas y a nuestros venerados buitres, no convenía que se extendiera todavía más.

—¿Y qué pasó con sus rituales, con los cráneos? —preguntó Ynatsé.

—Con aquella decisión se rompió una tradición ancestral, la de enterrar a los muertos en casa. Pero al líder del Consejo no le afectó aquella enfermedad.

—Mabruk, por curiosidad, ¿cómo se manifestaba ese misterioso Mal? —quiso saber Ynatsé—. Y ¿qué hicieron para erradicarlo?

Ardía en deseos de saber lo que tal vez podía ser la respuesta a su búsqueda.

—A los infectados empezaban a salirles manchas rojas en la piel, y después sufrían alteraciones diversas que los iban consumiendo. La decisión del líder, avalada por el Consejo, fue expeditiva: desterrar a los que habían contraído la enfermedad y desposeer a todo aquel al que le saliesen las primeras manchas rojas. Decía que así detenía el avance de la enfermedad, pero de paso se apropiaba de las posesiones de aquellos a quienes obligaba a irse de la ciudad. Y la verdad es que, mal que me pese reconocerlo, de esa manera, alejando los focos de epidemia, consiguió detener la mortandad. —Mabruk hizo otra pausa—. Ahora bien, el líder no contaba con que, al alejarlos, lo que hacía era ayudarlos a recuperarse, porque estaban lejos del foco del Mal. Cuando los afectados sanaban y, ya libres de la enfermedad, decidían volver, se encontraban con que no tenían casa ni tierras ni nada. El líder lo confiscaba todo. Las posesiones que no le interesaban las mandaba quemar, y las que le eran de utilidad las añadía a sus propiedades. Sin embargo, muy hábilmente, había repartido varias entre los miembros de su Consejo para mantenerlos fieles. Y de ahí vino el remedio para esa enfermedad que había convertido en despreciable a alguien que había sido un referente. De entre los que regresaron surgieron los nuevos jefes, las nuevas autoridades. No les costó convencer al resto del pueblo, descontento y empobrecido, de que juntos tenían suficiente fuerza para deponer al líder del Consejo y disolver este. Iluminados por los dioses, procuraron entender que su poder descansaba en la prosperidad de su pueblo, que había que redistribuir las riquezas y no acapararlas. Que tenían la solución de sus males delante de sus narices: devolver a la gente lo que era suyo, lo que se había ganado trabajando. Y con ese pensamiento regirían la ciudad. Se recuperaron las antiguas tradiciones, se restauraron los bienes y las propiedades que habían sido usurpadas, se hizo limpieza y

se puso orden en la ciudad, tal como la has visto. En cuestión de poco tiempo volvió la prosperidad y se regeneró la salud de un pueblo que había perdido el norte —concluyó Mabruk.

Ynatsé no se abstuvo de plantearle una duda que lo intrigaba.

—Por cierto, ¿de qué viven? ¿De dónde sacan los recursos? —preguntó abriendo los brazos.

Mabruk asintió con la cabeza y levantó un dedo en señal de advertencia.

—Esa es la cuestión, estimado forastero. Ante la voluntad de poseer mayores riquezas sin arrebatarlas a nadie, la gente de tu pueblo solo tiene dos salidas: o generarlas a partir de los recursos que tenga o que proporcione la Naturaleza, o salir en busca de dichas riquezas en otros pueblos... —Hizo una pausa—. Lo cual genera conflictos, violencia y muerte... —Mabruk calló y agachó la cabeza. Y luego añadió—: Precisamente mañana parte una de esas expediciones hacia un lugar al que se llega navegando. Hay unas cuevas de donde se extrae un mineral de color ocre muy resistente que, según se dice, habrá de cambiarlo todo.

Ynatsé pensó que allí tampoco encontraría el remedio para curar a su pueblo, y después de oír el relato de Mabruk, se reafirmó en la idea de que no valía la pena seguir buscando.

—La verdad, creo que es hora de que vuelva a casa —reconoció.

Entonces hundió la mano en la bolsa de vientre de ardilla y rebuscó entre lo poco que quedaba en aquel zurrón sucio y gastado, testigo mudo de sus peripecias.

Quería agradecer a Mabruk la hospitalidad que le había ofrecido regalándole la piedra verde que le quedaba.

—Toma —le dijo tendiéndole la piedra—. Hazte un colgante como ese que llevas —le señaló el pájaro negro que llevaba al cuello—, que te guarde de los malos agüeros.

—¿Es una piedra talismán? —preguntó Mabruk entre agradecido y sorprendido, al tiempo que esbozaba una sonrisa y alargaba la mano para recibir aquella pequeña gema.

—En nuestra tierra, hacer un collar con estas piedras verdes y llevarlo encima significa que eres afortunado —explicó el joven—, porque posees un objeto al que se atribuye una virtud sobrenatural. Una creencia que se remonta a tiempos remotos.

—¿Por qué?

—Porque va más allá de las leyes de la Naturaleza, tal como esas leyes

son comprendidas por la gente de nuestro pueblo. Dicha creencia hunde sus raíces en la relación ancestral del hombre con la Naturaleza. Nos han enseñado que hemos de procurarnos amuletos mágicos, protectores contra los poderes ocultos. Objetos revestidos de una fuerza que nos proteja contra el mal de ojo, la enfermedad, el infortunio en el campo de batalla, la sequía, las plagas... Y que al mismo tiempo sean capaces de propiciar la fertilidad de los individuos y la fecundidad de la tierra, que preserven la salud y provean la caza, o que atraigan la buena fortuna. A mí ya no me hará falta —reconoció.

—Pero aún te queda mucho camino por recorrer antes de que vuelvas a casa —apuntó Mabruk e intentó devolverle la piedra—. Quédatela, te será útil a ti —insistió.

—No, de verdad —negó Ynatsé al tiempo que apartaba el puño de Mabruk con la piedra dentro—. En todo este tiempo, tanto mi cuerpo como mi alma hemos entendido que no la necesitamos. Tal vez ayude, pero he llegado a un estado en que puedo resistir cualquier embate, independientemente de cómo se manifieste. Y si lucho con algo y veo que no puedo dominarlo, será la señal de que he encontrado mi límite y me detendré.

—Veo que estás decidido a volver a tu pueblo —dijo Mabruk—. Si quieres, puedo interceder para que te unas a la expedición que parte mañana. Al menos podrás hacer una etapa del viaje acompañado. —Y le dedicó una sonrisa.

Ynatsé asintió dos veces con la cabeza y aceptó.

Se marchó dejando tras de sí un pueblo que le pareció peculiar, característico, original, único, auténtico. Al día siguiente se sumó a aquella partida de hombres armados y con un brillo especial en los ojos. Un brillo que Ynatsé ya había visto en otras ocasiones. El centelleo de los que están ávidos de ver mundo y conquistarlo. Durante la travesía, primero a caballo y después en una embarcación hasta llegar a una isla, le preguntaron quién era, a qué clan pertenecía, de dónde venía, qué hacía, qué había visto, cómo se las había arreglado...

Ynatsé respondió con pelos y señales. Eran tantas las aventuras que su relato los acompañó todo el trayecto, casi hasta el momento de separarse, una vez que volvieron a pisar tierra firme. Se despidieron a pie de barca. Los hombres de Çatal Hüyük se dirigían a una zona rocosa llena de cavernas y grutas donde se encontraba el objeto de su deseo: las minas con

aquel preciado mineral. Entretanto, Ynatsé deshacía el camino hacia el poblado del lago a lomos de un caballo al que aún no había puesto nombre. Como lo tenía fresco porque acababa de relatarlo, recordaba todo lo que había vivido. Ynatsé sabía que su viaje era un recorrido de ida y vuelta. Cuando empezó su periplo no sabía lo que encontraría. En el largo tiempo transcurrido desde que saliera del lago, había visto diversas comunidades que habían evolucionado de maneras diferentes. Clanes fuertemente cohesionados y divididos en linajes que tenían un vínculo territorial y de convivencia, así como una afinidad que los hacía únicos. Recordaba el pueblo pescador junto a las aguas saladas del mar. Los cazadores de hombres, el Clan de los Lobos y los Cortadores de Cabezas, así como los murciélagos y su dominio sobre las sombras. Los hombres eran iguales, pero se comportaban de forma muy distinta en función de cómo habían evolucionado, de su entorno y de los inventos que habían conseguido incorporar a su vida. De todos y cada uno había aprendido algo, y de algunas tribus incluso se había llevado algún objeto. No obstante, el más preciado era el remedio que le había confiado su padre y que quizá podría aplicar a los miembros enfermos de su clan. Si es que llegaba a tiempo... Ahora, sin embargo, el destino había puesto en su camino otro poblado. ¿Sería el definitivo?

26

EL TAMBOR DE LOS DIOSES

No sabía por qué, pero lo que veían sus ojos lo hizo remontarse al pasado de sus ancestros. Se acordó de cómo se construían antiguamente los poblados, según había oído contar a los mayores del Clan de los Caballos. No pudo por menos que pensar si quizás allí encontraría lo que tanto anhelaba. Se acercó con precaución. Bajó del caballo y se aproximó a pie a la empalizada espinosa que rodeaba el poblado. La cerca era de ramas de olivo secas. Formaba unos pinchos que evitaban que los animales salvajes pudieran atacarlos de noche, y era lo bastante alta para que tampoco tuvieran que temer ningún ataque procedente del aire. Sin embargo, Ynatsé no tuvo suficiente cuidado, porque queriendo curiosear entre las ramas encontró una zona de la empalizada poco tupida por donde asomarse, pero se acercó demasiado y se rasguñó el brazo y la pierna. Constató que por lo menos había más de una veintena de entradas. El pueblo estaba formado por un centenar de cabañas. Eran viviendas redondeadas de techo no muy alto, hechas de barro, excrementos de vaca, troncos delgados y hojas. Siguió espionando entre las ramas. Vio que en el centro del pueblo había un palo clavado. Era una vieja raíz de sabelina de una altura equivalente a vez y media la de un hombre y que seguramente habría pertenecido al fundador del poblado. Ynatsé supuso que debió de clavarla en ese punto cuando, muchas y muchas lunas atrás, llegaron a aquel lugar y, tras hablar con el resto del grupo, decidieron establecerse allí porque era un buen entorno para echar raíces y hacer crecer un linaje que se prolongara en el tiempo. A partir de aquel palo que se veía castigado por el paso de los años y las inclemencias del tiempo, debían de haber empezado a construir las cabañas. Ynatsé supuso que aquel punto era el lugar de reunión, el centro del pueblo y donde se tomaban las decisiones importantes que afectaban a todo el clan. De noche, como ahora, en aquel espacio central reunían y encerraban el ganado, que de día debía de pacer por las afueras del poblado. Aparte de aquel redil para las vacas, había otro más pequeño para los cabritos, los terneros y los corderos más pequeños, a fin de que no los aplastaran los animales más grandes dentro del cercado. Se hallaba tan absorto en todas esas disquisiciones sobre la distribución del poblado que no notó que el caballo estaba inquieto. La causa: la presencia de dos hombres armados. Se le plantaron al lado ataviados con unas ropas estampadas con pigmentos muy abigarrados y de una estatura que casi doblaba la de Ynatsé, que no era precisamente bajito. Se dirigieron a él

gritando en una lengua que no entendía. Estaban visiblemente molestos y gesticulaban con vehemencia, señalándolo a él y después en dirección al poblado. Ynatsé estaba desconcertado. Lo sacudieron por los brazos, le aferraron los hombros y se lo llevaron hacia el interior del pueblo. Ynatsé se resistía y gritaba. Utilizaba las piernas para tratar de liberarse de las poderosas manos que lo atenazaban y lo llevaban en volandas, casi sin tocar el suelo, suspendido en el aire. Mientras atravesaba el poblado, se fijó en las cabañas que había espiado desde la valla. Al cruzar el centro del pueblo, un hedor a estiércol se le metió por la nariz, y de inmediato vio las reses, que se apretujaban unas contra otras y se tumbaban para disponerse a dormir. Aquellos hombres lo introdujeron en una cabaña. De hecho, lo arrojaron dentro como quien se desprende de un animal muerto. Estaba excitado y todavía jadeaba por lo que acababa de vivir. Cuando se recuperó un tanto, los ojos se le fueron acostumbrando a la tenue luz que provenía del hogar situado en el centro de la cabaña. Ynatsé se dio cuenta de que lo habían arrojado por encima de las brasas, porque la entrada estaba justo al otro lado del hogar. Achicó los ojos y escudriñó la estancia. A la izquierda había un rincón donde se movían un par de crías de ganado, una cabrita y un corderito. A la derecha, dos pieles curtidas tendidas en el suelo, dispuestas de manera que se pudiera dormir sobre ellas. Frente por frente del hogar, guardaban rescoldo para mantener la llama, y había una especie de chimenea y abertura, la mínima expresión de una ventana, por donde salían los humos. También le pareció ver un espacio para una pequeña despensa. «Deben de guardar productos que después utilizan para intercambiar», pensó Ynatsé. Le llamó la atención un artefacto de madera en un rincón, del que sobresalían unos filamentos muy delgados y flexibles que se entretejían con otros formando una curiosa telaraña. Ynatsé se dijo que era como si una araña gigante hubiera estado tejiendo aquel entramado filamentos, una estructura que podría ajustarse a su cuerpo.

Oyó parloteo fuera y, de repente, una mano apartó la piel que cubría la entrada. El corazón de Ynatsé latía tan fuerte que incluso la obsidiana que llevaba colgada al cuello lo acusaba. Una comitiva de cuatro hombres se desplegó por el minúsculo espacio. Hombres nervudos, de brazos musculosos con una red de marcadas venas azules. Detrás de ellos apareció un quinto hombre. Tenía el cabello blanco, la mirada límpida de una nutria y unas facciones peculiares que, junto con los tatuajes que tenía en la cara y los anillos que lucía en las orejas y la nariz, le conferían una prestancia

que lo destacaba del resto. Se sentó frente a Ynatsé. Entre ellos solo se hallaba el hogar. El hombre hizo un gesto conciliador con la mano y lo invitó a sentarse. Ynatsé asintió con la cabeza y obedeció.

—¿Quién eres?

Ynatsé enarcó las cejas en señal de sorpresa. Aquel hombre se expresaba con un lenguaje que entendía, a diferencia de los que lo habían atrapado y que ahora custodiaban al que parecía su líder.

—Me han dicho que estabas rondando el poblado. ¿Qué buscas aquí? —preguntó.

Ynatsé se aclaró la garganta y se dispuso a repetir lo que antes había tenido que contar muchas veces.

—Soy Ynatsé, del Clan de los Caballos, del poblado del lago. Cuando las hojas se arremolinaban y danzaban delante de mi cabaña, dejé mi pueblo obedeciendo el mandato de los dioses. Las divinidades me designaron para buscar el remedio que ponga fin a una enfermedad epidémica que causaba una gran mortandad en nuestra comunidad. Ahora que he vivido el ciclo de las estaciones y que de nuevo las hojas han caído de los árboles, me vuelvo con los míos con gran disgusto, porque llegaré con las manos vacías —concluyó.

—¿No has encontrado la cura? —preguntó el hombre, sin quitarle de encima sus atentos ojos de pájaro.

—He recorrido tierras ásperas, rotas, duras de hollar, castigadas por el sol, por las nieves, por el viento, habitadas por tribus y pueblos diferentes. En ninguna parte ha sabido nadie proporcionarme lo que he buscado a ciegas —reconoció Ynatsé.

—Y pretendes encontrarlo aquí. —Esbozó una sonrisa que quedó enmarcada entre las cenefas que llevaba tatuadas junto a las comisuras de los labios.

Ynatsé, cabizbajo y abatido, solo pudo asentir.

—Te has convertido en una persona que se distingue por haber asumido un alto compromiso con su pueblo, por poseer un coraje extraordinario, una gran fortaleza en el sacrificio y el sufrimiento... Pero no has encontrado a ninguna divinidad que te lo agradezca mostrándote el camino para hallar lo que te dijeron que debes hallar. ¿Es así?

—Yo no habría sabido expresarlo mejor —concedió Ynatsé.

—No tengo la respuesta a tus interrogantes, ni ninguna cura para vuestros males, pero... —se tocó el pecho con la mano derecha en señal de

honestidad— lo que sí creo es que, por lo que me cuentas, antes de aceptar esta empresa deberías haber pensado si tenías a tu alcance todo lo que necesitabas para lograr tu objetivo.

—No me quedaba otra opción —se justificó Ynatsé.

—¿No podías negarte? —quiso saber el líder de aquella comunidad—. ¿Te obligaron o amenazaron?

—No, pero era lo que se esperaba que hiciera. Creí que podría conseguirlo, que tendría éxito. Era mi compromiso con mi pueblo. Y ahora creo que les he fallado, que los he decepcionado.

—Tendrías que haberte parado no solo a pensar y preguntarte si estabas preparado para afrontar una misión tan ardua, sino también a asegurarte de que tenías cuanto te hacía falta para no fracasar. Mira, te lo explicaré de una manera muy gráfica y lo entenderás enseguida. —El hombre se dispuso a relatarle una historia que Ynatsé jamás olvidaría—. En el poblado de mis ancestros, había una pareja que llevaba muchos años sin tener hijos, pero llegó un día en que la mujer se quedó embarazada. Esta juró delante de su hombre que el primer juguete que tendría su hijo sería un rabo de uro. Y su hombre, que era uno de los mejores cazadores de la comunidad, prometió que su hijo empezaría a ir a gatas sobre la piel del mismo uro. Nació la criatura, un niño, y al cabo de ocho días, como marcaba la tradición, se hizo una ceremonia para celebrar la llegada de la nueva vida al clan. Asistieron todos los cazadores, que no podían evitar imaginar la celebración que harían cuando el padre de la criatura le quitara la piel al uro. Con todo, se mostraban bastante desconfiados de que los padres pudieran cumplir las promesas que habían intercambiado, pero sobre todo de que la mujer fuese capaz de aquella proeza, sabiendo lo feroces que son los uros, y más cuando están en manada. Pese al escepticismo de los cazadores, una mañana, siguiendo los consejos de una anciana sabia del clan, la mujer cogió un cuchillo de corneana y se lo guardó en el zurrón. También se llevó un huevo, un trozo de caña verde y un saquito con cenizas todavía calientes. Aún no había clareado cuando salió del poblado, siguiendo el camino paralelo al río para adentrarse en el Valle de las Águilas. Caminó tres días y tres noches, y apenas se detuvo a descansar. Transcurrido ese tiempo, descubrió las pisadas de una manada de uros. Las siguió y acabó encontrándolos, paciendo en una extensa llanura. Se escondió para que no la descubrieran mientras vigilaba sus movimientos. Por la noche, una vez que todos los uros se habían dormido,

la mujer salió de su escondite y, con suma cautela, se aventuró por en medio del rebaño en busca del jefe de la manada. Cuando lo localizó, sacó el cuchillo y, con destreza y sigilo, le cortó el rabo. El animal, que estaba rendido de cansancio, únicamente notó un ligero pellizco, pero ni se despertó. Aguantando la respiración, la mujer se guardó el valioso tesoro en el zurrón y volvió sobre sus pasos. Se alejó de la manada corriendo de vuelta al poblado. Cuando los uros despertaron, se dieron cuenta de que su jefe no tenía rabo. Se lo habían amputado. Furioso, el uro líder levantó el morro y, olfateando a diestro y siniestro, echó a correr en la dirección que había tomado la ladrona. Y entonó una canción que el viento se encargó de llevar hasta los oídos de la mujer: «¡Vayas donde vayas con mi rabo, te encontraré, con las patas te aplastaré y el rabo recuperaré!» Después de casi un día de correr detrás de la mujer, el uro la divisó no muy lejos. Cuando ella lo oyó tan cerca, hundió la mano en el zurrón y sacó el saquito de cenizas. Las esparció por la llanura y el viento se encargó de avivarlas y desatar un incendio que se interpuso entre ella y el animal. Eso dio margen a la ladrona para alejarse sin miedo. El animal tuvo que dar un gran rodeo para esquivar el fuego y no perder el rastro de la fugitiva. Y al cabo de una noche de correr de manera desenfrenada, el uro volvió a divisar a la mujer que perseguía. Consciente de que el peligro volvía a rondarla, ella dijo las palabras que le había enseñado la anciana del poblado y acto seguido dejó caer el trozo de caña verde. Un frondoso bosque de cañas puso de nuevo distancia entre ella y el animal. De ese modo ganó tiempo, porque el uro tenía que rodear el bosque, pero este no tardó en volver a oler el rastro de la mujer y reemprendió la persecución. Y a la tercera ocasión que tuvo el uro de alcanzar a la mujer que huía con su rabo, esta dejó caer el huevo que llevaba, y entonces se formó un lago gigantesco que supuso otro escollo infranqueable entre la mujer y la bestia. Tras haber utilizado el huevo, la caña verde y las cenizas, la fugitiva ya no disponía de otra protección, y solo pudo confiar en sus piernas para llegar sana y salva al poblado con el rabo del uro. Al día siguiente, cuando el sol estaba en lo alto, el uro consiguió completar la vuelta al lago y reanudó la persecución de la mujer. A la vista del poblado, ella, que ya flaqueaba, espabiló y echó a correr para ponerse a salvo por fin. Su hombre, el gran cazador, observaba desde la copa de un árbol que había a la entrada del poblado. Vio llegar jadeante y desenchajada a su mujer y, al cabo de poco, vio aparecer en el horizonte los cuernos del uro. Tensó el arco y, cuando lo tuvo a tiro, disparó la flecha,

clavándosela entre los ojos. El animal se tambaleó y acabó cayendo de bruces al pie del árbol al que él se había subido. La mujer, que ya estaba a las puertas de la empalizada cuando lo vio, no salía de su asombro. Su hombre bajó del árbol y empezó a descuartizar al uro y desollarlo con sumo cuidado para que su hijo pudiera caminar por aquella piel. Hombre y mujer entraron en el poblado, orgullosos de haber superado los retos que se habían impuesto, si bien ella tenía la sensación de que había corrido muchos riesgos innecesarios. —Llegado a este punto del relato, el hombre reflexionó—: Aquella mujer entendió que, cuando alguien quiere realizar una proeza, sea de la magnitud que sea, grande o pequeña tanto da, debe procurar disponer de todos los medios para conseguirlo. Antes de afrontar el reto hay que asegurarse de que tenemos cuanto nos hace falta para no fracasar.

—Sí, seguramente tiene razón, pero yo estaba convencido de que el encargo que me habían hecho llevaba implícita la certeza de un buen resultado, de lograr el objetivo. —Ynatsé soltó un bufido y se lamentó—. Está claro que me equivocaba —reconoció.

—A nosotros nos atacaron para robarnos un tambor que nuestros antepasados utilizaban para comunicarse con las divinidades. Se celebró un Consejo extraordinario entre los más sabios del lugar. Como puedes imaginar, hubo quien quería armar a los mejores hombres para salir en su busca y recuperarlo, y para escarmentar a los que se habían atrevido a arrebatarlos un objeto vital para la comunidad. Hubo otros que incluso propusieron soluciones más radicales. No obstante, al final se impuso la sensatez —aseveró.

—¿Y qué hicieron? —preguntó Ynatsé abriendo los ojos y enarcando las cejas.

—Pues les hice ver que no teníamos demasiadas posibilidades de recuperarlo. Y en todo caso, si lo hacíamos, saldríamos perdiendo, porque muy probablemente dejaríamos allí muchas vidas, las de nuestros mejores hombres, que podíamos destinar a otras finalidades más productivas para nuestro pueblo.

—¿Y qué supieron del tambor? —quiso saber Ynatsé.

—Nada —respondió meneando la cabeza—. La solución fue tan fácil como fabricar un tambor nuevo para seguir estableciendo comunicación con las divinidades —explicó con un punto de vanidad.

Ynatsé asentía con la cabeza, reafirmando en la convicción que

llevaba días incubando y que ahora, tras haber escuchado a aquel hombre sabio, tenía muy clara. Le había dicho que convenía pensar antes de actuar; de lo contrario, todo acarrearía consecuencias no deseadas. Además, Ynatsé lo ligaba con la necesidad de revisar la relación con los dioses. Admiraba la decisión de aquel pueblo, que había optado por coger un tronco, vaciarlo y fijarle una piel pulida y bien tensada en una de las dos aberturas. Después ya habría quien lo tocara y extrajese de él los sonidos necesarios para recuperar el diálogo con la divinidad.

Una vez que se hubieron asegurado de que no suponía ningún peligro para la comunidad, liberaron a Ynatsé, que emprendió el camino de vuelta a casa imbuido de la idea de fracaso, pero madurando al mismo tiempo la creencia de que los hombres debían relativizar el papel que los dioses habían desempeñado en su peripecia vital, en su existencia.

27

EL PRIMER HÉROE

Arrancó una ramita de olivo y la peló hasta dejarla redondeada por un extremo y con punta por el otro. La parte roma la masticó hasta que se deshilachó, y la utilizó como cepillo para frotarse los dientes. La otra parte, la puntiaguda, la usaba como mondadientes. Llegaba a todos los rincones de la boca, y así podía retirar los restos de comida que le quedaban entre los dientes. A medida que se los iba cepillando, tenía que ir escupiendo una especie de pasta blanca que se formaba con los filamentos y la saliva. Al final del proceso, aquello le dejaba un sabor refrescante en la boca. Era una costumbre que había adquirido de pequeño, se la había inculcado su padre, al que a su vez se la habían transmitido sus antepasados. Si muchos de los hombres del clan hubieran adoptado esa práctica, no habrían tenido infecciones que derivaban en problemas de salud. Al nacer, el organismo se hallaba libre de enfermedades, por eso se consideraba que la salud era el estado natural del ser humano. Solo las influencias nefastas podían alterar esa condición. Para Ynatsé y su familia, la salud era un don divino que los dioses otorgaban a las personas. Cuando la salud de la comunidad se vio amenazada, Ynatsé decidió que debía hacer algo para preservarla. Se vio empujado a hacerlo, como si una fuerza interior hubiera tirado de él hacia delante. Ynatsé se hallaba sumido en tales pensamientos, cabalgando a lomos de su compañero de viaje, cuando en el horizonte divisó un resplandor anaranjado y amenazador detrás de una montaña cuyo perfil identificaba perfectamente: la Montaña Blanca. Eran los relámpagos, todavía lejanos, que anunciaban la tormenta que se acercaba y que seguramente caería cuando se pusiera el sol. Sin embargo, por el momento solo había una faja de nubes blanquecinas e inofensivas que permitían que unos tibios rayos de sol se filtrasen y caldearan la atmósfera. Respiró hondo, acarició el cuello de su montura y saltó para plantar los pies en el suelo, porque estaba ansioso de volver a pisar su tierra.

—¡Ya estamos en casa! —le anunció al caballo.

En medio de una depresión natural, la comunidad había levantado el asentamiento en la cuenca lacustre. Bajando de las cuevas, el poblado quedaba flanqueado al norte por los bloques abruptos de la Montaña Blanca o de yeso, y a poniente por la Sierra de la Roca Curva. El perfil característico de las piedras que coronaban la cima de aquella montaña le había valido el nombre que los miembros del clan otorgaron a aquel pico,

el cual describía una ese que desafiaba la gravedad. La comunidad del poblado del lago estaba rodeada de cordilleras, excepto por el sur, que se abría a una llanura que llevaba hacia el mar. Se acercó a la empalizada y se dirigió a la puerta, que custodiaban dos hombres muy fornidos. De inmediato se pusieron en guardia, rígidos, en tensión, al ver aparecer entre la espesa vegetación del bosque a aquel individuo que avanzaba a pie al lado de un caballo. A medida que Ynatsé se iba aproximando, descubrió con una sonrisa en los labios la identidad de los dos feroces vigilantes, que ahora ponían mala cara, desconfiando del hombre que se les acercaba. Ynatsé vio su actitud y, antes de que fuera demasiado tarde y tuviese que enfrentarse a ellos, les habló a gritos.

—¿Llego a tiempo para construir una canoa? —preguntó socarrón.

—¿Ynatsé?! —Los dos hombres achicaron los ojos y pronunciaron su nombre con un dejo de duda—. ¡Ynatsé, ¿eres tú?! —repitieron y, sin perder de vista al hombre que se aproximaba, cambiaron miradas de perplejidad.

La voz les sonaba, pero la ropa y el caballo, que no era *Bram*, no se correspondían con la misma persona que había salido del poblado con un mandato de los dioses y una empresa que pocos creían que tuviera éxito.

—¡Pues claro que soy yo! ¿Quién queréis que sea? —exclamó alzando los brazos y echando a correr hacia los dos hombres con la intención de abrazarlos.

Eran Dro y Uloqí, dos de sus mejores amigos, con los que bastantes lunas atrás había compartido cacerías, peleas, fiestas y todos los momentos plenos de intensidad que habían valido la pena hasta la aparición de aquel Mal que todo lo había trastocado.

Se les iluminaron los ojos. Tiraron las lanzas al suelo y salieron a su encuentro con los brazos abiertos. Se fundieron en un abrazo mientras las risas y los sollozos ahogados se mezclaban. Era la emoción del reencuentro inesperado. Cuando, instantes después, se soltaron, se miraron a los ojos desde una distancia lo bastante corta para decírselo todo sin palabras, mientras se dedicaban sonrisas cómplices y asentimientos con la cabeza. Parecía que fuera ayer cuando se había marchado. Había tenido que irse solo, tal había sido la voluntad de los dioses, e Ynatsé no podía discutirla, únicamente aceptarla y obedecer. No hubo reproches. Los ojos eran el reflejo de lo que sentían sus almas, y estaban exultantes por haberse reencontrado.

—¡Estáis vivos! —Esas fueron sus primeras palabras mientras les sacudía los hombros. Ellos asentían con la cabeza—. No sabéis cuántas veces pensé en vosotros, en vuestra salud, en vuestra fortaleza. Pensaba y rogaba a los dioses que tuvierais fuerzas para aguantar hasta mi regreso... hasta que pudiera volver con el remedio —aclaró.

—Aún no sabemos cómo nos hemos salvado —reconoció Uloqí.

—¡Ha sido cosa de los dioses! —Dro cogió la figura que llevaba colgada al cuello y que representaba a la diosa de la Naturaleza, una mujer con forma de pájaro. Mientras la acariciaba, fue recordando—. Ha sido muy doloroso. Hubo momentos muy duros, hemos luchado, algunos no han podido vencerlo, pero al final parece que hemos ganado. Y todo, en parte, gracias a ti.

—¿A mí? —respondió sorprendido Ynatsé.

—¡Sí! Gracias a una idea de tu compañera, de Aynires, que contó con el apoyo de Baasi para convencer a Paar de llevarla a la práctica. Una idea para una cura con la que parece que hemos frenado los estragos de la enfermedad —anunció exultante Dro.

Ynatsé tuvo una sensación agridulce. Desde luego, se alegraba de que Aynires hubiera conseguido sobrevivir, y lo que acababa de decirle Dro suponía un gran hito: el objetivo que él había perseguido durante tanto tiempo se había alcanzado en el mismo poblado, sin necesidad de recorrer caminos inexplorados, rutas ignotas, tierras hostiles... Consiguió esbozar una sonrisa sincera, envuelta por la espesa barba que presidía su rostro, y exclamó:

—¡Sin duda es una gran noticia! —Lo dijo con un punto de euforia contenida—. Ya tengo ganas de ver y abrazar a Aynires y Zeb. Están bien de salud, ¿verdad?

—Sí, sí, han sido de los afortunados y han sobrevivido —le dijeron—. Ve, corre, no te entretengas, no te demores más. Encontrarás a tu compañera y a tu hijo en casa.

Ynatsé les dio otro fuerte abrazo, esta vez más breve que el anterior, y les pidió que se ocuparan del caballo. Dro y Uloqí accedieron.

Ynatsé echó a correr hacia su cabaña, cruzó la puerta del poblado con una sensación extraña en el estómago. Lo invadían un montón de recuerdos. Sus zancadas eran más largas para llegar antes a casa. Mientras corría recuperó una serie de olores que le despertaban un sinfín de sentimientos, pero el más fuerte era el de pertenencia. Ese sentimiento tan

poderoso que lo identificaba con aquella tierra, aquel pueblo, aquella gente. Estaba en casa. El aire fresco que le daba en la cara lo vivificó, pero de pronto una oleada de náuseas le subió por el esófago. No vomitó, pero se notaba mareado. Todos sus males desaparecieron de golpe, cual si se tratara de un encantamiento, cuando oyó un sonido. Un sonido que le era muy familiar y que lo reanimó del todo. Lo oyó desde fuera de la cabaña, antes de entrar. Cerró los ojos y sonrió mientras imaginaba la escena que tenía lugar en el interior.

—¡Tiqui, tiqui, tiqui, tiqui, tiqui!

Era la voz de Aynires. Y lo que se oía era la onomatopeya que, acompañada de un movimiento de vaivén, hacía enloquecer de alegría y felicidad a su hijo, el pequeño Zeb.

Y recordó... El pequeño empezaba a sonreír, y ya se le formaban dos hoyuelos en las mejillas, más el que tenía en el mentón, para dejar bien claro de quién era descendiente. Sus risas contagiosas subían hasta el techo y llenaban la cabaña. Tanto Aynires como Ynatsé se lo ponían a caballito sobre las piernas y pronunciaban la palabra mágica cinco veces, «¡Tiqui, tiqui, tiqui, tiqui, tiqui!», mientras lo mecían imitando el movimiento del caballo. Lo cogían de las manos como si fueran las riendas para conducir la montura y empezaban con un trote suave. Después aceleraban el paso. «¡Tiqui, tiqui, tiqui, tiqui, tiqui!», y de trotar pasaban a coger más velocidad y galopar. En ese punto, frenaban en seco y lo tumbaban hacia atrás. La criatura se dejaba hacer y se arqueaba soltando unas sonoras risas, mezcladas con grititos de júbilo que hacían que su madre, cuando volvía a tirar de él hacia arriba, «¡Tiqui, tiqui, tiqui, tiqui, tiqui!», lo estrechara y lo llenara de besos y carantoñas. La pasión por los caballos era tremenda en aquella criatura tan pequeña, la llevaba en la sangre. Heredero del abuelo y el padre, Zeb estaba llamado a seguir una tradición que no podía eludir y, de hecho, así lo había previsto Baasi.

Ynatsé estaba plantado ante la puerta, pero cuando ya se disponía a levantar la piel que colgaba en el umbral y casi podía notar los abrazos y los besos de Zeb y Aynires, decidió dar media vuelta. Hacer un sacrificio postrero. Se armó de valor por última vez y resolvió ir a ver a Baasi, descargarse de toda la experiencia vivida y después, con calma y tranquilidad, dedicarse enteramente a su familia.

—¿No lo he conseguido! —reconoció Ynatsé desde el umbral de la puerta de Baasi.

—¿Qué quieres decir? ¡De eso nada! —le soltó el sabio mientras iba a su encuentro—. ¡Has vuelto, y solo eso ya es un hecho excepcional! —exclamó, y alzó los brazos al cielo mientras sonreía de oreja a oreja—. ¡Ven aquí! ¡Déjame abrazarte!

Y hundió la cabeza en el pecho de Ynatsé, rodeándolo con sus brazos. Un gesto que fue acompañado del característico tintineo de los collares, brazaletes y amuletos que llevaba el chamán del Clan de los Caballos.

—¿Acaso no contabas con que volviera? —quiso saber Ynatsé, que se apartó con cautela del sabio, con el ceño fruncido.

—Ehh... pues claro que sí, hombre, no lo he dudado nunca. —Vaciló un instante, pero enseguida, y con semblante serio, añadió—: Lo que ocurre es que tu viaje era una travesía, un periplo lleno de incertidumbres y peligros... No sabíamos con qué podrías encontrarte, Ynatsé. —Le ofreció un poco de jugo de avena y un asiento—. Siéntate, estoy impaciente por que me cuentes lo que has visto, lo que has vivido, lo que te ha pasado.

Baasi le soltó una andanada de preguntas, ansioso por extraer conocimientos de las experiencias de Ynatsé.

—No he traído la cura, no la he encontrado. Llegué al Círculo de Piedra, pero todos me dijeron lo mismo: «Aquí no encontrarás lo que buscas.» O sea, no existe ningún remedio. Incluso me enviaron a otros lugares con la vaga esperanza de que quizás allí hallaría respuesta a mis interrogantes.

Hizo una pausa.

—¿Y? —preguntó Baasi, invitándolo a seguir con un ademán.

—Nada. —Y meneó la cabeza repetidas veces—. En los clanes y pueblos que visité tampoco supieron decirme qué era lo que nos estaba afectando y nos hacía enfermar hasta morir —contó Ynatsé con expresión abatida.

—Pero has conocido nuevas maneras de vivir, te has relacionado con gente de otras comunidades. Seguro que has aprendido cosas, que dominas nuevas maneras de comunicarte... Me niego a aceptar que has fracasado, como parece que te obcecas en darme a entender. —Baasi se resistía al negativismo de Ynatsé y se esforzaba en hacerle ver el lado positivo de aquel viaje que, según el joven, había sido en vano, inútil—. ¡Piensa en ello! —le espetó.

—Ahora que lo dices, sí que he aprendido a observar el comportamiento de los animales y de la Naturaleza para aplicarlo a mi vida. También he conocido la manera de dominar las sombras para reducir al enemigo o a un animal. —Sacó la vasija que le habían regalado las mujeres que leían el pensamiento—. ¡Mira esto! —Se la ofreció—. Sopésalo, admíralo, es un material duro como la piedra. He visto cómo se elabora, puede sernos útil para fabricar tanto herramientas de trabajo como armas o utensilios para almacenar grano y agua.

La admiración de Baasi iba en aumento a medida que Ynatsé se iba soltando. «¡Y dice que el viaje no le ha servido de nada! Que los dioses no lo oigan», sonrió el viejo para sus adentros.

—Aparte de todo eso... ahora que lo pienso...

Pareció que lo recordaba de repente, pero no podía ser. Era lo bastante importante en la vida de Ynatsé para que lo tuviera grabado en la retina.

—Ahora que lo pienso, me crucé con una persona. Alguien muy especial. Solo él me proporcionó un remedio que tal vez podría ser efectivo, porque ya lo había utilizado.

—¿De veras? ¿Un remedio que no encontraste en el Círculo de Piedra? —preguntó con un punto de asombro el viejo chamán.

—Sí, fue antes de llegar al Círculo, y nunca adivinarías quién me lo proporcionó...

Baasi se encogió de hombros y torció el gesto.

—No lo sé, tú dirás —respondió con expectación.

—Mi padre —anunció solemnemente y con orgullo Ynatsé.

—Tu... —Baasi abrió la boca, sorprendido—. ¿Tu padre? —Enarcó las cejas y abrió desmesuradamente el ojo sano, incrédulo ante las palabras de Ynatsé—. ¿Faar? ¡¿Está vivo?! —Y meneó la cabeza—. ¡Es evidente que está vivo si te lo encontraste! —se respondió, presa de la excitación. No salía de su asombro—. Pero... ¿cómo está? ¿Y dónde lo encontraste? ¿Cómo es que no ha vuelto contigo?

—Está bien y es feliz... —contó Ynatsé—. Baasi, mi padre tiene su lugar como adiestrador de caballos en otra comunidad. Intenté convencerlo de que regresara, pero fue inútil. Me dijo que no tenía sentido volver atrás, que yo debía seguir mi camino, que tratara de entenderlo.

Mientras lo recordaba, Ynatsé no pudo evitar un dejo de tristeza en el tono de su relato, así como cierto abatimiento. También la mirada se le había ensombrecido.

Baasi sonreía y asentía con la cabeza aprobando las palabras de Faar.

—Conozco a tu padre. Y lo entiendo. Debió de ser duro para un hijo encajar esas palabras, pero es lo más acertado —dijo con gesto de admiración—. ¡Tu padre es un gran hombre!

—Me proporcionó la receta para elaborar un remedio. Me aseguró que lo habían desarrollado y que les había dado resultado.

—¿Les dio resultado? —Baasi enarcó las cejas.

—Sí... —Ynatsé arrugó la frente y achicó los ojos, esforzándose por recordar lo que le había transmitido su padre—. Me dijo que allí curaban las infecciones untando las heridas con una pasta de moho común que se formaba en los arneses de cuero con que enjaezaban sus caballos.

—A ver, ¿cómo es eso?

Baasi se lo hizo repetir porque no entendía. Ynatsé esbozó una sonrisa.

—Yo le dije lo mismo... Me contó que había observado que el sudor de los animales, junto con la humedad que había dentro de las cuevas donde pasaban la noche, propiciaba la aparición de unas sustancias filamentosas que parecían tener vida propia y depender del caballo o del jinete para vivir. Se formaba una especie de capa, una mancha blanquecina, en el lomo del animal.

Ynatsé vio que Baasi, con el rostro inexpresivo, no seguía su explicación.

—Al parecer comprobaron que el cuero de la silla sobre la piel empapada en sudor y caliente del caballo, junto con la humedad de la cueva, era la combinación idónea para que se desarrollara un hongo y apareciera el moho. De hecho, mi propio padre pudo comprobar los efectos beneficiosos de esa sustancia, porque se hizo una herida y, como se untó esa sustancia blanquecina varios días, no se le infectó y se le acabó curando.

Baasi escuchaba extasiado a Ynatsé, que seguía contando lo que recordaba de la conversación con su padre.

—Me aseguró que, después de numerosas pruebas, habían elaborado una especie de pomada, un ungüento con cera de abeja, aceite y resina de pino, a fin de que la sustancia blanca se adhiriese y facilitar su aplicación sobre la herida o la infección, y así poder actuar sobre la piel penetrando en ella.

Se hizo un silencio y Baasi dijo:

—O sea, que esa sustancia recubre la parte afectada para anular los

efectos de la dolencia, del elemento nocivo que ataca nuestro cuerpo y nuestras defensas...

A Baasi le pareció haber entendido el funcionamiento del remedio.

—Según me refirió mi padre, así es, en efecto —afirmó Ynatsé—. Primero se acopla, después penetra y finalmente lo destruye.

—Y ¿en cuánto tiempo se puede recuperar la salud untando ese remedio? ¿Cuánto dura esa lucha? —quiso saber Baasi.

—Dependiendo de la gravedad de la infección, podía ir de ocho a diez días, más o menos —respondió el joven, recordando lo que le había dicho su padre sobre el plazo de recuperación.

—Mientras has estado fuera, nosotros, aquí en el poblado, no hemos estado mano sobre mano. Como has dicho antes, cuando te he preguntado qué habías aprendido de nuevo y me has dicho que a aprovechar ciertos comportamientos que habías observado en la Naturaleza, pues aquí igual, gracias a las dotes de observación de tu mujer.

—¿De Aynires? —preguntó Ynatsé, porque era la segunda vez que le hablaban de ello. Dro y Uloqí también le habían dicho que su mujer había descubierto algo importante.

—Sí, Aynires ha desarrollado esa capacidad, que cuando yo era joven también agudicé. Su excepcional habilidad para estar atenta y dedicarse a observar todo lo que nos rodea —Ynatsé sonreía satisfecho— nos ha permitido elaborar una cura a partir de una sustancia que segregan las abejas. Ella lo vio y lo probamos. No teníamos nada que perder.

—¿Y funciona? —La expresión de Ynatsé se llenó de luz.

—Estoy muy esperanzado, porque a algunos empieza a hacerles efecto. —Baasi rebajó el tono de euforia—. Ahora bien, a otros que tenían el Mal ya extendido y avanzado por el cuerpo... —negó con la cabeza— no pudimos recuperarlos y los perdimos. No obstante, podemos probar también el remedio que te confió tu padre. ¿Sabes lo que he comprendido, Ynatsé? —Y Baasi le hizo un breve resumen de lo que había supuesto todo aquel proceso—: Mira, el arte de curar, de aliviar las enfermedades y de preservar la salud de hombres y mujeres es más importante que tener un conjunto de creencias y prácticas que ligen a nuestro grupo con lo que podemos reconocer como sagrado, con uno o diversos dioses.

Ynatsé asintió con la cabeza. A él los dioses ya no le merecían ninguna confianza, pero se guardaría mucho de decírselo a Baasi, no fuera que hubiese alguna represalia. Entretanto, el hechicero proseguía con su

razonamiento.

—La necesidad de sobrevivir es más urgente, más primaria, que la necesidad de explicarse y querer entender el mundo que nos rodea. —Hizo una pausa y luego prosiguió con su discurso—. La magia que hacemos a través de los rituales pretende producir efectos en la salud con la ayuda de seres sobrenaturales, o de la invocación de fuerzas secretas de la Naturaleza. La magia tiene como objetivo expulsar los malos espíritus o curar a las personas que son víctimas de ellos. O bien conciliar los malos espíritus con las fuerzas sobrenaturales para que ejerzan sus poderes contra alguien o contra algo. Todo son intentos desesperados que los hombres tratamos de hacer para influir en el curso de la Naturaleza, pero ese combate, de momento, lo tenemos perdido, y no lo ganaremos —reconoció—. Será una lucha permanente. Ahora ha sido el descubrimiento de las propiedades de esa sustancia derivada de la miel, y mañana será otro, fruto de la tenaz observación de alguien.

Siguiendo el hilo del razonamiento del chamán, Ynatsé le dijo:

—Baasi, en esa lucha no tienen cabida los dioses. Mira, aún no te lo había comentado, pero es un pensamiento que me ha acompañado todo este tiempo. —Ynatsé vio que era el momento idóneo para plantearle su duda, razonable y razonada—. Tengo la sensación de que debemos empezar a creer más en nosotros mismos y menos en los dioses. No digo que los desatendamos, pero no hemos de depender tanto de ellos. Insisto. Creo en todo lo que podemos hacer si nos lo proponemos. Habrá tropiezos, y no siempre lo lograremos, pero solo dependemos de nosotros mismos.

—He llegado a la misma conclusión —tuvo que admitir Baasi—. Tal vez somos como somos gracias a alguna divinidad, pero estamos en esta tierra para dejar en ella nuestra huella sin que nada ni nadie nos condicione más allá de lo que nosotros queramos.

Aynires se apretó contra el ancho pecho de Ynatsé, apretando la cara, húmeda de lágrimas, y sintió tamborilear el corazón de su hombre. Ynatsé hundió la nariz en el cabello de su mujer y respiró hondo para impregnarse del olor a espliego que emanaba. Notaba el calor que irradiaban sus cuerpos, que, tras aquel intenso abrazo, se separaron para contemplarse. Aynires le acarició la barba, negra y espesa. Le pasó los dedos por el pelo, sucio y enredado. En cambio, la cabellera de ella le caía alborotada sobre

los hombros y los pechos, e Ynatsé se fijó en el único mechón que se movía impulsado por su cálido aliento. Se bajó la parte superior del vestido con delicadeza, le cogió las manos y se las puso sobre los pechos. El deseo de Ynatsé creció.

Aquella noche, mientras sus cuerpos se reencontraban bajo las pieles, Baasi lo hacía con la pintura. Reanudaba su particular diálogo con las paredes de la cueva. Aquellos pliegues en la roca que contenían todos los hechos que habían marcado el ritmo de vida de la comunidad. Hacía muchos días y muchas noches que no había podido dedicarse a ello, había tenido que ocupar el tiempo en otros quebraderos de cabeza más urgentes para el poblado. Entró en la cueva y bajó hasta el rellano donde lo esperaban los hechos más significativos que habían vivido a lo largo del tiempo. La luz que despedía la tímida llama de la lámpara que llevaba aportaba claridad y hacía revivir las imágenes estampadas en la roca. Baasi no pudo evitar hacer un alto, contemplarlas y dejarse impresionar por la expresividad de aquellas pinturas y, sobre todo, por lo que representaban, por su significado.

Dejó la lámpara apoyada en un saliente de roca y se dispuso a mezclar los pigmentos que dotarían de vida a la frialdad de aquellas paredes. Aquella cueva les recordaba quiénes eran, de dónde venían y qué habían hecho para llegar hasta allí. Paredes que atesoraban la memoria de un clan, el Clan de los Caballos, que había estado a punto de desaparecer. Y precisamente ahí, en ese punto, reanudó su relato. Se plantó ante la pared. Con una mano sujetaba el pincel, que goteaba un líquido rojizo, mientras con la otra acariciaba la superficie de la roca. Notaba la rugosidad de aquel bloque pétreo, respiró la humedad que rezumaba. Cogió aire y, con un juego de muñeca, estampó el primer trazo. En unos momentos aparecieron, como por arte de magia, figuras que se contraían de dolor y otras tendidas, sin vida. Representó la desesperación por la irrupción y los estragos de un Mal que, pese a no haber entendido, sí habían sido capaces de combatir gracias a la observación y la experimentación. Y un detalle importante: la constancia y la lucha de una de las mujeres del clan para reivindicar que ellas, al igual que los hombres, también podían asumir las tareas que desde tiempo inmemorial se les había negado. Baasi había captado el mensaje que se extraía de la situación vivida, y entendía que la comunidad sería más fuerte en la medida en que hombres y mujeres pudieran trabajar juntos en igualdad de condiciones por el futuro del grupo. Y así se haría en los

tiempos venideros.

Llegó al paño de pared que había reservado para Ynatsé. Baasi reflejó en él de manera esquemática lo que le había contado, así como las nuevas ideas, las nuevas técnicas, los nuevos materiales y vasijas que la experiencia vivida le había permitido reunir. Era el primero del clan que había pisado otras tierras, que había conocido otras formas de vida, que había ensanchado los horizontes hasta entonces limitados. Y que había vuelto sano y salvo y repleto de conocimientos. Era la primera persona que se había comprometido por el bien de toda la comunidad y que, sin poseer un coraje extraordinario, había demostrado una fortaleza y una capacidad de sacrificio excepcionales. Baasi quiso dejar constancia en la pared para inmortalizar una parte importante de lo que él consideraba la vida del primer héroe de la comunidad. Estaba convencido de que habría otros miembros del grupo que, más adelante, querrían emular a Ynatsé y salir de los límites del poblado para vivir experiencias que enriquecerían al individuo y, de paso, a la comunidad.

En el exterior de la cueva ya clareaba y los pájaros más madrugadores trinaban con la primera luz del sol. Se alzaba un nuevo día y Baasi, después de pintar toda la noche, decidió que era el momento de cerrar el relato que había iniciado. Y lo hizo con el perfil de un caballo. La imagen que representaba a la perfección el espíritu del clan.

Los caballos, al igual que ellos, eran de complexión robusta y expresión simpática. Fuertes, nobles, de aspecto tranquilo y porte elegante. Con capacidad de sacrificio y dóciles para adaptarse a las circunstancias. Sin perder ese punto asilvestrado, de arrebató, de empuje que se necesita cuando la Naturaleza lo exige.

Besalú, 27 de octubre de 2013

Nota del autor

Esta novela comenzó su andadura hace más de seis años, y en el decurso de su lenta elaboración han participado diversas personas que me han facilitado documentación precisa y me han dedicado su tiempo. Por eso querría agradecerse. Para empezar, y de manera bastante decisiva, a Eudald Carbonell por toda la sabiduría que atesora sobre cómo se socializó la humanidad en los tiempos que nos han precedido. Recuerdo como si fuera ahora aquella reunión el día de San Narciso de hace seis años en el despacho de tu casa en Cervià de Ter. A la profesora Maria Saña por sus estudios arqueozoológicos, a Toni Palomo por el dominio del entorno y la realidad neolítica en el Pla de l'Estany, y a los doctores Raquel Piqué y Ramon Buxó por sus conocimientos de paleobotánica. A Pep Bosch, del Museo de las minas de Gavà, y al doctor Miquel Molist.

Siempre me ha atraído ese período del pasado, y ahora que he podido zambullirme en él, veo muchas razones objetivas para afirmar que no somos tan diferentes de aquellos hombres y mujeres que, entre cinco mil y siete mil años antes, tenían los mismos sueños, inquietudes y frustraciones que nosotros. La única diferencia entre nuestra sociedad y la suya la ha determinado la tecnología, nada más. En cuanto al resto, nos seguimos moviendo y nos hacen correr los mismos temas: el poder y el amor. Espero que el viaje que emprendes hacia ese momento de nuestra prehistoria lo encuentres interesante y revelador, en la medida en que he procurado que rezumara autenticidad y sencillez en un mundo donde era complicado sobrevivir.

Tienes en las manos una novela que permite descubrir una época

desconocida y apasionante. De personajes, de aventuras, de conocimiento, de valores... Una época que empezó a poner los cimientos de la sociedad tal como la conocemos. Se trata de un texto que apela al héroe que todos llevamos dentro, porque es en situaciones límite cuando somos capaces de hacer lo que jamás habríamos pensado que podríamos hacer. Una novela que tiene un mensaje: no es necesario ir muy lejos, no hace falta recorrer miles de kilómetros —como hizo Ynatsé— para encontrar la solución a los problemas.

Una historia muy próxima en el tiempo, entre cinco mil y siete mil años atrás, pero de la que se sabe muy poco. Y nos zambullimos en ese momento histórico a través de la aventura personal del protagonista, Ynatsé, pero también de la aventura colectiva, la de su clan, el Clan de los Caballos, con Aynires y Baasi, para superar una situación crítica. Una novela de personajes que tienen las mismas preocupaciones, problemas, sueños e ilusiones que pueda tener el lector del siglo XXI; lo único que cambia, lo único que ha evolucionado, es la tecnología.

En ocasiones, si nos parásemos a observar lo que nos rodea, podríamos encontrar la solución delante de nuestras narices, al lado de casa. El largo viaje de Ynatsé en busca del remedio hacia el norte de lo que será Europa y Oriente Próximo, le permite enriquecerse interiormente conociendo otras comunidades y diferentes maneras de vivir, lo cual le aportará muchos conocimientos que le serán útiles. Ahora bien, los que se quedan en el pueblo luchan por hacer oír su voz, como es el caso de su mujer, Aynires, y además miran y escuchan su entorno, la naturaleza, y de ahí extraen lo que necesitan para hacer frente a sus problemas.

El poblado y las cuevas de Aynires e Ynatsé son las cuevas de Serinyà y el parque neolítico de la Draga de Banyoles, el único yacimiento prehistórico de ambiente lacustre de la Península Ibérica. Los 317 palos de las cabañas que se han encontrado así como los ocho objetos de madera, recuperados debajo del agua, lo equiparan a los míticos poblados neolíticos de la región alpina. El pueblo hermano del Clan de los Caballos, los mineros, está inspirado en las minas de Gavà, uno de los patrimonios arqueológicos más importantes del neolítico europeo y uno de los principales yacimientos prehistóricos catalanes. Su importancia radica en el hecho de que forman el conjunto de minas estructuradas en galerías más antiguo de Europa. La antigüedad del yacimiento es de seis mil años, y los restos arqueológicos atestiguan una explotación permanente durante un

millar de años, con objeto de extraer un mineral verde, la variscita, que los antiguos pobladores utilizaban para las joyas y vasijas que intercambiaban con otros pueblos.

El Círculo de Piedra está inspirado en el asentamiento de Stonehenge, en Inglaterra. Los últimos descubrimientos hechos por el equipo de investigadores dirigido por el doctor Joshua Pollard, de la Universidad de Southampton, aseguran que los primeros pobladores de Stonehenge datan de hace cinco mil años. Las últimas evidencias ponen de manifiesto que ya habían erigido unos monumentos que primero fueron de madera, e inmediatamente después se levantaron de piedra. La función mágica y espiritual del lugar inspira todo tipo de leyendas, que aparecen también en la novela. Y finalmente, el otro asentamiento de referencia de esa época es el que surgió en la península de Anatolia, en Turquía, conocido en la novela como la Ciudad de los Muertos, que quiere ser el yacimiento de Çatal Hüyük. La escena en que la expedición de hombres de Çatal Hüyük desembarca en unas grutas donde encuentran un mineral nuevo hace referencia a las cuevas de la Monaca, en Calabria, donde se han hallado evidencias sobre el desarrollo de la industria minera del hierro.

Respecto del habla, el lenguaje articulado, es seguro que se comunicaban hablando. De hecho, se sabe que, miles de años atrás, los neandertales ya tenían una estructura anatómica y un cerebro que los capacitaba para hablar. En las excavaciones de una tumba neandertal en Kebara, en Israel, se encontró un hueso minúsculo (hioides) situado entre la base de la lengua y la laringe, fundamental para la producción de sonidos y casi idéntico al del humano actual. No obstante, eso no significa que tuvieran un lenguaje sintáctico y fluido como el nuestro, pero todo indica que dominaban un lenguaje articulado, probablemente mezcla de sonidos vocálicos y consonánticos y de ruidos guturales. ¿Cómo, si no, podían transmitir de generación en generación su tecnología y sus conocimientos? ¿Y cómo podían intercambiar productos, tal como se tiene constancia y ha quedado demostrado en congresos como el de Redes en el Neolítico? De todos modos, como novelista me tomo la licencia de redactar unos diálogos y crear unas conversaciones inteligibles y coherentes para los lectores del siglo XXI.

Mi agradecimiento asimismo al doctor Joan Cabratosa, por todas las

aportaciones médicas prehistóricas que me proporcionó, desde las trepanaciones hasta las infecciones o los efectos antibióticos del propóleo de la miel.

Un par de explicaciones más sobre tres detalles. Que Aynires participe en una cacería —la del Llano de las Higueras—, actividad que parecía reservada solo a los hombres, es perfectamente posible. Me baso en una de las figuras que aparecen en las pinturas parietales de la cueva de la Araña en Bicorn, Canal de Navarrés. Dichos murales ponen de manifiesto, entre otros detalles, que en un grupo de caza hay como mínimo una mujer, que se reconoce porque viste la clásica falda tubular.

«Querer a los hijos es fácil. Lo difícil es ponerse en su piel.» Esta frase no es mía, sino de la novela *Las leyes de la frontera*, de Javier Cercas (Random House Mondadori, 2012), y motiva la conversación que mantienen padre e hijo, Faar e Ynatsé, antes de separarse definitivamente. Por lo que respecta al pueblo de pescadores, está inspirado en un artículo de Jaume Mestres sobre la isla de Lembata y sus pescadores, publicado en el número 55 (2008) de la revista *Altair*, «Al este de Java» (pp. 76-81).

Nuestros antepasados frecuentaban los viejos árboles y los bosques frondosos, ya que para ellos eran fuente de prosperidad material y espiritual. Unos bosques, escenarios mágicos y fuente inagotable, que proporcionaban, además, la luz de la yérgola —la vela o tea—, que se fabricaba con la corteza exterior del abedul arrollada sobre sí misma. La yérgola iluminaba la oscura noche invernal. Sacado de una de las leyendas que recoge *La memoria del bosque*, de Ignacio Abella, publicado por RBA-Integral.

«La batalla de los dos lagartos» es un cuento sacado de *Cuentos de los sabios de África* (Paidós, 2010), recogidos y adaptados por Amadou Hampaté Ba.

«El rabo y la piel de uro» es una adaptación de «El rabo y la piel de búfalo». Se trata de un cuento de Guinea Conakry recogido por Jean-Marie Touré y publicado en *Mosaico de cuentos africanos*, de Marie-Claire Durand Guiziou, en una edición de 2007, conjunta del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Gobierno de Canarias y Cooperación Canaria.

- *Blat, metalls i cabdills. Catalunya del neolític a la iberització*. Josep Bosch, Joan Santacana. Rafael Dalmau Editor.

- *Els objectes de fusta del poblament neolític de la Draga*. Excavacions

1995-2005. Museu d'Arqueologia de Catalunya.

- *Sis mil anys vivint a la vora dels aiguamolls de la Vall d'en Bas*. Gabriel Alcalde, Maria Saña. Amics de Besalú i el seu comtat. Edicions El Clavell.

- *Arqueología de la domesticación animal. La gestión de los recursos animales en Tell Halula*. Maria Saña Seguí. Seminari d'Arqueologia Prehistòrica del Pròxim Orient (UAB).

- *Tell Halula (Valle del Éufrates, Siria), dos décadas de investigaciones arqueológicas*. Miquel Molist. Seminari d'Arqueologia Prehistòrica del Pròxim Orient (UAB).

- *En els inicis de les desigualtats*. Gabriel Alcalde, Josep-Miquel Faura, Miquel Molist y Maria Saña. Libro sobre la exposición que con el mismo nombre organizó el Museu d'Arqueologia de Catalunya el año 2004 con motivo del Fòrum de les Cultures Barcelona 2004.

- *Les dones en la Prehistòria*. Librito y catálogo de la exposición del Museu de Prehistòria de València (2009).

- *Xarxes al Neolític. Circulació i intercanvi de matèries, productes i idees a la Mediterrània Oriental (VII-VIII millenni a.C.)*. Gavà, Bellaterra, febrero de 2011. Actas publicadas por *Rubricatum*, revista del Museu de Gavà.

- *Warfare in the European Neolithic*. Jonas Christensen en *Acta Archaeologica*.

- *El registro arqueobotánico de plantas psicoactivas en la prehistoria de la Península Ibérica*. Elisa Guerra Doce y José Antonio López Sáez. Complutum, 2005.

- *Food, meals and daily activities: Food habitus in neolithic Catal Houyúk*. Sonya Atalay y Christine A. Hastorf. *American Antiquity* vol. 71. n.º 2, abril de 2006. Society for American Archaeology.

- *El origen de la humanidad*. Jacques Malaterre.

- *Arqueozoología del caballo*. Corina Liesau von Lettow Vorbeck. *Gladius* XXV, 2005, Madrid.

- *The earliest horse harnessing and milking*. Alan K. Outram et alia. *Science*, 323, 1332 (2009). DOI:10.1126/science 1168594.

- *La domesticación desde una perspectiva etnoarqueológica: los caballos del monte de Galicia, noroeste de la Península Ibérica*. J. M. Vázquez Varela. Departamento de Historia, Universidad de Santiago.

- *Social contact in horses: implications for human-horses interactions*.

Machteld van Dierendonck. Universidad de Utrecht, Países Bajos. Debbie Goodwin, Universidad de Southampton.

- *Botai and the origins of horse domestication*. Marsha A. Levine (1999). McDonald Institute for Archaeological Research. Universidad de Cambridge.

Y antes de terminar, no querría que se me pasara por alto dar las gracias también a Montse, Joan y sus hijos, que me alojaron en El Refugi, una de las casitas de la masía rural El Nus de Pedra, en Llorà, durante un fin de semana de agosto que resultó providencial para desencallar la novela. Y a Carme y Miquel, de Cal Ganso, por su flan de ratafía.

A Ernest Folch, de Ediciones B, que desde el principio creyó en esta novela. A mi editora, Carol París, y a mi agente, Sandra Bruna. Y otro agradecimiento muy sincero para Alexandre Porcel y Francesc Miralles, que han hecho lecturas cómplices y comprometidas de *El primer héroe*.

Y, sobre todo, gracias a ti, que has querido acompañarme en esta historia.

Martí Gironell i Gamero (Besalú, 1971) es licenciado en Periodismo y en Literatura Inglesa. Actualmente trabaja en el servicio de informativos de TV3 y colabora en el periódico *El Punt Avui*. Entre sus libros publicados destacan *El puente de los judíos* (2007), que ha vendido más de cien mil ejemplares y ha sido traducido a varios idiomas. Su siguiente novela, *La venganza del bandolero*, ganó el premio Néstor Luján de Novela Histórica en 2008. Por su parte, *El arqueólogo* (2010) se posicionó inmediatamente después de su publicación en las listas de más vendidos. *El último abad* (2012) le consolidó como autor best seller nacional. Con *El primer héroe* Gironell da un salto en su carrera y se confirma como uno de los autores de referencia de la novela histórica y una voz fundamental dentro de la narrativa contemporánea de nuestro país.

Facebook www.facebook.com/martigironell

Twitter [@martigironell](https://twitter.com/martigironell)

www.martigironell.com

www.elprimerheroe.es